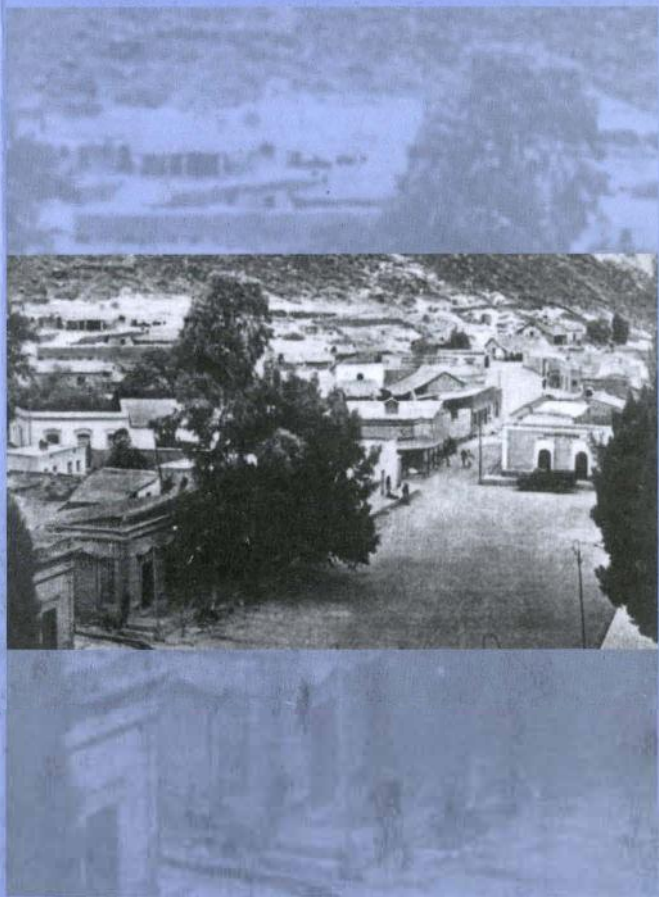


Fernando Jordán
Baja California,
tierra incógnita



ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

Lic. Marcos Alberto Covarrubias Villaseñor
Gobernador del Estado de Baja California Sur

Lic. Rafael Tovar y de Teresa
Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Lic. Andrés Córdova Urrutia
Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

Lic. Christopher Alexter Amador Cervantes
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

José Guadalupe Ojeda Aguilar
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. Elizabeth Acosta Mendía
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Sandino Gámez Vázquez
*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Fernando Jordán

Baja California, tierra incógnita

Prólogo, notas, investigación
hemerográfica e iconográfica
Felipe Gálvez

Jordán, Fernando (1920-1956)

Baja California, tierra incógnita I

Fernando Jordán. -Mexicali,
Baja Calif. ; Universidad Autónoma de
Baja California, 2005
248 p. ; 23 il. ; 12.4 x 20.2 cm.

ISBN 978-607-9314-57-6

I. Baja California (México) -
Descripción y viajes. I. Universidad
Autónoma de Baja California.

F 1246 J59 2005

ALCF/ecr/060301

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

ÍNDICE

Primera edición: 1996
 Segunda edición: 2001
 Primera reimpresión de la segunda edición: 2005
 Segunda reimpresión de la segunda edición: 11 de noviembre de 2014

D.R. © 1996 Universidad Autónoma de Baja California
 D.R. © 2005 Universidad Autónoma de Baja California
 D.R. © 2014 Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
 Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
 C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN 978-607-9314-57-6

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el o los beneficiarios de los derechos del autor.

Impreso y hecho en México

Prólogo	
<i>Felipe Gálvez</i>	15
Pórtico	
<i>Regino Hernández Llergo</i>	25
I. Tierra de soles postreros	27
Una extraña geografía	28
La tierra y los hombres	29
Las cuatro ciudades	31
II. ¡La antesala del infierno!	35
El desierto vencido	36
El oro blanco	38
La ciudad moderna	40
El puerto del futuro: San Felipe	41
III. El árbol del milagro	45
La cumbre de los locos	46
El espíritu de Cantú	47
TKT	49
IV. Rusia en México	51
Los rusos de Guadalupe	52
Malakán	53
Ante el samovar	54
El problema agrícola	55
V. Pesada soledad	57
Expedicionarios de café	58
El arreglo de una expedición	59

Soledad y compañía	61
Éxito o fracaso	62
VI. Ensenada y el <i>hombre Baja California</i>	65
Entre norte y sur	66
La ciudad y el paisaje	67
El <i>hombre Baja California</i>	69
La obra de Rodríguez	70
El millonario de leyenda	72
VII. Maravillas californias	73
Melling Ranch	74
El oasis	75
Las truchas de Utt	77
Las vírgenes de la montaña	80
VIII. El valle de la esperanza	83
Cuentos del valle	84
Una historia posterior	85
Mexicali y San Quintín	86
El caso Sampietro	88
San Quintín turístico	89
Los hombres de San Quintín	90
IX. Isla de Guadalupe, último reducto	91
de los elefantes marinos	91
Los monstruos increíbles	92
El cementerio biológico	95
Agradecimiento	96
X. Tesoros y bucaneros	99
Los 80 lingotes	100
La expedición de Hussong	101
El segundo tesoro	103
Los hombres de la isla	104

XI. ¡En el nido de las ballenas!	107
La Bahía de los Ángeles	108
La primera ballena	110
A la deriva en el canal	111
Diez minutos de terror	112
Ballenas grises	114
XII. El tercer territorio	117
Del diario de viaje	117
El Boleo, S.A.	118
La fundación	119
La rebelión	121
Santa Rosalía de El Boleo	122
Las minas del diablo	123
El futuro de Santa Rosalía	125
XIII. Prisión sin puertas	127
La "Universidad de Sanginés"	130
El pueblo y los reos	131
El prófugo	132
La criminalidad en el Territorio Sur	133
XIV. ¡Shangri-La existe!	135
El oasis	136
Shangri-La	137
La vida lenta	139
Problemas de un paraíso	141
XV. Pinturas rupestres	143
Si eso no es suerte	144
Rumbo a las pinturas	147
La cueva	148
El significado	151
XVI. La ruta de las misiones	153
Distancias en el mapa	154
Viajeros en Baja California	155

Sobre la ruta	156
La brecha transpeninsular	158
Un santo original	160
La misión perdida	162
Saludo, la mejor moneda	162
Los jesuitas	164
Los placeres	167
Entre los oasis	168
La bahía más bella	170
Las misiones y sus distancias	172
XVII. La Paz, ciudad dormida	175
El nombre que hizo un pueblo	176
El rayo verde	178
El crimen de las perlas	179
Las otras perlas	181
Ayer y hoy	182
XVIII. Historia en cinco mensajes	185
Uno	185
Dos	186
Tres	187
Cuatro	189
Cinco	190
Seis	192
XIX. En la cueva de San Borjita	193
El camino	195
Una pista	197
Rutina de campamento	199
La antigüedad de las pinturas	200
XX. La salina más grande del mundo	203
Sal para el mundo	204
Industria mexicana	205
La primera misión	206

La antigua capital	208
El resurgimiento	209
XXI. Donde la tierra termina	211
Las últimas misiones	212
Los hijos del pirata	214
El fin del hambre	215
La ruta del trigo	218

DESOLACIONES CALIFORNIANAS

De la herencia de un fraude: un pueblo enfermo fue lo que dejó El Boleo	223
La compañía extranjera que explotaba esa mina:	
El Boleo, S.A.	224
La historia del fraude	225
El imperio de El Boleo	227
La muerte de El Boleo	228
Lucifer, S.A.	229
¡Drama en la isla!	231
La historia	231
De soledad en soledad	233
Bahía Melpómene	235
El nido de los vientos	236
Preliminares de la tragedia	239
La pelea con Campoy	241
La carta	243
Esto... hay que arreglarlo	245



Fernando Jordán

Quien, a manera de burla despiadada, dióles nombre y sitio en el mapa mundial de aquella época fue un florido escritor de la villa española de Medina del Campo: el virtuoso caballero Garci Ordóñez de Montalvo. Al recoger con su fantasiosa pluma la antigua y popular leyenda del Amadís de Gaula, Montalvo quiso agregarle algo de su propia cosecha, y escribió, a manera de epílogo, Las sergas de Esplandián.

Fernando Jordán, en el *El otro México*

PRÓLOGO

LAS SERGAS DE JORDÁN

En la breve y rica *Introducción* con que Ignacio Manuel Altamirano abre pörtico al *Viaje a Oriente* (1882) de Luis Malanco, el patriarca de las letras nacionales subraya puntilloso:

Solamente los mexicanos hemos escrito poco sobre nuestro país. Figúrasenos que hablar de nuestras poblaciones, de nuestras montañas, de nuestros ríos, de nuestros desiertos, de nuestros mares, de nuestras costumbres y de nuestro carácter es un asunto baladí, y que al ver escrito en una página un nombre indio, todo el mundo aquí ha de hacer un gesto de desdén.

Quizá tengan razón quienes tal temen. Todavía en México, aunque menos hoy que antes, causa más agrado la descripción del país extranjero, que la de una localidad mexicana, y por eso no es raro, sino muy frecuente, encontrar lectores que saben dónde están los Alpes y cómo son, y que no saben dónde está Nayarit y qué cosa es; que conocen la descripción de las ruinas de Pompeya o de Roma y que no tienen ni idea de las ruinas de Uxmal o de Mitla.

Hay cierta repugnancia para conocer el país nativo, y ésta es la causa de que no puedan desarrollarse vigorosamente todas las ramas de nuestra literatura nacional. Sólo el tiempo y la civilización harán desaparecer esto, que son hábitos de la vida colonial.

Escrito siete décadas más tarde, en 1950, *Baja California, tierra incógnita*, el libro de Fernando Jordán que el lector tiene hoy entre las manos, es uno de los serios intentos literarios nacionales de querer romper, en la centuria que fenece, con esas costumbres absurdas de las que Altamirano hablaba hace poco más de un siglo.

Fernando Jordán —un nombre que cobró relieve nacional con sus viajes de periodista— fue un andarín infatigable por los suelos de la patria.

Salvo sus episódicos cruces por la frontera norte o un viaje fugaz a La Habana, Cuba, durante los días sombríos de la dictadura de Fulgenio Batista, Jordán recorrió, principalmente, los senderos de México.

Jordán amó intensa, tiernamente a México y a sus pobladores. Viajó por sus pueblos, montañas y costas; por sus ríos, desiertos y mares.

Sus ojos otearon por entre la verde bóveda de la selva. Se deleitaron frente a la dilatada inmensidad del desierto, del mar, del abismo y de las elevadas serranías.

Su alma infantil, cálida; y su mente lúcida, sensible, en alerta siempre, le permitieron ser receptivo y respetuoso de las costumbres de la gente que salía a su encuentro de entre las angulosidades del camino.

Mas él no se contentaba con mirar y remirar su entorno. Fernando Jordán ponía en juego todos sus sentidos. Enseguida, con mano certera, educada, escribía infatigable sobre México, redefiniéndolo, redescubriéndolo al resto de los nacionales.

Dos regiones de nuestro territorio acapararon su atención, por encima del resto del país: la península de Baja California y el enorme estado de Chihuahua.

A la primera la estudió valiéndose de los medios más diversos. En *jeep* la recorrió a la manera del río que lleva su apellido por nombre. Viajó por ella de norte a sur, en franco descenso, como el Jordán, el principal río de Israel, que rauda cruza el lago de Galilea hasta desembocar en el Mar Muerto.

Por mar surcó el golfo californio sobre el frágil velero *Urano*. Tocó por igual las poblaciones e islas que miran al Pacífico, como aquéllas que, deslumbradas por el multicolor calidoscopio de la sobretarde, presencian el lento ocaso de cada jornada desde las costas peninsulares y continentales que reflejan su faz o bañan sus pies en las bermejas aguas del mar de Cortés.

Después, cuando aquella experiencia le pareció insuficiente, Jordán se aventuró por los aires, al timón de la aeronave de su cordial amigo el célebre piloto paraguayomexicano César Atilio Abente, el *Che*.

Fue así como en compañía de su tocayo Fernando Abente, hijo del *Che*, Jordán sobrevoló una y otra vez aquellas tierras, islas, sierras, aguas y poblaciones que tanto le atraían.

No menos intensos fueron sus recorridos por el territorio de Chihuahua, cuya inmensa y dilatada superficie cruzó y vivió con idéntica pasión. Fruto de ese quehacer es su *Crónica de un país bárbaro*, uno de los tres libros escritos por Jordán que han logrado llegar a las prensas después de su muerte. Editada el 2 de julio de 1956, esta *Crónica* llegó por primera vez a las librerías con el pie de imprenta de la extinta Asociación Mexicana de Periodistas (AMP).

Fernando Jordán fue un enamorado sin cura de estos dos inmensos territorios de la república. Amor que se tornó en pasión serena cuando escribió acerca de sus hombres y su entorno. A su lado Jordán fue uno más y de inmediato se confundió con ellos.

En un principio parecía que el bregar de Jordán se reducía a cumplir rigurosamente con sus quehaceres de fotoredactor viajero.

Pero, de pronto, un interés creciente se apoderó de él. Más tarde, henchido su pecho por un amor sin fin, el singular periodista dio fe de sus andanzas y de su loca pasión por aquellos suelos mexicanos.

Jordán descubrió primero y describió después, mediante largos, amenos reportajes, lo que la realidad inmediata ofrecía a sus sentidos. Hizo recuento de las riquezas atesoradas por la orografía de aquellos lugares preteridos.

En los reportajes de *Baja California, tierra incógnita* Jordán busca cumplir con las reglas que rigen el quehacer de un observador imparcial. Sin embargo, de pronto apela al dato precioso y preciso, al que enseguida añade el detalle especioso y el rasgo humano que torna su empresa en non, alegre, juguetona.

Así, cuando los datos candentes le obligan a subrayar las carencias que minan el suelo de los californios, Jordán no hace panfletos hirientes. Da forma a una nueva, singular especie de periodismo.

Cuando es preciso, Jordán recurre a la anécdota que ilustra, educa y mueve a la risa serena o destaca aquello que suscita pena. No únicamente hace detonar la ira. También da con respuestas viables.

Por eso, cuando el redactor viajero de *Impacto* habla del hambre y la tuberculosis entre los californios, subraya que la agudeza de esos flagelos era tal que:

todavía se cuenta, con triste ironía, que por aquellos años los perros ladraban apoyados en las paredes. Si estos canes famélicos del sur no encontraban apoyo para sus flancos les era imposible levantarse sobre las patas. Cuando en rápido tránsito cruzaba un viajero frente a ellos, los perros se limitaban a abrir sus hocicos para lanzar un pobre gruñido, que más que miedo despertaba lástima al forastero amenazado.

Jordán pertenece, por derecho propio, a una estirpe singular de reporteros. La que nació, creció y prosperó bajo la aguda y certera mirada de ese destacado tabasqueño, jefe de hombres de prensa, que respondía al nombre de Regino Hernández Llergo.

El encuentro de Jordán con ese mandón de redacción dio al joven antropólogo ocasión de germinar como escritor en un medio difícil, surcado de vicios y envidias.

Pronto aquel viejo y experimentado jefe de redactores pasó a ser para Jordán norte, guía, padre predilecto.

Hernández Llergo era, a su vez, hombre de nombre y talla gracias a que en sus principios trabajó como reportero a las órdenes de su paisano y Constituyente de 1917, Félix Fulgencio Palavicini, fundador, en 1916, de *El Universal*.

El apoyo de éste último, además del hambre y el arroyo de Hernández Llergo, dieron en breve a la prensa mexicana un reportero único y de renombre.

Exclusivas tales como la cobertura del juicio a Lucio Blanco; el retorno a México y la subsecuente muerte de Aureliano Blanquet, en 1919; el juicio y el fusilamiento, por esos mismos días, del general felixista Francisco de Paula Álvarez y una entrevista con Francisco Villa en su hacienda de Canutillo (1922) —éxito de prensa que años más tarde le llevaría a escribir su célebre texto “Yo maté a Francisco

Villa”— condujeron a Hernández Llergo de la mano de la fama hasta los cargos de responsabilidad en varias de las publicaciones nacionales y extranjeras más importantes de su tiempo.

Pero como en el periodismo la sorpresa y el enigma son las constantes, Hernández Llergo no tardó en verse contrapunteado con el poder. En particular con el de Luis Napoleón Morones, el zar de la Confederación Revolucionaria de Obreros de México (CROM), central obrera callista a cuyos personeros Hernández Llergo contrapuso, tenaz, la fuerza anarcosindical de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT).

Este empeño político que lo llevó al exilio de 1928 a 1937 en Los Ángeles, California, ciudad en la que pudo perfeccionar y actualizar su formación periodística.

Ahí, en 1935, desde el exilio, presencié la caída de Plutarco Elías Calles y su camarilla de caciques, politiqueros, gánsters e incondicionales; Morones entre ellos.

Un par de años más tarde, ya en las páginas de la revista *Hoy*, Hernández Llergo pondría en práctica, en el México de entonces, un periodismo que semana tras semana sacudía al país, mientras el presidente Lázaro Cárdenas empeñaba sus mejores esfuerzos para lograr la transformación de México.

Hernández Llergo dio vida a una escuela de periodismo que con el esfuerzo de una plantilla brillante y consistente de reporteros, efectuó una suerte de balance en claroscuro en torno a la dura experiencia transformadora, encabezada y ejecutada por los revolucionarios en el curso de las tres décadas posteriores a la guerra civil.

Los reporteros de Hernández Llergo pulsaron y juzgaron los logros, fracasos, quimeras, engaños, sueños y pesadillas colectivos de la nación mexicana en un momento clave y complejo de nuestra historia.

Son los días en que las páginas de *Hoy* se llenan con los inquietantes reportajes de Arturo Sotomayor, Edmundo Valadés, Mario Ezcurdia, René Tirado Fuentes, Jorge Davó Lozano, Luis Spota, Roberto Blanco Moheno, Vicente Vila, José Pagés Llergo y José C. Valadés. También con las crónicas, los artículos, las fotografías y los textos polémicos e inolvidables de Salvador Novo, Gregorio Ortega y Amendolla, el gordo

Díaz y Casasola, Nemesio García Naranjo, Emil Ludwig, Vicente Lombardo Toledano, José Vasconcelos y León Trotsky, entre otros.

Son las horas intensas de *Rotofoto*, memorable publicación gráfica de Hernández Llergo que, dada su clase y contenido, murió de...éxito.

Vendría, entre 1943 y 1949, el paso de don Regino por la redacción de *Mañana*, revista de la que también es fundador. A continuación su empeño exitoso para dar vida, en julio de 1949, a la revista *Impacto*, su tribuna hasta 1976, año de su deceso.

Cuando Hernández Llergo funda la primera de las revistas citadas, Jordán andaba por los diecisiete años y estudiaba la vocacional de Ingeniería y Arquitectura en el Instituto Politécnico Nacional (IPN).

En 1943, justo cuando Hernández Llergo queda al frente de la revista *Mañana*, Jordán cursa el segundo año de la carrera de etnólogo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia del IPN y funda *Acta antropológica*, la revista académica donde inicia su trato formal con la letra impresa.

Al finalizar 1944, Jordán contrae nupcias con una condiscípula, la sueca Bárbara Dahlgren y en breve busca aproximarse al periodismo cotidiano.

La antropología —piensa Jordán— requiere nuevas vías de expresión.

El periodismo es o puede ser una de ellas. Es la mía al menos y también puede serlo para otros muchos, si se lo proponen.

La prensa, el diario capitalino célebre por su manera de informar, se convierte, al finalizar 1945, en la primera redacción profesional que pisa.

En este medio informativo labora hasta bien entrado marzo de 1948, mes en el que se suma al equipo de redactores y reporteros que, jefaturados por Regino Hernández Llergo, daban vida a la revista *Mañana*.

A partir de ahí y desde julio de 1949 Jordán pasó a formar parte del equipo de periodistas que junto con Hernández Llergo dieron vida a la revista *Impacto*.

Fue ahí, en las páginas de la revista *Impacto*, donde Jordán alcanzó la madurez periodística. En ellas publicó por entregas, a partir del 26 de noviembre de 1949, los capítulos que dan cuerpo y forma a este libro.

La entrega número 21, última del magno reportaje titulado *La tierra incógnita*, vio la luz en la edición del 29 de mayo de 1950. Cinco meses exactos tuvo Jordán en vilo la atención de sus lectores. A lo largo de los mismos su estatura de reportero viajero creció, poco a poco, hasta agigantarse.

La obra de un fino escritor y antropólogo chileno tuvo una enorme y definitiva influencia en la confección de este reportaje. La lectura de *Chile o una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux, ejerció en Jordán una suerte de fascinación que un lector atento de los trabajos de ambos, advierte de inmediato, sobre todo cuando observa que el mexicano habla una y otra vez de la loca geografía californiana.

Jordán no únicamente imita al chileno. Por momentos supera y deja atrás al deslumbrante libro de Subercaseaux.

Los resultados de aquellos empeños de Jordán palpitan ahora, de nueva cuenta, entre las manos de los lectores contemporáneos de su obra. Y aunque *Baja California, tierra incógnita* es una suerte de *El otro México*¹ que se hubiera quedado en la fase de obra negra, su calidad no desmerece ante los ojos del lector que al mismo tiempo que sabe apreciar sus diferencias, también cata sus innegables bondades.

En el presente volumen Jordán resulta más reportero que escritor. En cambio en *El otro México*, aparecido por primera vez en 1951, el escritor se manifiesta con absoluta destreza. Jordán contaba ya con el auxilio crítico y técnico de colegas tan calificados como Arturo Sotomayor y Ramón Lamóneda.

También, desde entonces, *El otro México* le hace merecedor de un sitio entre los grandes escritores mexicanos de viajes. Calidad que Jordán refrenda con sus trabajos ulteriores sobre Chihuahua, el mar de Cortés² y el río Grijalva.

Hoy es un privilegio releer, a medio siglo de su publicación periodística y por entregas, el contenido de este volumen.

¹ Véase Fernando Jordán, *El otro México. Biografía de una península*, 1993, SEP-UABC, Colección Baja California: Nuestra historia, 1993, SEP-UABC, volumen 3.

² Véase Fernando Jordán, *El mar rojo de Cortés. Biografía de un golfo*, 1995, SEP-UABC, Colección Baja California: Nuestra historia, volumen 10.

Reeditado por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), México Desconocido y el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, *Tierra incógnita* gana nuevamente la calle en diciembre del 2000, en pleno 80 aniversario del natalicio de Fernando Jordán, ocurrido en la capital de la república el 26 de abril de 1920, y en el 44 aniversario de su desconcertante y trágico deceso ocurrido la noche del 14 de mayo de 1956, en la sudcaliforniana ciudad de La Paz.

Esta publicación ha sido posible porque, a lo largo de los ocho últimos años, hemos podido rescatar la mayor parte de la breve y rica obra de Jordán, con el deseo de que las nuevas generaciones de californios y mexicanos puedan tomar contacto con ella; disfrutar su riqueza, enseñanzas y bondades.

Fernando Jordán es sin duda, el primogénito de una estirpe de reporteros que con una breve y rica obra salen al paso de más de un ocioso que pretende imponer la teoría de que el periodista, para serlo, necesita escribir mucho, prescindiendo incluso de la cultura.

El autor de *Baja California, tierra incógnita* tenía una opinión distinta. Así lo hace constar don Raúl Prieto —Nikito Nipongo o El abogado Patalarga— en su leída columna “Museo” publicada en la página 15 de la edición del diario *Novedades* correspondiente al 20 de mayo de 1956, poco después de la muerte de Fernando Jordán:

Jordán distó de ser un hombre común y corriente: no cualquiera podía equipararse. Experto en el deporte de la natación, fue, además, un explorador consumado. Recorrió en una barquita parte de nuestro mar occidental, vivió aislado en las islas Revillagigedo, se internó en la zona lacandona, pisó tierra del México virgen... Pero su calidad de reportero se apoyó siempre en una cultura sólida. Principalmente sobresalió en historia y antropología. Sin los conocimientos que almacenó en la vida, Jordán habría sido un buen periodista. Gracias a ellos fue un periodista excepcional.

Por ello, se debe agradecer de manera acentuada el que la UABC, México Desconocido y el Instituto Sudcaliforniano de Cultura recojan ahora para la posteridad y en forma de libro las páginas del memorable reportaje californio. Este esfuerzo editorial ha permitido a quien suscribe satisfacer parte de un propósito viejo y largamente acariciado y planeado:

impedir que la obra de Jordán se hunda en la indiferencia de los nacionales.

Ojalá que en los meses por venir, otras instituciones frateras o afines se sumen al esfuerzo de rescatar el resto de los textos de ese reportero ejemplar, de ese enorme escritor mexicano que llevó con gran pundonor el nombre de Fernando Jordán.³

Aún continúa perdido el manuscrito de un libro de Jordán con relatos californios: *Los locos de la costa*. ¿Habría alguien que por casualidad conserve un tanto del manuscrito de ese volumen? ¿Estará acaso en poder de un amigo que lo guarda con celo, o en manos de un coleccionista ambicioso, o tal vez está en las de un indolente y tímido conocido del autor?

La otra historia de *Baja California, tierra incógnita* es, por otra parte, un episodio edificante que mueve al entusiasmo. Es el resultado de una larga y paciente investigación de quien esto firma, encaminada a divulgar la obra del excepcional reportero viajero de *Mañana e Impacto*.

Una historia de paciencia y búsqueda sin cuento que empieza en los pasillos y las atestadas salas de una Hemeroteca Nacional, cuya necia burocracia frena y mella, en no pocas ocasiones, el entusiasmo de los indagadores más avezados.

Pero por fortuna ya está aquí, con una parte de las fotografías⁴ con que conquistó por vez primera la simpatía y la atención de los lectores.

Lectores que igualmente merecen conocer, aunque sea a grandes trazos, la noticia del rescate de las fotos que ilustran el presente volumen. Acción que ha significado un trabajo igualmente arduo, fatigoso y aleccionador.

³ En ese sentido me atrevería a proponer que la UABC abra un centro donde particulares e instituciones puedan aportar originales o copias fotostáticas de documentos, artículos o correspondencia dispersos de Jordán. La idea es contar con un núcleo concentrador de materiales actualmente desperdigados de y acerca del memorable periodista.

⁴ Para esta edición fueron fotografiados de las páginas de la revista *Impacto*, los medios tonos que reunían las condiciones que permitieran nuevamente su impresión [N.E].

Afortunadamente gracias a los auxilios oportunos de los funcionarios de la Hemeroteca Nacional, Arnulfo Inesa y de Aurora Cano Andaluz, del apoyo calificado y valioso de Ricardo Jiménez, así como de la UABC, estos materiales invaluable llegan hoy nuevamente a la imprenta.

Y es así como usted, amigo lector, tiene acceso a esta obra fundamental para entender la historia y la vida de los californios mexicanos, los únicos hombres de este continente que, por otro lado, merecen el nombre de tales. Quede pues en sus manos y disfrute de su lectura tanto como nosotros.

UAM-Xochimilco, D. F., diciembre del 2000

FELIPE GÁLVEZ

PÓRTICO

Con el título general de *Baja California, tierra incógnita*, *Impacto* inicia la publicación de una serie de reportajes sobre la región más interesante y desconocida de México: Baja California. Marchando sobre las rutas de la lejana península, en *jeep*, a pie o a caballo, cumple su misión periodística nuestro redactor fotógrafo, Fernando Jordán, cuya especialización dentro del terreno periodístico parece ser la de llevar a cabo expediciones, divulgando todas las bellezas y los problemas de la patria.

Para ejecutar una expedición de esta índole, decidida por *Impacto* desde su fundación y preparada durante largos meses de estudio y documentación por Fernando Jordán, hacía necesaria no sólo la voluntad del periodista y la decisión de esta revista, sino también, y en gran medida, el apoyo y la protección de los bajacalifornianos, quienes mejor que nadie conocen las dificultades de realizar un viaje de estudio con fines de divulgación en una región de tan adversas condiciones geográficas que, al decir del propio Jordán en carta al director, es “mitad montañas y mitad desierto”.

Por eso al iniciarse esta expedición periodística, *Impacto* reconoce y agradece el entusiasmo y la ayuda que están prestando al redactor viajero los bajacalifornianos. En primer lugar, al gobernador del Territorio Norte, licenciado Alfonso García González, quien, interesado en que se dé a conocer la realidad de la región cuyos destinos dirige, ha facilitado a Jordán vehículos, acompañantes y toda la protección que necesite; a la Empacadora del Pacífico, que durante la segunda etapa del redactor viajero otorgará las necesarias facilidades a fin de que recorra el mar y las islas del Pacífico; finalmente, a los agricultores y comerciantes de Mexicali y otras ciudades del Territorio Norte, quienes han proporcionado información y han brindado amistad y ayuda desinteresada a nuestro redactor en viaje por aquellas tierras.

REGINO HERNÁNDEZ LLERGO

I TIERRA DE SOLES POSTREROS

Dos horas después que el sol enciende la mesa de Anáhuac y que la capital de la república inicia el ritmo de su vida diaria, el último jirón de la patria, hacia occidente, empieza a desperezarse y a vivir un día que, consecuentemente, lleva dos horas de retraso respecto del que transcurre en el resto de la nación. Es por esto que en Baja California el sol agoniza su último crepúsculo sobre tierras mexicanas. Y acaso, por ser el último, sea el más largo y bello de todo México.

No obstante la tardanza, el sol de Baja California es ardiente. A pesar, también, de que en la península, por su distancia al Ecuador, los rayos del sol caen oblicuos y no perpendiculares, el sol abrasa, tanto, que algunos historiadores han encontrado motivos suficientes para buscar la etimología de California en *cálida fornax*, latinajo extraño que se atribuye a Cortés y cuyo significado sería el de horno caliente.

Ahora que, en realidad, lo de horno caliente es una verdad a medias. El sol, que durante dos horas ha venido disipando la noche en el macizo continental de México, parece haber cobrado fuerza a medida que cubre las distancias. Cuando atraviesa el mar de Cortés ya viene cargado de energía. Las desérticas costas de Sonora y Sinaloa, y a poco más de andar, el golfo, le sirven de espejo y llega abrasador a la costa peninsular. Desde Mexicali hasta San José del Cabo, sobre la orilla del mar y en las llanuras y los valles, el sol pega fuerte; pero su potencia parece perderse al encontrarse con la sierra única y continua que hace la espina dorsal de Baja California. El sol aquí, y en invierno, es un sol cansado e impotente. Diez o doce nevadas desafían sus rayos durante los inviernos. Tal vez por esto, en la costa pacífica de Baja California, el clima es templado y en el mar es frío durante todo el año. Las corrientes

marinas frías y el sol débil desmienten, en el Pacífico, el origen latino del nombre California.

Con la interminable controversia sobre las raíces de su nombre empiezan las circunstancias extraordinarias que caracterizan a la península. Nadie, en realidad, sabe de dónde ha tomado su nombre ni mucho menos quién la bautizó. Más fácil que eso es conocer la fecha de su nacimiento, miles y miles de años atrás, cuando sus tierras emergieron y siguen emergiendo todavía desde el fondo del mar.

UNA EXTRAÑA GEOGRAFÍA

Por todos esos conceptos, Baja California es un país extraño y extraordinario. Su longitud peninsular es la segunda más larga del mundo. Su historia geológica es reciente y buena parte de sus desérticas llanuras tienen la misma edad que el hombre sobre la tierra, algo así como medio millón de años. El origen de sus primeros hombres es oscuro, y la peregrinación de las siete tribus nahuatlacas que explica en gran parte el origen de todos los hombres de México, no es válida para Baja California. El golfo de Cortés, Bermejo o de California, que la separa del resto del país, es uno de los más grandes mares interiores del mundo, y muestra multitud de características singulares. Tanto en el golfo como en el Pacífico, la península tiene una única y maravillosa fauna marina, que será con el tiempo la más rica reserva de la nación. Sus ciudades, aunque pocas todavía, son de una vitalidad sin paralelo y muestran en el ritmo de su vida cotidiana una fuerza que se proyecta sin límites en el futuro. Su geografía es curiosa, y si en su larga superficie abundan los desiertos, no por eso faltan en Baja California valles de ricas tierras, como el de Mexicali ni bosques inmensos, como los de las sierras de Juárez y San Pedro Mártir, en el Territorio Norte. Por un lado y otro de sus costas abundan las islas inexploradas. Hacia el Pacífico está Guadalupe, sitio al que los biólogos designan con el nombre de cementerio biológico y en cuyas playas casi inaccesibles se dan cita los últimos elefantes marinos del mundo. Por el golfo de Cortés está Ángel de la Guarda, isla desértica y desconocida.

En la historia de la conquista de México, Baja California ocupa cronológicamente el último lugar. Desde los días de Hernán Cortés hasta los de las primeras exploraciones de la península, hay una distancia de casi dos siglos. Y su propia historia como parte del México de hoy, no puede ser más reciente. Sin temor a equivocarse podría fijarse la segunda década del presente siglo como la del renacimiento mexicano de Baja California.

Antes de la Revolución y desde los días del padre Salvatierra, que en las postrimerías del siglo XVII se lanzó de lleno a la aventura de evangelizar a los primitivos aborígenes californios, la historia de Baja California es azarosa. Fuera de los jesuitas y misioneros de otras órdenes que sembraron la semilla del cristianismo en la península, nadie, hasta después de la Revolución, pensó en ella como una parte vital e imprescindible de México. Varias veces estuvo a punto de perderse, y lo que no lograron los piratas, estuvieron a punto de consumarlo los entreguistas del siglo XX. Es casi por afortunadas circunstancias que Baja California es mexicana, y no parte del territorio de Estados Unidos.

LA TIERRA Y LOS HOMBRES

Tan extraordinaria como su historia —su loca geografía y sus desconocidas bellezas—, es la propia de los hombres de Baja California. Y al decir de Baja California, no es la intención hacer referencia a los nativos. Los que han forjado y domado a Baja California, los que han hecho de ella una tierra de promisión, de paz y de progreso, no han nacido forzosamente aquí. Fueron y son hombres del norte mexicano, del centro y del sur, los que trajeron en este siglo la semilla del nacionalismo y el sentimiento vigoroso de la patria. Seguramente por eso, porque quienes rescataron del olvido a la lejana península fueron hombres que vivieron la lucha revolucionaria de México, Baja California es más mexicana que ninguna otra tierra del país. En cierta forma, y tratando de buscar un paralelo, Baja California representa, en la historia de México, el mismo papel que el *Far West* en la historia de

Estados Unidos. Y esta aventura de reconquista, de integración e incorporación de la patria a la patria, se inicia en 1911.

Puede perdonarse que el periodista olvide muchos nombres que forman parte inseparable de la evolución nacional bajacaliforniana, siempre que no olvide los de dos hombres que destacan en su historia: el del coronel Esteban Cantú, el idealista, y el del general Abelardo L. Rodríguez, el hombre de acción. El primero nacido en Nuevo León, el segundo en el estado de Sonora.

Así como la historia de la conquista espiritual de Baja California debe empezar con la mención de los padres jesuitas Kino y Salvatierra, la historia moderna del actual territorio debe iniciarse con el nombre del coronel Esteban Cantú, último representante de una raza ya extinguida: la de los fundadores de naciones. El coronel Cantú, tenía apenas el grado de mayor cuando llegó por primera vez al Distrito Norte de Baja California, el 26 de junio de 1911, a combatir, por órdenes del gobierno revolucionario, el filibusterismo imperante en la península. Por entonces los hermanos Flores Magón, desde Los Ángeles, se jugaban la última carta y trataban a toda costa de convertir la lejana esquina de la patria en la República Socialista de Baja California. El plan estaba respaldado por los estadounidenses y cuanta pandilla se internaba en Baja California venía armada, pertrechada y pagada por los potentados californianos. Enrique y Ricardo Flores Magón, aferrados a un comunismo primitivo, apoyados en su enorme talento, azuzaban con proclamas ardientes la rebelión separatista, acaso sin pensar en que sus actos podían redundar en beneficio de Estados Unidos.

Cantú se encontró en el norte de Baja California a una perfecta banda de asaltantes dedicada al abigeo y al pillaje, que tenía atemorizada a una pequeña población desorientada, sin sentimientos nacionalistas y dispuesta a todo, a ser estadounidense o mexicana, con tal de vivir en paz. Su primera acción fue someter a los bandoleros capitaneados por Rodolfo L. Gallego, un gángster en toda forma nacido en Los Ángeles, de padres mexicanos. Una vez hecha la paz, Cantú empezó su obra como organizador.

A su actividad inusitada se deben la creación de dos modernas ciudades del norte bajacaliforniano: Mexicali y Tecate y el desarrollo

de Tijuana y Ensenada. Fue el realizador de la carretera Mexicali-Tijuana-Ensenada por territorio mexicano, el fundador de la primera gran escuela de Mexicali y quien señalara los futuros rumbos a la población del Territorio. Primero jefe militar, después jefe político y finalmente gobernador, Esteban Cantú dirigió los destinos del Distrito Norte desde 1915 hasta 1920.

El coronel Cantú vive aún. Honesto a carta cabal nunca ha podido reunir una fortuna. Es un viejo fuerte y noble y encontrarse con él es una de las más agradables experiencias que Mexicali le depara a uno. Todo el pueblo lo quiere y respeta como a un viejo patriarca. En sordina se asegura que está un poco loco y él habla de sí mismo como un eterno fracasado. Sin embargo, dirige un pequeño negocio de maderas y ha organizado a los ejidatarios de la sierra de Juárez para que exploten racionalmente sus bosques. En cuanto a su locura, es indiscutible, pero con seguridad es la más noble que puede enfermar al cerebro de un hombre. Es la locura de querer a los semejantes, de amar a la patria, de respetar todos los derechos y olvidar, definitivamente, que el hombre es el lobo del hombre.

La obra de Cantú encontró un continuador, menos soñador pero más práctico, en el general Abelardo L. Rodríguez. Bajo su enérgica dirección, Baja California cimentó su destino. Cantú es el venerable hombre del pasado, el pionero sin par; el general Rodríguez es el hombre del presente y el futuro de la península. De su labor, segura y benéfica, ya volveremos a hablar cuando lleguemos a la Costa.

LAS CUATRO CIUDADES

A Mexicali se le llama “La Caliente”; a Tecate, “La Escondida”; a Tijuana, “La Pervertida”, y a Ensenada, “La Cenicienta”. Son ellas las cuatro principales ciudades del Territorio Norte de Baja California, y cada una tiene una bien marcada y distinta personalidad. Mexicali es el centro de los agricultores, la capital del Territorio y un fuerte centro comercial. Tecate apoya su desarrollo en la industria, sin que por eso se olvide de la agricultura. Tijuana vive del turismo nocturno estadounidense; y

Ensenada, que en sus valles siembra olivos, es la más importante base pesquera de la costa pacífica de la península.

El auge de las cuatro ciudades y sus zonas de influencia, que se inició con la explotación de los vicios a falta de otra cosa, encontró cauce hacia el futuro en el establecimiento de las zonas libres. Aislada del resto del territorio por su propia constitución geográfica y por las deficientes vías de comunicación, Baja California sólo podía y puede sostenerse gracias a la abolición de barreras aduanales. Egoísmos antipatrióticos que han germinado en otras regiones de México tratan a toda costa de obligar al gobierno a derogar las zonas libres en Baja California. La desaparición de tal franquicia sería la muerte de la península. Las comunicaciones con el Distrito Federal y los otros centros productores nacionales siguen siendo deficientes. Exceptuando las rutas aéreas incosteables para transporte de materias primas y mercancías, los otros servicios de transportes son totalmente defectuosos. La línea ferrocarrilera del Pacífico Sur, por falta de equipo, es insuficiente para satisfacer las necesidades peninsulares. Carretera hacia Sonora todavía no existe y un servicio de navegación que hiciera la comunicación por los puertos es algo que todavía ni a proyecto llega. En tales condiciones, Baja California puede vivir únicamente a base de comerciar con los Estados Unidos, comprándoles y vendiéndoles sin pago de derechos que hagan más insignificante nuestra moneda al cambiarla por dólares. Hasta hoy, las cosas se han manejado así y los efectos han sido benéficos. La industrialización y el desarrollo agrícola de Baja California ha permitido vender más de lo que se compra y esto significa una fuente de ingresos de dólares, tan necesarios a nuestra economía. Hace menos de 40 años, el gobierno federal contribuía con 150 mil pesos anuales para el sostenimiento de Baja California. En la actualidad, el Territorio contribuye al erario nacional y fortalece la economía de México, creando continuamente centros de trabajo. La vuelta al sistema antiguo y la inmediata despoblación de las cuatro ciudades del norte de Baja California, serían los efectos inmediatos de la derogación o mutilación de las zonas libres.

Pero mientras tanto, mientras el gobierno decide la vida o la muerte de Baja California, la península sigue su existencia, alimentada por los

cuatro corazones que son sus cuatro ciudades del Territorio Norte. Ciudades nuevas, fuertes, vigorosas, que llevan como marca el característico sello de sus hombres, nacidos aquí y allá, en el interior, pero todos identificados por el mismo afán de dar aliento y fortaleza al más lejano jirón patrio, donde el sol de México agoniza, todas las tardes, su último crepúsculo.

II ¡LA ANTESALA DEL INFIERNO!

Exceptuando una remota región del África negra, el peor clima del mundo se encuentra en el valle de Mexicali, la planicie pródiga de Baja California que, geográficamente, es prolongación del Valle Imperial de California. Con una máxima de 49 grados centígrados a la sombra, en verano, y una mínima de siete grados bajo cero en invierno, este valle inmenso bate marcas de extremosidad de cualquier parte de México.

Es cierto que por ahora, cuando el redactor viajero recorre las rutas infernalmente polvosas del Territorio Norte, el clima es agradable; pero apenas hace dos meses, en el pasado agosto, un buen número de habitantes murieron como consecuencia del calor, y dentro de algunas semanas, tal vez en diciembre, algunos otros perecerán de frío. Verano e invierno son secos en extremo y todos los días del año serían claros, sin nubes, a no ser por la niebla de polvo ardiente a la garganta y a los ojos, que siempre se levanta sobre la llanura.

A pesar de todo, del frío, del calor, del polvo, del sol cegador, el valle de Mexicali es la región más poblada de Baja California. Pareciera que los hombres que se han dado cita aquí para buscar ruta a sus destinos, encontraran un acicate en la lucha por la supervivencia, imponiéndose a este clima todo rigor que es el precio para iniciar un triunfo. Porque Mexicali fue y es la tierra de promisión, donde todo esfuerzo es duro, pero fructífero; ya que a la par de su rigor climatológico ofrece a los hombres una tierra fértil en que basar la vida.

El valle de Mexicali sería un desierto de dunas arenosas a no ser por su Nilo: el Río Colorado. Aunque aprovechado en gran parte en Estados Unidos, el Colorado entra a México todavía con un caudal suficiente para hacer pródiga la llanura de Mexicali. El Colorado es un río sucio, afortunadamente sucio, que en sus aguas revueltas trae una gran canti-

dad de limo que hace fértiles las tierras. Apenas cruza la frontera por el vértice que divide Arizona de California y Estados Unidos de México, se multiplica en varios brazos, algunos naturales y otros artificiales, tendiéndose sobre la planicie y abarcando con sus corrientes toda la superficie agrícola. Baja suavemente, resbalando sobre una pendiente que apenas percibe el ojo humano. Por una feliz circunstancia para Baja California, el río tiende a su derecha, hacia occidente, olvidándose de las mesas desérticas de Sonora, vertiendo toda su última energía en las tierras algodonerías y trigueras de Mexicali. El Río Colorado es la vida en esta región del país, y sin él, el hombre no existiría en el rincón noreste de Baja California.

La ciudad de Mexicali germinó gracias al río. Hace menos de 40 años, antes de la llegada del coronel Cantú, el lugar no existía en el mapa y sólo una docena de casuchas eran todo el villorrio. Con el orden y la organización, Mexicali nació a la vida con un nombre que le dieron los técnicos de la Comisión Internacional de Límites utilizando las primeras palabras de México y las primeras de California. Del mismo modo que el poblado limítrofe de la frontera fue bautizado con las primeras letras de California y las últimas de México (Caléxico); Mexi (co) Cali (fornia) es un nombre moderno para una ciudad nueva, cuyo desarrollo ha sido impresionante y sin paralelo en la historia de los pueblos de México.

EL DESIERTO VENCIDO

La Llanura, que se extiende desde la frontera hasta la sierra de los Cucapá, limita el río por el oriente y el mar por el sur, no sabía de siembras hace medio siglo. Por entonces imperaba aquí la voluntad de la Colorado River Land Company y el ganado, en su mayor parte cimarrón, pacía sobre los pastizales inmensos. La ganadería, entonces, era la riqueza principal, pero México no recibía ninguna cuenta ni provecho de ella, ya que la concesión otorgada por el presidente Porfirio Díaz a la Colorado River no rescataba nada para México. Los estadounidenses poseían el río, las tierras y todo lo que sobre ellas vivía. El ganado

pasaba la frontera sin pagar derechos y los nacionales que trabajaban para los extranjeros eran una suerte de esclavos en su propia nación.

Cuando empezó la agricultura y la gente al sur de la línea internacional se interesó en las siembras, aprovechando el paso por tierras mexicanas del canal estadounidense de El Álamo, cuya misión es irrigar la parte occidental del Valle Imperial, la Colorado River Land Company empezó también a hacer otro negocio. Por ningún motivo y a ningún precio vendía sus tierras a los agricultores. Las rentaba por un año a un elevado precio y al final de la cosecha volvía a recogerlas. De este modo la colonización era imposible y el agricultor era un vagabundo que trabajaba para los extranjeros. Sin embargo, estos primeros agricultores que cosecharon para la Colorado River Land Company, fueron los iniciadores del desmonte de los mezquites del enorme valle. La Llanura desértica, 40 años después, ha sido vencida por el hombre y su aliado el río. En la actualidad, el cuarto de millón de hectáreas que se extienden al oriente y al sur de la ciudad de Mexicali, son tierras de trabajo, donde los colonos, atraídos desde los tiempos de Cantú y los agraristas, llegados durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, han cimentado el futuro económico del Territorio Norte de la Baja California.

A esta floreciente ocupación del valle han contribuido varios factores. Primero, sin lugar a dudas, el establecimiento de la paz, turbada por el filibusterismo de principios de siglo; segundo, el espíritu progresista de los colonos que talaron los mezquites para hacer arable la Llanura; tercero, la expropiación, en tiempos de Lázaro Cárdenas, de las tierras anticonstitucionalmente usufructuadas, aún en esa época, por la Colorado River Land Company, y finalmente, la construcción en marcha de la presa Morelos, que aún cuando inconclusa, es una gran promesa para la irrigación del valle.

La presa Morelos es una de las obras más importantes de la Secretaría de Recursos Hidráulicos. Cuando esté concluida, será una especie de monumento a la técnica del ingeniero Adolfo Orive Alba. Otro gran técnico y hombre honorabilísimo, el ingeniero Esquivel, dirige la gigantesca obra.

Si hay auge en Mexicali, esto se debe más que a la calidad de las tierras y las supuestas ventajas de la agricultura, a la calidad de los agricultores de la región. Muchos de ellos no lo fueron antes, pero todos aquí se han forjado en una escuela dura, inclemente, que promete mucho, al paso que exige demasiado. El valle de Mexicali, antes que con agua del Colorado, ha sido regado con sudor humano y fertilizado a fuerza de músculos y voluntad. Es una tierra de promisión, he escrito antes, pero lo es sólo para quienes saben trabajar e imponerse a todos los infortunios y las dificultades.

EL ORO BLANCO

El agricultor de Mexicali siembra preferentemente algodón. Concede importancia secundaria al trigo y ocasionalmente, o para cumplir cultivos de rotación, siembra linaza, cebada, alfalfa, tomate. Pero su esperanza de siempre es el algodón, producto difícil y engañoso, que a veces hace ricos en un año y a menudo trae la miseria por varios ciclos de cultivo consecutivos. Como si el eterno albur de sembrar algodón no fuera suficiente, los agricultores de Mexicali juegan año tras año contra una circunstancia infeliz que los coloca en posición desventajosa con los otros agricultores de la república. En Mexicali, los costos de siembra y de cosecha son los más caros de México, mientras que su producción se vende a los precios más bajos. Lo primero es una consecuencia del alto estándar de vida en la región; lo segundo se deriva de la falta de comunicaciones, de la lejanía con los centros consumidores del país y del abuso desmedido de las refaccionadoras y acaparadoras del valle. Si a pesar de esto la agricultura es el mejor puntal económico del territorio, se debe a la mecanización de los trabajos, que tampoco tiene igual en ninguna otra zona agrícola de México.

Si por enero o febrero de todos los años aparecen en los diarios de México, Distrito Federal, notas anunciando que en Mexicali se ha permitido la libre exportación del algodón, para beneficiar así a los agricultores, tales informaciones son una absoluta falsedad. En Mexicali nadie exporta algodón, exceptuando las compañías acaparado-

ras del oro blanco. Los agricultores nunca reciben el beneficio directo de la venta al extranjero. Ellos siembran, riegan, pizcan y llevan su algodón y su semilla a las casas refaccionadoras. No tienen otra alternativa. El préstamo inicial, renovado año tras año, y otras circunstancias les obligan a vender el producto a quienes prestan dinero para las siembras. Y estos prestamistas, llamados compañías refaccionadoras, son quienes obtienen la mayor ganancia del cultivo. No es una simple operación de compra. Se trata, en estos casos y con estas compañías, de un verdadero atraco que trae como consecuencia un enriquecimiento ilícito.

Las principales compañías refaccionadoras de Mexicali son cuatro: Compañía Industrial Jabonera del Pacífico, de Anderson y Clayton; Algodonera del Valle, del ingeniero Eugenio Elorduy; Despepitadora de Mexicali, de Saar Williams, y el Banco Ejidal. La industria jabonera es la más fuerte de todas. Refacciona a la mayoría de los colonos y compra dos tercios del total de la producción de algodón del valle. Sus préstamos son al catorce por ciento de interés (doce por ciento de intereses y dos por ciento de comisión), y como si esto fuera poco, todavía gana una fortuna en todo el producto comprado, al igual que las otras empresas.

Un agricultor vende su algodón y su semilla, y sólo por eso le pagan las refaccionadoras. Pero el algodón lo pagan siempre a un menor precio, clasificándolo como de menor calidad. En el despepite obtienen otra fibra de menor clase llamada borra, que tampoco pagan al productor, luego sacan la cascarilla, la harinolina y el aceite, y de estos tres subproductos tampoco cobra nada el agricultor. Además, y como regla general, el pago de la semilla lo hacen con un retraso de tres meses, y mientras tanto, siguen cobrando los intereses del préstamo no liquidado.

Aparte de este problema, cuya solución está en manos del gobierno, el sembrador de Mexicali lucha contra otros de mayor gravedad. Entre ellos se puede mencionar el salitre, mismo que poco a poco invade las tierras del valle. El asunto es grave, tanto como el de la erosión en el centro de la república. Año tras año aumentan las tierras enfermas por este cáncer de la llanura. Hay dos o tres colonias donde la emigración se ha iniciado y de no atenderse el problema el éxodo se desatará en breve.

En cuanto al pro, por lo que respecta al problema solucionado, ahí está la presa Morelos. Su construcción, que terminará en julio del año próximo, dejará asegurada la irrigación de todo el valle. Es una de las obras más audaces y prácticas de la ingeniería hidráulica mexicana. Su función será la de elevar y derivar las aguas del Colorado que corresponden a México, en virtud de tratados internacionales. Tendrá un costo total de 45 millones de pesos y su primer beneficio será el de evitar a México el pago de tres millones de pesos anuales por el alquiler del canal de El Álamo, propiedad estadounidense que hasta hoy sirve a los nacionales para irrigar la parte alta del valle.

LA CIUDAD MODERNA

En función de la agricultura, ha nacido Mexicali, la ciudad moderna.

Antes de que la tierra del valle cimentara el futuro económico de la región, el pueblo fronterizo crecía alimentado por el oro derivado del juego y del opio. Por aquel entonces su sobrenombre era Sodoma y hacía pareja con Tijuana en la explotación de los vicios.

En la actualidad, Mexicali vive totalmente de día, una vida intensa, de trabajo. Es una ciudad moderna y limpia, considerando que lo polvoso le viene por una fatalidad geográfica y no por otra cosa. Su trazo es amplio, y a pesar de haberse desarrollado de la noche a la mañana en una suerte de improvisación, no perdió por eso cualidades urbanísticas. Sus calles son anchas, hechas para permitir el tránsito hoy y mañana, y sus edificios, aunque modestos, son discretos y severos en cuanto a gusto. En honor a la verdad no podría decirse que el centro de la ciudad sea bello. Tiene demasiado movimiento, demasiados comercios de toda especie. Los chinos —que merecen una mención en la construcción de la ciudad y en la colonización del valle—, han impreso un sello de internacionalismo en la zona urbana central, donde cada metro de terreno está destinado a una función necesaria para el desarrollo de las transacciones comerciales.

Pero en cuanto el viajero se aleja de la estación del Southern Pacific Railroad y se acerca al palacio de gobierno por las modernísimas avenidas

Reforma u Obregón, el panorama cambia y la zona residencial elegante destaca con una belleza muy singular, muy moderna y de muy buen gusto. Aquí el ritmo ciudadano parece lento y la vida apacible. Las calles son anchas, desusadamente anchas, y las amplias banquetas van escoltadas por árboles, o alfombradas con prados. Las casas están construidas en su mayoría al modelo californiano y se mantienen aisladas dentro de pequeños parques que deben conservarles algo de fresco durante los veranos. Aun las mismas colonias humildes, construidas al sur de la ciudad primitiva, mantienen en pequeña escala ese ambiente de amplitud, de ansia de espacio y de aislamiento. Lástima es que todas las colonias periféricas, cuyo estándar de vida no es en forma alguna miserable, estén tan abandonadas en cuanto a condiciones sanitarias, sufriendo por falta de agua, de drenaje, de luz y de pavimento.

Acaso lo más típico de Mexicali sea el barriochino, La Chinesca, como se le llama apropiadamente, ya que los orientales se han ido transculturando y perdiendo sus originales costumbres. Tienen mucho de estadounidenses y todavía más de mexicanos, si se exceptúan sus nombres monosilábicos, sus ojos oblicuos y el idioma lleno de tonalidades breves. Los chinos constituyen el elemento antiguo de la ciudad. Ellos fueron los primeros en avizorar las posibilidades de futuro que dormían en la asoleada llanura donde imperaba la Colorado River Land Company.

Mexicali, por sus medios de vida, es una ciudad donde las diversiones son pocas. Sin embargo, hay tres cines de primera categoría donde se exhiben a diario las películas de estreno. A falta de casino, está la noble institución, bar y restaurante, El León de Oro, dirigida por el amigo Jimmy Álvarez; y cuando por la noche los agricultores emigran de este su lugar preferido para el café, la charla y el descanso, abren sus puertas dos o tres cabarets, de los cuales, Augie's Place es de primera línea por la calidad de sus licores y su inmejorable variedad.

EL PUERTO DEL FUTURO: SAN FELIPE

Ciento ochenta kilómetros al sur de Mexicali, el pueblo del valle tiene salida al mar, por el bello puerto de San Felipe. La carretera cruza la

planicie con rumbo directo al sur, atravesando las dunas arenosas y el desierto que suceden a las tierras fértiles y se acerca al mar bordeando unas salinas inmensas e inexploradas. Desde ahí corre paralela a la costa del golfo de Cortés, aproximándose a ella a medida que avanza.

San Felipe ha sido siempre un puerto de pescadores exclusivamente y no es sino hasta el presente gobierno del licenciado Alfonso García González, que se le ha prestado interés como uno de los mejores sitios turísticos de la península. Tiene dos particularidades notables que lo hacen de una incomparable atracción. Toda la enorme ensenada natural que sirve de base a los barcos pesqueros, es una sola playa, apenas interrumpida por algunas rocas que se desprenden del litoral adentrándose al mar. Las playas son suaves, de muy ligera pendiente y de fina arena. Su amplitud podría dar fácil acomodo a miles de bañistas que sería igualmente fácil atraer con una acertada propaganda, ya que en el suroeste de Estados Unidos no hay playa que le pueda competir en grandeza y belleza. Por otra parte, el golfo de Cortés, en esta parte, casi en el vértice donde recibe las aguas del Río Colorado, presenta el caso notable de que sus mareas alcanzan, en la pleamar, hasta siete u ocho metros de altura, por lo que dichas mareas son consideradas como las más altas del mundo. Los barcos que se acercan demasiado a la orilla durante una marea alta, quedan en seco cuando el mar se retira. En ocasiones, el agua llega a inundar el poblado y las lanchas navegan por las que horas antes fueron las calles del lugar.

Desde 1942 se inició en San Felipe la explotación pesquera en gran escala, debido a que sus aguas son ricas en la famosa totoaba, en curbina y principalmente en camarón; productos todos que se exportan a Estados Unidos y constituyen el medio de vida de los mil habitantes del pueblo de San Felipe. Funcionan actualmente seis cooperativas y tres empresas compradoras que envían anualmente al vecino país, aproximadamente 250 toneladas de camarón, 150 de totoaba y 50 de curbina. Treinta y cinco barcos de diferentes tonelajes tienen aquí su base y muchos otros se acercan a estas aguas, provenientes de la costa sonorenses y de los puertos del Territorio Sur de Baja California.

Sería injusto olvidar en esta nota sobre San Felipe, a los dos pioneros del pueblo, verdaderos precursores de su desarrollo: don José María Rodríguez y el ingeniero José Hernández Limón.

Con la creación de una nueva empresa que funcionará con la razón social de la Compañía Industrial del Golfo de Cortés, el turismo se convertirá en otra fuente de ingresos de Mexicali. Por ahora construye un hotel con playas tersas y asoleadas frente al mar, cuya belleza garantiza el auge de cualquier empresa de esta índole. Lo único necesario para que se cumpla esta fácil profecía es terminar totalmente la carretera, en cuya construcción se han erogado ya más de veinte millones de pesos, suma exorbitante si se considera que la misma compañía que ejecuta las obras de la presa Morelos prometía terminarla en un año con un costo total de dos millones de dólares: diecisiete millones trescientos mil pesos de 1950.

III EL ÁRBOL DEL MILAGRO

Sobre la carretera inconclusa de Mexicali a Tijuana, después del desierto —luego de bordear por el norte la cuenca vacía de la Laguna Salada, más baja que el nivel del mar—, a media cuesta hacia La Rumorosa, hay un árbol al que la gente llama “del milagro”. Es un árbol común, acaso encino. Que se sepa no ha hecho más milagros que el suyo propio de nacer, enraizar y crecer sobre la roca desnuda. Su pedestal es un peñasco de grandes proporciones, que ahora, años después de que en alguna de sus pequeñas cavidades germinara la semilla del encino, se ha roto por la presión de las raíces y el tronco, que buscaron su camino a la vida. De este hecho, incomún, le viene el nombre. Es un árbol digno de un apunte de Ripley.

El increíble “árbol del milagro” marca la entrada a la sierra de Juárez. Desde la peña donde levanta su mediana estatura se dominan, hacia atrás, el desierto, la Laguna Salada y muy a lo lejos el valle de Mexicali; hacia el frente sólo queda la montaña, la primera cumbre de la sierra. El viajero que viene del desierto cambia sus ropas y empieza a sentir la necesidad de abrigarse. A pesar de que abajo, en la llanura, el sol calcina el polvo, arriba el viento es frío, haciéndose helado a medida que se asciende hacia la línea divisoria de las aguas.

El puerto que da paso al oriente de la montaña lleva un nombre poético: La Rumorosa, y nadie sabe por qué. Se puede suponer que tal vez por la noche el viento cante al pasar por los ramajes de los piñones que hacen el bosque ralo de la altura. Eso explicaría el nombre. Ahora que, si el viento dice algo al paso que mueve los follajes, debe decirlo en honor del coronel Esteban Cantú, el hombre que hace 35 años abriera este camino para poner en comunicación a las dos principales ciudades de la Baja California de aquella época: Ensenada, la vieja capital, y Mexicali, el pueblo del futuro.

LA CUMBRE DE LOS LOCOS

En La Rumorosa el viento es frío, seco y saludable. El paisaje sedante: nada más que piñones muy separados entre sí y rocas color sepia. El clima debe ser benéfico para los tuberculosos y los locos, puesto que están aquí. Hace muchos años alguien tuvo la ocurrencia de establecer aquí el Hospital Antituberculoso y el Pabellón para Dementes. Actualmente Servicios Coordinados de Salubridad controla estos dos asilos. La idea fue buena, en teoría, porque la práctica y esto no por razones de clima o de paisaje, ha demostrado lo contrario. El Hospital Antituberculoso es la antesala segura del cementerio que crece rápidamente por una de las laderas de la montaña. En cuanto a los locos, vegetan más que viven; y si no se alivian sus cerebros enfermos a lo menos los cuerdos de abajo, por el Pacífico los de Tijuana y por el golfo de Cortés los de Mexicali, deben sentirse bien sin su compañía.

El Hospital Antituberculoso no es un edificio *ad hoc*. Hasta hace un cuarto de siglo fue el cuartel de verano del general Abelardo L. Rodríguez, por entonces gobernador del Distrito Norte. Para tal fin el edificio era apropiado y el gobernante podía despachar desde aquí sin sentirse agobiado por el calor de la llanura. Después de que Rodríguez dejara el poder, el edificio fue destinado a hospital, sin acondicionarlo debidamente; y las que fueron oficinas y hogar de don Abelardo pasaron posteriormente a ser salas de los agonizantes. En cuanto a los locos se les alojó en el edificio cercano, antes cuartel, y desde luego viven peor que los soldados. Ha quedado la influencia del ambiente pasado, a juzgar por la actitud de los locos. Están organizados militarmente, según ellos, y el “general” —un mocetón heredolúético— tiene siempre dispuestos los planes defensivos de la fortaleza. Quiere pertrechos de guerra a toda costa. Los cuerdos de Salubridad, al menos, debieran enviarles municiones de boca.

Los tres edificios de Salubridad, incluyendo el destinado a la administración y habitación del escaso personal, están en ruinas. Impera en ellos la desorganización clásica de la burocracia. Para los locos, tuberculosos, administrador, dos enfermeras, tres conserjes y una lavandera, están destinados seis mil pesos mensuales de presupuesto; y esto no

alcanza ni para la comida de la mitad de ellos. Las salas son sucias y están deterioradas por el tiempo y el olvido. Hay camas pero no colchones; clima apropiado pero no alimentación adecuada; hay enfermos pero no médico. El médico responsable no vive aquí, sino en Mexicali y sube cada ocho o diez días a firmar los certificados de defunción. No hay equipo ni medicinas ni atención médica. Las enfermeras no cumplen más misión, obligadas por las circunstancias, que la de asistir en sus últimos momentos a los moribundos. He preguntado y se me ha contestado: “Hasta ahora, ningún tuberculoso ha salido vivo de aquí”.

No puede culparse de lo que sucede en La Rumorosa al médico responsable ni a los que le secundan. Todo es cuestión de presupuesto, y éste está en manos del gobierno federal. Las cosas se quieren arreglar para el futuro construyendo un verdadero hospital cerca de Mexicali, que según proyectos tendrá un costo de tres millones de pesos. Como el calor en verano en Mexicali es agotador, se piensa instalar un magnífico servicio de refrigeración en la proyectada unidad médica. Tal cosa linda un tanto con la barbaridad. ¿Por qué no aprovechar el clima y el paisaje fortificante de La Rumorosa construyendo el hospital en plena sierra? Los tuberculosos vivirían mejor, tendrían más aislamiento, menos inquietudes, mejor atmósfera e inmejorable paisaje. Un hospital en toda forma en este paso de la sierra tal vez fuera germen de un pueblo mayor, que ayudaría a la dispersión de la población de las ciudades septentrionales, las únicas, de Baja California. Acaso con el tiempo La Rumorosa fuera el Davós de México. Tiene ambiente para ello.

EL ESPÍRITU DE CANTÚ

Estando en La Rumorosa hay tres caminos por seguir. Uno que regresa a Mexicali y desciende de la montaña hacia el oriente; un segundo que va en sentido contrario y llega a Tijuana, pasando por Tecate; el tercero sigue rumbo al sur y se interna, siguiendo el filo de la cumbre, por la sierra de Juárez. Es el camino de los bosques y del frío.

El bosque, camino al sur, no aparece de inmediato. Hasta Los Gavilanes, 25 millas de camino equivalentes a 40 kilómetros 225 metros,

el paisaje es desolador, desde que los pinares inmensos sucumbieran por la acción de los incendios. La montaña es árida, con piso de arena, sembrada de rocas y a trechos distantes de pequeños arbustos. Por doquiera se ven los cadáveres ennegrecidos de los que fueran pinos y en una enorme superficie todo es desolación. Ni las mismas liebres encuentran algo de qué sustentarse en este semidesierto de altura.

En Los Gavilanes empieza el bosque de coníferas y hay un pueblo abandonado. Nació durante la guerra y murió al hacerse la paz. Los estadounidenses, guiados por los gambusinos que desde tiempos lejanos se beneficiaban un poco de oro sacado de las entrañas de la montaña, llegaron en busca de tungsteno. Montaron una gran planta de beneficio, hicieron horadaciones por todos lados, instalaron maquinaria pesada y trajeron grandes camiones para acarrear el mineral de guerra. Se formó un poblado y se construyeron casas hasta de adobe con techos de dos aguas pintados de rojo. De todo eso, hoy solamente queda el esqueleto. En el poblado sólo vive un hombre y ocasionalmente le acompaña una cuadrilla de trabajadores. El primero, es el vigilante encargado de que no se roben la maquinaria inútil; los segundos, son los ejidatarios de la sierra de Juárez que cuidan de la conservación del camino que va al aserradero y que pasa por el lugar.

Siguiendo al sur, por un camino no del todo malo que serpentea entre el pinar, se pasa la cuenca seca de Laguna Hanson, en cuyas orillas se levantan algunas casitas de veraneo que ocupan por julio y agosto algunas familias pudientes de Mexicali. Más adelante el camino toca varios ranchos de ejidatarios ganaderos y por todas partes véanse las reses gordas que pacen indiferentes al hermoso paisaje, bello de verdad, hecho de bosque, de picachos y de prados.

El aserradero de la sierra de Juárez es en su aspecto físico, igual que cualquier otro aserradero en cualquier otra montaña: casas de troncos, una sierra bajo un enorme cobertizo, un arroyuelo en medio, una caldera que humea y bosque por todo horizonte. Por todos lados serrín, tablas apiladas y en el aire la música ronca de una sierra que corta y hace de los troncos, tablas. En cuanto a su organización, el aserradero de Juárez es diferente a todos los otros. Éste es un ejido que por la sequía de años pasados se cambió de ganadero a maderero; ahora pensando en

el futuro, está regresando a su antigua base económica, a pesar del abigeato que impera, impune ante la ley.

La explotación del bosque también es diferente a la que hace desaparecer la vegetación en otras regiones del país. Como los ejidatarios conocen los efectos de una tala inmoderada, han hecho las cosas siguiendo una rigurosa técnica de corte y renovación de los pinos de la mejor clase. Así, la ponderosa está asegurada. En mucho de esto, de la organización de los ejidatarios, de la escuela construida por ellos mismos, de su espíritu de trabajo, está la mano de Cantú, quien fuera el primero en dirigirlos y levantar el ahora floreciente negocio.

TKT

Del aserradero baja uno a Ensenada por un camino que toca pueblos ignorados del mapa, o vuelve uno a La Rumorosa para llegar a Tecate. Pero cualquiera de las dos rutas hay que seguirla pronto. El invierno aquí es riguroso y corta a menudo la retirada. El año pasado la nieve subió a más de metro y medio y el pueblo de madereros quedó aislado, sin provisiones y sin esperanzas de obtenerlas. Hubo que pedir ayuda al gobierno y el licenciado García González les envió camiones especiales para rescatarlos. Todos tuvieron que pasar el invierno en Ensenada; la sierra y el pueblo de casitas de madera se quedaron sepultados bajo la nieve, hasta la primavera pasada.

Si elige uno la brecha hacia Ensenada, el bosque desaparece apenas se inicia el camino. Otra vez aparece el desierto de la montaña con sus pequeños arbustos. Ya cerca de la llanura se cruzan pastizales y saluda uno a campesinos que viven aislados en parajes de dos o tres casas; pueblecitos cuyos nombres es inútil buscar en los mejores mapas de la península. En cada uno de ellos se corrige el rumbo, y así, preguntando y preguntando, a la carrera o a brincos, por el ondulante y a ratos mal camino, se llega directo a Ensenada.

El otro camino, hacia Tecate, regresa por Los Gavilanes, corta un poco al evitar La Rumorosa, y entronca con la carretera Mexicali-Tijuana, que estará lista totalmente dentro de dos años.

Tecate, una hora antes de la pecadora Tijuana, es un pueblo nuevo que vive de la industria, la cual, a su vez, prospera gracias a la buena calidad del agua que se encuentra en este lugar. Tecate, en lengua kiliwa, significa algo así como “donde gira el sol”, y sus habitantes, para abreviar su escritura, han dado por representar el nombre con tres letras: TKT.

El terreno donde ahora se levanta esta pequeña ciudad industrial se compró en 20 mil dólares gracias al empeño del imprescindible coronel Cantú. Ahora vale millones, y si sus predios no garantizan ese cálculo, ahí están para responder sus cuatro industrias principales: la Manufacturera de Malta, S.A.; la Aceitera de Tecate; la Compañía Cervecería de Tecate, y las bodegas de San Valentín. Las tres primeras aseguraron la economía local y la Manufacturera de Malta, primera en establecerse allá por 1929, fue el punto de partida en el desenvolvimiento social e industrial.

Dicen que alguna vez Tecate recibió mucha ayuda del turismo extranjero. Tal vez sí, tal vez no. Más lo segundo que lo primero. De día TKT —para escribirlo como los residentes— es una zona fabril, con la mayoría de la población, masculina y femenina, ocupada en labores de las industrias. De noche, es un pueblo triste, oscuro y callado, esto último si se hace caso omiso de la sinfonía que grita en alguna cantinucha. Tiene vida social pero ésta corresponde al tipo de sociedad de hombres de empresa, y el lugar de reunión preferido es el Club de Leones, donde, a no dudarlo, se baila al mismo tiempo que se habla de negocios.

Hay un TKT mexicano y un TKT estadounidense, pero éste último se reduce a las oficinas de migración. La línea se cierra a las seis de la tarde, y aún cuando estuviera abierta toda la noche, no habría ningún estadounidense que la cruzara. No hay ciudades grandes del otro lado. La más cercana es San Diego, pero los de allá tienen más cerca Tijuana, lugar ideal para gastar dólares... cuando se tienen. Por eso, al atardecer, el viajero que viene de la sierra abandona Tecate y va en busca de un poco de alegría a Tijuana, nuestra próxima escala. Con el crepúsculo, inmenso y amplio, puede verse a un lado de la carretera Rancho Florido, en Matanuco, donde el presidente Miguel Alemán siembra olivos y almendros y hace del desierto un bosque productivo.

IV RUSIA EN MÉXICO

Hace 43 años, por aquellos los tiempos de don Porfirio, un grupo de inmigrantes rusos cruzó la frontera mexicana de Baja California. Provenientes del Cáucaso, habían atravesado el Pacífico y el suroeste de Estados Unidos. Eran cien familias apenas y en total, contando los viejos de luengas barbas, las mujeres blancas y los niños rubios, no más de 350 personas. Cerca de Ensenada, en un pequeño valle que toma el nombre de Guadalupe del arroyo que corta sus tierras, los inmigrantes dieron por terminada su peregrinación y fundaron ahí la única colonia rusa en territorio mexicano.

Los rusos, agricultores de origen, no habían decidido su viaje en busca de tierras. Les empujaba en su larga e interminable marcha, el anhelo de paz. En Rusia, la tranquilidad era una utopía; se luchaba contra Japón; el yugo de los zares era insoportable y los conflictos internos de la nación se multiplicaban, como presagio de la futura Revolución Roja. Los otros rusos podían pelear. Pero éstos, los rusos inmigrantes, estaban imposibilitados para hacerlo. Pertenecían a una secta religiosa, cristiana, cuyo primer mandamiento ordena inflexiblemente la paz entre sus miembros.

Fue por eso que a principios de 1906, Ivan Samarin y C.P. de Blumenthal llegaron a la capital de la república; expusieron sus razones a Porfirio Díaz y obtuvieron de él un contrato para el establecimiento de colonos en Baja California. Por este contrato renunciaron de golpe a su nacionalidad, y ya convertidos en mexicanos, alquilaron tierras que más tarde compraron legalmente, desmontaron el pequeño valle virgen de cultivos, perforaron pozos para obtener agua potable y reanudaron su antigua vida de campesinos.

En 1949, la colonia rusa de Guadalupe aún subsiste. La han diezmado nuestra Revolución, primero, y después el agrarismo. Pero

todavía quedan 22 familias establecidas en tierras bajacalifornianas que a pesar de estar muy incorporadas a la vida mexicana, conservan mucho de sus originales costumbres y ponen una nota de exotismo en el mosaico de la población de la república.

LOS RUSOS DE GUADALUPE

En Ensenada hay poca oportunidad de encontrarse con los rusos de Guadalupe. Hay que ir a buscarlos a su vallecito, a 40 kilómetros aproximadamente, del puerto pesquero de Baja California, internándose por un camino transitable en todas las épocas que va ascendiendo por las colinas y acercándose a la montaña. El único pueblo que se cruza colinda con la colonia rusa y es el ejido El Porvenir. Luego hay una pila, una tienda a mano derecha, y un letrero en inglés que dice *Stop for information*. Ahí se encuentra uno al primer ruso.

Exteriormente, la colonia no tiene nada de particular. Es una sola calle, larga y ancha, escoltada por predios donde se levantan casitas campestres, de adobe, rodeadas las más de ellas de un huerto de naranjos o una plantación de vid. Podría estarse en cualquier pueblo progresista del norte mexicano si no fuera por los habitantes: viejos barbones, mujeres muy blancas, niños muy rubios. Una joven de lindos rasgos nos da la primera información: “Alejandro Delgoff es el jefe de la colonia”.

En la casa de Samarin, Alejandro Delgoff nos da la bienvenida. Como todos los hombres maduros, no habla bien español. Es gentil, pero no se expresa con claridad; por eso se le ocurre llevarnos con Samarin, un viejo amable de barba hirsuta, que conoce toda la historia y se expresa mejor en el idioma. Sin embargo, hay dificultades. Samarin propone presentarnos a un mejor informante: Alejandro Pivovarov “es más político, sabe más”. Y gracias a Delgoff, después a Samarin, y finalmente a Pivovarov, conocimos la vida, las costumbres y los problemas de la colonia rusa de Guadalupe.

Para contar únicamente lo que ellos mismos cuentan, los rusos han conservado cuatro rasgos de su cultura original: la religión, el idioma,

la camisa y el samovar. El idioma se escucha en todas partes de la colonia y todos los días; la religión se exterioriza en ritos los domingos y fiestas de guardar. En cuanto a la camisa y el samovar sólo se ven en domingo; la primera en los hombres de edad. Los jóvenes guardan el idioma y acaso, muy reservadamente, el espíritu religioso; pero es muy posible que con el continuo trato de mexicanos y por la educación federal que se imparte en la escuela del lugar, hayan olvidado ya lo más de su ancestral cultura.

MALAKÁN

Los rusos de Guadalupe son cristianos pero no ortodoxos, no protestantes, no católicos. Su religión se llama malakán. El libro básico es la biblia. Sus mandamientos les impiden comer puerco, conejo, langosta o peces que no tengan escamas. La religión también les impide beber o fumar. No tienen sacerdote especial y cualesquiera de ellos —de los viejos— puede dirigir los ritos. Tampoco conceden especial importancia al templo, y la casita que funge como tal, derruida a medias, es solamente un cuarto con bancas adosadas a los muros, una mesa donde se colocan los libros sagrados y una esterilla donde se arrodilla el que inicia los rezos y los cantos. No hay torres ni campanas, no se llama a la oración ni hay nada exterior que indique cuál es la Casa de Dios.

Por una gentileza especial del amigo Delgoff se me permitió entrar al lugar de los ritos un día domingo. Cuando crucé el umbral cerrando tras de mí la pequeña puerta semidestruida, quince hombres y cinco mujeres cantaban. Estaban de pie, repartidos en los cuatro costados de la pequeña estancia, todos de espaldas a los muros. Ellos vestían la camisa rusa de cuello alto y las mujeres el traje y la mantilla de sus abuelas caucásicas. No había música, pero los presentes llevaban el ritmo con la punta del pie y entonaban, muy bellamente, en coro perfecto, una canción sagrada. El ritmo musical era rápido, enérgico, y si no hubiera sabido de antemano que se desarrollaba un rito, hubiera pensado que se entonaba una canción de guerra.

Al parecer —el redactor hace la aclaración de que es la primera vez que se entera de la existencia de esta religión y que carece de información bibliográfica sobre la misma—, el templo en la religión malakán es al mismo tiempo lugar de reunión, de asambleas y de juicios. Después de haber cantado durante buen rato, el viejo que aparentemente fungía como sacerdote, inició una discusión en ruso. Uno a uno, los presentes fueron interviniendo, posiblemente dando su opinión. Luego volvieron al silencio y tres hombres de edad y una mujer se colocaron frente al supuesto sacerdote. Los cuatro a un tiempo volvieron las cabezas hacia los cuatro muros, como saludando a los presentes y a la voz del viejo que dirigía el rito, se pusieron de rodillas, luego se postraron de hinojos y descansaron la cabeza sobre el antebrazo puesto en el suelo. El viejo hablaba y ellos también, en voz baja. La mujer, postrada atrás de los tres hombres, empezó a sollozar y con su pañuelo en la mano levantaba a ratos la cabeza para enjugarse las lágrimas. Cinco minutos después toda la concurrencia se puso de rodillas y empezó a orar. Finalmente, todos se pusieron de pie. La mujer dejó de sollozar y volvió a su puesto, junto al muro, después de haber saludado nuevamente con la cabeza hacia los cuatro puntos cardinales. Los tres hombres hicieron lo mismo y con eso se dio por terminada la ceremonia religiosa. Imagino, ya que no hubo oportunidad de recabar información al respecto, que se trató de una confesión. Pero esto no podría asegurarlo.

Antes de salir del recinto sagrado volvió a sostenerse una discusión. Se me invitó a hablar. Me autopresenté y aproveché la oportunidad para tratar los problemas locales. Mientras Pivovarov me explicaba los problemas de la comunidad, obtuve concesión especial de tomar fotografías. Entró José Torres Zataráin —mi acompañante en este viaje— y gastó dos o tres focos en grabar el desarrollo de la sesión.

ANTE EL SAMOVAR

No puedo olvidar en verdad las atenciones de los rusos de Guadalupe. La misma tarde del domingo, Pivovarov nos convidó a beber té de samovar. Fuimos invitados de honor, se nos sentó a la cabecera, y se

invitó también a otra familia vecina, la de Delgoff. Ese día comí a la rusa: *borsch* con cuchara de madera, carne de venado cocida, y té de samovar, en plato y no en taza. Pivovarov, anfitrión perfecto, me fue explicando los procedimientos y traduciendo los nombres rusos. A todo esto no puedo decir sino *shpasida*, o algo semejante que quiere decir gracias en ruso.

EL PROBLEMA AGRÍCOLA

La colonia de Guadalupe es un poblado que se basta a sí mismo. Sus pobladores, todos, son agricultores, y de las tierras que poseen obtienen lo necesario para su sustento. Las propiedades conjuntas suman 16 mil acres equivalentes a 65 kilómetros cuadrados, incluyendo tierras salitrosas y algo de monte improductivo. En ellas siembran trigo, principalmente; cebada, alfalfa y vid. Tienen huertos de frutales, naranjos y manzanas de preferencia. El clima es bueno en el lugar, y el terreno, cuando no está invadido por el salitre, es propio para los cultivos. El agua es un poco salobre, pero puede beberse y no es mala para el riego. Aunque no puede decirse que la mecanización agrícola de los rusos es muy avanzada, sí lo es en mayor grado que la de otros poblados agrícolas. Practican una agricultura intensiva y es ésta la base de su economía.

Si la situación económica de los rusos en lo particular es buena y cada uno ha labrado una pequeña fortuna a base de trabajo, no pasa lo mismo con la colonia en general. Guadalupe está en decadencia y tiende a desaparecer. Llegaron a ella cien familias; después de la Revolución quedaron ahí treinta y cinco y actualmente sólo se cuentan veintidós. Muchos han emigrado a California y Arizona, siempre en busca de la paz. Los que han quedado en Baja California han sostenido una heroica lucha contra todas las circunstancias.

Esta desaparición de la colonia rusa parece precipitarse en estas semanas. De acuerdo con la información recabada por el periodista, está por cometerse un inicuo despojo de sus tierras: "Si esto se lleva a

cabo aseguraron los rusos, nosotros nos iremos del país, porque sin tierras ya no podremos encontrar medios de subsistir”.

La maniobra, a menos que se demuestre lo contrario, es un asunto que tiene su origen en la irresponsabilidad del delegado de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, ingeniero Salazar Ahumada. Se asegura que este funcionario, enviado a deslindar terrenos propios para la colonización en las márgenes del río Guadalupe, ha hecho un buen negocio al considerar terrenos federales las tierras que poseen legítimamente los rusos de Guadalupe. Con base en esta consideración muy propia, Salazar Ahumada ha declarado que pueden arrendarse tierras del valle de Guadalupe y ya encontró interesados en los señores general Miguel Santa Cruz, Pastor Valdez y Manuel Méndez. Los rusos han protestado porque esas tierras les pertenecen por derecho de compra y están sembradas con cultivos tales como alfalfa y vid. Pero Salazar Ahumada, en nombre de Recursos Hidráulicos, ha dado un plazo perentorio para que las desocupen y parece que, gracias a apoyo de políticos, habrá de salirse con la suya. En caso de realizarse esto, la colonia rusa de Guadalupe desaparecerá.

Hasta hoy, este es el primer despojo de que se hace víctima a los inmigrantes caucásicos. En tiempos de Lázaro Cárdenas los agraristas quisieron hacer lo mismo, pero don Lázaro, que los conoce personalmente y que sabe lo que valen en la economía agrícola bajacaliforniana, les dio todo su apoyo y ordenó que de esas tierras no se tocara un palmo. Si ahora el presidente Miguel Alemán o el secretario Orive Alba no intervienen y paran en seco los abusos de un funcionario, el atropello se llevará a cabo y tiburones influyentes quedarán como propietarios de esas tierras cultivadas desde años atrás por los pacíficos y exóticos habitantes de la colonia Guadalupe.

V

PESADA SOLEDAD

Ayer por la tarde llegamos a Melling Ranch, 180 kilómetros al sureste de Ensenada. Acampamos a orilla del arroyo de San José, muy cerca de sus fuentes, sobre las estribaciones de la sierra de San Pedro Mártir. Si no se presenta ninguna circunstancia adversa, mañana al amanecer iniciaremos a caballo un recorrido en busca de una monumental cascada que, según afirman quienes la han visto, se lanza al vacío desde una altura de más de 900 metros.

Con este paso, *Impacto* inicia su primera expedición por tierras desconocidas de México y el redactor piensa llevar a cabo su sexta expedición periodística —antes, desde las páginas de *Mañana*, fueron las islas Revillagigedo, sierra Madre de Chiapas, islas mexicanas del Pacífico, alta Tarahumara y norte de la selva Lacandona. En Baja California ha terminado para el redactor, la etapa de viaje por las ciudades norteñas del territorio, aunque al final de esta serie hablaremos en detalle, de sus industrias y sus hombres. Ahora empieza la travesía por la montaña y el desierto, lejos de los centros urbanos, siempre rumbo al sur, en busca de material inédito.

De acuerdo con la información recabada por el periodista antes de iniciar el viaje, primero en México y después en Mexicali, mucho de lo que puede verse en el territorio bajacaliforniano es de extraordinario interés, que a menudo linda con lo sensacional. Al empezar el viaje, me pregunto a mí mismo si todo lo que he oído y leído en libros antiguos y modernos será realidad, y si todo eso será posible ofrecerlo, con fotografías, a los lectores de *Impacto*.

Por qué —y es éste el motivo del presente artículo, pensado inicialmente como carta privada al director— el periodista tiene sus temores sobre el éxito de esta expedición. Es cierto que al efectuar cualquier viaje, atormenta la duda de si se realizará o no con toda felicidad. Creo

que sin excepción, hasta el último minuto, se tiene el presentimiento de que algo o alguien impedirá la realización. Éste es un sentimiento muy subjetivo y siempre repetido, que lleva un gran porcentaje de superstición. Por lo que a la expedición de Baja California respecta, no es éste mi temor. El viaje se ha iniciado. De lo que dudo es de terminarlo con éxito. Las razones para abrigar tal actitud pesimista, son obvias: Baja California es un territorio pobre en vías de comunicación, tremendamente extenso y espantosamente deshabitado. En la amplia superficie bajacaliforniana, un periodista metido a explorador es un punto en el desierto, atendido a su propio destino y a una inmejorable suerte.

EXPEDICIONARIOS DE CAFÉ

El recorrido de extremo a extremo de la Baja California es un plan largamente concebido y un proyecto soñado durante meses. Hubiera sido la sexta expedición de la revista *Mañana* si don Regino Hernández Llergo no hubiera decidido fundar *Impacto* y llevarnos a colaborar con él. Recuerdo que a mi regreso de la alta Tarahumara, en la sierra de Chihuahua, cierta mañana me preguntó el director: “¿Y el próximo viaje adónde?” Yo contesté: “A Baja California”.

Y hubo aprobación. Desde aquel día, hace casi un año, el viaje estuvo decidido. Lo fuimos posponiendo por múltiples razones: elevado presupuesto, falta de tiempo, compromisos del redactor, etcétera. A pesar de todo, el interés por realizar la expedición seguía en pie.

Ya en *Impacto*, la decisión de explorar periodísticamente la Baja California se afirmó más. Alguna noche ociosa en la redacción, me colé a la dirección, distraje a don Regino y le mostré un mapa aéreo estadounidense de la Baja California. Lo desplegué sobre su mesa, afilé mi dedo y empecé una relación: “Esta es la ruta de las misiones...”

Las cosas sensacionales que vimos en el mapa espero ilustrarlas próximamente con fotografías... si me pongo al alcance de ellas. Sólo diré por ahora, que aquella noche hice de estrategia de café, sobre un

mapa más o menos exacto que muy poco mostraba de una realidad geográfica. Yo hablaba: “Mire, don Regino, puedo venir de este punto a éste, en el camino voy a encontrar tal cosa... En esta bahía perdida casi en el mapa, hay aquéllo... en medio de este desierto, lo otro...” Y así hicimos los expedicionarios de oficina. Viajamos aquella noche por las rutas del mapa, cruzamos la montaña, atravesamos el desierto, cruzamos en barco imaginario todas las bahías y exploramos totalmente todas las curvas de nivel de la Baja California.

Ya aquí, con un pie en la montaña, pienso que el mapa no mentía del todo, pero creo que nos engañaba un poco el optimismo. La expedición por sobre el territorio es un poco menos fácil que sobre el mapa. Ahora que, al menos, el entusiasmo por efectuar el recorrido sigue siendo el mismo.

EL ARREGLO DE UNA EXPEDICIÓN

En otras regiones conocidas o desconocidas de México, la realización de una expedición es cosa simple. Primero se recaba toda la información posible sobre la zona que se va a visitar, se provee seguidamente de equipo adecuado —adecuado según los informes verbales o meteorológicos—, se consiguen mapas y, finalmente, se provee uno de dinero y de decisión. Cerca de la región por visitar se toman guías y caballos. El guía arregla todo para que durante el trayecto las bestias coman en el camino y los expedicionarios no mueran de hambre o de sed. Y así, de un modo u otro, con penalidades o sin ellas, se puede cruzar la selva Lacandona, la sierra de Guerrero o la alta Tarahumara.

Baja California, sin embargo, representa un caso especial en el terreno de las expediciones. Por lo que a informes se refiere, todos los que se pueden conseguir son antiguos o inadecuados, o corresponden a las crónicas de los misioneros o los superficiales libros de los estadounidenses —cuyo campo preferido para sus expediciones es ésta nuestra península. Puede leerse a Baegert o a Steinbeck, a Clavigero o a Stanley Gardner. Lo mejor es el libro de Ulises Irigoyen: *Carretera transpeninsular*, pero a pesar de todo es deficiente para usos

de un periodista que busca material sensacional. Aunque, justo es decirlo, es el libro básico para comprender a Baja California. En cuanto a informes meteorológicos, no hay región más pobre en todo el país en esta clase de investigaciones.

De esta falta de información resulta el primer problema, ¿qué equipo llevar? Aquí no hay selva, por lo tanto no sirven las hamacas de guerra, aún cuando sus mosquiteros son indispensables. Ropa ligera es necesaria cuando se acerca uno al mar de Cortés, pero, también hay que abrigarse en la sierra o en la costa pacífica. Muchas cantimploras para agua, porque gran parte de Baja California es desierto; equipo de cocina; sacos de dormir (*sleeping bags*); carpa; machete; brújula... ¡un lío! Hay que llevar equipo para todo y eso pesa sus respetables kilos, resta ligereza al expedicionario y retrasa las salidas. De todo eso, que en mi caso personal pesa cerca de cien kilos (sin contar la latería), no se sabe cuánto se va a utilizar, y mucho menos qué cosas más harán falta.

El problema más grande es dónde llevar todo eso. Los sacos donde se guarda la parafernalia del explorador son llevados en otras regiones por bestias de carga. En Baja California sería suicidio intentar la travesía a lomo de caballo y hay que recurrir a los vehículos de motor: un *jeep*, a falta de un comando. Eso es fácil de decir y aparentemente resuelve todo, pero un *jeep* necesita gasolina, aceite, refacciones, llantas nuevas y un mecánico. El expedicionario tiene que proveerse de todo, pensar en cuánta gasolina es necesaria e informarse de antemano dónde se la puede conseguir, hacer revisar el motor, comprar las refacciones e improvisarse mecánico. Cuando se toma el *jeep* y se le meten las cosas dentro, se encuentra uno con que el peso rebasa la capacidad de carga del vehículo. Entonces hay que empezar a sacrificar lo menos indispensable. Con que no falte agua, gasolina, aceite y comida, todo está bien. Lo demás puede irse al diablo ya que no puede ir conmigo.

Y al parecer, todo está listo para iniciar la marcha. De lo que falta —siempre falta algo— ya me daré cuenta en el camino, que es cuando no habrá manera de conseguirlo.

SOLEDAD Y COMPAÑÍA

Nada pesa en una expedición, nada duele tanto como la soledad. La resistencia a la nostalgia es, creo, lo que más influye en el éxito o en el fracaso de un largo viaje. Como el periodista no es un profesional de las expediciones, no puede envanecerse de poseer tal cualidad, pero, como hablo generalizando, no puedo dejar de mencionar, entre los preparativos para una expedición, el de hacer un gran acopio de decisión para estar solo. Se encuentran muchos amigos en todos los caminos, más no obstante eso, siempre se siente uno solo. Se piensa en el hogar, mucho en la familia, más en el amor, y cuando no se tiene otra cosa por hacer, se pone uno a contar los días que faltan aproximadamente, para el regreso a casa. Esta manía y la de pensar en mujeres cuando se está en la montaña o en el desierto, es un gran defecto que es necesario superar.

Por lo demás, el hecho de estar solo, de tener oportunidad para sentirse totalmente aislado y atendido a su particular albedrío, es algo que no se desprecia. Franz Blom, el gran explorador de la Lacandona, a quien considero uno de los más grandes expedicionarios de la época actual, charlaba un día conmigo sobre este tema. Él, que puede pasar cinco o seis meses en la selva, alejado totalmente de la civilización, me aseguraba que es en la soledad más absoluta donde se descubre el verdadero valor del hombre y el sentido de la vida. Pero ese secreto, descubierto por Blom, es peligroso. No cualquiera está mental y físicamente preparado para afrontar el más absoluto aislamiento.

Esta charla sobre la soledad, me lleva a hablar de mi compañía. Yo, naturalmente, no voy solo. Sería imposible hacer de chofer, de mecánico, de cocinero, de fotógrafo, de redactor y a menudo de cargador. Recorrí solo —únicamente con guía— la alta Tarahumara, pero en mi viaje a Baja California me acompaña un entusiasta aprendiz de expedicionario, José Torres Zataráin, fotógrafo magnífico. En esta forma, los apuros de las jornadas se dividirán por mitad, y para los lectores de *Impacto* habrá dos cámaras trabajando en los rincones de Baja California.

ÉXITO O FRACASO

Escribí este artículo para expresar mis temores sobre un posible fracaso de la expedición. El lector acaso quiera saber qué es lo que puede acarrear tal consecuencia.

Descontemos los posibles riesgos físicos: enfermedad, caídas peligrosas, rotura de huesos, etcétera; siempre he pensado que tales riesgos pueden evitarse cuidando los propios movimientos.

Descontemos también falta de comestibles, falta de agua o falta de gasolina. No podría organizarse una expedición en Baja California sin haber pensado de antemano en evitar problemas de esta naturaleza.

El problema aquí en la península, es la escasa densidad de población y la falta de caminos. El proyectado recorrido del redactor va, en el mapa, de Ensenada a La Paz, saliéndose innumerables veces de la llamada carretera transpeninsular. Mientras se viaje por tal carretera —habría que encerrar el nombre entre comillas—, el recorrido es más o menos seguro; algunos camiones de carga atraviesan la península de norte a sur, con bastante frecuencia, y hasta un poderoso autobús lleva pasajeros semanalmente de Ensenada a La Paz. Pero saliendo de ese camino, todos los demás son desiertos. Las distancias de desviación proyectadas no son largas, doscientos kilómetros cuando más. Pero, ¿qué pasaría si a cien kilómetros del pueblo más cercano, en pleno desierto, revienta el *jeep* que llevamos? Imposible proseguir a pie, imposible pedir auxilio... habrá que esperar.

Ante todo, el redactor advierte que no quiere poner, al escribir lo anterior, admiraciones de sensacionalismo. Si la máquina se desbiela en medio del desierto, eso no significa que vaya a morir de sed en corto tiempo. La vida, en este caso, la tengo asegurada. El gobernador García González, enterado de esta expedición de *Impacto*, que él calificó de “demasiado audaz”, ha dispuesto, sin que naturalmente yo lo haya pedido, que desde Mexicali se controlen mis recorridos y que si en determinado tiempo (el mismo para el que llevo comestibles) no doy señales de vida, un avión me busque por los desiertos de la península.

Lo que yo quiero explicar con esto es que una falla en el motor del *jeep* —acondicionado y revisado ya, convenientemente—, haría fracasar el viaje. Tan insignificante incidente me tendría varado quince días en las desoladas arenas de Vizcaino, en las rutas de la montaña o en cualquier playa desierta y lejana. Habría que rescatarnos a Zataráin y a mí a cualquier costo y en cualquier forma. Y, después de esto, acaso no tendría más ganas ni posibilidades de continuar el viaje. De la máquina del *jeep* valiente insignificancia depende todo. Desde hace varios días, los pistones del motor laten al parejo de mi corazón.

Ahora lector, puede usted viajar conmigo. Está usted invitado. Mañana, la sierra de San Pedro Mártir; después una isla en el Pacífico: Guadalupe y más tarde el desierto, el implacable desierto rumbo al sur de la Baja California...

¡*Au revoir!* Nos veremos.

VI

ENSENADA Y EL HOMBRE BAJA CALIFORNIA

No hay en todo México pueblo tan pequeño con tantos millonarios como Ensenada. Sin temor a error, podría calcularse que por cada mil habitantes de esta ciudad bajacaliforniana, uno de ellos es poseedor de una fortuna personal que sobrepasa al millón de pesos, cuando no al millón de dólares. Y lo extraordinario de esta característica es que las fortunas de los potentados han sido logradas mediante el esfuerzo personal, con base en el trabajo y en negocios honestos. Por esto, seguramente, el rasgo predominante en la personalidad ensenadense es el afán de sus habitantes por hacerse ricos. Es ésta una ciudad vigorosa, trabajadora y materialista; con un pueblo joven cuya fuerza no se ha desviado hacia refinamientos culturales, y sí, exclusivamente, en afirmar los cimientos económicos de su futura evolución.

Esta característica, que en otra ciudad y en otra latitud podría simplificar la descripción de un pueblo, complica la descripción objetiva de Ensenada. Al contrario de lo que sucede a los hombres, a esa especie de bípedos conocidos por “nuevos ricos”, el dinero no les ha deformado la mentalidad; lo único que ha hecho es imprimirles rasgos peculiares, que la distinguen no sólo de las ciudades del norte mexicano, sino inclusive de las otras tres ciudades del Territorio Norte de Baja California.

Ensenada, en una palabra, desconcierta. Hay ciudades que atraen o rechazan, que gustan o disgustan, que se aman o se odian. Frente a Ensenada el viajero siente simultáneamente todas esas reacciones, y queriendo huir, se queda; y pensando odiarla se entrega sin regateos, identificándose rápida y paulatinamente al paisaje de mar y de montaña que termina por ser tan familiar como el del mismo pueblo natal. Dicen que Ensenada es “pozo”: se entra pero no se sale. Acaso el dicho exagere, pero de cualquier modo uno llega a lamentar que no se cumpla inexorablemente.

ENTRE NORTE Y SUR

Hay mucha confusión cuando se trata de definir lo mexicano en cualquiera de las ciudades norteñas de Baja California. Algunos observadores han visto a la península, norteamericanizada; mientras otros afirman que es más mexicana que el propio México, Distrito Federal. Posiblemente la confusión sea justificable en Tijuana, donde aparentemente el nacionalismo es un producto para exclusiva venta a los turistas; pero en cuanto a Ensenada, no hay confusión posible. Si en esta ciudad costeña no se advierte mexicanidad es porque no quieren verla. A pesar de que Ensenada comercia casi exclusivamente con Estados Unidos y a base de dólares; en su vida interna habla español y utiliza pesos para las transacciones comerciales. Si en Tijuana el comerciante, viciado por su trato con el turista, hace un gesto de desagrado cuando se le paga en pesos y no en dólares; en Ensenada la moneda nacional vale más que en cualquier otra ciudad mexicana. En más de un restaurante o tienda comercial se me han aceptado los pesos a ocho por uno, y eso sin que yo pretendiese algún descuento.

Ensenada es mexicana ciento por ciento. Lo que puede desconcertar un poco en este aspecto es que su nacionalismo es íntimo, sin patrioterías, y que su fisonomía es doble por necesidad, con una cara amable hacia los dólares y un rostro sencillo y sincero hacia la patria. Por otra parte, la expresión del ensenadense es seca y discreta. Como la mayoría de todos los habitantes del norte de México, el hombre de Ensenada es parco y nada explosivo. Puede parecer frío, pero en el fondo no lo es, y si mira hacia el norte con cierta esperanza económica, su mexicanidad no pierde fuerza y se advierte en ella, también, ese eterno rescoldo de rencor casi atávico, mezclado de desprecio por la cultura poliomiéltica del país vecino.

Sin apasionamiento alguno, se puede afirmar que la mexicanidad del ensenadense es generosidad pura. Este pueblo no ha recibido nunca nada de México. Ha nacido solo, se ha desarrollado aislado, por voluntad propia, y en su soledad se ha fortalecido como pocos pueblos mexicanos. En el sentido piadoso y triste de la frase, éste es un pueblo huérfano. Por eso se notan en su carácter ciertas discordancias que

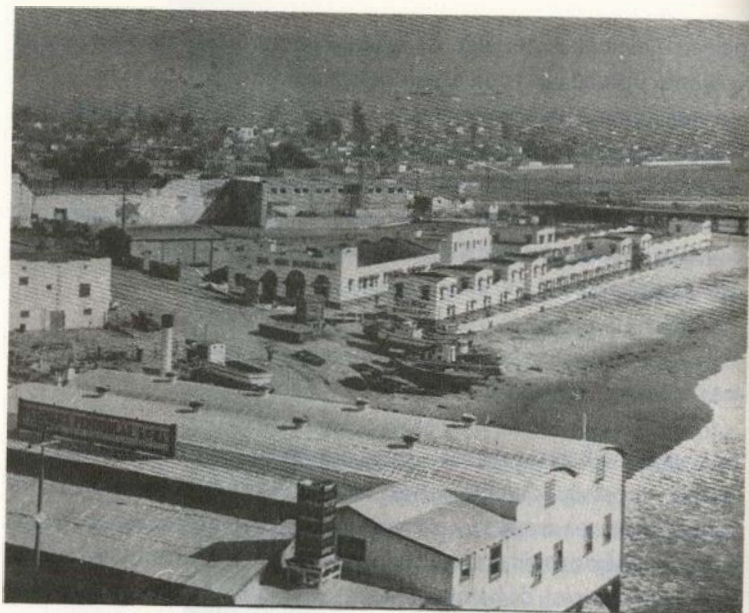
parecen anomalías, un algo de egoísmo en su modo de vivir, ya en conjunto o ya en cada uno de sus habitantes.

Sin embargo, puede asegurarse que esto tiende a desaparecer. Los habitantes del actual Ensenada son, como en Mexicali, Tecate o Tijuana, nacidos en otras partes del país; entre ellos no hay mucho en común, ni social ni culturalmente. Pero la próxima generación, la que ahora se educa en las escuelas, hará el pueblo nuevo; el más genuino Ensenada del México futuro.

LA CIUDAD Y EL PAISAJE

En cuanto a belleza natural, la de Ensenada es extraordinaria. La ciudad, recostada sobre las colinas bajas que rodean la bahía de Todos Santos, tiene una acogedora personalidad. El barrio comercial se alarga en tres o cuatro avenidas asfaltadas por las cercanías del antiguo muelle; la zona residencial, de bonitas casas, un poco californianas, asciende la colina por el este; mientras los barrios humildes, de pescadores y obreros de las empacadoras, han escogido el mejor lugar a falta de un mayor confort, suspendidos sobre el declive de los cerros, mirando siempre el horizonte abierto, por sobre la ciudad toda y la bahía inmensa.

Como sitio turístico, Ensenada tiene enormes posibilidades apenas explotadas. Cuando se llega al puerto por carretera, de Tijuana al sur, la ruta proporciona al viajero una incansable sucesión de vistas inapreciables. En la mayor parte de su longitud, el camino bordea el mar, tendido sobre una costa llena de arrecifes y de acantilados, donde las olas se estrellan y revientan en espuma y arcoiris. Al llegar a la bahía, los acantilados terminan y se abre una playa infinita, ancha y dura, por la cual uno puede correr en automóvil a toda la velocidad posible. La playa termina en Estero Beach, un balneario moderno, cuya playa arenosa se recuesta en una ancha sucesión de dunas. Más allá, hacia el final de la bahía, queda Punta Banda: escenario fantástico e imponente, donde los pescadores de sargazo y langosta tienen establecidas algunas bases.



A orillas del mar, que se muere dulcemente en las playas de Ensenada, han sido construidas modernas pesqueras que, además de abastecer a la nación y de exportar sumas considerables, son pilares de la economía nacional.

La época del turismo en Ensenada es el verano, y todos los turistas son estadounidenses, que vienen a pescar, a tomar baños de sol y comprar *mexican curios* que abundan en los comercios del centro. Para ellos hay hoteles de todas las categorías y de todos los precios: el elegante Hotel Playa, construido por Jack Dempsey para el establecimiento de un casino ya clausurado; la Casa del Rey Sol, donde se sirve la mejor comida de Ensenada; El Mirador, refugio aislado frente a las dunas de la playa oriental. Por las calles asfaltadas del centro, avenida Ruiz principalmente, quedan los hoteles comerciales y frente al muelle viejo, las casas donde se pueden alquilar botes, cañas y todo lo necesario para la pesca en alta mar. Sobre las quietas aguas de la bahía no muy abrigada cuando hay temporal hay siempre docenas de barcos, pesqueros principalmente; botes de recreo; uno que otro mercante, y algún *G*, que raras veces zarpa con intenciones de patrullar el mar.

Ensenada no tiene vida nocturna. El turismo que llega aquí no viene a divertirse en la noche. En cuanto el crepúsculo enrojece el paisaje, la intensidad de la vida porteña empieza a decrecer; el frío aumenta, los ruidos disminuyen y alguna que otra noche, principalmente en invierno, la niebla apaga todo murmullo, se tiende sobre el mar, sobre la ciudad y los campos; pone misterio húmedo en el ambiente y envuelve todo en una semioscuridad gris. Esas noches, la montaña que parece proteger al puerto, hace acopio de agua para los arbustos que se tienden sobre ella y que florecen todas las primaveras.

EL HOMBRE BAJA CALIFORNIA

Si el viajero, saliendo de Ensenada, vuelve rumbo a Tijuana, encontrará en las afueras de la ciudad, hacia la izquierda, algunas grandes empaqueterías. Pocos kilómetros adelante, otra más grande aún: la Pesquera del Pacífico. Inmediatamente después de ella, y a mano derecha, se ve una finca de bello estilo, centrada en un enorme parque de olivos. Es la última casa de la carretera y la residencia del general Abelardo L. Rodríguez, el *hombre Baja California*. Quien desee conocer bien la península e interiorizarse de su vida y su historia tendrá que detenerse ahí, trasponer la reja siempre abierta, cruzar el parque de olivos y dando vuelta a la mansión, detenerse frente a la puerta principal. Basta tocarla para obtener una entrevista; siempre y cuando el tema por tratar sea Baja California.

Tal vez al lector le extrañe tanta importancia que concedo, en relación con Baja California, al general Abelardo L. Rodríguez. Esto no tiene nada de particular. Entre la península (Territorio Norte) y él, hay una precisa interdependencia. Se podría creer que don Abelardo es a Baja California lo mismo que Lázaro Cárdenas es a Michoacán o Manuel Ávila Camacho a Puebla. Tal comparación apenas sería aproximada. Los expresidentes Ávila Camacho y Lázaro Cárdenas se han preocupado mucho por sus estados natales y han logrado bastante, impulsando la economía y la cultura. Pero el caso del expresidente Rodríguez es distinto. Primero, don Abelardo es sonorenses y no bajacaliforniano; segundo, no encontró, como Cárdenas o Ávila Camacho,

un pueblo cuya cultura y elevación impulsar; en Baja California, Rodríguez tuvo que crear primero el pueblo, seguidamente gobernarlo, luego darle medios de vida y finalmente, encauzarlo hacia la liberación económica y el mejoramiento social. Por eso, repito, Abelardo L. Rodríguez es el *hombre Baja California*.

Don Abelardo envejece. A juzgar por los retratos que conozco de aquellos años en que fuera gobernador del Distrito Norte, 1924-1927, el general Rodríguez era un hombre apuesto, gran tipo, muy proporcionado de rasgos, labios gruesos y sensuales, nariz recta y noble y unos ojos un tanto soñadores cuya suavidad atenuaba la amplia frente. Hoy tiene 60 años. Se ve cansado y algo delicado de salud. La frente se ha ampliado más aún. En su boca hay un dejo de cansancio, casi diría de aburrimiento o de desdén; y en su fisonomía toda, la huella de los años de trabajo. Seguramente el general Rodríguez ha perdido apostura con el correr del tiempo, pero en cambio, ahora, se mira más imponente y su noble figura, que con el tiempo será legendaria en estas tierras, inspira un profundo e ilimitado respeto.

“No tengo nada que decir”, afirmará el general Rodríguez en cuanto el periodista mencione el deseo de cambiar la charla por una entrevista. Pero bastará asegurarle que todo lo que se desea tratar incumbe a la Baja California, para verlo accesible y discretamente locuaz. El tema éste parece ser el único que le interesa.

LA OBRA DE RODRÍGUEZ

Alguna vez escribía, antes de haber conocido personalmente al *hombre*, que todo lo que de positivo se encuentra en Baja California y en el estado de Sonora, es obra de Abelardo L. Rodríguez. Ahora, que recorro despacio todas las rutas peninsulares, no puedo sino confirmar lo escrito. A cada paso, en cada ciudad, en todos los aspectos, hay un poco de la mano del general Rodríguez.

El acierto del hombre que nos ocupa no estuvo en haber sabido gobernar. El éxito lo obtuvo gracias a su extraordinaria comprensión de las realidades del Territorio Norte, de sus hombres y de su geografía.

Se encontró mandatario en una región pobre en algunas características, e inmensamente rico en otras. No atendió la explotación de las últimas olvidando a las primeras. Se ocupó de ambas simultáneamente, afirmando el desarrollo económico de la península en lo generoso y lo egoísta de la tierra, en lo productivo y lo que siempre se pensó improductivo. Estudió el problema de la inmigración china en el delta del Colorado, avizó el peligro inminente y llevó a cabo la expulsión de las mafias amarillas, que si bien en un principio fueron punto de partida para el desarrollo de poblaciones como Mexicali, a la larga se estaban convirtiendo en el grupo extranjero usufructuario de la tierra y explotadores de los vicios. Con igual claridad entendió la adversa climatología peninsular y construyó canales y una presa monumental para vencer al desierto. Conoció la pobreza de la tierra e introdujo cultivos propios para ella. Fijó su atención, esencialmente, en el problema social que significaba la falta de instrucción e hizo construir escuelas para educar a todos los nuevos bajacalifornianos en el mismo espíritu de la patria. Fue fiel a los principios de la Revolución y fue leal al pueblo gobernado.

Dotado de un fantástico sentido para las grandes empresas, creó las enormes industrias que ahora son la vida de la península. Fomentó el cultivo del algodón en el valle de Mexicali; desarrolló el cultivo de la vid en las tierras de Ensenada, y puso la primera piedra en la explotación sistemática del mar pródigo que es el Pacífico mexicano.

Ya no como gobernador, sino simplemente como ciudadano, Abelardo L. Rodríguez ha continuado la labor que iniciara a fines de 1923. Durante los últimos años su preocupación ha sido la introducción de cultivos que permitan una mayor independencia económica del campesinado, que fructifiquen en esta tierra a la que la naturaleza negó el agua indispensable. Siguiendo los pasos de los misioneros, trajo más olivos al norte bajacaliforniano; pero olivos de otra calidad, más precoces y más productivos. Los compró con su dinero personal y los ha regalado a quienes en ellos se interesan. El gobierno federal actual y el gobierno de García González han apoyado esta cruzada pro olivo en Baja California, y en todo el norte peninsular se ven crecer y multiplicar estos árboles que en pocos años más serán uno de los sostenes más firmes de la economía nacional.

EL MILLONARIO DE LEYENDA

Si se presta oídos a los rumores, dejará de escucharse alguno que asegura que Abelardo L. Rodríguez es un hombre “que vale” cincuenta millones de dólares. Como un periodista tiene el deber de confirmar todo lo que oye, le he preguntado su opinión sobre el asunto al propio general Rodríguez. Su respuesta me dejó un tanto desilusionado. Abelardo Rodríguez no es el millonario que se supone.

“No tengo dinero”, me ha dicho. “Todo mi capital lo tengo invertido en las industrias que usted conoce: la Pesquera del Pacífico, Vinos de Santo Tomás, La Pesquera de Topolobampo y otras en la ciudad de México. Yo nunca he dejado el dinero ocioso”.

Puede pensarse que tales industrias valen un Potosí, y no se estaría equivocado, aunque las inversiones no representan en modo alguno una cifra fantástica. Pero las empresas del general Rodríguez son parcialmente suyas. Él es el socio mayoritario y sus trabajadores hacen el resto de la sociedad. Funcionan a manera de cooperativas y las ganancias se reparten, en dividendos anuales, entre todos: capitalistas, jefes y trabajadores. En todas ellas se pagan sueldos elevados que permiten a los asalariados un alto estándar de vida. Si don Abelardo es o no millonario, eso no importa; de su capital reciben el mayor beneficio quienes con él trabajan, y son ellos un buen puñado del pueblo.

Aunque el exgobernante siga interesándose por el progreso de Sonora y más por el de Baja California, en lo político se ha retirado definitivamente. “En lo futuro, me respondió cuando le pregunté sus intenciones, solamente haré lo que me dé la gana. Los médicos me han planteado el dilema: o sirvo a los demás un muy corto tiempo, o me atiendo a mí mismo y vivo algo más. He elegido lo segundo”.

Naturalmente, yo no creo al pie de la letra las palabras del general Rodríguez. Posiblemente en el futuro juegue un poco más al golf, su deporte favorito; pero no por eso podrá desentenderse del ritmo y de la vida de la península cuyo progreso despertó y alentó. El destino del general Abelardo L. Rodríguez, en vida, seguirá ligado al destino del Territorio Norte de Baja California.

VII
MARAVILLAS CALIFORNIAS

Cuando el coronel Esteban Cantú me aseguró que la cascada de San Antonio de los Murillo era de 915 metros, pensé en voz baja que exageraba. Conozco la caída de Basaséachi, en lo más alto de la sierra de Chihuahua; no llega a los cuatrocientos metros de altura, y sin embargo se la considera la más alta del país y la novena de las cascadas del mundo. ¿Cómo, entonces, creer que aquí, en Baja California, podría encontrarse el salto de agua más grande de México?

Mi desconfianza creció cuando me cercioré de que muy pocas personas en la península han oído hablar de ella y que son contadas las que afirman haber llegado al lugar. Por eso cuando fuime a buscarla, con base en las pocas informaciones recogidas, hubiera apostado cien contra uno a que no la encontraría... ¡y hubiera perdido!

La cascada está ahí, saltando siempre un inmenso corte perpendicular de la sierra de San Pedro Mártir y dando origen al arroyo de Las Garzas —nombre desconocido en todos los mapas—, el cual, millas más abajo, acumula aguas en el arroyo de Santo Domingo. Su cauce vertical —si cabe la expresión— lo hacen las paredes, cortadas a pico, de un inmenso desfiladero. Salta desde una altura de seis mil pies, aproximadamente, sobre el nivel del mar, hasta una poza cuya elevación es apenas superior a los tres mil pies. Su caída no es continua y de las paredes del acantilado se adelantan tres escalones que interrumpen el salto del arroyo y fraccionan en cuatro partes la cascada. Sumadas las alturas de las cuatro, el total sobrepasa a los 900 metros.

La descripción que hago de la cascada más alta de México, es muy aproximada. En verdad, no pude ni siquiera acercarme al pie de ella y mucho menos ascender hasta el sitio desde donde se lanza al vacío. Cuando en Chihuahua hice el viaje hasta la famosa cascada de Basaséachi llevaba un competente guía y pude recorrer el sitio a completa

satisfacción. En San Antonio de los Murillo no dispuse sino de un indio kiliwa ladino a fuerza del trato con los blancos, a quien apenas podría llamar mozo. Desconocedor del terreno, nos extravió por una serie de veredas casi intransitables, nos metió a un callejón sin salida, y solamente pudimos ver la cascada a lo lejos, sin poder franquear una cortina de rocas inmensas que impedían llegar hasta el pie del salto monumental. De aquí, que las fotografías que obtuvimos no den la impresión exacta de ese salto de agua, que acaso sea uno de los mayores del mundo.

MELLING RANCH

El primer paso para llegar a San Antonio de los Murillo se da saliendo de Ensenada. Se toma la carretera a San Quintín, de un pésimo asfalto, y se llega a San Telmo, cien kilómetros al sur. Desde este minúsculo poblado, donde alguna vez existiera una pequeña misión, el camino sigue hacia el este, al encuentro de la sierra de San Pedro Mártir. Es más que un camino, una brecha abierta por los propietarios de la hacienda conocida por Melling Ranch, que cruza parte del desierto y asciende por las primeras estribaciones de la sierra en cuevas casi increíbles. La ruta es segura, porque mister Melling ha dispuesto que se pongan en todas las bifurcaciones pequeñas flechas indicando el camino. Ochenta kilómetros adelante de San Telmo, en las márgenes del arroyo de San José, larga vereda de álamos en el desierto ocre, está Melling Ranch. Este es el último lugar a donde es posible llegar en *jeep*. Aquí habrá que cambiar de medio de locomoción y alquilar caballos.

Rancho Melling tiene una historia vieja y enredada. Existe desde el siglo pasado, pero su nombre extranjero lo lleva desde principios de éste, cuando Melling, un noruego, compró la propiedad a los antiguos dueños. Es una hacienda ganadera de primera importancia. Las reses marcadas con el sello de Melling pacen por toda la montaña, cruzan la sierra de San Pedro Mártir y llegan hasta el desierto, en las proximidades de la costa del golfo de Cortés. Durante los últimos años, Melling Ranch se ha convertido en un centro turístico de primera importancia en el interior del Territorio Norte de Baja California, por su magnífica

ubicación en terrenos que son paraíso de cazadores, de pescadores de truchas y de excursionistas de alta montaña. Sin embargo, el turismo en Melling Ranch está preparado exclusivamente para los estadounidenses. Para los connacionales es prohibitivo un veraneo por tales lugares, y no por discriminación, sino por los elevados precios.

El negocio turístico en Melling Ranch está dividido entre dos familias: la de Rudametkin, que regentea el hotel rústico y atiende la alimentación, y la de Melling, a cuyo cargo están los caballos y los guías. Por lo que respecta a Julia Rudametkin, una amable señora rusoestadunidense, no puede uno quejarse de los precios; pero en cuanto se trata de arreglar bestias y guías para una excursión a la montaña y se entra en contacto con la señora Melling, la cosa cambia. De acuerdo con los precios fijos, un recorrido a caballo, de dos personas, se hace a razón de cien pesos por día, sin incluir la alimentación de los excursionistas. Esto es un verdadero atraco y seguramente uno de los factores que impiden a los bajacalifornianos de escasos recursos visitar una de las más bellas regiones del territorio.

EL OASIS

La sierra de San Pedro Mártir está cubierta por un gigantesco bosque de pinos, pero sus estribaciones, y toda la llanura que hay que cruzar antes del ascenso, es un desierto inmenso. Al hablar de desierto en este caso no quiero dar idea de un Sahara. El amarillo clásico de los desiertos no se ve por estas latitudes; más al sur, hacia el centro de la península, parece cobrar esa apariencia. Pero aquí el desierto es de color verde seco; de arbustos, madroños, órganos y uno que otro encino cuyas raíces absorben humedad de quién sabe dónde. Bajo el desierto arbóreo todo es arena y agujeros de topas. A trechos largos se cruzan cauces secos de arroyos que sólo uno o dos días del año llevan agua. Al abandonar la planicie, la vegetación reseca disminuye. En los lomeríos que avanzan hacia la montaña domina el color ocre; un suelo que a lo lejos parece estar cubierto de sangre seca.

Camino a la cascada se encuentran dos pequeños ranchos: Potrero, que vive de un arroyo insignificante, pero que al menos no se agota nunca, y Santa Cruz, donde el agua es más abundante y la vegetación más espesa. Potrero y Santa Cruz son ranchos de una sola casa, de una sola familia y de una sola esperanza: el agua. Ambos acurrucados al amparo del declive de San Pedro Mártir, dan la impresión de refugios de proscritos, de hombres que más que acercarse desearan alejarse de la vida, aislados de toda civilización, de todo contacto con el mundo exterior.

Ocho horas a caballo, en el desierto, cansan y aburren. El reflejo del sol produce punzadas bajo las cejas. El paisaje es tristemente monótono. No se puede fumar para no tragar, con el humo, el polvo que levantan los cascos de las bestias; no se desea hablar porque algo escuece la garganta. Se quieren cerrar los ojos y descansar... pero el camino es malo, pedregoso y hay que ir cuidando la rienda y dirigiendo los pasos del caballo. En Santa Cruz, a las dos de la tarde, nos advierten: "El camino a San Antonio es malo, lleno de tropezones, pura bajada". Y ya con el sol cerca del ocaso —a las cinco de la tarde, hora de Baja California, es el crepúsculo— iniciamos el descenso por una cañada angosta y peligrosa, más hecha para cabras que para caballos.

Estamos en la última cuesta. El caballo asciende tembloroso y palpitante por la angosta vereda, que se ha desviado del fondo de la cañada para ascender una loma. Más allá de ésta se adivina una interrupción, un paréntesis de montañas. ¡Ahí debe estar San Antonio!... Ahora imaginad...

Nunca nadie podrá ver un paisaje tan bello. La bestia misma, al encumbrar, se ha detenido para ver. Frente a nosotros está un pequeño valle escoltado por dos filas de montañas: al frente, el corte perpendicular de San Pedro Mártir; atrás, la montaña que hemos cruzado. El valle se dirige de norte a sur y es muy estrecho. Es todo ocre y gris, de arena y de rocas, pero con un corte longitudinal en arroyo: un paseo de álamos. El arroyo desciende por el norte alimentado por dos fuentes: el río de Las Garzas y el río de El Cajón: ambos son verdes desde la altura: de álamos, de olivos, perales y manzanos. Los dos brazos, al rodear cada uno por un lado el último monte, encuentran imagen exacta en un collar de esmeraldas en torno al cuello de una mujer morena.

Luego, como si descendiera por el pecho imaginario, el río esmeralda cruza el valle. Por la ribera opuesta hay una casa: San Antonio. Tiene el techo rojo y un cerco en el pequeño huerto de legumbres. Todo el horizonte, toda la vida en ese pequeño rincón bajacaliforniano, son el río verde, el techo rojo de la cabaña aislada y el tapiz ocre del angosto valle. El cielo cambia de azulgris a negro. Con la penumbra vamos hacia la casa.

¿San Antonio de los Murillo?

¡San Antonio, señor!

Habla un viejo incógnito en la oscuridad. Tiende la mano, nos presentamos e invita a pasar; al lado de su casa, sobre el huerto que cultivan las tres vírgenes de la montaña, desplegamos el campamento.

LAS TRUCHAS DE UTT

Encontrar un oasis en el desierto es una fortuna incomparable. Hubiéramos permanecido días y más días en el lugar, en San Antonio de los Murillo, a no ser porque pesaba sobre mi conciencia y sobre el presupuesto de *Impacto* los cien pesos diarios de cabalgadura que tuvo a bien cobrarme la señora Melling. Por eso al día siguiente seguimos la pista del arroyo de Las Garzas, en busca de la cascada. El camino es infame, se vadea un centenar de veces el cauce y se marcha unas veces de un lado o ya del otro entre el bosquecillo alimentado por el arroyo de aguas frías y cristalinas. Si se tiene guía, es posible llegar al pie de la cascada en seis horas de marcha. Si se encajona uno en el arroyo, extraviado, sólo es posible verla de lejos, desde el infranqueable muro de rocas ciclópeas, tendido de lado a lado del angosto desfiladero.

El paraíso que se descubre en San Antonio de los Murillo se continúa por el mismo río, hasta sus fuentes. Ya cerca del salto, las pozas se escalonan, refrescando el ambiente, y en todas ellas el viajero encuentra comida y bebida, porque el arroyo de Las Garzas, como el del Cajón y como todos los otros que se encuentran en cien millas —160 kilómetros— a la redonda, son ricos en truchas. Son las truchas de Utt, de una historia tan interesante que merece la pena de ser contada.



*Las truchas de mister Utt.
En los arroyos que surcan rumorosos la sierra del norte de Baja California, hay gran cantidad de truchas que cada año son presas codiciadas de un viejo estadounidense, y he aquí una buena trucha.*

Mister Utt es un viejo millonario que dentro de un siglo será legendario. No lo conozco personalmente, pero me dicen que es pequeño, delgado y anciano. Es estadounidense y vive en Santa Ana, California, desde donde dirige una serie de grandes negocios de los cuales deriva su fortuna. Mister Utt, además de la industria, ama el campo, y muy especialmente la sierra de San Pedro Mártir. A pesar de tener un poco más de ochenta años, todas las primaveras llega a Melling Ranch, pide bestias y guía y se va a vivir a la montaña.

En alguna de sus excursiones, mister Utt descubrió que había truchas en cierto arroyo de la región, que para el caso puede ser San José. El millonario notó también, en sus largos recorridos por la sierra de San Pedro Mártir, que exceptuando el arroyo de San José, ninguno de los otros pequeños ríos había sido favorecido con ese don de la naturaleza. Mister Utt ama pescar truchas, pero, por lo que más tarde había de hacer, parece que ama más verlas en los ríos, que pescarlas. Con ayuda de algunos amigos, de los guías y de una extraña caravana de mulas, mister Utt llevó a cabo la insólita labor de distribuir truchas en todos los arroyos de la montaña.

Y he aquí a un viejecillo, encorvado por los años y filántropo a pesar de sus millones, repartiendo truchas en Baja California. Sus amigos pescaban, los guías transportaban las truchas hasta donde las mulas, cargadas con cajas llenas de agua, esperaban, y luego todos partían, en marcha penosa de millas y millas de montaña, renovando el agua de los cajones cada cierta distancia, para llegar hasta otro arroyo, donde los peces eran depositados. Ahora las truchas se han multiplicado en todas las corrientes que descienden de la sierra de San Pedro Mártir y el viajero que marcha por sus caminos, cuando cruza algún arroyo, puede calmar en él su hambre y su sed.

Preguntaréis por qué ha hecho tal cosa mister Utt. El millonario californiano no posee en Baja California una sola propiedad, no tiene rancho alguno en las estribaciones de la sierra de San Pedro Mártir ni tampoco piensa establecer una negociación a base de truchas. Lo que ha hecho ha sido por amor a esta región, porque cuando se conoce Baja California, se le ama con una pasión generosa, exenta de egoísmo. Esa inspiración que despierta el contacto con esta península es su mejor y gran atractivo.



Estas son las tres vírgenes de esas montañas perdidas en el corazón del Territorio Norte de la Baja California. Viven con su padre y un hermano enfermo. Son los únicos seres vivientes a muchas leguas a la redonda.

LAS VÍRGENES DE LA MONTAÑA

Todo viajero que se encamina hacia el rancho de San Antonio de los Murillo recibe antes de partir una información en voz baja: "En San Antonio viven tres muchachas jóvenes, con su padre viejo. Ellas son muy bellas. Él es muy celoso". La confidencia parte con uno, cruza también el desierto y espolea al caballo. No es poco, en verdad, saber que después de la llanura, habrá oasis, cascada y una bella, platónica y triple compañía.

El nombre de Murillo, en el interior de la península, es viejo como la historia de las misiones. Las tres vírgenes hacen la sexta o la séptima generación de los Murillo en Baja California. Y la casita aquella, de techo rojo, en la ribera de la cinta verde del río, ha sido el refugio de las cuatro últimas generaciones. Las anteriores vivieron en Mulegé, en tierras todavía más desérticas.

Y las vírgenes de la montaña, a pesar de la información hecha confidencialmente, no son bellas ni el padre es tampoco celoso. La familia toda es tan acogedora como el propio oasis en que viven, y la hacen el viejo Antonio, las tres mujeres solteras y el joven Antonio,

un mocetón que nació con el cerebro destruido por alguna tara. Hay además una pequeña hija de otra Murillo muerta hace años. Como el viejo ya pasa de los ochenta años y tiene la espalda encorvada y las piernas temblorosas, y como el joven Antonio tiene la mente turbia, las tres jóvenes: 28, 26 y 24 primaveras perdidas, son todo el elemento humano que mantiene la vida en el pequeño rancho.

Podéis imaginarlas vistiendo pantalón, botas, camisa masculina y sombrero de ala ancha; pero estaréis equivocado. Las tres jóvenes Murillo son muy femeninas. A pesar de las duras faenas que exige la tierra, siempre las veréis de falda, medias de hilo, zapato de medio tacón y un suetercillo sobre los hombros. Han conservado, a pesar de que los años pasan solitarios, la coquetería innata de su sexo, y arrastrando un tronco para la primitiva hornilla, cargando un cubo de agua o cortando la fruta de los árboles, siguen siendo las mismas mujercitas con ilusiones de cariño. Las he observado furtivamente, porque la soledad las ha hecho ariscas y huidizas. El viejo Antonio invita a pasar a la casa para beber una taza de café; pero las muchachas se refugian en la última habitación, desconfiadas y recelosas del forastero.

La historia que cuento no tendría importancia si no sirviera para ilustrar el aislamiento de los pueblos del interior de la península, rodeados de desierto. Como el rancho de San Antonio de los Murillo, hay miles en Baja California, donde la vida transcurre inútil y la juventud mexicana se pierde estéril, en un triste destino. Destino que cambiarían en pocos años una mayor densidad de población, más vías de comunicación y el lazo unificador de las escuelas.

VIII EL VALLE DE LA ESPERANZA

“Cuando toda esta llanura esté en producción, Baja California no tendrá necesidad de importar nada de Estados Unidos ni del interior del país. Por el contrario, entonces será cuando la península contribuya a la mejor distribución de los productos agrícolas en todo México”.

Estábamos de pie, sobre una pequeña colina en cuya cuesta empieza el valle de Camalú; y quien me decía lo anterior, señalaba todo el horizonte infinito, hacia el sur, cubriendo con un ademán la llanura costera que empezando en Camalú se prolonga por San Ramón, Colonia Vicente Guerrero, San Quintín, San Simón hasta Santa María. Son miles de hectáreas de tierras fértiles y profundas que el esfuerzo del hombre empieza a hacer productivas: doscientos kilómetros al sur de Ensenada sobre la costa pacífica de Baja California.

Generalizando, para evitar la confusión de varios nombres, puede designarse toda esta extensión de terrenos como el valle de San Quintín; y por si el nombre no fuera del todo expresivo, olvidando la toponimia de los mapas, podría designársele como el Valle de la Esperanza, esperanza del Territorio Norte de Baja California.

A no ser porque desde hacía tres días una lluvia monótona y pertinaz caía sobre toda la llanura, el valle me hubiera parecido un desierto, así es de desolado. Las tierras son rojas y fértiles en apariencia, pero sobre ellas, en las superficies donde el hombre no ha roturado, crece el eterno matorral del desierto peninsular, desde la orilla del mar hasta los seis u ocho kilómetros de toda su anchura, resguardadas en el flanco por las primeras estribaciones de la sierra.

Al Valle de la Esperanza se llega por un camino que fue una carretera —hace un año, cuando la inauguró el presidente. Ahora se ha convertido nuevamente en algo parecido a una brecha; el asfalto ha desaparecido y el terraplén muestra profundas cárcavas que la cortan transversalmente,

haciendo peligroso el tránsito. Las piedras de la cimentación han quedado al descubierto y los coches y camiones, al correr sobre ese camino, gastan llantas como si transitaran por sobre una lija. San Quintín, que levantó su espíritu con el trazo de esa carretera, ha vuelto a desilusionarse al verla convertirse en otro camino más de Baja California.

CUENTOS DEL VALLE

La esperanza de los hombres por ver a San Quintín convertido en un inmenso erial nació hace más de medio siglo, cuando los ingleses adquirieron toda la planicie costera por concesión gentilísima de don Porfirio Díaz. La concesión la perdieron, años después, porque en vez de dedicarse a la agricultura, a sembrar trigo y cebada, los activos súbditos de Su Majestad, de entonces, se pusieron a buscar minas y explotar minerales. Faltaron a su palabra y perdieron la oportunidad; oportunidad que ahora, por lo demás, está en manos de los habitantes de la república.

La historia de la concesión de los ingleses es un tanto oscura en la información del periodista. En cambio, a falta de historia, he podido recabar un cuento mucho más divertido y mucho menos malo en el currículum del dictador oaxaqueño. Se dice que originalmente el valle de San Quintín fue propiedad de estadounidenses. Los rubios del norte habían venido a esta árida región impulsados por su gran espíritu en los *business*. Compraron las tierras pero pronto se dieron cuenta de que en San Quintín no había agua, que no había manera de conseguirla y que las lluvias eran tan escasas que con las de cinco años seguidos, todas reunidas, no había suficiente para hacer germinar una mata de frijol. Como los estadounidenses no están acostumbrados a perder en sus inversiones, esperaron su oportunidad... y llegó. Un buen día, durante el invierno —hay que recordar que en Baja California las lluvias, por pocas que sean, caen en invierno—, el agua empapó la llanura, el pasto creció, y toda la enorme baja costera se puso de color verde. Los estadounidenses se alegraron, hicieron una fiesta, y al final de ella nombraron un comisionado. El designado partió luego para Inglaterra. Con la actitud de los hombres de su raza activó trámites en Londres,

encontró interesados, y junto con ellos regresó a San Quintín. Frente al valle, temporalmente verde esmeralda, fijó el precio; y los ingleses, que no por haber conquistado un imperio con ayuda de piratas perdieron la caballerosidad, se creyeron el cuento de la fertilidad y cerraron trato. Desde entonces, 1900, el valle de San Quintín fue propiedad inglesa.

Dicen que los ingleses se dieron cuenta del engaño, pero como buenos *sportmen* que son, no perdieron la calma. Perforaron pozos, hicieron canales que nunca llevarían agua, enterraron tubería para engañar a los incautos e integraron una sociedad, que, si mal no recuerdo, se llamó Compañía Colonizadora y Explotadora de Baja California. Para hacer más verídica su historia de las tierras fértiles construyeron un molino para beneficiar el trigo, todo importado de Londres, hasta los ladrillos, y empezaron a vender tierras. Si la maniobra fracasó o no, es algo que ignoro; lo único que pude saber es que el molino llegó a trabajar, pero haciendo harina de trigo importado, también de las colonias del imperio. Construyeron un buen muelle, al que atracaban embarcaciones pesadas y, aparentemente, todo aquel negocio marchaba viento en popa.

Algunos años después ¿fracasó?, ¿cancelación de la concesión?, los ingleses abandonaron Baja California. Como recuerdo dejaron el molino y un muelle que ahora no tiene de tal sino algunos pilotes podridos por la humedad.

UNA HISTORIA POSTERIOR

Al abandonar los británicos las tierras de San Quintín, éstas pronto recobraron su desértico aspecto. El molino era la única construcción en pie. Su alta chimenea, que se vino a tierra un día antes de que *Impacto* llegara a esa llanura, parecía un fantasma vigilante sobre la costa infinita y desolada. Al través de ella, ocasionalmente, pasaba un viajero a caballo rumbo a Ensenada. Frente al muelle, también una que otra vez, alguna embarcación pesquera atracaba buscando refugio durante algún temporal. Fuera de eso, la soledad imperaba en el valle de San Quintín.

En 1931, México pensó, para provecho propio, en las tierras del desde entonces Valle de la Esperanza. En aquel año, quinientas familias mexicanas se repatriaban de Estados Unidos y el gobierno, inspirado por algún idealista consejero, las envió a San Quintín, para que ahí se establecieran y encontraran en la agricultura la base económica de su vida. El envío de esas quinientas familias repatriadas a la llanura desértica de Baja California tuvo características de asesinato colectivo. Los presuntos colonos, sin más armas que sus brazos, se encontraron aislados en el desierto, sin agua, sin comestibles, sin medios de producirlos y sin ayuda de ninguna especie. Por tales circunstancias, la colonización resultó un fracaso; los repatriados huyeron del lugar tan pronto como las circunstancias lo permitieron. De las quinientas familias originales solamente once lograron dominar la situación y se establecieron definitivamente, muchos de ellos en la parte del valle conocida por San Simón, a pesar de que nadie, entonces, les hubiera augurado éxito en empresas agrícolas.

Victoriano Ramírez, jefe de una de las once familias que desafiaron el desierto, fue el primero en encontrar agua en el subsuelo. A 25 metros de profundidad localizó el manto freático y con él la seguridad de supervivir. La perforación fue hecha hace apenas tres años; siguiendo su ejemplo, otros colonos antiguos y otros llegados recientemente han buscado y encontrado agua en cantidad suficiente para mantener pequeños huertos y hortalizas y para que de ella abreve el ganado. Sin embargo, esto no ha resuelto el problema de los agricultores. Falta agua, y solamente el gobierno, por medio de grandes obras de ingeniería hidráulica, podrá proporcionarla.

MEXICALI Y SAN QUINTÍN

Por ahora San Quintín —incluidos en él Camalú, San Ramón, Colonia Guerrero, San Simón y Santa María— se encuentra a las puertas de la prosperidad, a pesar de que no cuente con el agua necesaria. Pronto será, si no lo es ya, la segunda gran región agrícola del Territorio Norte de la Baja California, inmediatamente después de Mexicali. Pero entre

este valle y aquél hay una gran diferencia. Mexicali está dedicado casi por entero al monocultivo del algodón, alimenta sus tierras con el agua siempre constante del Río Colorado y tiene vías de comunicación y cercano el mercado de venta. En San Quintín sucede todo lo contrario; los cultivos a que se dedican las tierras son, en esencia, los de tomate, chile, frijol, maíz, chicharo, trigo, cebada y papas; tiene lejano el mercado (280 kilómetros hasta Tijuana) y no tiene más vías de comunicación que esa ya destrozada carretera a que me he referido antes. La principal diferencia entre los dos valles está en el agua; aquí, en San Quintín, no hay río, y como me dijera un agricultor: “pasamos todos los días de todos los meses de invierno torciéndonos el cuello para ver las nubes, en espera de las siempre deseadas lluvias”.

Además de la agricultura, en San Quintín se desarrollan la ganadería y la avicultura. En un principio, los colonos que se aventuraron por estas tierras no encontraron más apoyo económico que el ganado, que milagrosamente se sostiene a base de los matorrales del desierto, no me explico cómo, bastante gordo y de buen tamaño. A últimas fechas la ganadería ha disminuido, porque, como en muchas otras partes de México, se han suscitado conflictos entre ejidatarios y agricultores o ganaderos en pequeño. Las tierras se han cercado, y aunque no se siembren, no se permite que las reses pasten, sin más motivo para eso que el egoísmo.

En cuanto a la avicultura, parece tener en tierras de San Quintín un porvenir fantástico. En sólo dos años se ha levantado una granja de gran producción, que a la fecha cuenta con cinco mil gallinas y que en pocos meses contará con el doble. La granja está atendida por el amigo Robinson, quien dirige el negocio en sociedad con Luis Viñals. Esta granja, junto con la más grande, aun de Salazar en Ensenada, promete terminar en fecha próxima con la importación de huevos en la península. Éste es un asunto de singular importancia, porque solamente en 1947, Baja California importó nada menos que 87 millones de huevos para el consumo de su población. Las gallinas, en este clima, se desarrollan pronto y crecen sanas, sin plagas, porque en muchas millas a la redonda no hay sino desierto, muro infranqueable para la propagación de pestes.

EL CASO SAMPIETRO

Al leer el título anterior, sé que el lector se preguntará qué es lo que hace Sampietro en San Quintín. Realmente, el famoso falsificador nada tiene que ver con el valle, y si no se ha fugado todavía, pienso que debe encontrarse en la penitenciaría. Si menciono aquí su nombre, es sólo por un curioso efecto de relación de nombre: de nombres inodados en el proceso escandaloso de la falsificación de dólares, de un cónsul mexicano en el extranjero y otras cosas por el estilo. Si el lector no lo recuerda posteriormente al continuar la lectura, encuentra explicable esta digresión, o si saca alguna moraleja sobre la administración de la justicia en México, no es culpa mía. Yo quiero hablar nada más del valle de San Quintín y no del proceso o las revelaciones de Sampietro.

La repartición de tierras en el Valle de la Esperanza no responde a ninguna planificación. En todas las colonias agrícolas hay pequeños agricultores y ejidatarios. En lo que propiamente se denomina San Quintín predominan los primeros, mientras los ejidatarios hacen casi toda la Colonia Guerrero. A pesar de que durante los últimos años muchos colonos se han establecido en la región, la densidad de población es escasa, notablemente en Camalú y San Quintín. Para el primer lugar el gobierno federal ha planeado una colonización de la que se esperan nulos resultados, según afirman quienes conocen el asunto. Tal colonización se parece en mucho a aquella de los quinientos inmigrantes mexicanos.

En San Quintín, exceptuando las tierras de algunos antiguos colonos, todas las demás pertenecen a la familia Orendáin, que desde 1942 obtuvo la concesión para posesionarse del valle y vender los terrenos lotificados. Los hermanos Orendáin recibieron esa concesión como pago por tierras que les fueron enajenadas en Jalisco, cuando la lucha contra el latifundismo. De este modo, mientras en una parte del país se pugnaba por la mejor repartición de tierras, en otras se creaban nuevos latifundios. Los Orendáin tienen derecho a vender las tierras, pero no lo están haciendo a los mexicanos. Por motivos que nadie alcanza a explicar, los exterratenientes jaliscienses, y ahora terratenientes bajacalifornianos, solamente venden lotes a los estadounidenses a precios

que oscilan entre 100 y 250 dólares la hectárea. Tal parece que el destino de San Quintín, ya por Porfirio Díaz o ya por los conocidos señores Orendáin, estaba predestinado a ser propiedad de extranjeros.

SAN QUINTÍN TURÍSTICO

Cerca de la Colonia Guerrero, recostado sobre la primera estribación de la sierra, está Hamilton Ranch; un sitio de verano de los estadounidenses. El rancho tiene una bonita historia y es un bonito lugar. Fue construido por Randolph Young, uno de los ingleses de la colonización primera, en el año de 1870. El rancho pasó a propiedad de su sobrina, Harriet Hamilton, y en 1944 fue adquirido por Roy Parodi, estadounidense, cuya gentil esposa es oriunda de San José del Cabo.

Hamilton Ranch es el cuartel general de los cazadores en Baja California. Cerca de él, en la montaña, se encuentran todos los motivos para cargar y disparar un rifle o una escopeta; venado, codorniz, faisán, liebre o león americano. El turista encuentra en el lugar motivos de recreación cinegética, descanso y buen alojamiento. Kilómetros adelante, en la bahía de San Quintín, puede hallar, si gusta, botes de motor y pesca en abundancia.

La bahía de San Quintín, enorme y profunda, es otro de los cimientos económicos, al menos en potencia, de esta región del Territorio Norte. Sus aguas son ricas en pesca y su situación la convierte en uno de los mejores refugios de barcos pequeños. Durante la época de la albarcoa, en los meses de primavera, llegan a reunirse ahí enormes escuadras de barcos pesqueros. Se me ha dicho que en ocasiones pasan de mil quinientos los que se refugian en sus aguas quietas y seguras... Por supuesto, todas las embarcaciones son norteamericanas, ya que hasta la fecha la explotación de los mares de Baja California, exceptuando la que ha impulsado Abelardo L. Rodríguez, es negocio de nuestros vecinos.

Sin embargo, justo es decir que las posibilidades pesqueras en y desde bahía de San Quintín no han pasado inadvertidas para los bajacalifornianos. Dentro de pocos meses, una gran empacadora funcionará a sus orillas y otro gran centro de trabajo en el Territorio Norte.

Los proyectos corren por cuenta de Francisco Morales, un hombre que aprendió al lado del general Rodríguez, como su trabajador, todo lo concerniente a empresas pesqueras, y quien desde hace algunos años se ha lanzado por su cuenta, y con éxito, en esta clase de negocios.

LOS HOMBRES DE SAN QUINTÍN

Pancho Morales, como Robinson, como Viñals, como el ingeniero Enríquez, que paseando sobre sus mil hectáreas de desierto recién desmontado ruega noche y día porque caiga la lluvia, son todos hombres típicos de San Quintín: optimistas, trabajadores y un tanto ilusos. Hombres felices, que viven de y sobre la tierra; dándose ayuda mutua, alentándose en una obra que lleva un noventa por ciento de probabilidades de fracasar.

Con o sin dinero, afortunados en la agricultura o al borde de la quiebra, son ellos, repito, hombres felices cuyo espíritu es el espíritu mismo de Baja California. El viejo Alfonso Garméndia, quien hace cinco años llegó a la llanura, levantó una tienda de campaña y se decidió a vivir o a morir por la agricultura —ahora vive, y bien—, me ha dicho en entrevista: “Vive feliz en Baja California, quien ha venido a crear”. Y ellos, los ejidatarios o los pequeños agricultores, los ganaderos, los que explotarán la pesca y los que viven del turismo, han creado algo, por ellos y para México. He aquí la razón de su felicidad.

Ahora, si se prefiere otra explicación, en Baja California, en donde los hombres viven del mar o de la tierra, hay paz política. El hecho me recuerda un poco lo que se afirma de aquellos años de don Porfirio: “Poca política y mucha administración”. Así pasa en el Territorio Norte, y si esto significa —que creo debe significar— un elogio para la labor del licenciado Alfonso García González, en buena hora. No veo por qué motivos podría ocultarse el hecho.

IX ISLA DE GUADALUPE, ÚLTIMO REDUCTO DE LOS ELEFANTES MARINOS

In memoriam *Paco Mayo*

Hacia las diez de la mañana dos campanadas dobles del reloj de a bordo, la niebla impedía ver siquiera la proa de la nave. *El Halcón I* navegaba a ciegas, guiado por el compás rumbo 205, sur suroeste con mar atravesada, recibiendo la corriente por la aleta de estribor y dando bandazos de 40 grados cada 30 segundos, con precisión casi cronométrica. Hacía un frío polar y los refugiados en el puente, abrigados como para una excursión al Ártico, nos resistíamos a correr la aventura de salir a cubierta para ver mejor al través del horizonte opaco. El comandante joven, largo y jovial había dicho: “La tenemos al frente, por la proa. En cuanto se despeje veremos la punta norte”. Pero la niebla, húmeda y fría rodeaba todo: nave, isla y mar; hasta el infinito; apagando los ruidos y aislando en una soledad triste y peligrosa.

De repente, como cuando se hace un descubrimiento dentro de sí mismo, el mar se alargó por proa, un pesado rayo de sol hendió como hachazo la cortina de niebla, y a cinco millas escasas, al frente, se levantó la mole rocosa de isla de Guadalupe, enorme, escarpada, solitaria en medio del Pacífico, vigilante en la más occidental longitud de México. A babor se vió una roca aislada, erguida sobre el mar: Roca Piloto. A una voz del comandante el timonel corrigió el rumbo poniendo proa al sur. Media hora después entrábamos al socaire de la isla, a cubierto del viento, en un mar lago donde la nave recobró su equilibrio. A una velocidad de nueve nudos, durante dos horas, vimos desfilar por estribor la granítica montaña que es Guadalupe, una de las islas más interesantes del mundo.

Por segunda vez, en menos de dos años, he visitado esta isla fantástica situada a doscientas millas de Ensenada. Es tal el interés que brinda Guadalupe, que el viajero podría volver cinco o diez veces sin agotar todos los aspectos singulares que presenta este jirón del territorio nacional.

LOS MONSTRUOS INCREÍBLES

Las historias fantásticas sobre isla de Guadalupe se inician con los elefantes marinos. Hasta hace pocos años, esta isla mantuvo el privilegio de ser el único lugar del mundo donde superviviera esa extraña especie que parece arrancada de un libro de imágenes prehistóricas. Actualmente, estos anacrónicos animales, protegidos por nuestro gobierno contra la persecución de cazadores, se propagan y multiplican en algunas otras islas de la costa pacífica de Baja California. No obstante esto, Guadalupe es el lugar más a propósito para encontrarse con ellos.

¿Queréis saber cómo es un elefante marino? ¡Aguzad la imaginación! Empecemos por compararlo con una foca; una foca descomunal cincuenta veces más grande a las amaestradas en el circo. Ya aumentada la foca a esa magnitud habremos de agregarle una trompa sobre la prominencia del hocico, del mismo grueso que la de un elefante, pero apenas de dos palmos de larga. A diferencia de las focas, sus aletas pectorales son torpes y más pequeñas en proporción. Finalmente, las aletas caudales no se despliegan en dos como en el caso de las focas ni sirven como patas. En los elefantes estas aletas recuerdan un poco a las míticas de las sirenas y sólo sirven como propulsor y timón cuando los animales se encuentran en el agua.

Nuestro animal es torpe, al caminar se arrastra sobre las arenas de las playas con movimientos de gigantesca oruga, fatigándose rápidamente. En el agua es más ligero pero nada hace creer que sea un buen nadador, ya que nunca se les ha encontrado en alta mar. Nuestro elefante marino, que puede pesar de quinientos a cuatro mil kilos, no ladra. Su grito peculiar es un pujido entrecortado que emite con la trompa y que se oye a millas de distancia, después del cual ahoga su llamado con un breve rebuzno. Las hembras son aproximadamente cinco veces menores que los machos y no tiene trompa. Su grito es indefinido. Durante las dos veces que las he observado de cerca, no he podido precisar ni comparar su llamado. En alguna ocasión, cuando en compañía de otros expedicionarios capturamos una hembra a fuerza de lazos, la escuché sollozar como a un niño de escasos meses.



Hay en su cara una expresión de tristeza. Tal vez los elefantes de la isla de Guadalupe sienten la amargura de saberse solos en esa tierra.

Los elefantes marinos han despertado en mí dos sensaciones bien precisas: una de asco y otra de compasión. La primera porque esos bichos gigantes, grasos, torpes y perezosos, apestan horriblemente y a todas horas están cubiertos de moscas. He sentido piedad por ellos, porque jamás he visto animal tan indefenso y tan inadaptado. He dicho que son torpes y eso bastaría, pero parece que en su físico y en su sensibilidad muestran anomalías que los hacen inferiores a todos los otros animales. Nunca les he descubierto el orificio auricular, y aunque algún biólogo, en México, me aseguró que sí tienen oído, no he podido

encontrárselos. A pesar de la gruesa capa de grasa que desarrollan bajo la piel, son muy sensibles al tacto. Basta arrojarles un puñado de arena para verlos despertarse furiosos y molestos. En cambio, no tienen el temor primitivo al fuego. La última noche que he pasado en la isla, a manera de cruel observación, he acercado a la trompa de uno de ellos un tizón ardiendo; se lo puse cerca del hocico, a cinco centímetros de las fosas nasales que se abren sobre la extremidad de la trompa y el elefante ha permanecido inmóvil, indiferente al fuego, y sólo logró que el humo lo hiciera estornudar.

Durante este segundo viaje al último refugio de los elefantes marinos, encontré a los machos en celo. Es durante este estado que se vuelven pendencieros y pelean entre sí. En una pequeña playa había cinco que se perseguían a toda la velocidad que les permitían sus pesados cuerpos. Uno de ellos, posiblemente el más bravo, despertaba el terror de los otros cuatro que vigilaban sus movimientos. Apenas le veían arrastrar su cuerpo cuando todos se daban a la fuga. El provocador los perseguía cinco o diez metros y luego se rendía de cansancio. En cierta ocasión cortó la retirada a otro elefante gigantesco y lo forzó a la pelea, sobre la orilla del mar. El provocado hizo frente. Levantó la cabeza apoyándose sobre sus cortas aletas y se situó a un metro del adversario. Ambos lanzaron su grito de desafío y se tiraron tarascadas al cuello. Sus colmillos son pequeños y tal vez no se hacían mucho daño, pero el golpe de los hocicos resonaba como puñetazos de púgil sobre un *sand bag* —costal de arena. De todos modos, nunca dejan de herirse. Todos los machos ostentan en las pieles de pelo corto y color de rata, las huellas de sus riñas: hondas cicatrices que en ciertas partes dejan al descubierto la capa de grasa.

El amor entre esos animales lo conozco de oídas. Me aseguran que persiguen a la hembra durante largas horas hasta que logran seducirla.

El hombre puede acercarse impunemente a un elefante, hembra o macho, siempre que no le provoque o se ponga a la distancia de un estiramiento de hocico. A dos metros de distancia, un elefante se pone en guardia y muestra los colmillos emitiendo al mismo tiempo su grito de guerra. Si uno permanece inmóvil, el elefante se calma; si uno se

acerca un poco más, el elefante recula o lanza de improviso una tarascada. Sus cuatro colmillos, dos superiores y dos inferiores, no infunden mucho temor, pero ya se han dado casos de que algunos pescadores pierdan algún miembro, triturado entre las potentes mandíbulas de estas gigantescas bestias.

El nombre científico de los elefantes marinos es una maravilla de descripción *machrorhinus angustirostris*, que literalmente puede traducirse por nariz larga, rostro angustioso. El nombre no podía ser más exacto. Los elefantes marinos parecen sufrir su vida perezosa. Tienen cara de infinita tristeza y cuando están recostados sobre las playas de Guadalupe, lloran lagrimones gelatinosos que les humedecen desde el párpado hasta el hocico. Viéndolos así, realmente los encuentra uno angustiados, como si no estuvieran contentos de tanta soledad biológica y tanto aislamiento geográfico, como si sufrieran por los años de persecución que vieron sus ancestros, víctimas del hombre, en tierra, y de los tiburones en el mar.

EL CEMENTERIO BIOLÓGICO

Los sabios, también, han dado por llamar a isla de Guadalupe “El Cementerio Biológico”. Los elefantes marinos, que por hoy constituyen la única singularidad biológica de la isla, fueron compañeros, años atrás, de otras muchas especies de flora y fauna desconocidas en otras partes del mundo. Pero aquellos mamíferos, aves, árboles, peces y moluscos han desaparecido desde hace tiempo, y es por esto lo de cementerio.

La culpa de ese exterminio la tiene en parte el hombre y en mayor proporción otras bestias introducidas ahí también por el hombre. El animal más destructor de la isla es la cabra, que abunda por millares, principalmente en la mitad norte. Fueron llevadas al parecer por los balleneros del siglo pasado, que así quisieron mantener en la isla un centro de producción de carne fresca para la dotación de sus barcos. Con las cabras llevaron gatos y ratones que, al multiplicarse, se convirtieron en otra plaga imposible de destruir. Las cabras, cuyo número

se calculó alguna vez en 60 mil, han acabado con la vegetación. Desde que fueron introducidas a la isla terminó la propagación de los bosques de cipreses, cedros y pinos, peculiares de esa tierra. Los gatos se comieron todas las aves, y lo que no hicieron cabras y gatos, lo cumplieron los ratones. Las cabras parecen haber sido motivo de explotación en años recientes. Hacia la punta norte de la isla se ven todavía restos de largas alambradas que posiblemente sirvieron para encajonar a los animales y llevarlos a la playa, donde seguramente se les embarcaba rumbo a puerto desconocido. Esto no exterminó a los cuadrúpedos, que todavía en esta ocasión, he visto por cientos en cañadas y cumbres de Guadalupe. Los ratones y ratas abundan principalmente cerca de la costa, y aunque aseguran que los gatos ahora salvajes se cuentan en número respetable, no pude encontrarlos. No deben ser tantos cuando existen aún los ratones.

Los elefantes lograron escapar al exterminio gracias a la protección del gobierno mexicano, sugerida a principios de la tercera década del siglo por la Academia de Ciencias de California, Estados Unidos. Hasta entonces se les creyó una especie extinta, desaparecida de la faz de la tierra por la persecución de los cazadores en los siglos XVIII y XIX, que explotaban de estos extraños animales la grasa y las finas pieles de las hembras. La protección fue efectiva durante varios años. Un destacamento de infantería estableció un cuartel en la parte norte, del cual quedan todavía las ruinas. Durante los últimos años nadie vigila la multiplicación de los elefantes marinos, y si hasta ahora nadie los explota, no es difícil que amparados por la soledad de la isla, la lejanía de la costa mexicana y la falta de vigilancia, algunos piratas inicien en breve la cacería de los preciados animales.

AGRADECIMIENTO

El redactor viajero, en nombre propio y de *Impacto*, hace patente su agradecimiento a las personas y autoridades que hicieron posible la expedición a la isla de Guadalupe: al jefe de los Servicios Navales en

Ensenada, comandante Salvador Santamaría Bringas; al comandante del *Halcón I*, teniente de fragata José Luis Sánchez Rebolledo y demás miembros de la oficialidad: teniente de fragata José Mateo Lavín Peña y tenientes de corbeta Carlos Cervera y Juan José García Valencia, así como a la Secretaría de Marina, que dio autorización para que el periodista navegara a bordo de un barco de la Armada Nacional.

X TESOROS Y BUCANEROS

A Espíritu, el marinero eterno

Dos veces he estado en la isla de Guadalupe. La primera vine en busca de material periodístico; esta segunda vez he llegado a la isla para ver más detenidamente a los elefantes marinos. Si vuelvo una tercera vez ¡y lo he de hacer!, será para buscar el tesoro que se esconde en la isla. Porque fuera de toda broma, de toda elucubración, esta cadena montañosa que se levanta desde el fondo del mar, hecha de lava y de granito, guarda en alguna de sus barrancas una inmensa riqueza que puede hacer del hombre más pobre, un Creso junto al cual Ali Khan sería un pequeñoburgués.

Ante todo debo advertir que ésta no es la primera vez que he escuchado historias de tesoros. Estuve cerca de la cueva donde se asegura que los jesuitas de la Tarahumara ocultaron fabulosas riquezas; hace apenas seis meses incursioné en las cercanías de la caverna donde dicen que Lorencillo el pirata escondió sus cofres de pedrería; conozco también un cenote sagrado cerca de la frontera guatemalteca, donde afirman hay, entre el cieno del fondo, toneladas de objetos de oro. Todos esos cuentos, comparados con esta historia del tesoro de Guadalupe, son totalmente inverosímiles. Si en alguna parte hay oro en barras es en esta desolada isla del Pacífico bajacaliforniano.

Como todas las historias verdaderas, ésta no está completa. Los personajes que la han vivido no la dan a conocer sino parcialmente, reservándose para sí los mejores datos que pueden conducir al hallazgo. Por otra parte, como persona interesada en el tesoro oculto, el redactor se ha reservado para sí algunas informaciones fruto de su investigación y que piensa utilizar en provecho propio en un futuro cercano. De aquí que toda esta historia—leyenda de las 78 barras de oro tenga demasiados puntos suspensivos.

Sin embargo, la verosimilitud de la historia se confirma con infinidad de datos, nombres y personas que viven en Baja California.

LOS 80 LINGOTES

He dicho antes que “78 barras de oro” hacen el tesoro; pero originalmente fueron 80 ni una más ni una menos. Ignoro totalmente quién las enterró en la escabrosa superficie de Guadalupe y dudo que alguien lo sepa; pero puede pensarse, con base en la historia, que todo empezó en los años de la piratería, cuando Cromwell y compañía eran el terror de la península.

En los años aquellos que las Naos de la China hacían viaje de puertos orientales hasta el tropical Acapulco, los pilotos se dejaban arrastrar por las corrientes marinas para poder así tocar la costa americana. Su punto de recalada era, indefectiblemente, la isla de Guadalupe, y solamente hasta divisar su mole gigantesca era que los navegantes podían volver a orientar su rumbo al puerto guerrerense. Es muy posible, aunque la historia no lo reporte, que muchas de aquellas naos se hayan perdido en las costas frías de Guadalupe, ya náufragas o ya asaltadas por los piratas. Seguramente de una de las naves perdidas es el tesoro escondido en la isla.

Si ignoro quién guardó el tesoro, sé, en cambio, quién lo redescubrió recientemente. Se trata de un aborígen que vive en un poblado al sur de Ensenada: Arroyo Seco. Este individuo —cuyo nombre no espere el lector que yo descubra— llegó a la isla formando parte del destacamento que Álvaro Obregón envió para proteger la propagación de los elefantes marinos. Como la partida militar construyó el cuartel a orillas del mar, en un sitio en que no se encuentra agua potable, algunos soldados fueron comisionados para hacer el acarreo del líquido que se encuentra en la parte más alta de Guadalupe; entre los encargados de llevar diariamente agua al campamento, se encontraba este indígena que vive ahora en Arroyo Seco.

El transporte de agua se hacía cada tercer día. Tres soldados ascendían penosamente la cuesta que lleva a La Corona, arreando un burrito que llevaba a cuestas las latas vacías —por si interesa hay que anotar que el burro de marras es lo único que queda actualmente del destacamento militar, fue abandonado y vive solo en la cumbre, en un estado completamente salvaje. Al llegar al aguaje, cerca de un bosquecillo de

cipreses, dos de los tres soldados se encargaban de llenar las latas, mientras el tercero, armado de rifle, siempre se ocupaba en buscar cabras para surtir de carne fresca el campamento. Un día que el tercero fue el indígena a que me refiero, la persecución de las cabras, siempre montaraces, lo llevó a un lugar donde nunca antes había puesto pie. Le extrañó la configuración del terreno y, sobre todo, una cueva abierta al borde de un barranco. Curioso —acaso supersticioso e imaginativo, como todos los indios—, el aborígen entró a explorar la cueva. Cargó el rifle, hizo un hachón de cortezas y entró a la oscuridad...

Dice que la cueva no era muy profunda, que no tuvo miedo, y que por tal, con mucha confianza, se fue derecho a un montículo que se encontraba al fondo. El montículo aquel estaba cubierto de telas que el tiempo y la humedad habían convertido en polvo, y bajo la capa de polvo... los lingotes... ochenta ni uno más ni uno menos; puesto que asegura que los contó; lingotes de un metal amarillo, como oro, pesados... muy pesados.

El indio volvió al aguaje, sin cabras y con la boca bien cerrada. Nunca, a sus compañeros de destacamento, reveló el secreto... y esperó el paso de los años. El destacamento fue retirado, el soldado indio se dio de baja y se quedó a vivir en la península.

LA EXPEDICIÓN DE HUSSONG

No hace muchos años, el exsoldado entró en sociedad con un hombre de Ensenada de apellido Ávalos. Le relató la historia, lo interesó en una aventura de rescate y Ávalos, a su vez, encontró socios en un estadounidense y en uno de los Hussong —Hussong es un apellido sumamente conocido en la ciudad de Ensenada—. Juntos los cuatro se embarcaron en una expedición para buscar el tesoro y con ese propósito un buen día llegaron a la isla, con suficientes comestibles, agua y armas.

Quien conozca un poco de la psicología del indígena mexicano, seguramente encontrará lógico todo lo que sucedió y comprenderá el fracaso de la expedición Ávalos-Hussong. He aquí el relato:

Cuando desembarcaron en la isla, Ávalos, Hussong y el estadounidense estaban sumamente nerviosos. A toda costa querían partir a la cumbre, rumbo a la cueva, el mismo día; el indio, en cambio, observaba y se mostraba callado y misterioso: ponía dificultades, aseguraba que no reconocía del todo bien el terreno, aunque prometía que encontraría la pista, y pedía que le dejaran varios días para “orientarse”...

El indio tenía miedo, vió la ambición de sus socios, se sabía el más indefenso entre aquellos señores y pensó, acaso con razón, que del tesoro él recibiría la menor parte... o la peor: la muerte. Eso es, tuvo miedo a morir, traicionado por sus propios compañeros, una vez que los hubiera puesto en posesión del fabuloso entierro... Entonces urdió un plan muy indígena: se fue solo a la montaña en busca del tesoro, prometiendo a sus socios que en cuanto lo encontrara les daría aviso, así ellos no tendrían que cansarse y agotarse dando vueltas ni arriesgar la vida entre tantos barrancos y precipicios.

A los cinco días, el indígena volvió... con una barra de metal a cuestas. Mostrándose sumamente afligido contó a sus amigos que el tesoro había sido robado y que solamente quedaban en la cueva dos barras, una de las cuales era la que él mismo traía. Furiosos y desesperados, Hussong, Ávalos y el “primo” se lanzaron a la cumbre, siguiendo al guía. Al llegar a la cueva, en efecto, encontraron ya únicamente una barra. Del resto no se encontraba ni la más débil pista.

La expedición regresó pronto a Ensenada. El indio obtuvo la promesa de una participación sobre el valor de los dos lingotes; pero a la larga, no recibió nada. Dicen que Ávalos afirma que los lingotes eran de hierro “sin valor”; pero en cambio, también se asegura que la zapatería que Hussong, el de la historia, y no alguno de los de Ensenada, tiene en Los Ángeles, E.U.A., fue comprada con el producto de la venta del metal.

Después de aquella expedición nadie ha repetido el intento de buscar el resto del tesoro. Sé que el señor Ávalos que vive en Ensenada y es persona sumamente conocida tiene proyectado otro viaje pero hasta ahora no lo ha realizado.

En cuanto al resto del tesoro: las 78 barras de oro, falta el epílogo. No es verdad que el exsoldado haya encontrado solamente dos. Lo que sucedió

fue que, temiendo por su vida, ocupó los cinco días en que estuvo solo, para cambiarlas de lugar. Los 78 lingotes de oro se encuentran en el cauce de uno de los arroyos, que durante la época de lluvias, descienden de La Corona hasta la orilla del mar. Del lugar exacto solamente el exsoldado puede proporcionar información precisa.

EL SEGUNDO TESORO

Por lo demás, como si uno no bastara, la isla de Guadalupe tiene dos tesoros. La historia del segundo es un poco menos conocida y un tanto más obscura que la relatada anteriormente, pero sin duda tiene también sus visos de verdad. Este segundo depósito de metal en barras fue descubierto hace cerca de 20 años por un japonés, quien siguió la pista de documentos que casualmente llegaron a sus manos. Se sabe que desembarcó un día en Guadalupe, en un pequeño yate que por toda tripulación contaba con un marinero nipón.

El japonés exploró la isla en compañía de su hija, se orientó con base en los mapas que hablaban del tesoro, y durante algunos días se ocupó en desenterrar metal. La vigilancia costera, que por aquellos años era un poco más efectiva que hoy en día, le impidió dedicarse mucho a esa labor. Constantemente llegaban patrullas a revisar sus papeles de pescador y los oficiales se mostraban extrañados de ver el yatecillo fondeado, sin intenciones de utilizarlo para pescar. Por eso no pudo permanecer mucho en aguas de la isla; pero lo que pudo transportar a su barco, en barras de oro, en el corto lapso de que dispuso, le permitió convertirse en un hombre positivamente rico.

Este japonés ha muerto recientemente, pero antes de expirar fue entrevistado por otro paisano interesado en el tesoro. A punto de morir, el japonés se mostró generoso y dio las señas para encontrar lo que, según sus propias palabras, era de valor incalculable.

La confidencia fue hecha a dos personas: un nipón y un mexicano; es por éste que yo la conozco ahora, y doy a la publicidad las señas para encontrar el segundo tesoro de Guadalupe.

Según ellas se desembarca en la punta norte, justamente donde quedan los restos del cuartel. Se asciende por una empinada vereda que he recorrido, hasta La Corona. De ahí se sigue rumbo al bosquecillo de cipreses y en seguida hacia la cumbre central de la isla. Antes de llegar a la cima, hay que buscar detenidamente un ancla de velero que debe estar cubierta por la maleza. Encontrar el ancla es encontrar la primera pista segura. Como todo mundo sabe, un ancla consta de una extremidad aguda y dos brazos. Según el japonés es el brazo derecho del ancla que marca un rumbo que hay que seguir por no más de quinientos pasos. En ese punto, semienterradas, se encuentran unas escalinatas de mampostería. Hay que desenterrarlas y seguirlas. Al pie del último escalón está el tesoro.

Aparentemente, la pista es sencilla, pero sucede que el nipón, previniendo que alguien podría disponer de la misma información, hizo girar el ancla 90 grados y no pudo recordar, en su agonía, si la viró a babor o a estribor. Las cosas están confundidas y como si no fuera ya bastante difícil encontrar un ancla en la superficie quebrada de Guadalupe, el viraje obliga ahora a explorar detenidamente un área circular de mil pasos de diámetro. Sin embargo, vale la pena. El japonés muerto ya, dejó una inmensa fortuna y aseguró al mismo que me ha contado esta historia, que lo que sacó del tesoro no era ni siquiera la centésima parte del total.

LOS HOMBRES DE LA ISLA

La isla de Guadalupe, por lo que a hombres respecta, no está del todo deshabitada. Por su extremo sur, en la llamada Caleta Melpómene, viven doce habitantes: cuatro hombres, tres mujeres, cinco niños. Los hombres son los oficiales de la estación meteorológica establecida en la isla desde hace algunos años; tres de ellos casados y uno soltero. Son: el teniente de fragata Víctor Buenfil Blanquet, con tres años de residencia; el teniente de corbeta Jesús Larios Rodríguez, con dos años y medio en la isla; el teniente de corbeta Antonio Filigrana, que vive en Guadalupe desde hace cinco años y que por tal es el decano, y el primer maestro Humberto Campoy, llegado a servir en la estación apenas hace seis meses.

La extremidad sur de la isla, donde se levanta el campamento de los residentes y la estación meteorológica, tal vez sea el mejor lugar para esta clase de observaciones, pero desde el punto de vista de habitación, es el más inclemente. Los isleños no tienen agua potable ni salobre; no existe en su zona el más pequeño trozo de tierra cultivable, y Caleta Melpómene es un sitio donde parecen darse cita todos los vientos que merodean por aguas de la isla. Además, las aguas oceánicas de la extremidad sur son pobres en pesca y hay días en que no es posible obtener del mar ni una pequeña sardinilla.

Los oficiales meteorólogos reciben todo lo que necesitan del puerto de Ensenada. Cada mes, cronométricamente, el *Halcón I* hace el viaje a la isla llevándoles agua y comestibles, revistas y otros artículos de primera necesidad. El día del arribo de la nave es fiesta en la isla; se abren algunas latas de cerveza, se charla hasta el último minuto y se hacen toda clase de preguntas. La celebración dura algunas horas, no más del tiempo necesario para desembarcar los tambores con agua y las cajas de latería. Después el *Halcón* regresa a puerto, a 24 horas de distancia, y la soledad vuelve a aislar a los doce habitantes de Guadalupe, por 30 días, hasta el próximo viaje. Durante todo ese tiempo su enlace con tierra se reduce a las comunicaciones radiotelegráficas dando parte sobre los cambios atmosféricos en la isla de Guadalupe.

Pese a su soledad, la reducida población guadalupense vive contenta, resignada a su aislamiento. El clima del lugar, no obstante el frío, es sano y los niños no sufren enfermedades. A propósito de niños, dos han nacido en la isla y seguramente son los únicos mexicanos guadalupenses. Uno es hijo de Larios y el otro, más pequeñín, de Filigrana.

A los hombres de la isla he preguntado por los tesoros. Ellos conocen la historia, mejor dicho, las historias, pero no han podido confirmarlas. Sin embargo, por ciertas actitudes, ciertos informes, creo que el tiempo que no ocupan en observaciones meteorológicas lo utilizan en buscar pistas. Ésta es una sospecha, y nada más, pero por si fuera verdad, lo único que deseo es que la fortuna no les sonría hasta que el reportero vuelva por tercera vez a la isla de Guadalupe, ¡ya no como periodista, sino como un simple buscador de tesoros de piratas!

XI

¡EN EL NIDO DE LAS BALLENAS!

Chepo, el mejor guía cuando de buscar ballenas se trata, se presentó ante nosotros poco antes de las ocho de la mañana. Posiblemente no terminaba aún de despertarse, porque a pesar de mis deseos por hacerle hablar y prometerme que nuestros proyectos darían resultados positivos, no conseguí otra cosa que hacerle sonreír y decir que sí a todo, indistintamente.

—Dime, *Chepo*, ¿crees que encontraremos ballenas?

—¡Sí!—. Y me lo decía muy sonriente.

—*Chepo*, ¿estarán en el canal?

—¡Sí!

—Pero mira, *Chepo*, no quiero pasarme diez días tras ellas, ¿podremos hacerlo hoy mismo?

Y *Chepo* seguía contestando que sí, y sonriendo, muy alegremente, como si buscar ballenas fuera una tarea placentera.

El hecho que *Chepo* sonriera a todo y con todos, lo convierte en el ser más simpático que pueda verse en Bahía de los Ángeles, bello lugar de futuras posibilidades turísticas que se encuentra sobre el mar de Cortés, justamente donde el paralelo 29 cruza por sobre la costa. Como marinero que debe haber sido, allá en sus años mozos, *Chepo* lleva sobre la cabeza una gorra de oficial de la marina mercante, tan vieja como él; se cubre el torso con un chaquetón, también marinero, y las piernas con unos pantalones de civil. *Chepo*, que ya no tiene necesidad alguna de presumir ante las muchachas —que no las hay donde ahora vive—, es descuidado en su persona y se rasura solamente cada mes. Es bajo de estatura y feo. Se dedica a la pesca en los ratos que le deja libre la holgazanería y vive solo, en una cabaña que se cuenta entre las veinte que forman el pueblo de la bahía. Si *Chepo* fumara pipa y contara

historias de aventuras, podría pasar por el más genuino lobo de mar que pudiera encontrarse.

Como nuestro amigo exmarino y pescador nos garantizó el éxito de la aventura, nosotros no hicimos sino consentir en arrostrarla —porque una cosa es hablar de ballenas y otra salir a encontrarse con ellas. Nos arreglamos en el precio y Chepo nos dio cita en la playa para veinte minutos después. “¿Vas a escribir el testamento, Chepo?”, le grité mientras se alejaba. Y Chepo respondió, sonriendo, naturalmente: “¡No. Voy por el motor. El testamento háganlo ustedes, yo no tengo parientes!”

Media hora después Chepo se encontró con nosotros a orilla del mar, sobre un punto de esa playa que rodea toda la Bahía de los Ángeles. Sobre el hombro traía un motor fuera de borda, tan viejo que me pareció el primero que se hubiera fabricado. Lo fijó a la popa de una panga de cinco metros de eslora, metió un par de remos dentro y, finalmente, nos invitó a pasar a bordo. Sentado sobre la pequeña lancha recordé mis paseos por el lago de Chapultepec, tan pequeña era la embarcación. Luego... nos hicimos a la mar.

LA BAHÍA DE LOS ÁNGELES

Puede parecer curioso, pero el nombre de Bahía de los Ángeles no aparece en ninguno de los dos mapas que viajan conmigo, a pesar de que uno de ellos es el mapa hecho para la fuerza aérea estadounidense, y no obstante —esto es lo más curioso—, que Bahía de los Ángeles es seguramente la segunda ensenada natural más hermosa de la costa interior de Baja California. La más bella de todas, para informar por adelantado, es la bahía de Concepción. De su existencia me enteré por Pedro Rudametkin, el mejor almacén de informes valiosos sobre la península y sus rarezas, quien me aseguró que en ella encontraría las ballenas que buscaba.

Uno de los motivos sensacionales que ayudaron a la realización de esta expedición de *Impacto* fueron esos mencionados cetáceos. Desde México tenía informes sobre su existencia en aguas de Baja California

pero no precisamente de que se encontraran en Bahía de los Ángeles. Esperaba y dudaba al mismo tiempo que podría retratarlos en bahía Scammons, en bahía de Ballenas o en laguna de San Ignacio, todos estos sitios al sur del paralelo 28, sobre el Océano Pacífico; y me basaba para ello en los datos proporcionados sobre tal asunto por una expedición llevada a cabo, no hace mucho tiempo, por el doctor Flynn, padre del actor de cine, Errol. Sin embargo, pudimos ver ballenas dentro del golfo de California, en la costa del Territorio Norte y en las aguas del canal de Ballenas, que separa la costa bajacaliforniana de la isla desértica e inexplorada de Ángel de la Guarda.

Llegar a Bahía de los Ángeles es mucho más fácil que cruzar el desierto de Vizcaíno y llegar a bahía de Ballenas. Cerca ya de la línea divisoria de los Territorios Norte y Sur, antes de llegar a la última subdelegación del norte, toma uno una brecha bastante transitada que se desvía hacia el oriente. A setenta y cinco kilómetros de distancia, cruzando la sierra de Calamajué, está la bahía. El camino no tiene señales de ninguna especie, pero es fácil no equivocarse si se tiene el cuidado de ir vigilando el rumbo. A no ser por esto, y la brújula, nosotros no hubiéramos llegado, porque a falta de informes exactos, nos extra- víamos por el camino de Calamajué, donde seguramente hubiéramos quedado, sin gasolina ni esperanzas de ayuda inmediata.

La Bahía de los Ángeles es un precioso sitio de veraneo conocido hasta hoy sólo por los estadounidenses. Es de forma semicircular, casi cerrada por las dos islas que protegen la entrada; tiene un mar profundo y siempre en calma. Está totalmente rodeada de montañas y la protege también la cadena montañosa de Ángel de la Guarda. El poblado lo hacen una veintena de casitas, las más de ellas casi cabañas, donde viven los pescadores. El único edificio de mampostería es el de la Compañía Minera de la Baja California, empresa estadounidense que explota los jales que dejó en las cercanías la San Juan Minning Company, hace quince años, y todas las otras minas —oro, plata y plomo— que se encuentran en diez millas a la redonda. Por carretera nunca llegan turistas, sino *trucks* de la mina o camiones de los intermediarios de la pesca; pero en cambio, por avión, llegan cientos de turistas todos los años, procedentes directamente del vecino país del norte.

LA PRIMERA BALLENA

Con Chepo de timonel, nos pusimos a rastrillar la bahía a eso de las nueve de la mañana, en busca de nuestras ballenas. Hacía viento y frío y el cielo amenazaba con cubrirse de nubes. Éramos tres a bordo, además de Chepo. Zataráin, con la cámara lista, sentado a popa; el profesor, que quiso acompañarnos, sentado al medio y atendiendo los curricanes. Yo me reservé la proa, a efecto de que con Zataráin en el otro extremo, pudiéramos cubrir con las cámaras todo el horizonte.

Alejados ya de la costa, Chepo preguntó descaradamente a dónde íbamos. Como el motor no dejaba escuchar mis gritos, le hice una seña. Una seña que para él, buen entendedor, quería significar: “Donde estén las ballenas”. Chepo corrigió entonces el rumbo y enfiló directo a la bocana.

Cabeza de Caballo es el nombre de una de las dos islas que encierran la bahía. Justamente íbamos a pasarla de cerca, cuando el profesor, que no por ir atendiendo los curricanes dejaba de mirar la superficie del mar, levantó la voz por sobre el rugido del motorcito: “¡Una ballena!” Zataráin y yo nos levantamos de golpe mirando hacia donde señalaba el profesor... y no vimos nada. Pero Chepo, que pese a sus años tiene una inmejorable vista, viró a babor y enfiló hacia donde nosotros suponíamos que estaba la ballena. Mientras nos acercábamos nuestra nerviosidad aumentaba. Yo personalmente confieso, que empecé a inquietarme y a preguntarme cuántas probabilidades habría de acercarse sin riesgo de zozobrar. La respuesta no la supe sino varias horas después.

El profesor no se había equivocado. Justamente por la proa, a media milla de distancia, surgió una ballena que inmediatamente volvió a sumergirse. Chepo, guiándose por la dirección que llevaba el animal, viró nuevamente y se siguió acercando. Estábamos sobre el sitio donde había aparecido la última vez el cetáceo, cuando por la proa, a cien metros de nosotros, hizo otra reaparición la ballena. Esta vez Chepo puso media máquina y virando, siguió la pista sobre la superficie del mar. Al parecer, el animal seguía un rumbo paralelo a la costa de la Cabeza de Caballo. Veíamos levantarse por sobre la superficie de las aguas cardúmenes de sardinillas, que huían; y aunque no tengo noticia que las ballenas coman sardinillas, nos guíamos por ellas, pensando

que la ballena las perseguía. Una y otra vez, con intervalos de cinco minutos, la ballena reapareció momentáneamente, volviendo a sumergirse. Varias veces logré fotografiarla, pero siempre demasiado lejos. Media hora después de persecución, la ballena desapareció definitivamente sin que nosotros hubiéramos logrado tenerla a nuestro alcance. Chepo seguía sonriendo, pero Zataráin y yo empezamos a desanimarnos.

A LA DERIVA EN EL CANAL

Con los curricanes largados, en espera, al menos, de obtener un buen bocado para la cena, dejamos la bahía y nos internamos en el canal de Ballenas. Las aguas del canal son seguras y puede uno aventurarse en cualquier tipo de embarcación; sin embargo, tienen algo de peligrosas por sus fuertes corrientes. Cuando empieza a subir la marea, el golfo de California se llena de repente con una gran masa de agua y se produce una corriente que va aumentando en intensidad a medida que se angosta el golfo. Frente al canal de Ballenas algunas veces la corriente llega a alcanzar velocidades hasta de diez millas —18.5 kilómetros aproximadamente— por hora y entonces no hay embarcación pequeña que pueda vencerla. En la baja mar sucede lo mismo, el golfo se vacía y la corriente a toda velocidad, cambia de dirección hacia el océano.

Nosotros, entramos confiados al canal, confiados en Chepo y en el motor, pero a poco de navegar el segundo empezó a fallarnos. Chepo aseguraba que el tanque de la gasolina estaba sucio y que por eso se tapaba el conducto. Yo más bien me inclino a pensar que el motor, de viejo, ya no quería caminar. Navegábamos doscientos metros y el motor se paraba. Había entonces que desarmarlo, soplarle por el tubo, por el tanque, limpiar el carburador y luchar diez minutos para volverlo a poner en marcha. Eso cada cinco o diez minutos, al gusto del carburador. Zataráin dejó la cámara a un lado y empezó a ensayar mecánica. El profesor no se ocupaba más que de recoger o largar los curricanes que ya para entonces habían atrapado dos cabrillas, y yo, más de mal que de buen humor, de vigilar el horizonte. Estábamos a la

deriva, a medio canal, navegando a la velocidad de la corriente, cuando vi dos ballenas que se acercaban a nosotros.

Yo no sé que inspiraciones se le ocurren a uno algunas veces, como no sé tampoco cuál es el extraño poder del dinero. El motor había vuelto a ponerse en marcha, cuando se me ocurrió proponerle algo a Chepo. Gritando contra el ruido del motor, le pregunté que si me escuchaba. Nuestro timonel hizo un gesto que significaba “¡Nada!” Volví a gritarle: “¡Cien pesos de propina si te acercas a las ballenas! ¿Escuchas?” Chepo sonrió de oreja a oreja y me contestó con dos dedos: “¡Un poco!”. A partir de ese momento, durante media hora justa, el motor no volvió a fallar. Ahora que escribo, me pregunto si Chepo no prepararía todo el asunto, intencionalmente, para ganarse los cien pesos de propina.

DIEZ MINUTOS DE TERROR

Las ballenas, dos o tres, ¡qué sé yo!, se acercaban de norte a sur, pegadas a la costa de la isla Ángel de la Guarda. Nosotros de sur a norte, empezamos a interceptar su ruta. Zataráin se había puesto de pie y el profesor recogió los curricanes. La panga, a toda velocidad, vibraba como si fuera a desarmarse. Nosotros tres, sin incluir a Chepo, sentíamos vibrar los nervios al ritmo del motor; Chepo, según lo comprobamos, no conoce lo que es el miedo.

El rumbo de las ballenas nos obligó a virar 180 grados y seguirlas, dirigiéndose hacia el sur. La distancia se acortaba y a medida que avanzábamos fuimos dándonos cuenta de que no eran una, ni dos, ni tres; sino seis cuando menos las ballenas cuyo camino íbamos a interceptar. “Un cardumen”, cómo gritó Chepo. La primera maniobra, en cuanto las tuvimos a doscientos metros por la banda de babor, tuve el honor de dirigirla personalmente. Sentí la impresión que emitía la orden de fuego al pelotón de mi propia ejecución. “¡Chepo, vira por babor. Toda la caña!” Chepo cumplió la orden y así nos colocamos a cien metros de las ballenas. Los cetáceos habían virado también y se colocaron paralelos a la panga, por la banda de estribor. Las cámaras

empezaron a funcionar, sincronizadas con cada aparición de los enormes animales sobre la superficie de las aguas.

Hubo dos maniobras más, pero fue Chepo quien las hizo por cuenta propia y riesgo de todos nosotros. Cuando estuvimos a la cabeza de aquel grupo de ballenas y a punto de pasarlas en su carrera, Chepo disminuyó la velocidad y, sin previo aviso, viró 180 grados a estribor. Así, de buenas a primeras, nos encontramos a 50 metros de una ballena que surgía imponente del fondo del mar. Sé que todos tuvimos miedo, pero nadie dijo nada, por discreción. “Haciendo de tripas corazón”, Zataráin y yo seguimos oprimiendo el disparador y corriendo rollo.

La última maniobra fue una broma pesada de Chepo. Al parecer, las ballenas no se habían dado cuenta de nuestra presencia y continuaban, como jugueteando, hundiéndose y emergiendo. Chepo me aseguró después que los cetáceos estaban en celo y que se hacían el amor. Yo no tuve tiempo de comprobarlo ni ganas de investigarlo, porque en aquel momento, Chepo viró otra vez, hacia adentro, 180 grados. Y así tuvimos a las ballenas a 30 metros, por la banda de babor. Recuerdo que apreté varias veces el disparador y que Zataráin hizo lo mismo. Luego vi sumergirse a un enorme cetáceo justamente por la proa, en dirección a nosotros. Presintiendo la maniobra de la ballena, me quedé mirando el fondo del mar, y fue entonces cuando, con buena dosis de terror vi la cabeza de la ballena justamente bajo nosotros. Con toda la fuerza de mis pulmones le grité al timonel: “¡Afuera, rápido, dale, Chepo!” Indudablemente, Chepo había visto lo mismo que yo. Por primera vez lo vi sin sonreír; torció la caña con un ademán desesperado y dio toda la velocidad al motor. La máquina también tuvo miedo, rugió desesperada e hizo saltar la panga por sobre el agua. Yo caí sentado sobre el banquillo de proa. Zataráin estaba de pie, con la cámara en alto, como si hubiera querido salvarla de un inevitable naufragio y el profesor seguía mirando como hipnotizado el fondo del mar.

A diez metros de nosotros, por la popa, surgió la ballena que tuvimos bajo la quilla. De ese momento no hubo fotografía.

Al escribir esto, y ya que hablo de fotografías, ignoro si de nuestra aventura habría algún resultado dentro de las cámaras. Zataráin me asegura que tomó buenas fotografías. Yo no puedo decir lo mismo,

dudo; porque desde que salimos de aquel pedazo de mar hirviendo de ballenas me di cuenta que mi cámara tenía roto el rollo. Sé que tomé algunas fotos, pero no todas. Ignoro cuándo se rompió el rollo, porque la nerviosidad, cosa imperdonable en un periodista, me impidió darme cuenta a tiempo. Sin embargo, tengo disculpas. No creo que fotógrafo alguno pueda conservar la calma mientras Chepo dirige las maniobras y se pone a navegar entre ballenas. Seguramente el lector preguntará por qué tuvimos tanto terror si las ballenas, según se sabe, no comen carne humana. La respuesta es sencilla. No teníamos miedo a las ballenas, sino a naufragar por el golpe de alguno de los gigantes y inofensivos animales. De haberse ido la panga a pique, nosotros hubiéramos ido al fondo, con las cámaras al cuello. Hubiera sido imposible nadar. Hacía frío, he dicho, y llevábamos sobre nuestras carnes diez kilos de ropa y cuando menos, uno de botas. Con tal indumentaria, hubiera sido imposible mantenerse a flote. Fue de ahogarnos y no de las ballenas de lo que tuvimos miedo. ¡Que conste!

BALLENAS GRISES

Los enormes cetáceos que se encuentran frente a la isla Ángel de la Guarda, son de los conocidos como ballena gris. Actualmente, las aguas de Baja California parecen ser las únicas donde se encuentra tal mamífero, o al menos, las que estos enormes animales eligen para procrear. Como he dicho antes, no solamente puede encontrarse dentro del golfo, sino también sobre la costa pacífica de la península, en las bahías de Scammons, de Ballenas o laguna de San Ignacio. Según los informes que pude obtener de los pescadores, las ballenas que se internan al golfo, navegan de preferencia entre La Paz e isla Ángel de la Guarda, siendo este último lugar el más preferido.

La ballena gris, que se encuentra en aguas mexicanas, no es de un tamaño tan gigantesco como el de sus primas árticas. Puede llegar a medir hasta 30 metros de longitud, pero nunca alcanza mayores proporciones. Es difícil encontrarla flotando quietamente y parece estar todo el tiempo ondulando entre el fondo y la superficie; aunque algunos

pescadores me han dicho que en ocasiones se les ve recostadas sobre las playas, amamantando a los ballenatos. En los mares de Baja California nadie persigue a las ballenas, tal vez por veda o por falta de equipo adecuado. Ocasionalmente, algunos cetáceos se varan sobre las playas y entonces sí aprovechan los pescadores para extraerles el aceite. De cualquier modo, aunque esto pase una que otra vez, nadie ha hecho de la ballena una industria.

El mejor tiempo para encontrar ballenas en Bahía de los Ángeles es el verano. Durante los meses de calor se internan hasta ponerse a la vista de los habitantes del poblado. Entonces nada parece atemorizarlas y los pescadores se ven obligados a cuidarse de ellas cuando navegan rumbo a alta mar. Por estos meses las ballenas se retiran a sitios desconocidos, se les puede encontrar en el canal, pero de eso no hay muchas probabilidades. Por eso considero que habiendo estado en diciembre en Bahía de los Ángeles, fue un verdadero azar el que hubiéramos podido fotografiarlas. Fue cosa de suerte, nada más, y del conocimiento y la habilidad de Chepo, el inmejorable guía en busca de ballenas.

XII EL TERCER TERRITORIO

Quienes hayan aprendido en la escuela y sobre el mapa cuáles y cuántos son los estados y territorios de la república, seguramente se sentirán sorprendidos al leer el título de este capítulo. En plan de sinceridad, el redactor viajero confiesa que tampoco él, hasta hace algunos días, sabía nada sobre la existencia de un tercer territorio en la larga superficie de Baja California. Sin embargo, con base en los hechos, se hace necesario rectificar, aunque sea en un artículo periodístico, la división política de México.

No hay dos, sino tres territorios en la península. Son ellos, el Territorio Norte, cuyos límites son: al norte, la línea fronteriza con Estados Unidos; al este, el Río Colorado, que lo separa del estado de Sonora; al oeste, el Océano Pacífico, y al sur, la línea del paralelo 28—esto no difiere en absoluto de lo que enseñan las geografías. En cuanto al Territorio Sur, los límites son inciertos, y como el mar rodea a éste por tres costados: sur, este y oeste, lo de límites no puede referirse sino al del norte, que, a pesar de los mapas, no es el paralelo 28.

Entre el Territorio Sur y el paralelo 28 está el tercer territorio de Baja California. En realidad, más que territorio podría llamársele república autónoma, o acaso con mayor propiedad, imperio. Extraño imperio, absolutamente libre y soberano, cuya capital es Santa Rosalía.

DEL DIARIO DE VIAJE

San Ignacio de Kadakaamang, 19 de diciembre de 1949. Poco antes del mediodía hemos cruzado el paralelo 28, señalado sobre la llanura con una línea infinita de piedrecitas de cuarzo. Así, desde hoy, estamos en el Territorio Sur de Baja California, después de 43 días de viaje por mares, montañas y desiertos del norte peninsular. San Ignacio, mar de

palmeras de dátíl, nos ha ofrecido una serie de primicias desde que se iniciara esta gira periodística. Es éste el primer gran pueblo que hemos encontrado desde nuestra salida de El Rosario, 560 kilómetros al norte; el primer gran oasis en medio del desierto. Más al sur, casi todos los demás pueblos serán también grandes oasis, y es aquí donde hemos sido invitados al primer baile desde nuestra salida de México. En verdad, nos sentimos magníficamente bien en este lugar: podemos dar paseos bucólicos bajo las palmeras, podemos ir al estanque a ver las bandas de gansos que nadan entre los cañaverales, podemos invitarnos a la comida o a la cena en casa de nuestro amigo Liu Mindó, el chino más mexicano que se haya visto jamás, o, esto es lo mejor, podemos escoger como compañeras de nuestros paseos a las bellas muchachas de San Ignacio, alegres, amables y bellas, indudablemente. Sin embargo, no podemos detenernos mucho aquí, mañana mismo seguiremos rumbo al sur. Periodísticamente, el interés está más adelante y tenemos alguna urgencia por llegar a Santa Rosalía a recoger un giro telegráfico y a cerciorarnos de que en esa población funciona la fábrica de silicosos más grande del país: las minas de El Boleo. Sigamos, pues, camino...

EL BOLEO, S.A.

Ya doscientos kilómetros antes de llegar a Santa Rosalía, empieza uno a escuchar, de labios de los hombres que habitan la región central de Baja California, historias sobre la compañía minera El Boleo, S.A. En casi todos los pequeños ranchos, o en los pueblos que viven a la orilla de cualquiera de los dos mares que escoltan la península, no falta alguien que relate, en tono dramático, alguna historia, vieja o nueva, sobre la compañía minera que fundó el tercer territorio de Baja California. Todas esas historias, sin excepción, tienen como argumento el crimen y la explotación del hombre. Todas ellas ilustran, con un ejemplo vergonzoso, la tragedia de la minería mexicana.

Más cerca de Santa Rosalía ya no se relatan historias que se refieran a la compañía minera, y esto significa que uno ha cruzado la frontera y que en esas tierras no hay más amo que El Boleo. Pero si no se cuentan, en cambio las historias empiezan a certificarse. Preguntad, por ejemplo, de quiénes son aquellos jales que se ven sobre la montaña y alguien, indudablemente, responderá: “De El Boleo, señor.” ¿Y aquel ganado que van arriando esos vaqueros? “De El Boleo, señor”. ¿Y aquella finca que se levanta solitaria en medio de la llanura? “De El Boleo, señor”. ¿Y aquella hacienda... y aquellos hombres... y aquellas minas...? La respuesta, siempre, será la misma: “De El Boleo, señor”.

En Santa Rosalía, capital del imperio, no hay ya ni siquiera necesidad de preguntar. Todo, absolutamente todo: el terreno que da asiento a la ciudad, la iglesia, las casas de los siete mil pobladores, las industrias, la fundición, el astillero, el puerto, el ferrocarril local, los caminos locales, la planta de luz, la fábrica de hielo, la panadería, etcétera; todo, sin duda alguna, es propiedad de El Boleo, S.A. En cuanto a los hombres, la cosa es obvia. También todos ellos llevan el sello de propiedad de la compañía minera: los de abajo, los que trabajan para El Boleo, van marcados con el hierro de la silicosis; los de arriba, los que trabajan con El Boleo, ostentan otro sello peor: el de la sumisión.

El Boleo, S.A., compañía minera francesa que empezó explotando los yacimientos de cobre del centro de Baja California, ejerce actualmente la hegemonía sobre gran parte del norte del Territorio Sur. Su voluntad, ejercida para defender sus intereses, es ley entre los paralelos 28 y 27, desde el Pacífico hasta el golfo de California, y hasta el presente año, a 65 años de la fundación del imperio, la autonomía de ese tercer territorio peninsular es indiscutible.

LA FUNDACIÓN

Los yacimientos cupríferos que constituyen las minas de El Boleo, fueron descubiertos en 1868 por un ranchero del pueblo de Santa Águeda, de nombre José Rosas Villavicencio. El cobre superficial

aparecía, por entonces, en concreciones esféricas a las cuales les dieron el nombre de boleos. De aquí el nombre de la compañía. Las primeras explotaciones se hicieron mediante técnicas rudimentarias, pero como el mineral empezó a exportarse a Europa, no faltó alguien, en Francia, que pensara en la posibilidad de organizar una gran explotación de los yacimientos de cobre bajacalifornianos.

En 1870, un geólogo francés, Cumenge, rindió el primer informe a Europa sobre las posibilidades del mineral de cobre. La Casa de Rothschild se interesó en el negocio y por mediación del Banco Mirabeau otorgó el capital inicial para la organización de la compañía minera, que, desde su primera época, llevó el nombre de El Boleo. Cumenge, el geólogo, fue el primer director, le siguieron La Forge; Michaux; Nopper, que tuvo a su cargo la compañía cerca de 35 años, y finalmente Mahieux, el actual director.

Michaux y Nopper fueron los más destacados directores de la empresa. A Michaux le debe El Boleo sus grandes perspectivas; fue quien adquirió los primeros ranchos ganaderos de la compañía minera, construyó carreteras para comunicar entre sí todas las posesiones de la compañía, perforó pozos en las llanuras desérticas para asegurar la vida del ganado y construyó canales de riego en muchas partes del centro de la península. Con Nopper, en cierto modo, se inició la decadencia de la compañía francesa. Hombre débil, según relatan, fue desinteresándose paulatinamente de todas las conquistas de Michaux, y si fue el más mexicanista de los directores franceses, también fue bajo su gobierno de siete lustros que se cometieron las peores ignominias y se esclavizó a la población de trabajadores de Santa Rosalía.

La explotación del cobre fue iniciada con mano de obra yaqui. Centenares de indios, traídos exprofeso de Sonora, fueron los primeros esclavos de los técnicos y capataces franceses. Más tarde, con el auge de la compañía, parte de la población del sur bajacaliforniano empezó a servir a El Boleo. Hubo una época negra en la historia de la península, El Boleo, a iniciativa de sus dirigentes galos, impuso la más abyecta esclavitud para sacar mejor provecho de los minerales. Tenían entonces cárceles propias; los delegados, policías y demás empleados oficiales eran puestos por la compañía. Los obreros que por enfermedad

se negaban a ir al trabajo eran encarcelados y multados. Por entonces la silicosis como hoy todavía era el mal de todos, y los hombres morían como moscas. De esa época son mil historias vergonzosas que por sí solas formarían un excelente libro sobre la tragedia de la minería de la península.

LA REBELIÓN

Hasta 1936, ese orden de cosas se mantuvo. Los obreros —iba a decir esclavos— de El Boleo, siempre fueron sumisos y solamente de tiempo en tiempo, obligados por alguna canallada cometida en su contra, se rebelaban en sórdidas venganzas que costaban la vida de algún francés. Por lo demás, todo seguía su marcha y El Boleo, mes por mes, arrancaba mil toneladas de cobre de buena ley, tan buena como la sangre de los mexicanos que costaba su extracción.

A dos años del gobierno de Lázaro Cárdenas, tal vez animado por el sesgo que tomaba en todo el país la política obrerista del presidente michoacano, un líder levantó la voz en Santa Rosalía. Gómez —cuyo nombre se ha perdido junto con las victorias que obtuvo en aquella época— organizó a los obreros en mítines incendiarios, y si en sus primeros meses de lucha la compañía lo miró con indiferencia, a la postre El Boleo se rindió, mejoró las condiciones de sus trabajadores, aumentó salarios y prestaciones, dio mayor seguridad en el trabajo y suprimió las cárceles y las multas para los faltistas.

Gómez dirigió el movimiento obrerista durante dos años, al cabo de los cuales fue traicionado por los propios trabajadores que rescató de la ignominia. El dinero de la compañía pudo más que la voz del líder, y sus colaboradores se vendieron. Aunque con menos rigor, la situación de los trabajadores volvió a ser casi la misma de años anteriores, y Gómez, el líder pobre por honesto, se vio obligado a dejar su tierra natal. Actualmente podéis encontrar a Gómez en el manicomio capitalino de La Castañeda. Al igual que don Quijote, terminó víctima de una locura incurable.

Todavía hay sindicato obrero en Santa Rosalía, pero sus dirigentes se encuentran imposibilitados para hacer nada en favor de la clase trabajadora. Si es o no sindicato blanco, poco interesa; ninguna organización obrerista podría ahora hacer algo en aquella zona. La compañía se dice en liquidación y cuando los trabajadores exigen más de la cuenta amenaza con parar los trabajos, con base en su pobre situación económica actual. Ha entregado las minas a los obreros y El Boleo trabaja hoy reducido a la fundición del cobre; en esta forma, todos los riesgos corren por cuenta de los propios trabajadores, faltos de capital, de organización y de dirigentes.

En verdad, El Boleo está en decadencia. Los mejores yacimientos de cobre han sido agotados y no hay esperanza de encontrar otros. La ley de los metales actuales es baja y la economía de Santa Rosalía se derrumbará el día que no haya más metal. Por esta situación, real, El Boleo sigue ejerciendo el dominio sobre toda la región; de su manejo, hábil o torpe, depende el sustento de siete mil habitantes. Y esto es el gran chantaje. El Boleo, de explotador, se ha convertido hoy, paradójicamente, en benefactor de un pueblo... por más que la explotación siga siendo la misma.

SANTA ROSALÍA DE EL BOLEO

La capital del tercer territorio es, sin duda alguna, el pueblo menos acogedor de toda Baja California y, en cuanto a belleza natural, el más pobre. Esto último es consecuencia tanto de un inevitable determinismo geográfico, como de la índole de los trabajos desarrollados por la compañía minera. Santa Rosalía fue edificada en el desierto, en un lugar carente de agua —la que consume la población llega por una tubería desde Santa Águeda, a diecisiete kilómetros de distancia—, sobre colinas y entre cañadas desnudas de toda vegetación. El Boleo, al explotar los yacimientos de cobre de los alrededores, puso en movimiento constante todo el polvo de la región y le añadió, para desgracia de los siete mil pares de pulmones que ahí respiran, el humo que día y noche se escapa por las chimeneas de la fundición. Y como la compañía no ha tenido todavía la buena idea de asfaltar las calles del poblado, resulta que Santa

Rosalía es un pueblo sucio, polvoso y saturado de humo. Inclusive el mar, ese bello golfo de California, se ha afeado al contacto con Santa Rosalía. Las playas de esta ciudad son negras, de escorias que El Boleo quiso sepultar en el mar y que la resaca le ha devuelto.

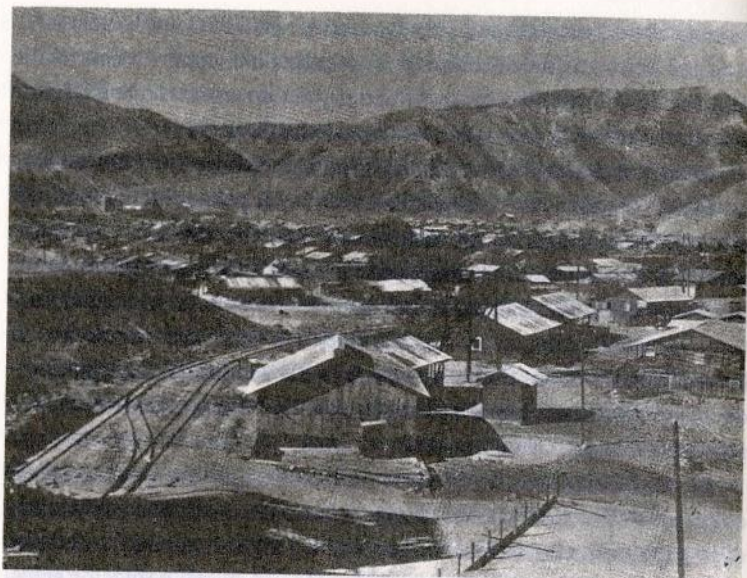
Santa Rosalía se divide, muy discriminatoriamente, en dos partes. La Mesa Francia y la Hondonada México. La primera la ocupan las oficinas de la compañía, las casas de los técnicos franceses y el hotel particular para invitados y amigos de El Boleo. La Hondonada México, por abajo de la Mesa Francia, la hacen las casas de los trabajadores, todas de igual estilo, un jardín, la escuela, el hotel casi en ruinas y la bella iglesia de Santa Bárbara, toda de metal con hermosos emplomados. Esta iglesia fue importada totalmente de Bélgica y pertenece, por supuesto, a la compañía minera.

El establecimiento de El Boleo trajo consigo una gran masa de emigrantes franceses que en su mayoría se han asimilado convirtiéndose paulatinamente en mexicanos. Hubo y sigue habiendo mestizaje, y de esa mezcla francomexicana ha nacido una nueva población bajacaliforniana, muy mexicana, muy noble y, físicamente, muy bella.

LAS MINAS DEL DIABLO

El Boleo, en decadencia, ya encontró sucesor para el imperio: Lucifer, S.A., minas de manganeso —posiblemente el yacimiento más grande de ese preciado mineral sobre la superficie de México— que explota una sociedad francomexicana: Mahieux y Quintanilla. Lucifer inició sus trabajos en 1939 y ha alcanzado una enorme capacidad de producción. En 1947 exportó a Estados Unidos, doce mil toneladas de mineral y 57 mil 500 en 1948.

El auge alcanzado por Lucifer, S.A., en apenas diez años de trabajo, no ha significado nada en el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera; antes por el contrario, es posible que hayan empeorado. En las galerías de las minas no hay seguridad alguna para los mineros; el polvo de manganeso es sumamente perjudicial para los pulmones y la silicosis es mal de todos los mineros; los ademes que garantizan contra los derrumbes son defectuosos.



Santa Rosalía.

Panorámica del pueblo ubicado en una hondada entre las montañas desérticas de Baja California. Los habitantes de este poblado trabajan en su mayoría en la trágica mina de manganeso denominada Lucifer.

Finalmente, los sueldos son bajos y las indemnizaciones cortas. He preguntado a un ingeniero de minas de la región si había problema silicótico en Lucifer. Me ha contestado muy sencillamente, que ninguno. Tras un breve paréntesis agregó: “No hay problema porque todos están silicóticos”.

Los jefes de la mina me han asegurado que en muchos años no se han presentado accidentes dentro de las galerías de la mina; pero la misma tarde de mi visita a Lucifer, coincidí con un desplome que costó la vida a un minero y heridas a otros. Tal vez haya sido coincidencia, pero el lamentable suceso me sirvió para convencerme que al menos el servicio de emergencia médica es nulo. El jeep que me llevó por Baja California tuvo que servir de transporte para trasladar a una enfermera hasta la bocamina correspondiente al túnel desplomado, y yo, personal-

mente, de chofer. En cuanto a médicos, no los vi en todo el tiempo que permanecí en el lugar aguardando nuevas sobre los resultados del derrumbe.

EL FUTURO DE SANTA ROSALÍA

El problema del tercer territorio de Baja California ha preocupado siempre al gobierno del Territorio Sur. Tal vez corresponda al actual gobernante, general Agustín Olachea, la fortuna de poder resolverlo asegurando una mejor vida para la población de Santa Rosalía y pueblos mineros aledaños.

Desde hace algunos meses, el mar ha entrado a formar parte de las perspectivas de vida de Santa Rosalía. En lugar de depender exclusivamente del producto de las minas, el esfuerzo humano se ha dirigido ahora hacia la explotación del mar y sus ilimitados recursos. Se ha montado una magnífica empacadora de camarón y está en marcha la construcción de barcos pesqueros, todos de metal, soldados en astilleros de la población. En esta forma, ya la economía de Santa Rosalía no se basa exclusivamente en la explotación de las minas, recurso no renovable y por tanto, digno de mejor suerte.

Lo único grave en esta multiplicidad industrial de Santa Rosalía es que los astilleros y la empacadora están controlados por los mismos capitales: los de El Boleo y el de Quintanilla. Ellos tienen el monopolio industrial en el tercer territorio y es posible que de no introducirse nuevos capitales, desligados absolutamente de los que han impuesto la ley durante más de medio siglo en el centro de la península, el imperio, en lugar de derrumbarse, se fortalezca.

XIII PRISIÓN SIN PUERTAS

Si no fuera porque lo he visto, porque durante varios días fui testigo presencial de cómo transcurre la vida dentro y fuera de la prisión del Territorio Sur de Baja California, francamente no estaría dispuesto a creer que en México puedan pasar tales cosas. Por lo demás ¿quien no conozca Mulegé y sus historias, podría tragarse el cuento de que en ese pueblo de la península existe una prisión con el régimen penitenciario más avanzado del mundo?

Tal vez, entre todas las historias extraordinarias que hacen de Baja California el paraíso de un reportero viajero, ésta, la de la prisión de Mulegé, sea la más hermosa. Los hechos que me llevan a escribir tal afirmación son bien simples. He aquí una cárcel a donde van a parar todos los criminales del Territorio Sur; una cárcel igual a todas, rodeada de grandes muros exteriores, adornada con almenas agresivas en cada esquina, a la que se entra por una doble puerta de gruesos barrotes para llegar a su interior de corredores y celdas también enrejadas.

Pero...

Suponed que llegamos de día a la prisión territorial. Pasamos el doble umbral y, ¡he aquí nuestra primera sorpresa!, no hay celador de guardia, las puertas están abiertas y pasamos por ellas con tanta libertad como por la puerta de una biblioteca pública. Nos internamos por el corredor pasando por frente a todas las celdas ¡vacías! Cruzamos otro umbral y llegamos al patio interior... más celdas; más celdas vacías. Estamos a punto de regresar cuando una figura humana llega a nuestro encuentro. Lleva unas tijeras en la diestra y en la siniestra una hoja de papel de china del que parece recortaba figuras. Empezad entonces a preguntar...

—Buenos días, amigo. ¿Es usted empleado de aquí?

—No señor, soy preso.

—¿Es usted el único?

—No señor, somos cuarenta.

—¿Y dónde están?

—Trabajando.

—¿Trabajando dónde?

—Bueno... unos cortando dátiles, otros pescando, algunos están aquí detrás, construyendo un hospital.

—¿Y los guardias?

—También se fueron a trabajar.

—¿Escoltando a los presos?

—No señor, los presos no necesitan escolta. Nosotros tenemos nuestros trabajos y los guardias los suyos; aunque algunas ocasiones trabajamos juntos.

—¿Y quién los cuida?

—Nos cuidamos solos.

—¿Y no se escapan?

—Nunca señor, regresamos todos.

—¿Y tú, no trabajas?

—Yo trabajo aquí, señor. Estoy haciendo un nacimiento —eran vísperas de Navidad—, y además cuido de la prisión.

¿Verdad que es para sentirse sorprendido?

Son las seis de la tarde, a medio crepúsculo. A la puerta de la prisión se han ido acercando algunas otras personas: presos que llegan solos desde el pueblo, ascendiendo lentamente la loma desde la cual la prisión domina el poblado. Nuestro *cicerone* sigue relatándonos cuentos de la prisión. A las seis en punto, dice: “con permiso”, y llama a un hombre que, según he sabido después, es otro preso. Se cruzan una frase que no alcanzo a oír. Nuestro *cicerone* regresa y el otro preso entra a la prisión para salir inmediatamente, con un caracol en la mano. Vemos cómo se retrepa a la balastrada de piedra, empuña el caracol, sopla... y lo hace cantar.

—¿Y eso?

—Es la llamada, ahora los presos vendrán a pasar lista.



Prisión sin puertas. Provisto de un caracol, este reo se dispone a lanzar una llamada que agrupará a todos los reclusos que trabajan en las cercanías.

El canto del caracol reúne a la guardia. Todavía empuñando picos y palas, cargando botes y arrastrando carretillas, suben los soldados hasta la loma. Tras ellos, saltando de piedra en piedra, viene el jefe de la partida militar, el teniente Fernando García. Los soldados se alinean y el teniente pasa lista. Rompen filas. Luego viene conmigo.

—¿Se ha convencido?

—Totalmente.

—¡Ahora, vea!

Por la vereda viene una larga fila de hombres. Son los presos. Un sargento los espera a la puerta de la prisión y va checando sus nombres sobre una hoja de papel. Veinte minutos después llega el último. Formados en fila india, los presos desfilan cargando sus enseres de trabajo. Entran a la prisión. El sargento hace una seña y el cabo entra tras los presos... para cerrar las puertas. De noche, la prisión no tiene las puertas abiertas.

El teniente García sigue sonriendo de mi cara de sorpresa.

—¿No lo creía verdad? Pues ahí la tiene, tal es la prisión de Mulegé. Ahora, si viene conmigo, le voy a contar la historia en todos sus detalles.

LA “UNIVERSIDAD DE SANGINÉS”

Entre ellos —jefes, guardias y presos—, no se le llama cárcel, prisión o penitenciaría. La conocen por la universidad: “Universidad de Agustín Sanginés”; ya que fue en honor y con el nombre de ese general, que se construyó la prisión, no hace más de cuatro lustros. Lo de “universidad” se dice tanto en serio como en broma, pero, como me preguntaba el responsable de los presos: “¿No cree usted que el hecho de quitarles toda idea de que son penados es un factor psicológico de importancia en su regeneración?”

La “Universidad de Sanginés” tiene su reglamento y sigue un sistema exclusivamente suyo en el manejo de sus “estudiantes”. Todo sentenciado que llega a la prisión de Mulegé pasa por una etapa de observación. Contra lo que pueda creerse, no son los guardias quienes vigilan al recién llegado. Son los presos mismos. Al de reciente ingreso

se le concede igual libertad diurna que a todos los demás presos y sale con ellos todos los días a las cinco de la mañana. Naturalmente, cuando el preso sale es porque tiene algo que hacer, un trabajo que desempeñar. La ocupación pueden habérsela conseguido sus compañeros o sus jefes, es igual. El primer día de salida lo observan sus colegas “universitarios”. Si a las seis de la tarde, al oír el caracol, regresa voluntariamente, rinden un informe al jefe de la partida; si por el contrario, el preso quiere aprovechar la noche para huir, sus compañeros lo convencen de que debe volver, por la buena... o por la mala, puesto que son ellos los responsables de su regreso. Con base en los informes de los presos, el jefe de la prisión decide si le dan más oportunidades o se le castiga con encierro día y noche. Por costumbre, son más oportunidades las que se conceden al preso.

Y así, condenado a dos, tres, 20 o 25 años de prisión, el reo sale todas las mañanas para volver al anochecer. Nadie lo vigila, hace su trabajo a gusto, gana honestamente su dinero y, si se porta bien, nadie lo castiga con pena corporal ni le hará sentir que está condenado a pasar buena parte de su vida en la prisión.

EL PUEBLO Y LOS REOS

En cierta forma Mulegé, el poblado, es la verdadera prisión de los criminales del Territorio Sur de Baja California, aunque ocasionalmente la libertad parcial que se les conceda sea más amplia que los límites de la delegación.

Los muleginos han visto siempre este estado de cosas con una naturalidad que explica, por sí sola, la generosidad de este pueblo bajacaliforniano. Para ellos, esos hombres que salen de día de la prisión y regresan a su encierro por las noches, no son criminales ni enemigos públicos; son, simplemente, hombres a quienes determinadas circunstancias colocaron en ese destino. La actitud de los muleginos hacia los reos de Sanginés tampoco tiene matices de piedad o de lástima. Por lo que puede verse, los tratan como a braceros sin ocupación y les tienden la mano dándoles trabajo que justifique sus salidas diurnas y les deje

dinero con qué afrontar sus gastos personales. En algunos casos, entre pobladores y reos se ha creado una atmósfera de confianza, muchos los tratan como verdaderos amigos.

Por esa noble actitud de los muleginos, los universitarios de Sanginés tienen empleos casi fijos como cortadores de dátiles, ayudantes de pescador, albañiles, peones, etcétera. No se les explota en ninguna forma, porque además de que los muleginos no tienen necesidad ni intención de ello, el jefe de la prisión se encarga de ver que les paguen salarios justos. En Mulegé y alrededores, los reos devengan, por lo menos, el salario mínimo de la región.

Los reos de Sanginés, por su parte, se han hecho merecedores de esa confianza. Desde que el extraordinario régimen fue puesto en práctica, en el pueblo no se ha registrado nunca el menor delito. Por lo general, en Mulegé es cosa sabida que cualquiera de los presos que ha obtenido la confianza de su jefe y puede salir de día, es persona absolutamente honorable y se puede confiar en ella a ciegas.

Por lo que se refiere al mutuo trato entre pobladores y reos, hay dos únicas y terminantes prohibiciones: no deben beber ni bailar. Quien cometa una violación de estas disposiciones, se expone a perder definitivamente su parcial libertad. Hasta hoy día, solamente un penado no acató la orden. Se trata de un dipsómano incorregible, que por tal, pasa todo el tiempo encerrado en la prisión. Los días de baile en Mulegé, los presos, si lo desean, obtienen permiso para acercarse a escuchar la música. Puede vérselos sobre la acera, frente a la casa del baile, charlando mientras las parejas danzan. Esto tal vez sea para ellos el suplicio de Tántalo, pero nadie los obliga a ser espectadores de los bailes. Van exclusivamente por su gusto y confiesan que les basta con escuchar.

EL PRÓFUGO

Alguna vez, un preso que además de criminal era un desequilibrado mental, aprovechó una oportunidad y se fugó. ¿Queréis saber qué hizo en aquella ocasión el jefe de la prisión?

La cosa fue sencilla. Al día siguiente, muy por la mañana, hizo traer un caballo de lo mejor, lo hizo ensillar; colocó bajo la acción un magnífico 30-30; alimentos suficientes para varios días; mantas gruesas a manera de tiento, y dos cantimploras con agua. Ya el caballo listo, hizo llamar a uno de los penados que en sus días de libertad había sido un magnífico vaquero y cazador.

—Oye le dijo. ¿Sabes que se fugó anoche Manuel?

—Sí, señor.

—¿Crees que podrías localizarlo y traerlo si tuvieras manera?

—Sí, señor.

—Bueno, en ese caso, ahí tienes un buen caballo, un rifle para que tengas arma de defensa contra las fieras, agua, comida y cobija. ¿Te bastará con eso?

—Sí, señor.

—Pues vete entonces a buscarlo. Entre más pronto vuelvas, tanto mejor.

Y el preso se fue tras el prófugo. Siguió su huella durante varias horas. La perdió, la volvió a encontrar. En 24 horas recorrió más de doscientos kilómetros sobre la sierra y el desierto. A los dos días, ni una hora más ni una menos, el preso regresó. En ancas del caballo, el prófugo venía cabizbajo y arrepentido. Desde entonces, hasta su muerte, hace un par de años, nunca más intentó otra fuga.

En cuanto al preso excazador, entregó caballo y rifle y volvió a su vida cotidiana: mitad prisión, mitad libertad. Por su trabajo recibió 20 pesos, que el jefe de la prisión cargó en la cuenta de egresos como horas extra de trabajo del penado.

Me olvidaba decir: el excazador devolvió todos los cartuchos. No tuvo necesidad de disparar un solo tiro.

LA CRIMINALIDAD EN EL TERRITORIO SUR

Al escribir este artículo sobre la prisión de Mulegé, no tengo a mano estadísticas sobre la criminalidad en el Territorio Sur de Baja California. Sin embargo, casi *a priori*, puedo asegurar que es sumamente

reducida y que se mantiene estacionaria, si es que no disminuye paulatinamente.

Los delitos que se cometen en las comunidades sureñas de Baja California son principalmente crímenes pasionales. Pocas veces se registran robos o asesinatos premeditados. De aquí que los delincuentes bajo sentencia en la prisión de Mulegé sean, en realidad, ocasionales y de ningún modo criminales natos.

Aunque parezca cosa de fantasía, puede asegurarse que en Baja California Sur no hay ambiente propicio para el crimen. La bondad de la gente, de la tierra, de su loca geografía, no permiten el desarrollo de hombres colocados al margen de la sociedad. Los sureños dicen, con orgullo, que en su territorio hasta los criminales que llegan huyendo de otras partes del país, se vuelven buenos. Y esto es verdad. Pró fugos de las cárceles del interior del país han llegado a Baja California a reformarse y a vivir una vida de trabajo.

Por otra parte, el sistema *sui géneris* que se lleva en la prisión territorial de Sanginés ayuda a disminuir la criminalidad, y es por eso que le he llamado el régimen penitenciario más avanzado del mundo. Aunque a primera vista pueda juzgarse que lo que sucede en Mulegé es totalmente anómalo y fuera de lo que ordena la ley, hay que reconocer que tal sistema rinde sus frutos. Su más bella consecuencia, sin duda alguna, es la de evitar la formación de desadaptados sociales. Los reos que asisten a la "Universidad de Sanginés", al cumplir su sentencia, pueden volver al seno de la sociedad sin complejos ni deseos de venganza. Muchos de ellos han quedado en el mismo Mulegé, como trabajadores, y otros han vuelto a sus lugares de origen a trabajar la tierra o a cuidar del ganado. En verdad, para ninguno de ellos es un sello infamante el recuerdo de los años transcurridos en Sanginés. Si alguien les preguntara de dónde han salido o dónde pasaron los años anteriores a su reaparición, es seguro que responderán, sonriendo: Universidad de Sanginés.

Ahora, que estas cosas, sólo pueden pasar en ese país extraordinario que es Baja California.

XIV

¡SHANGRI-LA EXISTE!

Desde el mediodía que dejamos el *cul-de-sac* de la bahía de Concepción, la brecha transpeninsular rumbo sur suroeste, nos ha empujado hacia la montaña, por una pendiente suave, arenosa y prolongada. Durante horas, todo el panorama ha sido de cardones, choyas y huizaches: el desierto bajacaliforniano. Ahora, sobre la meseta, la desolada llanura parece prolongarse hasta el infinito...

—¿Estaremos ya cerca de Comondú?

—Debemos estar. Así lo indica el cuenta kilómetros.

—Pero el velocímetro anda mal, o nosotros estamos equivocados. No hay señales de Comondú. Ascendemos a una pequeña colina y nos detenemos sobre la cumbre. De pie sobre el *jeep*, nuestro campo visual tal vez alcance 30 kilómetros: desierto hasta el horizonte. Por ninguna parte se ven señales de vida ni pueblo ni casas ni hombres.

—¿Estaremos perdidos?

—Tal vez. De todos modos, estamos sobre una brecha. Nos llevará a alguna parte.

Otra vez sobre una meseta. Un kilómetro adelante, la planicie se quiebra. Frente a nosotros vese una línea negra, que es como una ancha hendidura atravesada en nuestro camino: un barranco, seguramente. Otro cauce seco que vadear, posiblemente.

El camino se empina al llegar al barranco. Antes de la primera curva hay que poner el motor en primera, porque la brecha parece precipitarse al vacío. Damos media vuelta a la izquierda y el ángulo de la pendiente nos permite ver el fondo...

¿El fondo?

He dicho mal. No hay fondo. Lo que está a nuestros pies, cien metros por abajo de donde el *jeep* se ha detenido, es una alfombra verde, una cúpula de palmeras que no deja ver el cauce del supuesto arroyo. A lo largo

de toda la grieta, larga en varios kilómetros, todo es follaje. A trechos largos, mal disimulados por el *camouflage* de palmeras, aparecen varios techos de palma y azoteas de ladrillo. Se distinguen cercos de piedra.

Un pueblo.

¡Comondú!

¡Vaya escondrijo! Ahora entendemos cómo es posible no ver el pueblo a un kilómetro de distancia. Hay que llegar a Comondú para saber que existe en medio del desierto.

EL OASIS

Terminado el descenso, el camino se abre paso por entre las palmeras de dátil, se sitúa al lado de un arroyo de aguas cristalinas y serpenteando busca su ruta hacia el pueblo. A derecha e izquierda empiezan a desfilar huertos en eterno verdor. Aparece una casa emboscada entre lo verde, y otra más adelante. Por el camino viene un chiquillo, a pie, descalzo, comiendo una naranja. Entre él y nuestro *jeep*, dos ardillas acorraladas buscan refugio a media altura de una datilera. El chico nos saluda con la mano cuando pasamos a su lado y las ardillas permanecen quietas, semiescondidas tras el tronco, en espera de que nos alejemos.

Un olorcillo penetrante nos llega a la nariz.

—¿Hueles?

El olorcillo es agradable pero no acertamos de dónde proviene impregnando el aire de toda la cañada. Dos kilómetros adelante, el olfato sigue interrogante.

—¿Sabes? Huele a vino.

Huele a vino y a aceite de olivo. Comondú, como el paraíso de Alá, tiene un arroyo de aceite y otro de vino que, metafóricamente, cruzan toda la tierra fértil de la hondonada donde se esconde el pueblo. Comparándolo con el edén de los musulmanes, a Comondú sólo le falta el río de leche, ya que le sobran cascadas de dátiles y torrentes de higos y naranjas.

Comondú comprueba su edénica existencia a lo largo de dieciséis kilómetros de cañada; desde el sitio donde nace la primera de las cinco fuentes que dan vida al arroyo, hasta donde la última gota de agua se

aprovecha para fecundar la tierra. El hecho de que Comondú tenga dieciséis kilómetros de largo, no significa que disfrute de una gran superficie. Su anchura media no pasa de quinientos metros y en ciertas partes es tan angosto que se comenta en el propio lugar que no costaría mucho dinero ponerle techo y convertirlo todo en un invernadero.

La población de Comondú no pasa de mil habitantes, dividida entre dos poblados: el Viejo Comondú y el Nuevo, o San José y San Miguel, para mencionar sus nombres españoles. En el Viejo Comondú, fundado en 1708, quedan todavía los restos de la misión edificada por el padre Mayorga. Entre ambos poblados media una distancia de cuatro kilómetros, pero ambos se mantienen unidos, tanto por la cinta del arroyo como por el parentesco entre familias y el continuo trato.

SHANGRI-LA

Para el viajero, para quien llega de paso y vive en la ciudad, Comondú —considerando al Viejo y al Nuevo como un solo pueblo—, es el último paraíso que existe sobre la tierra. Ya sin metáfora, sino confrontando una realidad, Comondú es el verdadero Shangri-La, el país mítico que soñara Hilton en *Horizontes perdidos*. Acaso cambie un poco la situación geográfica, pero el efecto es exactamente el mismo.

Comondú-Shangri-La, sin lugar a dudas, es el pueblo más aislado en toda la superficie de México. Desde Mulegé, el pueblo más cercano hacia el norte, hay ciento ochenta kilómetros por cruzar a través del desierto. Hacia el sur, cuatrocientos kilómetros lo separan de la ciudad de La Paz. Entre Comondú y La Paz solamente hay dos o tres pequeñas rancherías, perdidas totalmente en el mapa y apenas localizables sobre el Llano de la Magdalena, imponente desierto de dunas.

Y sin embargo, como gran oasis que es, Comondú vive y se mantiene perfectamente en su soledad; se basta a sí mismo, y si no fuera por ciertas necesidades creadas como consecuencia de difusión cultural, no tendría necesidad de importar nada del mundo exterior.



Chicas de Comondú.

Comondú es un pueblo que se basta a sí mismo. Como si estas tres bellas jóvenes comondeñas quisieran probar tal afirmación, muestran en sus brazos la gama de productos de la tierra: toronjas y chivos. El clima magnífico de este lugar permite abundantes cosechas.



Toronjas de Shangri-La. Las excursiones a los huertos forman parte de la vida comondeña. Y he aquí a las bellas jóvenes de Shangri-La saliendo de uno de ellos con los brazos llenos de toronjas.

En Comondú se produce todo lo necesario para alimentar a la escasa población, y aún un exceso que en ocasiones logra llevarse a otras partes del país. Los productos principales son el olivo y la vid. Del primero se obtienen aceitunas y se clarifica magnífico aceite de olivo. De la segunda se hace un magnífico vino para consumo local. Tanto vides como olivos datan de la fecha en que los jesuitas fundaran el poblado.

Como en este genuino Shangri-La no hay invierno, los productos de la tierra son sumamente variados. Lo mismo se corta caña de azúcar y se fabrica panela, que se pizcan higos, manzanas, naranjas, toronjas, aguacates y otros frutos. Se siembra maíz, calabaza y frijol. Sobre las mesetas que se levantan por encima del poblado, padece el ganado, vacuno y caprino, y de su leche se fabrican magníficos quesos. El fruto de exportación más común es el dátil, y cada año sale buena cantidad de este fruto empacado curiosamente en cueros de chivo. El clima y la tierra son tan nobles en este oasis que aún en diciembre es cosa fácil encontrar una sandía en el lugar. Lo único que hasta ahora no fructifica en Comondú es el café, pero continuamente se están haciendo ensayos y pruebas para aclimatarlo. No sería de extrañar que algún día los comondeños lograsen su propósito.

¿Y qué más falta para ser el Shangri-La de Hilton?

¿Paz? La hay en exceso. ¿Felicidad? La misma que en cualquier paraíso, la que puede albergar el corazón de cada hombre. ¿Vida eterna? Casi. En Comondú los longevos son numerosos. ¿Belleza? Extraordinaria, tanto en sus paisajes como en sus mujeres.

¿Puede creerse ahora que yo exageré al decir que Comondú es el último paraíso sobre la tierra?

LA VIDA LENTA

Comondú puede examinarse desde muchos puntos de vista. Si lo viera el hombre de acción, el industrial siglo XX, seguramente se sublevaría contra esa población que vive, desde hace más de dos siglos, una vida lenta y contemplativa. El comondeño no trabaja más de la cuenta, apenas si se mueve lo suficiente para asegurar su existencia. Como tiene

tiempo de sobra y no hay sitios de diversión en el pueblo, tiene cierta tendencia a la bebida, afición que cultiva en su propia casa y que no puede juzgarse de mal gusto tomando en cuenta la calidad y precio del vino regional. Sin embargo, haciendo juego al pacífico ambiente de todo el poblado, los ocasionales bebedores que llegan a la embriaguez conservan una extraordinaria serenidad. Puede vérselos en grupo o en parejas, bebiendo y discutiendo; pero jamás, al amparo de la embriaguez, los bebedores respaldarán la fuerza de sus argumentos con la fuerza de los puños. Además que en Comondú, como en todos los pueblos bajacalifornianos, nadie lleva armas; los ebrios parecen beber con el vino, el espíritu tierno y filosófico de Omar Khayyam, el borracho más inspirado que haya conocido la humanidad.

A más del vino, el baile es otro escape a la monotonía. En Comondú se organizan bailes a menudo. Ya en San Miguel o en San José no hay semana en que falte fiesta a propósito de cualquier acontecimiento. Y como en todo, como el mismo ritmo de la vida diaria, los bailes parecen desarrollarse en épocas pasadas. La orquesta del lugar nada sabe de música moderna y su repertorio se detiene en el vals. Ni *big apple* ni *swing* ni *jazz*. Para variar el programa, uno que otro danzón y muy ocasionalmente un tango que también, acaso por contagio, parece vals.

No hay cines ni sinfonolas. Las cantinas no existen porque no podrían soportar la competencia del vino hecho en casa. ¡Vaya! Ni siquiera hay luz eléctrica en el pueblo. Es cierto que algún gobernante les envió una planta de luz y el pueblo en masa se entusiasmó y pagó su cuota para poner la instalación y tender cables por las calles y hacia las casas; pero también es cierto que nunca se utiliza. Desde el mismo día en que se puso a funcionar, un cortocircuito arruinó la instalación. De eso hace varios años. Algunas veces, cuando para celebrar mejor un suceso extraordinario boda o fiesta nacional quisieran poner a marchar la planta, buscan el lugar donde los cables cierran el circuito; pero hasta ahora no han podido encontrarlo. El intento de localización de la falla ya es casi tradicional y tal vez forme parte de los preliminares de la fiesta. Nunca se encuentra ni se encontrará. Eso bien lo saben los vecinos.

Por lo demás, ¿para qué hace falta la energía eléctrica? La fiesta se lleva a cabo con o sin ella. Sobran lámparas de petróleo. Y, ¿acaso hay mejor iluminación que la del vino?

PROBLEMAS DE UN PARAÍSO

Me pregunto si estoy idealizando Comondú y dando una falsa idea de su vivir.

Para mí, ese, y ningún otro pueblo de México, rivaliza tan noblemente con el paraíso soñado. Tal vez usted, lector, como yo quisiera vivir ahí el resto de sus días. Pero... ¿esos afortunados que viven en Shangri-La, piensan lo mismo que nosotros?

¡No! La mitad de todos los comondeños quisieran salir huyendo de su paraíso.

Esta es la triste realidad de todos los edenes, de todas las tierras prometidas. Si Eva no hubiere encontrado en su propio huerto la manzana, hubiera salido a buscarla para ofrecerla a Adán.

Preguntad a un viejo comondeño qué piensa de su propio pueblo. Lo veréis erguirse con orgullo, satisfecho de la pregunta. Responderá alabando, sin exagerar, las bellezas naturales, el clima, los múltiples frutos de la tierra, la tranquilidad que se disfruta, el vino y la indiscutible belleza de las jóvenes comondeñas.

Preguntad también a un joven si se siente contento de vivir en Comondú. Acaso por decoro y orgullo provincianos no responderá de pronto que se siente ahí tan bien como en una cárcel; pero seguramente le veréis hacer un gesto de desagrado, de aburrimiento absoluto; y, ya en plan de desahogo, le escucharéis decir que esa no es la vida que desea, que no tiene horizontes, que quisiera conocer la ciudad, sacudir-se los nervios al ritmo capitalino, ir a una escuela superior, ganarse el dinero en otra forma que no sea labrando el huerto de su padre, que fue antes de su abuelo, de su bisabuelo y de su tatarabuelo; en una palabra, que quisiera conocer, salir huir...

Decididamente, los paraísos no son lugares convenientes para la juventud. Aburren.

Muchos jóvenes han logrado escapar y eso ha creado un serio problema local: exceso de mujeres casaderas.

He dicho que las jóvenes comondeñas son bellas y hacen un perfecto juego con el paisaje. Exceptuando La Paz, donde la belleza de las mujeres es tradicional, y Ensenada, en el Territorio Norte, las mujeres más bellas de toda la Baja California se encuentran precisamente en Comondú. Pero esas flores humanas de Sangri-La tienen el mismo destino de algunos de los frutos de los huertos: se marchitan en la misma rama, entre los brazos de sus propios sueños de una vida mejor, de amor y de felicidad...

Lo mismo que al viejo y que al joven, he preguntado a la muchacha comondeña.

Me ha dicho: “Usted, claro, ha vivido un poco y quisiera vivir la paz de este pueblo. Nosotras... ¿nosotras quisiéramos vivir...!”

No hubo necesidad de que terminara. Lo dijo bien claro. ¿No? Las Evas del último paraíso terrenal no encuentran la manzana en su propio huerto y quisieran salir a buscarla. No es afán de pecar, es simple deseo de vivir.

¡Que los dioses se queden con los paraísos!

XV

PINTURAS RUPESTRES

Descubrir, según la definición del diccionario, significa: “Hallar lo que estaba ignorado o escondido; venir en conocimiento de una cosa que se ignoraba”. En este sentido, el único de la palabra, *Impacto* ha descubierto al norte de la sierra de San Francisco, aproximadamente donde el paralelo 26 grados 45 minutos corta la cota de dos mil pies de la vertiente interna de la península, unas milenarias pinturas rupestres, de cuyo estudio se desprenderán importantes datos para el conocimiento de los antiguos pobladores de Baja California.

El descubrimiento fue hecho el día 23 de diciembre del año pasado por el redactor viajero autor de esta crónica; su cámara fotográfica y la de su acompañante, el señor José Torres Zataráin, fueron las primeras en registrar esas primitivas pinturas, que si no tienen la calidad artística de las de Bonampak tienen por lo menos dos veces la antigüedad de los frescos de la Selva Lacandona y representan una clave de singular importancia para desentrañar algunos de los secretos de las razas pericú y cochimi, ahora totalmente extintas.

Antes que Jordán y Zataráin llegaran a la cueva decorada cuya descripción se hace en este capítulo, ningún arqueólogo —a pesar de que cuando menos una vez al año los arqueólogos de California organizan expediciones para descubrir los secretos de la población antigua de la península—, ningún forastero y mucho menos algún periodista, había llegado hasta ese lugar conocido por San Borjita, a noventa kilómetros de la población de Mulegé.

El guía en esta búsqueda por la montaña fue un nativo de Mulegé, el señor Goldfredo Villavicencio, a quien *Impacto*, y Jordán personalmente, agradecen la confianza otorgada y el hecho de haberles puesto en condiciones de revelar un importante secreto que enriquecerá la arqueología mexicana. REGINO HERNÁNDEZ LLERGO

SI ESO NO ES SUERTE

Entre periodistas, y en el periodismo es cosa harto sabida que el factor suerte es determinante en el éxito o fracaso de un buscador de noticias importantes o sensacionales. Durante todo el ejercicio de la profesión he confirmado muchas veces la verdad de este adagio; sin embargo, nunca tan palpablemente como esta vez, cuando la suerte, materialmente, me tomó de la mano y me llevó a descubrir las pinturas rupestres de San Borjita, en Baja California.

Las noticias generales que se pueden encontrar sobre la existencia de petroglifos y pinturas rupestres en Baja California están en las crónicas antiguas, escritas por los misioneros que redujeron y pacificaron a los primitivos indios bajacalifornianos. Sin precisar lugares, los padres jesuitas hablan, principalmente, de las pinturas que encontraron durante sus largos viajes por el interior de esa tierra extraordinaria; muestran su admiración por el perfecto estado de conservación que guardaban cuando las vieron, y, por lo demás, no aportan ningún dato sobre su posible antigüedad o significado. Esas noticias, repito, son vagas y para el arqueólogo moderno no son sino pistas confusas en la búsqueda de los restos materiales de las antiguas culturas.

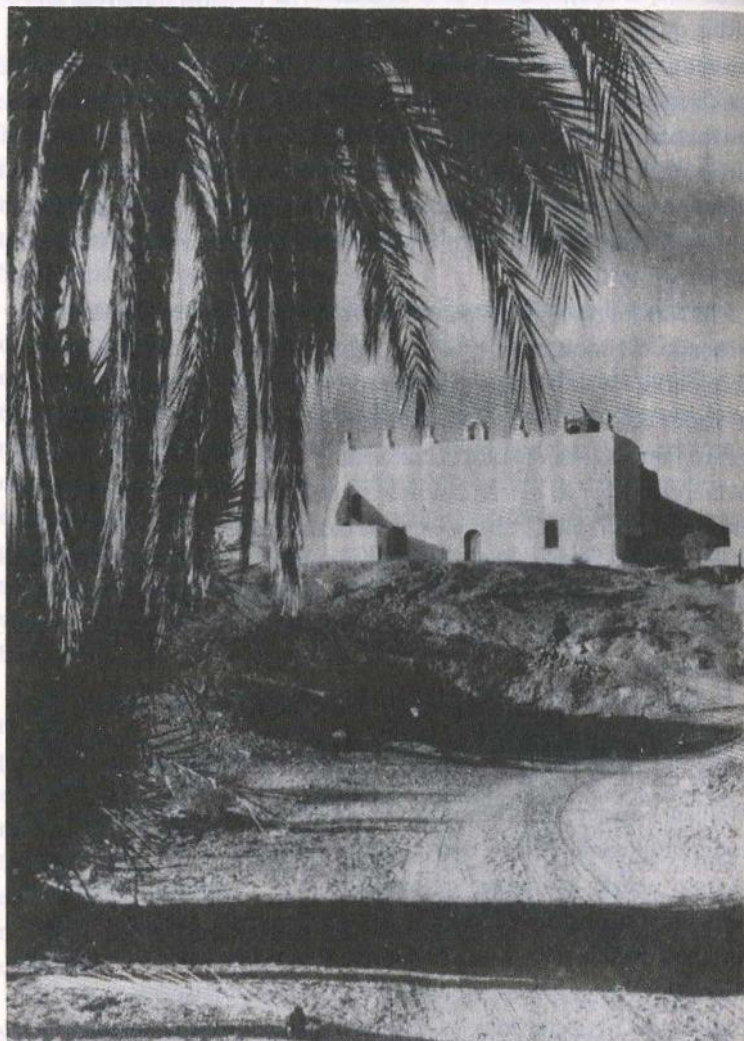
Por lo que a mí respecta, la primera noticia que tuve sobre la existencia de pinturas milenarias en Baja California, me llegó hace poco más de un año cuando hacía los primeros preparativos de esta expedición, gracias a los profundos conocimientos que sobre las rarezas de la península posee mi amigo el oceanógrafo Bibiano Osorio Tafall. No obstante, en aquella ocasión no pude saber dónde encontrarlas ni mucho menos cómo llegar a ellas, tal vez porque el doctor Tafall no las conocía sino de oídas, o por los relatos de las crónicas.

La segunda pista, ya más firme, la obtuve en el Hotel Central, de Santa Rosalía, mientras escribía el artículo sobre mi aventura entre las ballenas. Aquella noche a mi cuarto llegó de visita el delegado de gobierno de ese pueblo minero, el buen *Chato* Bastidas. Su intención, al visitarme, era la de conocer “qué clase de bicho era yo”, pero de su visita obtuve magnífica información sobre la zona que recorría y, entre

toda ella, la confirmación de la existencia de pinturas rupestres. Bastidas quiso organizar de inmediato un viaje al lugar donde sabe se encuentran los dibujos policromos; pero como el viaje requería una semana completa, incluyendo seis días a caballo, le propuse posponer la excursión hasta mi regreso de La Paz. Era 20 de diciembre y tanto Zataráin como yo no nos encontrábamos muy dispuestos a pasar nochebuena en plena sierra. No me imaginaba entonces, que tres días después habría de encontrarme en la cueva de las pinturas.

La tercera pista, la buena, la obtuve de mi amigo Goldfredo Villavicencio, en Mulegé. Llegué a su casa pidiéndole autorización para fotografiar una colección de puntas de flecha que habían pertenecido al padre Castaldi, y terminé quedándome a cenar en compañía de su gentil familia. Fue durante el café que se habló de pinturas rupestres, al mencionarlas yo trataba únicamente de confirmar la información de Bastidas, pero grande fue mi sorpresa cuando supe que, desde Mulegé, bastaban unas cuantas horas para llegar a ellas. Esta ocasión “no estaba calva”, la tomamos por los cabellos y decidimos partir rumbo a las pinturas al día siguiente, haciendo del *jeep* un tanque de guerra, a falta de caballos.

Aparentemente, en todo lo que acabo de relatar no aparece muy destacada la intervención del factor suerte. Pero, ¿cómo podría interpretar entonces la fortuna de haber encontrado informantes y guía, si William Massey, arqueólogo de la Universidad de California, ha buscado inútilmente durante años pinturas rupestres en Baja California? ¿Cómo podría interpretar mi experiencia si el Museo Nacional de México y el Instituto Nacional de Antropología, que han dado un impulso notable a las ciencias antropológicas nacionales, no guardan un solo informe o foto alguna sobre pinturas prehispánicas en Baja California? El doctor Massey viaja cada año por toda la longitud de la península. Ha buscado pinturas rupestres y hasta hoy no ha podido encontrarlas. En cambio, yo necesité escasamente cuatro días para saber de ellas y llegar al lugar donde se encontraban. Si eso no es suerte, ignoro entonces cómo podría llamarle.



Misión de Mulegé construida por la hermandad de los jesuitas en el siglo XVIII. Desde aquí partió la expedición de Impacto, en busca de los murales que finalmente se fotografiaron en la cueva de la región.

RUMBO A LAS PINTURAS

Goldfredo Villavicencio, hombre de edad media, grande, fuerte y jovial, nos esperaba ya casi listo para ir rumbo a la cueva de las pinturas, el 23 de diciembre pasado, a las 6:30 de la mañana. Nuestro hombre acababa de matar un becerro para surtir de carne su propia carnicería, y llegamos a tiempo de verle dar los últimos cortes sobre las aún tibias entrañas del animal. De los “dentros” del becerro, Villavicencio cortó el hígado y me lo puso en las manos: “vamos a llevarlo para el lonche. No es de lo mejor, pero está bueno”.

A las siete, después de tomar un café caliente con queso de la región, emprendimos la marcha, siguiendo en parte el camino de Mulegé a Santa Rosalía. En el *jeep*, además de Zataráin, de Villavicencio y yo, no iba más cosa que algo para comer, agua, el rifle y el instrumental necesario para arreglar el vehículo en caso de una descompostura. Sabíamos que sería necesario cortar a campo traviesa e ignorábamos qué resultado nos daría el ligero *jeep* tirando cactus y saltando por sobre las piedras.

Una hora después de la salida de Mulegé dejamos el camino a Santa Rosalía. Ahí tomamos rumbo sur, directo, aprovechando una brecha y en parte los cauces de los arroyos, hasta llegar al rancho de San Borjita, dos horas después. En el rancho, desierto, sólo estaba de guardia Pisaquedito, un peón que pagó con dos días de enfermedad por cansancio, el habernos enseñado la ruta a la cueva. Villavicencio hacía doce años que no visitaba la cueva y había olvidado el camino a partir del rancho. Pese al poco interés de Pisaquedito, tuvo que servirnos de guía. A regañadientes y casi secuestrado subió con nosotros al *jeep*, y seguimos camino, ya sin brechas, sin cauces de arroyo; cruzando por sobre un terreno muy pedregoso y evitando choques con cardones y mezquites. Cerca de los contrafuertes de la montaña, a las doce del día, el *jeep* se negó a seguir saltando por sobre las piedras, y no quedó más solución que proseguir a pie.

Desde el lugar donde una cortina de rocas impidió el paso del vehículo, hasta las pinturas hay dos rutas a seguir. Pisaquedito, como parte de su venganza por haberlo obligado a acompañarnos, eligió la

más difícil. Sin dejarnos escoger, sin darnos ninguna explicación previa, se lanzó a la cabeza de la fila india, rumbo a la montaña, a un paso tal como si fuera siguiendo la pista de un venado. A toda carrera, saltando piedras, lanzando exclamaciones cada vez que los cactus nos perforaban las rodillas, fuímosle siguiendo hasta la cumbre de la montaña, a hora y media de distancia. En el puerto, ahogados de fatiga, preguntamos a Pisaquedito por el rumbo de la cueva. El buen guía señaló la cañada a seiscientos metros abajo de nuestro mirador. Nuestra primera reacción fue de sorpresa, la segunda de enojo. La cañada que señalaba Pisaquedito era la misma cuya salida estaba precisamente en el lugar donde el *jeep* se había quedado. Habíamos dado un rodeo y cruzado una montaña, a toda carrera, sin ninguna razón plausible. El camino más fácil hubiera sido el que va precisamente por el fondo de la cañada. Pisaquedito no admitió nuestras protestas, aseguró que habíamos seguido la ruta más corta, y ya molesto, terminó preguntando: “Bueno, ¿soy o no el guía?”

Hubo que darle un voto de confianza antes de descender. A las 14:30 horas, desde el fondo de la cañada, Pisaquedito señaló una mancha oscura sobre las rocas: “Ahí están las pinturas”.

LA CUEVA

Henos aquí en la entrada de una enorme caverna abierta en el acantilado, a diez metros de altura sobre el cauce seco del arroyo. La boca de la cueva debe tener 25 metros de ancho por ocho de altura. De fondo, 25 metros aproximadamente. La bóveda de la cueva tiene el perfil de arco rebajado y es casi de una sola pieza; su altura varía de cinco a siete metros, disminuyendo en curva pronunciada al juntarse con los muros laterales que la sostienen. La entrada de la cueva muestra las huellas recientes de un derrumbe. Parte de la clave del arco se vino a tierra no hace mucho tiempo y con esto se perdió parte de la pintura. Justamente junto al escombro del derrumbe, un poco hacia el interior de la cueva, hay una enorme piedra que muestra escurrimiento de pintura. Sin lugar a dudas esta fue la “paleta” de los primitivos pintores. Su obra de arte

está sobre la bóveda y sobre los muros laterales. Originalmente, por huellas que aún pueden descubrirse, toda la superficie de la gran oquedad, en bóveda y muros, estuvo decorada. Actualmente sólo se conservan los dibujos policromos en la mitad de la superficie, que bien puede calcularse en doscientos metros cuadrados.

A primera vista, los dibujos de la bóveda desconciertan. De ellos no se distinguen por lo pronto, sino los colores: amarillo, blanco, negro, ocre y rojo indio. Pero observándolos detenidamente se van notando figuras humanas y animales. Las primeras son de tamaño natural, sumamente primitivas en cuanto a técnica de dibujo y de color, pero expresivas en toda su sencillez. Vense guerreros casi desnudos, con brazos y piernas abiertos, en figuras estáticas, con los cuerpos atravesados por numerosas flechas. Hay niños también flechados, hombres que sostienen lanzas o llevan las manos vacías. Por los hombres flechados puede pensarse en escenas de guerra, pero acaso, estudiando más detenidamente al inmenso mural, bien pueda ser que se trate de escenas religiosas, de sacrificados a los dioses. Los dibujos de los hombres son absolutamente simples; tratándose en su mayoría de siluetas, sin detalles en los ojos, boca, orejas o nariz. Para darles cuerpo, los pintores utilizaron el color, aplicado en manchones —a manera de golpes de brocha— o cubriéndolos totalmente de pintura, a veces en un solo color y otras a dos colores, dividiendo el cuerpo longitudinalmente una mitad negra y otra roja. En casi todas las figuras la silueta va marcada con una gruesa línea blanca.

La dificultad en comprender el significado de las pinturas se origina en las superposiciones de los cuerpos. En su mayoría, una figura se superpone a otra y siempre transversalmente, de tal modo que sobre las piernas de un hombre pasa el torso de otro. Esta curiosa manera de pintar tal vez tenga una explicación, pero me fue imposible encontrarla. Bien pudiera tratarse de una forma de ahorrar espacio, pero no creo que la solución sea tan simple.

Aunque las figuras de hombres predominan, se encuentran también mujeres. Una de ellas, la más clara, muestra sobre las caderas una falda larga, que casi le llega a los tobillos. Para evitar confusiones, el o los artistas, le pintaron senos a la dama, pero como su técnica era muy

primitiva y tal vez no encontraron manera de dibujarlos de frente, los colocaron lateralmente, como si ellos nacieran bajo las axilas. Aunque la representación sea por demás curiosa, no deja de mostrar una profunda lógica, ya que así es imposible confundir a la mujer con persona del otro sexo.



Goldfredo Villavicencio, que aparece en la foto con su esposa, su hijo y el fotoredactor Jordán—de espaldas—, fue el guía que llevó Impacto hasta donde se encuentran las maravillosas y magníficas pinturas rupestres.

Superpuestas también a las figuras humanas, hay representaciones de animales. Se distinguen claramente un venado, un coyote, un pez y un borrego, animal parecido al antílope africano que todavía se encuentra en la región del desierto de Vizcaíno. Hay multitud de figuras indescifrables a simple vista, pero que un estudio detenido, que en esta ocasión no pudo hacerse, podría revelar.

Exceptuando las pinturas que estuvieron en el fondo de la cueva, destruidas ya por los escurrimientos acuosos, puede decirse que el resto guarda un magnífico estado de conservación. Aunque resulta sumamente aventurado fijar la antigüedad de las pinturas, en vista de la ausencia de datos de correlación, no es exagerado calcularla entre los dos mil y cuatro mil años. Al menos, ésta no es una opinión del periodista, sino de uno de los miembros del Instituto Nacional de Antropología.

EL SIGNIFICADO

Por lo que se refiere a la calidad artística, las pinturas rupestres de San Borjita no tienen valor. Los pueblos que habitaron la península en tiempos prehispánicos: laymón, cochimí, guaycura y pericú, fueron de una pobre evolución cultural. Sus costumbres eran totalmente primitivas y su economía se basaba principalmente en la caza, la pesca y la recolección. Vivieron aislados de todos los patrones y corrientes culturales que hicieron evolucionar a los demás pueblos indígenas de México. Sus parientes cercanos —familia yumana— que vivieron en tierras del suroeste norteamericano, alcanzaron mayor desarrollo; pero éstos, los de Baja California, llevaron una vida casi de isleños. Entraron por el norte, en lenta emigración, y se encontraron en un callejón sin salida, no muy pobre en recursos naturales, pero que no pudieron aprovechar por su atrasada tecnología.

Lo que se conoce de guaycuras y cochimíes en el panorama antropológico actual, se debe a las crónicas de los misioneros; pero los informes son fragmentarios y todos ellos, reunidos, no pueden dar un panorama completo sobre el estado cultural de esos pueblos.

Las pinturas de San Borjita pueden ayudar a completar el análisis cultural de guaycuras o cochimíes —por su situación geográfica bien pueden ser cochimíes. Del estudio de las pinturas pueden desprenderse datos sobre sus armas: dibujos de lanzas y flechas; sus medios de vida: dibujos de animales; vestidos: dibujos de mujeres con faldas, y muchos otros que los especialistas encontrarán fácilmente. El problema de su antigüedad tal vez se pueda resolver haciendo algunas exploraciones arqueológicas en la propia cueva y lugares cercanos, donde seguramente abundan restos tanto de los hombres como de la cultura material de este pueblo indígena ya desaparecido.

Las exploraciones arqueológicas en la región, la copia de las pinturas de la cueva y la fotografía de las mismas en películas de color es un trabajo que se llevará a cabo en las próximas semanas. El arquitecto Ignacio Marquina, director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, al saber de este descubrimiento de *Impacto*, ha hecho saber su interés porque salga a Baja California una pequeña expedición antropológica para iniciar trabajos de esta índole en la zona de las pinturas y realice todos los trabajos necesarios. Esta expedición, si las circunstancias lo permiten, será guiada por el autor de esta crónica.

Aunque para el redactor haya resultado un tanto molesto hablar de la importancia de su propio descubrimiento, se hacía necesario decir algo al respecto. Por lo demás, ya hecha la aclaración de que todo fue cosa del azar, confía en que sus palabras y sus explicaciones no se interpreten como un afán de autopublicidad. Confieso que, periodísticamente, el descubrimiento de la cueva de las pinturas rupestres tiene importancia por ser ésta la primera vez que un periodista se adelanta a los antropólogos revelando la existencia de claves para el conocimiento de la historia antigua de México. Sin embargo, si por algo siento una modesta vanidad, es por el hecho de haber contribuido en una pequeña escala al desarrollo de las ciencias antropológicas mexicanas y por tender el primer lazo de unión entre Baja California y el resto del país, despertando el interés del Instituto Nacional de Antropología e Historia por efectuar exploraciones arqueológicas en ese lejano territorio nacional. Esto, creo, justifica un poco el orgullo; lo otro, el descubrimiento en sí, cuestión de suerte, nada más.

XVI LA RUTA DE LAS MISIONES

Hay viajeros que se precian de conocer Baja California porque fueron a Mexicali, Tijuana o Ensenada. Hay mexicanos, por otra parte, que creen que todo bajacaliforniano es fronterizo. Para los viajeros, en su mayoría gente de negocios, las tres ciudades norteñas de la península “son” Baja California. Para los mexicanos del “macizo”, la península es algo así como una franja divisoria entre México y Estados Unidos. Unos y otros, por supuesto, están equivocados.

Baja California es algo más que tierra fronteriza y algo más, también, que Mexicali o Tijuana. Hablando claramente, no creo que Mexicali, Tijuana o Ensenada puedan considerarse como típicas comunidades bajacalifornianas. Mexicali, por una parte, encuentra cierta semejanza económico geográfica en Matamoros, Tamaulipas; Tijuana es, indudablemente, singular, pero no pasa de ser un Reynosa o un Ciudad Juárez en grande; Ensenada, que es la más bajacaliforniana de las ciudades norteñas de la península, dista mucho de sintetizar espíritu, paisaje y ritmo del resto de los dos territorios. Categóricamente, las tres ciudades principales del norte no son Baja California.

Y quien por haber conocido La Paz, en el Territorio Sur, y las tres ciudades antes mencionadas se jacte de conocer “bien” la Baja California, estará incurriendo en una exageración inadmisible. Entre éstas y aquélla está, precisamente, Baja California; y quien no haya recorrido la ruta entre Tijuana y La Paz, por tierra, no podrá decir que la conoce. Ahora, para quien sin hacer recuerdo de sus conocimientos geográficos piensa que Baja California es tierra fronteriza, he aquí algunas comparaciones interesantes.

DISTANCIAS EN EL MAPA

La geografía dice que Baja California mide, de extremo a extremo, dos mil kilómetros aproximadamente, contados desde Tijuana hasta cabo San Lucas. Esta es una verdad, pero los números a secas no pecan de descriptivos. Es mejor decir que el habitante de cabo San Lucas está tan lejos de la frontera con Estados Unidos como el paisano de Tapachula lo está de la ciudad de Brownsville, en Texas. Entre San José del Cabo —en el extremo sur— y Tijuana, punto fronterizo, hay una distancia igual a la que en línea recta se puede medir entre Morelia, Michoacán, y Mérida, Yucatán. El paceño está tan lejos de Estados Unidos como el acapulqueño; es decir, que si se coloca la península de Baja California sobre el macizo continental mexicano haciendo coincidir Tijuana con Laredo, resultará que La Paz queda sobre Acapulco y que cabo San Lucas coincide con un punto en el Océano Pacífico, casi a doscientos kilómetros al sur de las playas de esa bahía que Humboldt, exagerando un poco, llamara la más hermosa de América.

Si los mexicalenses o ensenadenses pueden ser llamados fronterizos o norteños, no puede decirse lo mismo de todo bajacaliforniano. Los habitantes de Comondú, de La Paz, de El Triunfo o San José del Cabo, no son fronterizos como tampoco norteños. Ya simplemente refiriéndose a las latitudes, hay que recordar que La Paz tiene la misma latitud que Zacatecas y casi la de Tampico; ciudades éstas del interior más cercanas a la capital de México que a la frontera.

Lo que he dicho antes sobre viajeros y mexicanos y sus erróneas apreciaciones geográficas, no intenta ser crítica, simplemente he tratado de poner énfasis en el desconocimiento del país y las distancias enormes que separan entre sí a los mexicanos. Y de esto no tiene la culpa nadie sino nuestra geografía. Hay que saber que el viaje redondo desde México hasta el extremo sur de la península, equivale a cubrir una distancia aproximadamente igual a la que hay entre México y Alaska o México y Buenos Aires, o Panamá y la Patagonia, o Madrid y Nueva Delhi, para imaginar lo lejos que de México está el extremo sur de Baja California.

VIAJEROS EN BAJA CALIFORNIA

Hay miles de hombres de negocios que anualmente vuelan entre México y las ciudades norteñas de la península. Entre éstas y La Paz, en el sur, ya los viajeros del aire no se cuentan por miles, sino por cientos. Pero en lo que se refiere a viajeros por tierra entre norte y sur de Baja California, la estadística los registraría apenas por decenas. Quienes recorren de punta a punta la península, son contados y no son, en modo alguno, turistas u hombres de negocios. Exceptuando a los estadounidenses que hacen de esa parte de México un campo de aventuras, los que realizan tal viaje son casi exclusivamente fayuqueros.

Los fayuqueros, nombre que sirve para designar en todo el norte a los vendedores ambulantes, son en cierto modo los sucesores de los misioneros. Estos fueron los únicos hombres que en el pasado recorrieron todas las tierras del interior de Baja California, cimentando con religión, fe y trabajo, las bases de la nueva vida social y económica de la península; los segundos, esos fayuqueros, que solos, manejando poderosos camiones de carga repletos de mercancía, hacen su vida comprando y vendiendo cuanto hay, son quienes mantienen en la actualidad la cohesión económica y social en todo el interior de la península. Fuera de ellos, y en la antigüedad los misioneros, nadie conoce Baja California, y como en todo, las excepciones sirven para confirmar la regla.

Y puesto que por hoy los fayuqueros son los únicos que saben de los caminos peninsulares, hagamos el viaje a la manera de ellos, empezando en Tijuana y siguiendo siempre rumbo sur hasta La Paz. Esta ruta, con algunas variantes, es la misma que hace doscientos años ligaba entre sí a las misiones de la California, empezando en La Paz y terminando en San Francisco, allá donde el *Golden Gate* de los estadounidenses se lanza por sobre el mar con pretenciosas intenciones de cruzar el océano.

SOBRE LA RUTA

El punto cero del camino de las misiones bajacalifornianas está en Tijuana, justamente de este lado de la alambrada que señala el límite internacional. Cruzando la ciudad, la ruta sigue directa a Ensenada, sobre la costa del Pacífico, por una carretera totalmente pavimentada. Entre Tijuana y Ensenada, la carretera va junto al mar, apoyada sobre una costa bravía y acantilada, casi desnuda de vegetación. A esa latitud se ven tres islotes sobre el océano: islas Coronados. Un poco más al sur, nada interrumpe la línea ligeramente curva del horizonte y el Pacífico se diluye en el infinito.

Entre Tijuana y Ensenada, está Rosarito —playa aprovechada por uno de los Barbachano yucatecos para fincar un magnífico hotel todo lujo y confort— y la montaña. Tras ella, otra vez el camino busca brisa de mar. A los lados del camino los cafetines se anuncian en inglés: *Halfway*, *MacAllister* y demás. Se cruza un pueblo: El Sauzal, donde vive la población agrupada al amparo de las industrias de Abelardo L. Rodríguez. Kilómetros adelante, un gran arco marca alto a la carretera y la entrada a la ciudad: Bienvenidos a Ensenada.

Ensenada, en cierta forma, es la encrucijada de todas las rutas de interés. Es el puerto para ir a la isla de los elefantes marinos, o a la isla de los lobos —San Jerónimo y Benitos— o a las islas del guano o a la isla de los pescadores de abulón: Cedros. De aquí puede uno partir directamente hacia la bella sierra de Juárez, rumbo al oeste, o siguiendo el rumbo contrario, a Punta Banda, donde los pescadores de sargazo tienen establecidas bases permanentes. Punta Banda es el extremo sur de la bahía de Todos Santos y uno de los sitios más bellos a visitar desde Ensenada. En su costa agresiva y acantilada se encuentra uno con los fenómenos naturales más extraordinarios de la península: La Bufadora; *geyser* que lanza a buena altura un chorro de agua, a cada golpe de la resaca. Este *geyser* tiene su origen en un sifón que se forma entre las rocas de la costa y que pone en funcionamiento la marea.

Si el rumbo elegido es sur, la carretera asfaltada lleva al viajero a Maneadero, realidad agrícola del norte peninsular en cuyas tierras se produce tomate y chile en abundancia. De aquí en adelante, camino a

La Paz, la carretera comunica con la frontera a los valles agrícolas terrinorteños: Santo Tomás, donde se produce toda la uva que da el vino y la fama a las bodegas peninsulares: San Vicente, San Telmo, Camalú, Colonia Guerrero y San Quintín.

En Santo Tomás encuentra uno las ruinas de la antigua misión dominicana, de la que sólo quedan restos de muros de adobe. En San Vicente, pequeño caserío al lado de la carretera, está otra de las misiones dominicanas, también en ruinas. Aquí, los buscadores de tesoros han hecho excavaciones que amenazan la estabilidad de los muros. Finalmente, antes de llegar a San Quintín y siguiendo una desviación que pasa frente a Hamilton Ranch, están las ruinas de la misión, también dominicana, de Santo Domingo, construida en 1775. Si esta misión, al igual que las anteriores, está totalmente en ruinas, hay en cambio un cementerio de la época que se conserva en buen estado,



Ruinas de la misión de San Vicente. (Foto de Fernando Jordán).

aunque los muros que lo rodeaban hayan desaparecido y las cruces levantadas sobre los túmulos de piedra se hayan desintegrado.

LA BRECHA TRANSPENINSULAR

A medida que se avanza hacia el sur, la carretera que parte de Tijuana parece ir borrándose. Cuando cruza Santo Tomás todavía su asfalto está en perfecto estado; pero ya en San Antonio del Mar, a doscientos kilómetros del punto de partida, solamente es un terraplén que empeora a cada kilómetro. En San Quintín la carpeta de asfalto desaparece de pronto y empieza la brecha transpeninsular con sus baches, arenales y atascaderos. La velocidad media de 60 kilómetros por hora que se ha conservado durante cerca de 270 kilómetros ya no es posible sobre este terreno, y durante días habrá de continuar a diez o veinte kilómetros por hora. El tránsito de camiones de carga, que hacen acarreo de productos agrícolas entre San Quintín y el norte, desaparece al terminarse la carretera. Hasta Santa Rosalía, ochocientos kilómetros adelante, será que el viajero encontrará nuevamente hotel, restaurant y tiendas. En todo este tramo, el viajero está atendido a sus propios recursos, no encontrará médico ni mecánico ni otro medio de comunicación que no sea el que le proporciona su propio vehículo. Entrando a la brecha transpeninsular, ya no hay manera de dar un paso atrás. Hay que continuar, forzosamente, hasta llegar al territorio de El Boleo. Hay dos cosas que no le faltarán, y que, por lo demás, son las únicas necesarias en el camino de los fayuqueros: gasolina y amigos.

De norte a sur también, paralela a la carretera que en San Quintín se convierte en brecha, corre la sierra, el espinazo de Baja California. Es una sola cordillera que toma diversos nombres, según la latitud. Cerca de la frontera es sierra de Juárez, luego sierra de San Pedro Mártir, más adelante sierra de Calamajué y San José y, finalmente, para cuando alcanza al paralelo 28, toma el nombre de Calmallí. La columna vertebral de la península disminuye en altura a medida que avanza hacia el sur. En el norte, lleva las cimas coronadas de bosque y alcanza su mayor altura en San Pedro Mártir.

Después, las coníferas desaparecen y en sus cimas pedregosas sólo encuentran sustento las cactáceas.

El paisaje que va descubriendo la brecha es siempre el mismo: desierto. Desde San Quintín, el desierto se acerca al viajero, le escolta y le hace compañía. Los cardones, cactus parecidos al llamado órgano en el antiplano que antes se veían a lo lejos, siempre en silueta contra el azul del cielo, ahora parecen salir a dar la bienvenida. Con los cardones, los cirios, el cacto exclusivo de la península, cuyo nombre facilita un tanto la descripción de estos verdaderos postes de tronco carnoso, sin ramas, que en ocasiones se levantan hasta 20 metros del suelo. Cirios y cardones, que en algunos sitios forman verdaderos bosques, sintetizan el espíritu del desierto peninsular. Aun cuando los cirios no aparezcan más al sur del paralelo 29, su recta silueta se graba en la mente del viajero y le acompañará siempre, como fantasma amigo, junto con la realidad de todas las otras cactáceas.

Y mientras el camino avanza entre cardones, cirios, choyas, huizaches y pitahayos, sobre arenales y entre cauces secos de arroyo, los animales salvajes del monte y la llanura van apareciendo con más frecuencia. Los zorros cruzan a deshora el camino, asustados por el ruido del motor; los juancitos —ardillas minúsculas— pululan materialmente a los lados del camino, corriendo veloces a buscar su refugio en los troncos de los cardones; a trechos largos se encuentran coyotes y en ocasiones huellas de tigre o de venado; al atardecer, en todas las latitudes de la península, liebres y conejos empiezan a aparecer y se convierten en blancos propicios y fáciles para el rifle calibre 22 y en magnífico guisado para la cena.

La carne de los animales salvajes va cambiando de sabor, haciéndose más rica a medida que se avanza hacia el sur, y esto se debe al orégano, que se encuentra escaso desde San Pedro Mártir, pero que abunda de El Rosario en adelante. Reses, liebres y venados lo consumen como alimento principal, y esta yerba olorosa adoba su carne y le da un exquisito sabor.

UN SANTO ORIGINAL

En El Rosario están las ruinas de una misión dominicana que data de fines del siglo XVIII. No tiene nada de notable y sus muros de adobe no dan ni una aproximada idea de su forma original. Ésta, al igual que las otras, fue hecha de material deleznable y de modesta construcción que no resistió el paso de los años. Sin embargo, como recuerdo del paso de aquellos evangelistas que sucedieron a los jesuitas en la conquista espiritual de las Californias, queda un santo original, bellamente tallado en madera, cuya custodia ha sido confiada a cinco generaciones de una misma familia.

De El Rosario, pueblo con agua, pastizales, siembras, costa propicia a la pesca y gente perezosa, el camino se lanza directo a la montaña. En El Mármol estamos ya a 450 kilómetros de Tijuana, en un pequeño centro minero que vive desde hace más de medio siglo de las vetas marmóreas de la montaña. Los yacimientos fueron descubiertos a fines del siglo pasado, cuando los eternos gambusinos exploraban la sierra en busca de oro. La primera compañía que explotó el ónix del lugar fue la Blockman Bank, a la que sucedió en 1925 la New Pedrada Onyx



Trabajadores de El Mármol extraen ónix para ser enviado a los Estados Unidos de América.

Company y recientemente la Southwest Onyx and Marble Company. En la actualidad, los criaderos están casi agotados y su explotación se hace difícil a medida que hay necesidad de extraer el ónix de capas más profundas. En promedio el número de trabajadores es de 40, pero en ocasiones, cuando la demanda crece, llegan a una centena. La producción media es de 45 a 50 toneladas mensuales, que en bloques se transportan en grandes camiones de carga por vía terrestre.

El Mármol es uno de los pueblos asentados en la región más desolada de la península, e indudablemente la más peligrosa. No obstante estar situado a una distancia media entre los dos mares, en una de las zonas más angostas de la península, el desierto aquí es implacable y los arroyos no existen. Desde el lomerío que rodea a El Mármol puede verse el mar de Cortés, pero es difícil llegar a sus orillas. Pese a esto, la región tiene un incentivo para la aventura: en alguna parte de ella se encuentra una legendaria misión que nadie ha visto jamás, pero que se tiene la seguridad de que existe. Es la llamada misión perdida de Santa Isabel, que en vano han buscado expedicionarios de dos naciones.



Escuela de El Mármol para los hijos de los trabajadores de la alejada región. Toda la escuela está construida con losas de ónix.

LA MISIÓN PERDIDA

La historia de la misión perdida dicen que empieza en las crónicas, con una mención de su existencia. Es probable que se haya iniciado en la imaginación de cierto presidiario en fuga, que agotado por la sed empezó a sufrir espejismos. Esto data de medio siglo atrás, y después de este hombre, solamente otro aborigen que actualmente vive en las orillas de la seca Laguna de Chapala, ha logrado comprobar su existencia. Sin embargo, nadie, llevando cámara y testigos, ha podido hallarla. Muchos estadounidenses y no pocos bajacalifornianos se han interesado por la búsqueda. Año por año organizan expediciones y siguen las pistas más o menos vagas que proporciona Manuel, el hombre de Chapala, que vio “hábitos de monje y árboles de especie desconocida”. Todos han ido, buscando, y han vuelto desalentados. O la misión perdida no existe, o sencillamente no han buscado bien. Por lo demás, no hay base suficiente para garantizar su existencia, que se hace todavía más dudosa cuando hacia el centro de la península, en las cercanías del desierto de dunas de Vizcaíno, el viajero empieza a escuchar un cuento similar, el de otra misión que debe eruirse en pleno arenal, donde nunca, seguramente, hubo la menor posibilidad de existencia humana.

SALUDO, LA MEJOR MONEDA

La misión perdida es el primer fantasma que se encuentra sobre la ruta de las misiones. Es el único intangible; los que siguen después, aunque igualmente irreales, se materializan ante el viajero. Pueden ser pueblos, cabañas o fayuqueros. Todos parecen seres arrancados a la imaginación de una época pasada, secularmente retrasada. Las rancherías, cuando habitadas, parecen estar detenidas en el tiempo, viejas de milenios y siempre iguales, y sus habitantes, seres por los cuales los años no pasan. En ocasiones las rancherías están abandonadas, y aunque en ellas se encuentran huellas de los hombres que ahí vivieron, podrían jurar que la desocupación data de siglos. En cuanto a los fayuqueros, esos vendedores ambulantes que hacen tres mil kilómetros por mes repar-

tiendo mercancías, son fantasmas inesperados. Se les encuentra siempre en algún recodo del camino, cuando uno puede estar más seguro de que en cientos de kilómetros a la redonda no hay ser humano. Ante ellos, el viajero detiene su vehículo, tiene la mano y toma en ella otra mano fuerte y callosa. Se recibe una lata de jugo y se ofrece ayuda. El fayuquero nunca la necesita, por lo demás está acostumbrado a arreglárselas solo. La bebida refrescante no se paga jamás: entre viajeros del desierto la moneda es un artículo sin valor. Basta decir adiós, desear buen viaje y seguir camino. El viajero y el fayuquero siempre se pagan las ayudas con el placer de haberse saludado.

De El Mármol, el camino parece arrepentirse de haber tomado camino hacia el golfo y vuelve lentamente hacia la costa pacífica. Sesenta kilómetros adelante cruza una ranchería: Santa Cataviñá. Cinco kilómetros más y estamos en San Ignacito, entre media docena de cabañas, cuyos habitantes viven, al igual que en el pueblecillo anterior, gracias a un pozo de agua potable, una pequeña hortaliza, algunas cabezas de ganado vacuno y caprino y a las liebres y venados que abundan en las cercanías.

Laguna de Chapala es un punto en el mapa que desconcierta al viajero. Puede suponerse, viendo el paisaje, que esté seca; pero puede suponerse también, con esperanza, que tenga agua. Siempre habrá un error en cualquier cálculo para quien llega a Chapala por primera vez. El viajero que pasa por ella suele confundirse: cuando la supone seca está llena de agua, y se ve obligado a dar un inmenso rodeo por brechas llenas de hoyancos y enormes piedras. En cambio, cuando se espera encontrarla con agua suficiente para refrescar la vista cansada de polvo y de desierto, se le encuentra totalmente vacía, convertida en una pista sobre la cual el vehículo se desliza a toda la velocidad del acelerador. Esta cuenca, que se llena ocasionalmente con las aguas de los arroyos que descenden de los montes cercanos, tiene un poco más de 20 kilómetros de circunferencia y en sus riberas hay algunos ranchos imposibles de distinguir desde el camino, confundidos con el paisaje merced de una suerte de mimetismo.

LOS JESUITAS

Pareciera, para quien viaje de norte a sur al través del desierto peninsular, que las inmensas soledades de arena, los bosques de cardones y los mástiles sin barco de los cirios, van domando a los hombres, haciéndolos más nobles y más comprensivos. A cada paralelo que se cruza se nota en el contacto humano una mayor benevolencia y mayor generosidad. Los hombres del norte: Tijuana, Ensenada, El Rosario, El Mármol, si francos y sinceros, pecan también de fríos y de bruscos. Hacia el sur, la gente acaso sea más pobre pero más gentil. Tiende manos calurosas y se abre a la confidencia sin recato alguno, pide y otorga con humildad y sonríe más. Es ésta, indudablemente, la gente bajacaliforniana, que ignora la insolencia de los dólares y sabe darse a la amistad sin regateo.

En Punta Prieta, a 650 kilómetros al sur de la frontera, empieza la verdadera Baja California, con su pueblo sencillo, humilde y generoso. De aquí en adelante, hasta La Paz, un saludo, una sonrisa y un ofrecimiento de ayuda valen tanto como todos los dólares de los estadounidenses.

De Punta Prieta, hacia el oriente, parte de la brecha que lleva al canal de Ballenas, en el mar de Cortés. Si tomáis ese rumbo para seguirlo durante cinco horas, seguramente encontraréis en la ribera a Liu Mindo esperando a los pescadores de cahuama o a Chepo, listo para llevaros a tomar fotografías de los cetáceos. El Pacífico está más cerca de Punta Prieta que el golfo de California, aunque para alcanzarlo haya que cruzar una pequeña sierra y algunos tramos arenosos. Son 60 kilómetros únicamente, que son parte de la misma brecha transpeninsular; pero cuando el camino se acerca al mar y el viajero empieza a sentir brisa de mar, nuevamente la ruta se interna, tierra adentro, como si le desagradara la soledad costera del norte de bahía de Vizcaíno.

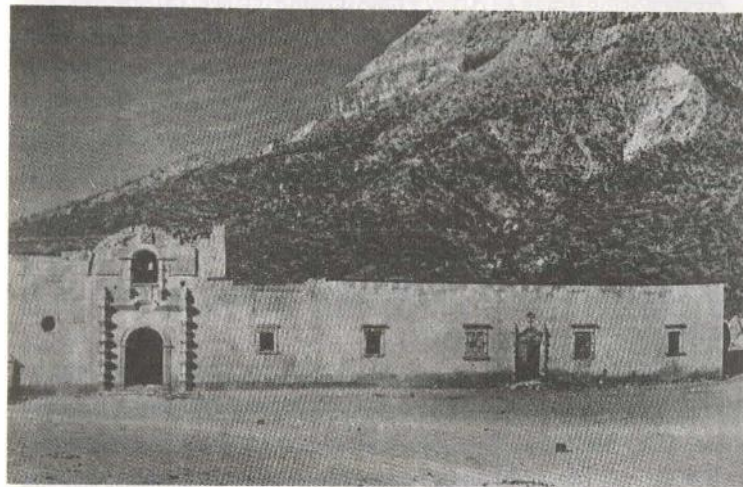
Pero antes de acercarse a la ribera del Pacífico, una pequeña ranchería corta el paso a la brecha. Está tan sola y es tan pobre que parece estar a la orilla del camino pidiendo auxilio. Tan abandonada se ve que el mismo viajero, que siempre va escribiendo datos y cifras en su libreta, se olvida de anotar el nombre de este poblado cubierto de desierto. En el pueblo, una mujer parada junto a la cuneta responde a la pregunta:

El camino a la misión parte a la izquierda, pasando el cardón de cuatro brazos.

Y henos aquí rumbo a otra misión, San Borja: la primera misión jesuita que de norte a sur se encuentra en Baja California.

Las misiones jesuíticas bajacalifornianas son totalmente distintas a las dominicanas o franciscanas del norte. Éstas fueron hechas para cumplir una obra pasajera, aquéllas para perdurar al través de los siglos. En las construcciones jesuíticas se advierte el mismo espíritu que inspira y mueve a los discípulos de Loyola: fuerza moral, fuerza física y fuerza política. Los edificios que dejaron no solamente en la península, sino en todo el país, se levantaron para mantener la hegemonía política y religiosa de los pueblos que los rodeaban. Son edificios soberbios, amplios, con cualidades de iglesia, de convento y de fortaleza.

San Borja, aunque su edificación quedó inconclusa cuando los jesuitas se vieron expulsados de las posesiones de Carlos III, muestra bien a las claras las pretensiones jesuitas en materia de misiones. Después de haber visto las ruinas de adobe de Santo Tomás, San



Misión de San Borja, mitad fortaleza, mitad monasterio, fundada al norte del paralelo 28 en Baja California por los misioneros jesuitas.

Vicente o Santo Domingo, nos encontramos aquí ante una gran construcción de piedra labrada, con claustros y celdas interiores cuyas bóvedas nunca fueron terminadas, y una torre donde todavía cuelgan las campanas originales que llevara el padre Wenceslao Linck. La edificación de San Borja es todavía más notable cuando se sabe que por aquellos tiempos, 1762, el lugar que ocupa era posiblemente el más aislado y desolado en todas las tierras del emperador de las Españas.

En San Borja hay un pequeño pueblo de diez familias, un viñedo y un arroyo. Decir esto último es obvio. Todas las misiones, sin excepción, fueron construidas en los sitios donde los arroyos de aguas permanentes garantizaban la existencia humana.

Para salir de San Borja hay que regresar nuevamente a la brecha transpeninsular, que se alcanza en el sitio del pueblo cuyo nombre se ha olvidado. Rumbo sur nuevamente, la ruta de las misiones hace escala en Calmallí o El Arco, las últimas subdelegaciones del Territorio Norte, limítrofes con el paralelo 28.

Precisamente desde El Arco, y nuevamente hacia el oriente, parte el camino hacia otra misión jesuita: Santa Gertrudis. Su construcción data de once años antes que la de San Borja, y al igual que ésta, parece no haber sido terminada. Santa Gertrudis es bastante parecida a San Borja en lo que se refiere a su estilo arquitectónico, más proyectado para convento y fortaleza que para iglesia. Tiene una pequeña capilla donde todavía existen el altar y algunos santos originales. Desgraciadamente, como sucede en todas las misiones, muchas de estas joyas histórico religiosas han desaparecido, robadas por los turistas o vendidas por los mismos pobladores de la región.

En Santa Gertrudis el viajero encuentra por primera vez, en su marcha hacia el sur, los famosos dátiles bajacalifornianos y puede hartarse de comer esa fruta que hace el principal *modus vivendi* de los habitantes. Hay también viñedos, olivos y otros frutales, que sin excepción fueron introducidos por los mismos jesuitas que construyeron la misión.



Misión de Santa Gertrudis.

LOS PLACERES

Los pobladores de Santa Gertrudis son gente muy pobre. Los recursos naturales de la región son poca cosa para mantener a las veinte familias que hacen el poblado, y como el impacto civilizador se ha dejado sentir incluso en esas soledades creando nuevas necesidades, los hombres ya no pueden vivir atendidos exclusivamente a la recolección de la fruta o la caza. Por eso muchos padres de familia emigran por temporadas de su pequeño oasis escondido, hacia otros lugares donde pueden obtener algo más para fortalecer su economía. Estos otros lugares son, principalmente, los placeres de oro.

Y por esto, con los gambusinos, volvemos nuevamente a El Arco o Calmallí, cuyos lomeríos sedientos y pedregosos guardan en sus entrañas vetas de metal dorado. Hacia la primavera, en los alrededores de estos dos poblados decadentes, verdaderos cadáveres de las empresas organizadas por extranjeros para explotar el mineral en épocas pasadas, los gambusinos se establecen para arañar los cerros y triturar las piedras incrustadas de polvo de oro. Viven en las peores condiciones que puedan imaginarse. Ser gambusino cerca de Calmallí o El Arco, no es lo mismo que serlo en la sierra de Juárez en el norte, en la Tarahumara, en Chihuahua, o en la sierra de Oaxaca. Aquí falta agua: agua para beber

y agua para limpiar las arenas. Se vive entre la tierra, siempre cubierto de sudor y de polvo, extrayendo las arenitas auríferas de las arenas estériles a base de viento, con unos a manera de fuelles que lanzan al espacio la tierra inútil y van dejando en las charolas el preciado metal.

Los gambusinos, aquí, nunca consiguen salir de pobres. He conocido a una mujer gambusina —la única, acaso, en todo México— que año por año va a Calmallí a buscar oro. Pasa tres o cuatro meses escondida entre los cauces secos de los arroyos que cada cinco inviernos llevan un hilo de agua, limpiando arenas y triturando piedras. Hace catorce años que realiza ese trabajo para sostener a su familia, de hijos perezosos y despreocupados que viven bajo los dátiles de Santa Gertrudis, y no ha habido año en que llegado diciembre, no se encuentre nuevamente sin dinero. Este año, me ha dicho, trabajará para hacer operar de un ojo a una hijita enferma. Estará más tiempo que de costumbre, tal vez seis meses, porque necesita completar cien gramos de oro que es el precio que un médico usurero de Tijuana ha puesto a su intervención quirúrgica.

ENTRE LOS OASIS

A media hora de El Arco se cruza el paralelo 28 y se está ya en el Territorio Sur de Baja California. Desde la línea limítrofe hasta San Ignacio, a 960 kilómetros de la frontera, el trecho del camino peninsular es el más infame que se puede encontrar. Los deslaves han destrozado totalmente la brecha dejando hoyancos donde, hubo una especie de camino en alguna época muy antigua. Se avanza a vuelta de rueda, luchando con el volante para evitar las zanjas y las piedras que son todo el camino. Se golpea el cárter a cada metro, se arrastra la parte trasera y todo el vehículo salta y se estremece tanto que se abriga la seguridad de no llegar a ninguna parte.

Sin embargo, al atardecer arribamos a San Ignacio, entrando por donde el estanque rodeado de cañaverales parece un lago misterioso oculto a la sombra de las datileras. En este bello pueblo, del que he dicho en otro artículo anterior que es el primer gran oasis que se

encuentra de norte a sur de Baja California, se tiene la impresión de volver a México después de haber errado por un país lejano y exótico. Se está nuevamente en el México clásico por la plaza central, de bancas de piedra y sombra de laurel de la India; por la iglesia principal, frente a ella —que es la misión—, por su pueblo cálido y triste alegre que es, os recibe con un baile; por sus mujeres bonitas que usan faldas y bailan danzón... y por otras cosas más que se ocultan a la vista y se sienten en el espíritu mestizo de lo que es mexicano.

San Ignacio tiene dos cosas notables que ofrecer: la misión y la escuela. La primera data de 1728 y es seguramente la mejor conservada de las catorce misiones peninsulares, por más que en el afán de reconstruirla y darle una buena presentación se le haya destrozado a base de pintura que acabó con la pátina que en sus muros dejaron los siglos. Su fundación se intentó desde 1706, y el anhelo jesuita fue posible hasta 22 años después gracias al celo y la actividad del padre Juan Bautista Luyando.

La escuela es notable por sus espantosas pretensiones de gran centro escolar. Fue construida por orden del general Juan Domínguez, quien tuvo la mira de convertirle en un gran internado para toda



San Ignacio, el primer gran oasis que se encuentra en la Baja California, de norte a sur. Es un mar de palmeras sobre la aridez sepia del desierto peninsular.

la población escolar del norte del Territorio Sur. La idea acaso fue buena, pero en la práctica resultó un elefante blanco cuyo presupuesto no puede ni podrá cubrir ningún gobierno local. Se ocupa de ella una décima parte y si quisiera abastecerse su cupo, habría necesidad de internar en ella a toda la población de San Ignacio. Y tal vez, aun así, sobraría espacio para alojar a los habitantes de otro pueblo terrisureño.

LA BAHÍA MÁS BELLA

A tres horas de San Ignacio, la brecha se convierte en carretera, desciende por un laberinto de curvas peligrosas y desemboca en el mar de Cortés, en su ribera menos bella, la de Santa Rosalía. Después, pasado San Luciano, los caminos ya no interesan a los emperadores de El Boleo y vuelve la brecha, hasta Mulegé, corriendo paralela a las playas del golfo de California. En San Marcos Tierra se sirven las mejores empanadas del camino transpeninsular —no las hay en otra parte, pero eso no les quita lo sabroso— y desde la veranda que hace el comedor de la cabaña restaurante puede verse a lo lejos, en el mar, la isla de San Marcos, toda yeso: filón que explota con bondad el multimillonario Kayser —el mismo de los automóviles.

Mulegé —donde sin razón alguna escribiera El Nigromante: “Muleginos femeninos, falaces y mentirosos...”—; poema venganza porque le dieron trabajo de espantacuervos— es paisaje de datileras, de estero, de misión. Pueblo singularmente bello; ahora en decadencia, desde que la pequeña presa fue construida y con el cultivo a riego llegaron nubes de anófeles. Su misión fue edificada en 1705 y en torno a ella fue creciendo un pueblo que alcanzó su auge a fines del siglo pasado. Ha sido centro difusor de nombres y familias. Los Zúñiga nacieron ahí; los Villavicencio, que hoy se encuentran hasta en Mexicali; los Pozo, que al extinguirse los indios se encargaron de repoblar la península; los Leal; los Miranda, y hasta los Jordán, uno de cuyos últimos descendientes escribe ahora crónicas de viaje.

Antes de abandonar Mulegé, no faltará quien os advierta: “Tenga cuidado al entrar a bahía de Concepción, el camino es sumamente peligroso”.

Pero lo más peligroso de bahía de Concepción no es el camino, que va reptando sobre desfiladeros apoyados en el mar, sino su belleza que atrae y distrae. La bahía, un callejón de 40 kilómetros de largo y ocho de ancho, se encuentra de pronto, casi a la misma salida de Mulegé, cuando una playa sale en brazos del camino y le ofrece mejor piso y mayor espacio, entre la montaña y el mar. En la bocana, tres islas solitarias parecen vigilar la entrada y el escondite que un pirata utilizó para guardar un tesoro que siempre se busca y nunca se encuentra. Frente a los islotes rocosos, blancos de guano, el ramaje de los manglares calma el oleaje del mar y guarda el tesoro más real de los criaderos de ostiones. Bandadas de patos duermen en las pequeñas ensenadas interiores, mientras los pelícanos y las garzas celebran en la orilla sesiones mudas y sin interés. Desde lo alto de los acantilados se ve el fondo de la bahía y la vida submarina, así de transparentes son las aguas. Luego el camino baja y busca otra playa de color coral que se ha puesto así porque millones de camarones de una especie no comestible han venido a morir a la orilla y se han secado al sol. A medida que el mar se adentra se va convirtiendo en lago, quieto y sereno. En su margen derecha se esconden dos o tres ranchos cuyos hombres viven de la pesca, la caza y los niños de sol y de brisa. Ya en el fondo, la montaña se tiende y se hace desierto, como si en una época pasada hubiera querido disminuir su estatura para dar paso a un mar tan bello. Ahí entre los cardones típicos y las choyas se encuentra el cementerio de las ballenas que parecen haber elegido este lugar para morir. Los huesos descomunales se blanquean al sol y ponen en el paisaje una nota de melancolía grandiosa. Cuando el viajero toma la llanura arenosa, lleva una infinita placidez en su espíritu, un silencio en los labios y un suspiro de tristeza en el alma. Dejar bahía de Concepción es dejar atrás un poco de sí mismo.

El Último Tramo. Luego... Comondú: el Shangri-La que presintió Hilton donde la misión fue destruida hace ya bastantes años.



Mapa, La ruta de las misiones. (Tomado de Impacto, 28 de marzo de 1950, p. 65).

LAS MISIONES Y SUS DISTANCIAS

Escalas	Kilómetros	Facilidades
Tijuana	0	Todas
Ensenada	105	Todas
Santo Tomás	145	GAT
San Vicente	176	GAT
San Antonio	218	TA
Colonia Guerrero	285	HGAT
San Quintín	320	GAT
El Socorro	345	A
El Rosario	380	HGAT
El Mármol	460	GAT
Cataviña	535	A
San Ignacio	540	GAC
Laguna Chapala	585	Ninguna
Punta Prieta	650	GAC
Calmalli	795	GAC
El Arco	805	GAC
San Ignacio	960	GAH
Santa Rosalía	1 010	Todas
Mulegé	1 075	GAC
Comondú	1 225	GAC
La Paz	1 600	Todas

G (gasolina); A (agua); T (tienda); H (hotel); C (comida); R (restaurante).

La gasolina que se vende desde Santa Rosalía al norte es estadounidense. Hacia el sur, de Pemex.

En la mayoría de pueblos y rancherías es posible encontrar un lugar donde dormir, siempre que el viajero lleve ropa de cama.

En invierno la ruta es casi intransitable a causa de las lluvias. En verano el viajero debe ir bien provisto de agua para beber y para el motor de su vehículo.

XVII LA PAZ, CIUDAD DORMIDA

*Para Josefina Aragón,
en recuerdo de su reinado.*

En verano, la ciudad muere todos los días. Hay cierta hora, hacia las tres de la tarde, en que el tiempo se queda detenido, sudando, y el pueblo deja dormir sus pensamientos, embotado por una marea caliente que suspende la vida. Dentro de las casas los niños se desnudan y hombres y mujeres se tienden a la sombra, sobre los lechos ardientes. Por las calles todo es silencio. No sopla el menor viento y de las piedras se desprende un vaho que a lo lejos distorsiona las rectas y hace aparecer árboles y casas como visiones reflejadas en espejos cóncavo convexos. Las palmeras se duermen inclinadas y sedientas y los laureles de la India abren sus brazos de follaje en una inmóvil espera de aliento que parece no llegará nunca. Frente a la ciudad, el mar de la bahía es de plomo y arde bajo el reflejo brutal de un sol vertical que no deja sombras. Pegado al muelle, un barco duerme la modorra de una siesta eterna, como duerme una siesta de muerte un marinero renegrido, desnudo bajo la toldilla inútil. Entre mar y tierra el silencio se pasea a pasos lentos, ahogando los murmullos, callando las palabras viscosas, poniendo arena en todos los párpados de las ventanas abiertas. Sólo en las afueras, donde el desierto refleja implacablemente el fuego de la ciudad que arde, las chicharras cantan desesperadas, reinas del silencio y del ruido, haciendo vibrar una atmósfera cargada de emanaciones, de suspiros, de deseos sudorosos.

Cerralvo, la isla que cierra la entrada a la bahía, es por esas tardes de verano el serviola que vigila la vuelta de la vida. Hacia las cinco, con el sol a media pendiente, contrastada con su mole oscura y desolada se mira una pequeña mancha blanca que se acerca volando sobre el mar. Un velero pescador que vuelve a puerto. El marinero de piel oscura que dormía bajo la toldilla, siente en sus poros el regreso del viento y se sienta para mirar el mar y la canoa de vela triangular que avanza. El

mar viene encrespándose ante el velero, tembloroso por la caricia que sopla desde el golfo de California. La superficie de metal se levanta en una pequeña ola que corre hacia tierra, se estrella contra el barco, que oscila; se estrella contra los pilotes del muelle, que gime; se estrella contra el malecón, que espera. Las palmeras agitan su penacho, alegres; el laurel de la India se despereza en un estiramiento de ramas; en la ciudad, el viento levanta el polvo de las calles, entra cantando por las ventanas, refresca el corazón de los niños, que empiezan a jugar. La ciudad se sienta sobre las camas y las mujeres se ponen a buscar los vestidos ligeros que dos horas antes arrojaron sonámbulas en algún rincón. La ciudad se pone de pie y sale a la calle. Los almacenes se abren y un coche que dormía en una esquina arranca a buscar al cliente olvidado en un hotel.

El viento vida se llama Coromuel. La ciudad que muere todas las tardes de verano es La Paz, capital del Territorio Sur de Baja California.

EL NOMBRE QUE HIZO UN PUEBLO

Todas las ciudades tienen nombre, pero he aquí un nombre que tiene una ciudad. Cuando los conquistadores entraron con el viento a la bahía y desembarcaron frente al desierto, los indios huyeron a esconderse tras las dunas y los montes áridos. No hubo pelea y los arcabuces sirvieron para afianzar un toldo y hacer sombra. Por eso Cortés —el misionero, no el conquistador— dio al sitio el nombre de Nuestra Señora de la Paz.

Trescientos años después, Nuestra Señora de la Paz sigue aún reinando en ese pueblo edificado bajo su amparo. Por abreviatura, la ciudad se llama La Paz, simplemente; y el nombre que en un principio fue símbolo de la posesión sin violencia, se convirtió a la larga en maestro de una población. No se llama La Paz porque sea pacífico, sino que es quieto y pacífico precisamente por haberse llamado La Paz.

La ciudad, que sería pueblo si no fuera la capital del territorio, está escondida en la más profunda rinconada de la bahía que lleva su mismo nombre. Está tendida junto al mar y su última calle se sostiene, por un escalón, sobre las aguas. Cuando hay mareas muertas y la luna hace

ascender al máximo la superficie del mar, la calle del malecón, la más larga y bella de La Paz, parece próxima a inundarse. Las calles perpendiculares al paseo del malecón ascienden por una pequeña loma en cuya cumbre se levanta la misión construida en 1720. El trazo de la ciudad es perfecto. Exceptuando algunos callejones donde la topografía del terreno no permitió calles rectas, toda la ciudad parece trazada por un moderno urbanista, con amplias avenidas empedradas que in desviarse van del mar al desierto o corren paralelas a la línea costera.

En el paseo junto al mar, palmeras y laureles de la India hacen de filtro al reflejo del sol sobre la inmensa bahía; bordean la banqueta del malecón las primeras y los segundos sombrean la fachada de las casas. En todas las calles los laureles fueron plantados a la orilla de las banquetas, y donde no los hay, ocupan su lugar jacarandas, flamboyanes, paraísos y acacias, que de la primavera al otoño se cubren de flores.

Frente a la misión, abierta al culto, está la plaza central donde el pueblo se reúne en las primeras horas de la noche y baila los domingos, después del atardecer. Frente a la plaza, el palacio de gobierno, de oficinas abiertas en torno a un gran jardín interior y sobre corredores tipo colonial. Al igual que en palacio, en todas las casas de La Paz hay patios y jardines interiores que a menudo se convierten en huertos de naranjos y otras frutas tropicales.

Sobre la ciudad flota siempre un ambiente de serenidad y calma adormecida, y esto no es sólo en verano. El pueblo, que se levanta con el sol, hace su vida en silencio, discretamente, como si se moviera en una metrópoli sagrada. Y nunca está triste. Es alegre por excelencia y sonríe. Pero hay algo en el ambiente que viene del nombre mismo de la ciudad, que obliga a esa paz y a esa discreción. La influencia de Nuestra Señora es tanta, que aun los días de fiesta, cuando el carnaval pone mascaritas en las caras y todo el mundo ríe una risa continua, nadie osa romper el ritmo musical de la fiesta en gritos o carcajadas. Después del crepúsculo, el pueblo paceño se recoge y las calles quedan abandonadas. Hacia las nueve de la noche, todo es silencio absoluto y la ciudad duerme. En los pocos cafetines y cantinas que permanecen abiertos, los parroquianos beben en voz baja y se embriagan sin riñas. A las once de la noche, dos avenidas de noctámbulos salen de los dos

cines de la ciudad y en su trayecto, del salón de espectáculos a su casa, sólo dejan el eco de un rumor de pasos. Después, el silencio se recupera y ya nada lo turba hasta la mañana siguiente.

EL RAYO VERDE

Diréis que mi explicación de la calma paceña partiendo de la influencia secular del nombre, es falsa o puede serlo. Pero, si los nombres no pueden normar el carácter de las cosas, ¿cómo explicar entonces esa quietud nostálgica y agónica de la bahía, que también se llama de La Paz? Como en la ciudad, con sus calles y sus hombres en el mar impera el mismo ambiente de tiempo detenido.

La bahía es lago de pescadores, cuna del 90 por ciento de los marineros de todos los mares mexicanos y nido de piratas en potencia. Todos los pescadores son marinos, y serían piratas si los tiempos no hubieran cambiado. Pescan en el golfo de California y navegan a la vela, en unas pequeñas canoas hechas de un solo tronco. Por las mañanas, cuando el viento sopla de tierra, despegan por sus velas triangulares de los fondeaderos cercanos al palmar de Abaroa nombre de armadores antiguos y nombre de los más antiguos astilleros del golfo y se van deslizándose hacia la bocana. Pasan frente al balneario de Coromuel y luego se pierden en el mar, por las cercanías de Cerralvo. Vuelven todas las tardes, semihundidos por el lastre de las deliciosas totoabas, cabrillas, caguamas y pez sierra; empujados por el vienteillo de mar que a las cinco rescata a la ciudad de su marasmo. Los veleros pasan frente a la ciudad y llegan a su fondeadero. Cuando desfilan frente al malecón, su ligera silueta se recorta contra los manglares del Mogote, la isla de arena que tiene las mejores playas de La Paz y donde pronto se erguirá una ciudad turística. Durante los meses de primavera, los veleros pescadores se internan por los corredores de mar que dejan libres los mil yates extranjeros que llegan a La Paz en viaje de placer. Porque si México desconoce las posibilidades y bellezas turísticas de este puerto, los estadounidenses bien las saben y no hay año en que media población de California no venga a estas aguas en busca de descanso.

Al iniciarse el crepúsculo, mar y tierra parecen prepararse para ver la puesta del sol, y el cielo se cubre de nubes, ocultando el rápido declinar del sol. Cuando el sol toca la línea del horizonte, parece desatarse una lucha. Las nubes se aglomeran en el poniente, desde el mar hasta el cenit, y todo da la impresión de que el sol se habrá de ocultar mansamente. De repente, el horizonte se abre y el sol muestra media circunferencia por sobre el mar; riela el mar desde el infinito hasta el malecón y la superficie toda de las aguas se tiñe de rojo. En oriente, una nubecilla recibe el reflejo y se pone escarlata. Comunica su color a una nube vecina que se hace guinda. Como si esa fuera la señal, todo el poniente empieza a arder en mil tonos de rojo. Las nubes se retuercen sangrientas y se apartan, huyendo por sobre la línea del mar o por el cenit, hacia oriente. A medida que el sol se hunde en el mar de sangre, los celajes cambian sus tonos de lujuria, las nubes se angustian por la lucha perdida y se desvanecen consumidas por los colores ardientes. Cuando el sol da el último salto y se pierde, lanza una saeta que se levanta perpendicular sobre la línea del horizonte. Es el rayo verde, cuyo color resalta cortando los celajes y muere en lo alto, confundido con el fondo azul del espacio. La visión esmeralda del último rayo es instantánea, pero cuando logra verse augurio de suerte, se graba en la retina y jamás logra borrarse. Después del rayo verde, el crepúsculo sigue agonizando, durante horas, y la noche llega imperceptiblemente envuelta en túnica de colores. El espectáculo imponente nunca es igual y La Paz tiene fama de ser la tierra de los 365 crepúsculos anuales diferentes.

EL CRIMEN DE LAS PERLAS

La Paz fue tierra de conquista y meta de piratas porque de su mar se extrajeron las mejores perlas del mundo. Desde su descubrimiento y posesión los soldados del Rey y los de Cristo empezaron a explotar —unos con fines de lucro, los otros como medio de subsistencia— ese filón inapreciable que guardaba el fondo del mar californio. Los años de auge de esa ciudad adormecida se cimentaron en las preciadas perlas y en la exportación de la concha de madreperla.

Durante más de un siglo y hasta principios del presente, la industria de las perlas en el golfo de California, con centro en La Paz, fue cobrando impulso. En sus últimos años, su explotación empezó a organizarse sobre base científica y se instalaron criaderos para propiciar la reproducción de la madreperla. Se llegó a pensar, inclusive, en montar fábricas para transformar la concha en botones y otros artículos que sólo se producían en el extranjero con materia prima nacional. Por esos años, grandes escuadras de veleros “armadas” se hacían a la mar y durante meses recorrían las costas peninsulares llenando sus bodegas con las conchas y sus cajas con las perlas que buzos con escafandras recogían en el fondo del golfo.

Con la Revolución, la industria perlera de La Paz sufrió un colapso y se desorganizó. Cuando quiso volver a fortalecerse, ya restablecida la paz interior, se encontró con una trágica sorpresa: las perlas habían desaparecido. Nunca, hasta hoy, se ha podido encontrar una explicación a ese fenómeno que desvaneció muchas esperanzas y arrastró a la ruina a los pescadores especializados. Sin embargo, hay una historia que parece plausible. Se cuenta que los japoneses, que después de la primera guerra mundial descubrieron la técnica para el cultivo artificial de madreperla, envenenaron los criaderos bajacalifornianos para asegurarse el monopolio de la industria. Hay posibilidades de que así fuera porque durante todo el presente siglo, hasta que la segunda guerra mundial obligó a México a controlar los grupos de extranjeros enemigos, Baja California y el mar de Cortés principalmente, eran centro de grandes colonizaciones niponas, de pescadores y agricultores. Entre ellos, como se comprobó por investigaciones de contraespionaje, se encontraban técnicos y agentes del Imperio del Sol Naciente.

El turista que va hoy a La Paz todavía encontrará perlas, pero no son de aquellas mismas que llegaron a valuarse hasta a quinientos pesos kilate. Son perlas de concha nácar, de un precio diez veces menor y de una baja calidad. Algunas, sin embargo, pueden ser de gran belleza, aunque tengan el inconveniente de no durar mucho, pues se quiebran después de algunos años. De la madreperla sólo quedan como recuerdos una leyenda y un punto en el mapa. Cerca de La Paz, se adentra en el mar una pequeña península que se llama El Mechudo. El sitio, en años

pasados, fue placer de perlas y en su extremo se reunían cientos de buzos que sacaban conchas. Todas las temporadas, antes que el frío hiciera imposible las maniobras de buceo, los pescadores procuraban sacar una última perla “para la Virgen”. En cierta ocasión, un buzo se dispuso a tirarse por última vez al mar. Alguien, viéndolo alistarse, le advirtió:

—No bucées más. Ya tenemos la perla de la Virgen.

—El pescador, desnudo, indiferente, hizo un gesto de desdén y respondió sonriendo:

—Yo no voy por la perla de la Virgen: voy a buscar una perla para el Diablo.

—Y se lanzó de cabeza al agua.

Satanás le tomó la palabra y el buzo no reapareció más ni nunca las aguas devolvieron su cadáver. El lugar es ahora tabú y nadie va allá en busca de perlas, porque quienes lo han hecho se encuentran en el fondo con el fantasma del buzo blasfemo, a quien le han crecido enorme cabellera y luenga barba. Da la impresión de estar vivo y en sus manos tiene una concha de madreperla que parece estar ofreciendo. Es la perla del Diablo, dicen. Y como el fantasma lleva cabellos largos, se le ha dado el nombre de El Mechudo.

LAS OTRAS PERLAS

Hay noches en La Paz en que la población se agita y se divierte. La ciudad escapa a tanta calma y se pone a bailar a ritmo de danzón, de conga o *swing*. Esto sucede regularmente los domingos y ocasionalmente los sábados o cualquier otro día de la semana. Si es en domingo, el baile es doble: uno popular en la plaza, frente a la misión, y otro privado, en los salones de la zona militar, organizado éste por el club social de la localidad. Los bailes son simultáneos pero el del Jardín, donde toca la orquesta pagada por el gobierno, termina poco después de medianoche; mientras el otro se prolonga hasta las primeras horas de la madrugada.

La organización de bailes en La Paz ha servido para lograr una fuerte cohesión social entre la población, completada en los últimos años por

los clubes de Rotarios y Leones. Aunque parezca superficial hablar de cosa tan simple como son los bailes, en la capital del Territorio Sur esto cobra singular importancia porque sin ellos los pacheños se encontrarían aislados, aplastados por una soledad casi absoluta determinada por la lejanía de otras ciudades y esa calma singular de la ciudad que a la larga debe decepcionar a los jóvenes. Las bellas jóvenes de La Paz que gozan de justificada fama de hermosas son el motor organizador de las fiestas. A ellas se debe, indudablemente, que ese pueblo que parece vivir de silencio de siglos, se agite y se reúna para bailar, hablar y beber, durante algunas noches del año. La vida social de La Paz gira materialmente en torno a los bailes.

Con el entusiasmo organizador de las chicas pacheñas cooperan los oficiales de la zona militar, con base en la ciudad desde hace varios años. Entre ellas y ellos, jóvenes caballeros, se ha integrado una gran familia siempre lista para armar bochinche y meter ruido nocturno en el pueblo silencioso. Una que otra vez, los oficiales de marina de algún guardacostas o fragata desembarcan justos a la hora del baile; y vestidos de gala, los guardiamarinas caballeros por excelencia hacen del *flirt* su mejor arma, besan manos y bailan vales sobre la terraza donde sopla suave el viento del golfo de Cortés.

AYER Y HOY

A pesar de los años de auge de las perlas y de la orchilla —un liquen del que se extraía cierta tintura y cuya industria terminó al descubrirse en Alemania las anilinas sintéticas—, La Paz siempre sufrió hambre y su población vivió generaciones de tuberculosos. Un poeta cruel la llamó “La Tísica”, y en verdad, considerada como un solo ser vivo, la ciudad, con sus pulmones destruidos, traía a mientes la imagen de una Dama de las Camelias, bella, tierna y enferma.

El origen del mal fue la falta de alimentos, principalmente legumbres. Durante los bochornosos veranos, el desierto se negaba alimentar a las estoicas vacas bajacalifornianas que viven de choyas y pitahayos; en los pocos huertos fértiles a base de riego por bombas no se producían

verduras suficientes para alimentar a la población, y los pueblos cercanos, que durante los inviernos enviaban a la capital sus productos, por esas épocas apenas se bastaban a sí mismos.

Actualmente, la ciudad parece restablecerse de su prolongada enfermedad. El gobierno de hoy, en manos del bajacaliforniano general Agustín Olachea, ha encontrado granero para La Paz en los valles del sur; ha hecho llegar el agua de las más profundas venas de la montaña y de las capas más hondas del subsuelo, y desde hace un par de años el trigo se aclimata en la llanura, se producen tomates de excelente calidad cuyo sobrante se exporta a Estados Unidos y La Paz come en los veranos fruta, legumbres y bebe leche. En la propia ciudad se ha construido un molino de trigo que empezará a funcionar este año, produciendo harina suficiente para todo el territorio. El hambre de los veranos ha terminado y La Paz deja de ser “La Tísica”.

Al paso que fortalece su estómago y sana sus pulmones, la ciudad se embellece y emperifolla el rostro. El paseo del malecón ya no es el polvoso paseo de antaño y hoy bordea el mar una avenida de concreto que parte del Palmar de Abaroa y piensa llegar hasta el balneario de Coromuel. Los papalotes, clásicos que fueron en La Paz y que sirvieron para extraer el agua del subsuelo, van desapareciendo por la introducción del agua potable. Nuevas construcciones se levantan a pasos rápidos donde antes se acumulaban basuras y detritus, y el pueblo, despertando de su sueño tres veces secular, va abriendo los ojos para mirar el futuro.

Tal vez dentro de cinco años; tal vez en menos tiempo, la ciudad de La Paz, la más bella en toda nuestra costa del Pacífico, será el lugar más visitado por los turistas, y la ciudad de más posibilidades económicas en el sur de Baja California.

XVIII HISTORIA EN CINCO MENSAJES

UNO

Había una vez...un elefante marino

La historia podría empezar así, de no tratarse de un suceso de la vida real. Suceso tragicómico, romántico y bello que describe bien cómo en México nos importa un bledo la cultura y todo cuanto se haga por fomentarla. Historia real que explica cómo México, siendo el único país del mundo que posee elefantes marinos, un día se negó a traer un ejemplar vivo al parque zoológico de Chapultepec para que la capital, que no puede hacer expediciones a la lejana isla de Guadalupe, admirara a una bestia que está a punto de extinguirse, y que en la escala zoológica ocupa un lugar preferente por su extraña manera de vivir.

La cosa empezó hace más o menos un año, cuando la Escuela Superior de Guerra decidió, por su director el general Rubén Calderón Aguilar, hacer prácticas de táctica militar en las islas mexicanas del Pacífico. La expedición, que se hizo a la mar a bordo de dos fragatas de la Marina Nacional, iba preparada para cumplir trabajos tanto militares como científicos. En ella no iban periodistas, porque el asunto tenía sus secretos. Sin embargo, se hizo una excepción, y quien esto escribe, que en aquella época escribía para la revista *Mañana*, fue agregado al grupo no en calidad de cazanoticias, sino en la más seria de investigador encargado de observaciones meteorológicas y geológicas. Por eso fui testigo de todo cuando ocurrió a bordo de las naves de guerra y hasta tuve mi participación en la historia del elefante marino; al menos en su iniciación.

No puedo recordar exactamente, pero creo fue el jefe de la expedición, teniente coronel Carlos Berzunza, quien dio a luz la idea de traer al zoológico de México un elefante marino. Cuando antes de zarpar tuvo la ocurrencia fuese a ver al general Calderón y le planteó el asunto:

—Mire, mi general. Nosotros vamos a isla de Guadalupe, a esa montaña granítica que se levanta acantilada desde profundidades abismales. Pocos tienen la fortuna de nosotros, de llegar tan lejos, y como en la isla viven los famosos elefantes marinos, pienso que sería conveniente y de gran utilidad para México que capturásemos una pareja para adornar con ella nuestro zoológico. ¿Qué le parece, mi general? Solamente dos zoológicos en el mundo: Sidney y San Diego, han tenido elefantes marinos, capturados en México. ¿No cree que México debe tener también un ejemplar de esa especie única y casi extinta?

El general dijo que sí, por supuesto; muy contento de contribuir con un granito de arena a la difusión de la cultura.

Y como el general, aceptó la propuesta, y el teniente coronel Berzunza se da mañas para todo, cuando las fragatas zarparon se embarcó en una de ellas una gran jaula de madera para traer a México, vivo y coleando, a un buen ejemplar de elefante marino.

Frente a la jaula y ya en alta mar, el jefe Berzunza hacía comentarios en tono jovial:

¡México va a saber lo que es una expedición científica! ¡México va a ver por primera vez un elefante marino! ¡Se lo vamos a poner en las narices!

DOS

Pronto tuvimos nosotros al elefante ante nuestras narices. A mediados de mayo desembarcamos en Guadalupe con órdenes precisas de capturar a un elefante marino. Mi grupo, de meteorología y geología, desembarcó frente a las abandonadas barracas que antes fueron cuartel. Berzunza y el suyo se fueron más al norte y pisaron tierra en una playa que no tiene punto de referencia. Ellos se llevaron la jaula y nosotros nos quedamos con nuestra iniciativa y una media docena de sogas.

Con ellas, en un jaripeo singular, cumplimos la orden. Al atardecer volvíamos a bordo remolcando a duras penas un pequeño elefante que debe haber pesado su media tonelada. Los marineros lo izaron a fuerza de brazos y entre los de a bordo y los de tierra le acondicionamos un patio *ad hoc* sobre cubierta, sobre el vacío emplazamiento de un cañón de

popa. El comandante Villegas hizo una mueca de disgusto cuando se dio cuenta de nuestra maniobra porque no hay comandante de navío de guerra que guste de llevar a bordo más animales de los necesarios y refunfuñando se fue a refugiar al puente, una hora después nos enviaba a un mensajero con un telegrama de Berzunza, que radiaba desde el otro barco: “Capturamos elefante peso una tonelada. Estamos listos para zarpar”.

Y puesto que estaban cumplidas las órdenes y el general Calderón satisfecho de nuestra habilidad como cazadores de elefantes, nos volvimos a hacer a la mar. Fuimos a Ensenada, islas Coronado, islas Margarita y a otra media docena de islas antes de llegar a tiempo a un baile que en nuestro honor se organizó en La Paz. Con nosotros, naturalmente, iban los elefantes.

Un buen día llegamos a islas Benitos, donde viven en manadas los lobos marinos. La mar estaba gruesa y solamente mi grupo obtuvo permiso de desembarcar. Éramos ocho, y casi a nado hicimos tierra en esas islas bajas que huelen a amoníaco. Para secarnos la ropa nos pusimos a correr detrás de los lobos marinos, que huían al mar ladrando de terror.

Si se me permite, diré que yo fui el autor de la idea de capturar lobos marinos. No había obtenido permiso para ello, pero como a bordo llevábamos elefantes, no se me ocurrió que fuera arriesgado regresar a bordo con una pareja de lobos. Y no lo fue, porque el general se mostró complacido de que se completara la tripulación de esa moderna Arca de Noé.

Eran tres lobitos pequeños, todavía de pecho, que me llevé de la isla escondiéndolos a sus madres bajo mi chaquetón de marinero. Eran tan pequeñitos que desde el primer día hubo que alimentarlos con biberón, hecho de una botella y un dedo de guante viejo.

TRES

Pero el viaje se prolongaba más de lo calculado. Las islas son muchas y no había para cuando llegar a México. Nuestro elefante, el capturado a lazo, se puso triste de tanto navegar y se negó a comer. Por eso el general, compasivo, giró la orden de devolverle su libertad. “Al fin

comentó, la otra fragata lleva un elefante que parece tener ganas de vivir en cautiverio”.

Así era. Según nos contó después el jefe Berzunza, su elefante marino comía sardinas todos los días; sardinas que los marineros pescaban especialmente para él. En nuestra fragata, los lobitos marinos estaban a cargo de tres marineros nodriza que se turnaban varias veces al día para darles su biberón y bañarlos con la manguera para que no se ahogaran de calor.

Una tarde de principios de junio llegamos a La Paz, después de casi un mes de navegación. Hasta después del baile, del banquete, del paseo y de los otros goces en un bello lugar, no hubo persona que volviera a ocuparse de los animales anfibios. Pero inmediatamente que el orden volvió, las bestias fueron desembarcadas para que esperaran ahí su traslado a la capital.

Nosotros hubiéramos podido traerlas hasta Acapulco, pero aún teníamos por la proa dos mil millas por recorrer y muchas islas por visitar. Por eso los dejamos en La Paz, confiados en que desde México se enviaría un avión para hacer el traslado. Si no recuerdo mal, el doctor Jorge A. Vivó, profesor de geografía en la Universidad Nacional Autónoma de México, corría trámites entretanto para que el Departamento del Distrito Federal enviase un avión especial por el elefante y los lobos.

Si ofreció algo el licenciado Alejandro Carrillo, secretario del Departamento del Distrito Federal, y se comprometió a enviar un avión, es cosa que ignoro. Lo único que sé es que los animales quedaron a cargo de los oficiales de la zona militar con base en La Paz, “mientras llegaba el avión por ellos”, y que nosotros volvimos a embarcar para cruzar el golfo de Cortés.

Desde ese día que salimos de la bahía de La Paz por Pichilingue, no volví a saber nada más de los lobos y el elefante. Quince días después llegamos a México y me enteré con pena de que los animales no habían sido trasladados. Luego me fui al sureste y olvidé el asunto totalmente.

CUATRO

Volví a recordarlo cuando en esta gira por Baja California, trabajando para *Impacto*, conocí al capitán piloto aviador César Abente Benítez, jefe del Escuadrón 203, con base en La Paz. Me encontré con él en el restaurante del hotel, mientras comía, y en cuanto supo mi participación en aquel desgraciado lío de los elefantes, me cubrió decentemente de insultos. Dos días después me relató el epílogo y me enseñó unos documentos que por una inexplicable confusión se quedaron en mi bolsillo. El relato del capitán y los papeles que cambiaron de dueño, hacen la parte triste y romántica de toda esta historia.

—¿Recuerda usted que el elefante se quedó en la playa, dentro de su jaula de madera, y que los lobitos durmieron en el WC de la zona militar?

—Asentí con la cabeza.

—Pues bien— siguió contándome Abente, pasaron los días y la situación siguió igual. Un soldado daba todos los días su biberón a los lobitos y otra pareja de soldados pasaba el día pescando para dar de comer al elefante. Esto no quiere decir que el elefante comiera. Los soldados le daban sardinas por toneladas, pero el elefante se negaba a aceptarlas. Durante el día permanecía triste y callado dentro de su jaula, casi inmóvil, mirando el mar con sus ojos lacrimosos. Durante la noche se ponía a llorar y gemir, con esos gemidos que usted ha escrito, parecen de niño. Pero ¡imagínese usted los berridos de un niño que pesa media tonelada! El pueblo paceño no podía dormir. De extremo a extremo de la ciudad se escuchaban sus sollozos, las mujeres se ponían nerviosas y los niños se soltaban a llorar. Noche a noche la función era siempre la misma, y el pueblo empezó a protestar. Nos llegaban quejas todos los días. El gobernador intentaba a todo trance calmar los ánimos alegando que bien valía un pequeño sacrificio en pro de la cultura mexicana. Pero el avión no llegaba y las mujeres pasaban noches de insomnio y los niños lloraban desde el crepúsculo hasta el amanecer, haciendo coro al elefante. Los periódicos de La Paz que son tres como usted sabe, tomaron el asunto en sus manos y empezaron a dedicar editoriales al martirio del elefante y a los sufrimientos de la población.

“Y el avión prometido no llegaba”

“Un buen día me levanté de mal humor, porque tampoco yo había podido dormir de sólo escuchar los sollozos del elefante. ¡Y usted sabe que vivo a dos kilómetros del muelle! Fuime a ver al gobernador y le pedí autorización para tratar de resolver la cosa. La obtuve, y empecé los trámites...”

CINCO

He dicho antes que he robado al capitán César Abente la documentación referente al elefante. El hurto valía la pena porque proporciona lo mejor de la historia y le da una indiscutible autenticidad. He aquí lo que dicen los papeles:

El primero de ellos es un radiograma, fechado en La Paz, el 22 de junio de 1948, y dice a la letra:

Ciudadano general de división Jesús González Lugo, subsecretario de la Defensa Nacional, Lomas de Sotelo, Distrito Federal, Comandancia Campo Militar Aviación, número 032. Alumnos Escuela Superior Guerra dejaron este puerto un elefante marino y tres lobos, de los cuales seando su intervención para evitar pérdidas dichos animales valiosos para zoológico capital y teniendo presente poca abundancia dichos ejemplares territorio nacional. Respetuosamente el capitán segundo piloto aviador, comandante Campo Militar de Aviación, César Abente Benítez.

Como se ve el capitán Abente, a la vez que se compadecía del elefante y el lobo supervivientes, pensaba en su valor como ejemplares raros y difíciles de conseguir. Al día siguiente, recibió la respuesta:

Ciudadano capitán[... etcétera.] Subsecretaría, número 2120. Suyo número 32. Elefante y lobos vivos refiérese no es posible traerlos a esta capital, virtud no resistir altura; próximo avión saldrá ésa taxidermista traer los dos que murieron. Atentamente, subsecretario, Jesús González Lugo.

Por el tono categórico de la respuesta diríase que en la Secretaría de la Defensa Nacional trabajan especialistas sobre vida y costumbres de los elefantes marinos. Sin embargo no se les puede tomar a mal esa afirmación que ningún biólogo corroboraría, y sí en cambio a bien la buena idea de mandar, al menos, un taxidermista. Mientras tanto, ¿en qué habrían quedado las gestiones del doctor Vivó para interesar al Departamento del Distrito en el traslado de los elefantes?

Y pasaron cinco días. El elefante seguía gimiendo cada noche más desesperadamente y el capitán Abente se vio obligado a enviar otro...

Radiograma. La Paz, Baja California, 28 de junio de 1948.

Ciudadano general[... etcétera,] comandancia Campo Militar Aviación, número 046. Queda vivo únicamente un elefante marino que posiblemente no resista muchos días por dificultades su alimentación. Será necesario enviar urgente taxidermista para preparar embalsamiento, caso no venir taxidermista suplícole autorizarme dejarlo libre así evitar su inútil muerte. Respetuosamente capitán César Abente Benítez.

Doce días después, contestaba la Defensa un telegrama “muy urgente”, de 33 palabras. Posiblemente en la Secretaría sólo leyeron la última parte del telegrama de Abente, porque la respuesta vino redactada en los siguientes términos:

Capitán [etcétera] Subsecretaría, número 2289. Su nota cinco actual. Proceda poner en libertad a elefante marino refiérese por motivos expone. Atentamente, ciudadano general de división, subsecretario, Jesús González Lugo.

Según me relató el destinatario del telegrama anterior, la autorización causó júbilo en La Paz. Apenas se abría el sobre cuando ya la población entera sabía la decisión de la Secretaría. Los chicos se reunieron junto al muelle a esperar y quinientos curiosos mayores de edad vinieron a reunirse a la chiquellería. El capitán César Abente avanzó entre ellos con pasos solemnes, rumbo a la playa donde estaba el elefante enjaulado. Dos soldados que llevaba de ayudantes procedieron a correr la puerta e invitaron al elefante a salir. El animal los vio con los ojos llenos de lágrimas —no es que llorara de emoción; los elefantes marinos

siempre están llorando— y dudó por largos minutos, antes de avanzar. Hubo necesidad de azuzarlo por la retaguardia para que se decidiera a salir. Por fin se arrastró y asomó la cabeza fuera de la jaula. Los niños panceños miraban e hicieron mutis, ansiosos de ver la huída del enorme animal. Tras un breve descanso, el elefante —*macrorhynchus angustirostris*— fuese derecho al mar. Tomó la primera ola de la resaca y desapareció en el agua. Los niños, nerviosos, gritaron: “adiós”. Tal vez el elefante los escuchó, porque se le vio reaparecer cerca del muelle, a 50 metros de la playa. Dio un tremendo resoplido de alegría y huyó a nado hacia la bocana. Nunca más se le volvió a ver.

El 13 de julio, el capitán Abente enviaba este último telegrama:

Ciudadano general[...], Comandancia Campo Militar de Aviación, número 087. Procedí a dar libertad elefante marino, con beneplácito habitantes pueblo. Respetuosamente capitán segundo piloto aviador César Abente Benítez.

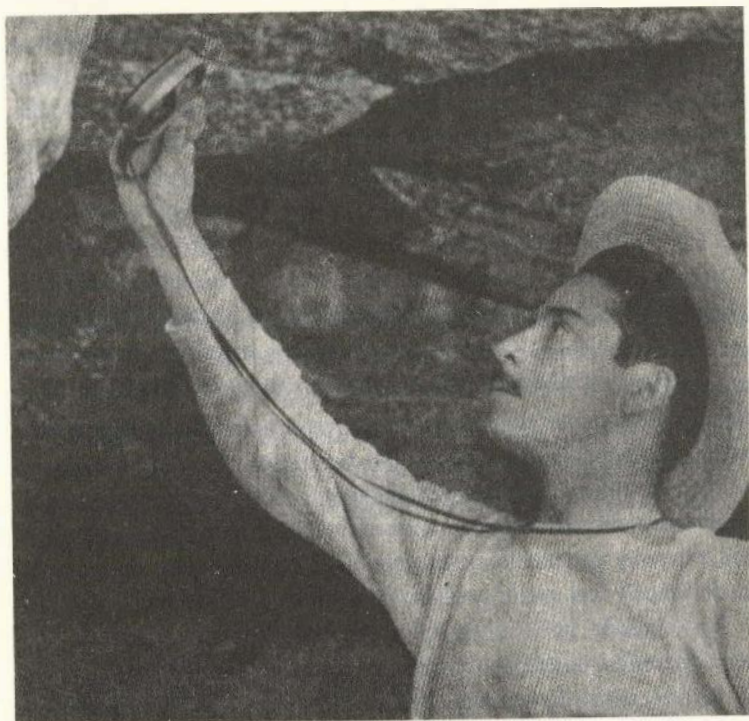
SEIS

Y colorín colorado...

XIX EN LA CUEVA DE SAN BORJITA

Después de cinco días de trabajo continuo bajo la bóveda donde lucen sus colores milenarios las pinturas rupestres de San Borjita, los arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia han logrado desentrañar algunos de los secretos de la raza antigua cuyos artistas decoraron la inmensa caverna. Los frutos obtenidos, por lo que a historia se refiere, son en realidad bastante reducidos; pero arqueológicamente son trascendentes y marcan el punto de partida para estudios más extensos que puedan realizarse en el futuro, dentro de mejores condiciones y con mayor cantidad de equipo y trabajadores.

Sintetizando las conclusiones provisionales, resultado de las exploraciones, puede decirse que la cueva de San Borjita, situada en las cercanías de Mulegé, fue un gran lugar de reunión de los pueblos indígenas que habitaron la zona durante siglos, anteriores a la conquista. Por ahora es imposible determinar si fue un recinto sagrado o habitación comunal; pues los datos obtenidos, como ya se mencionó, son demasiado dispersos para concretar una teoría. Se sabe que fue un concurrido lugar, porque las exploraciones arqueológicas pusieron al descubierto 40 metates fragmentados, indicio de que en el sitio numerosas mujeres se dedicaron simultáneamente a la tarea de moler semillas. En cuanto a las pinturas, quedó comprobado que representan escenas de la vida diaria, escenas religiosas y de caza o pesca. En ellas aparecen representados varios chamanes, brujos, curanderos de los pueblos primitivos, guerreros portando armas, hombres sacrificados en guerra o en holocausto a las divinidades, personajes con los cuerpos tatuados o pintados, así como animales capturados o muertos en cacería, entre ellos venados, berrendos, coyotes y especies marinas.



Fernando Jordán en el interior de la cueva de San Borjita, mide la luz para tomar unas fotos.

Mediante procedimientos tan simples como humedecer parte de las pinturas, iluminación y observación, se descubrieron nueve colores distintos, sin incluir en ellos el blanco y negro, y figuras pintadas con gran seguridad y bellissimo estilo, reveladores del gran conocimiento técnico alcanzado por los primitivos artistas.

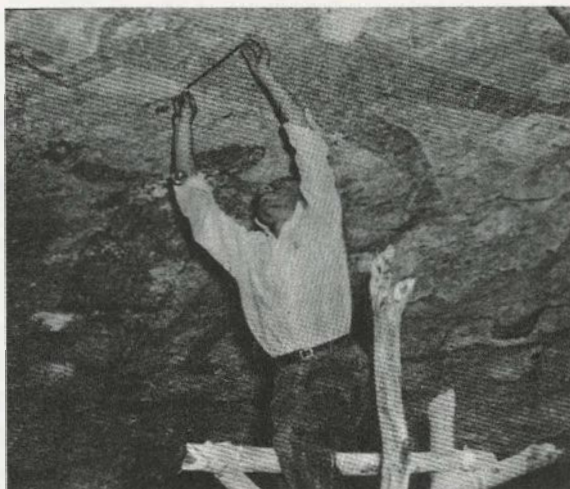
La antigüedad de las pinturas es un problema no resuelto aún. Las excavaciones resultaron infructuosas a este respecto. Sin embargo, una interesante observación de carácter geológico que se explicará más adelante, permite afirmar que han transcurrido bastantes siglos desde que fueran realizadas. Tal vez el concurso de un geólogo pudiera ayudar a determinar la antigüedad aproximada.

EL CAMINO

El éxito de esta expedición científica, primera de carácter antropológico realizada en Baja California por técnicos mexicanos, fue debida en gran parte a la ayuda incondicional y espontánea de numerosas personas e instituciones.

Desde su llegada a La Paz, los profesores Bárbara Dahlgren y Javier Romero, así como el redactor de *Impacto* autor de esta información, obtuvieron seguridad para su traslado hasta el sitio donde se encuentra la cueva. El general Agustín Olachea, gobernador del Territorio Sur, puso a disposición el avión del gobierno para que los científicos llegaran a Santa Rosalía, donde vehículos oficiales se encargaron de llevarlos hasta el último rancho en el camino a San Borjita. En Mulegé, lámparas y equipo de trabajo fueron facilitados por el subdelegado señor Rosario Sandoval. El propietario del rancho de San Baltasar, señor Manuel Gorosave, prestó gratuitamente bestias y guías para llegar hasta la propia cueva; mientras el gentil amigo de siempre, capitán César Abente Benítez, se ocupó personalmente del regreso de los expedicionarios, piloteando su avión particular. Por lo que respecta a las faenas duras, de piqueta y acarreo de materiales, corrieron a cargo de Valentín, un soldado de la compañía fija en Mulegé, y de Toño Pisaquedito, quienes se ofrecieron para ayudar a “buscar tesoros”.

Los integrantes del grupo expedicionario contaban con la posibilidad de disponer de más trabajadores para las excavaciones; el subdelegado de Mulegé ofreció poner a su disposición algunos de los presos de la cárcel, lo cual no fue aceptado debido a que desconocían las posibilidades para abastecerse de agua y provisiones en la cueva, situada en un lugar bastante aislado de la sierra de San Francisco. Este problema fue resuelto posteriormente por el señor Gorosave y Pisaquedito. El primero estuvo enviando diariamente comestibles hasta la cueva, mientras el segundo descubrió un aguaje a escasos doscientos metros de la caverna.



Los investigadores que visitan San Borjita, cavaron la tierra y encontraron hasta 40 milenarios metales, algunos de los cuales aparecen en la gráfica de arriba. Abajo el profesor Javier Romero midiendo las pinturas que se encuentran en una pared de la citada cueva. La obra pictórica la respetó el tiempo.

El primer paso al llegar a la cueva, después de un corto descanso y una ojeada general a las pinturas, fue establecer el campamento. La despensa se improvisó en fondo de la cueva, aprovechando las grietas escalonadas de la roca a manera de entrepaños. La fogata se encendió a la entrada, para evitar que las pinturas se perjudicaran con el humo, pero el comedor se colocó al fondo empleando tabloncillos como mesa y piedras como asientos. El dormitorio —suelo y piedras por colchón— quedó entre cocina y comedor, lejos de las pequeñas cuevas donde anidan los murciélagos.

Esa misma tarde dieron principio los trabajos generales de medición, fotografías generales y dibujos a escala de la forma y cortes de la cueva. A partir del día siguiente el trabajo de estudio quedó dividido en la siguiente forma: la profesora Dahlgren se encargaría de copiar y estudiar las pinturas en particular, mientras el profesor Romero tendría a su cargo las exploraciones arqueológicas.

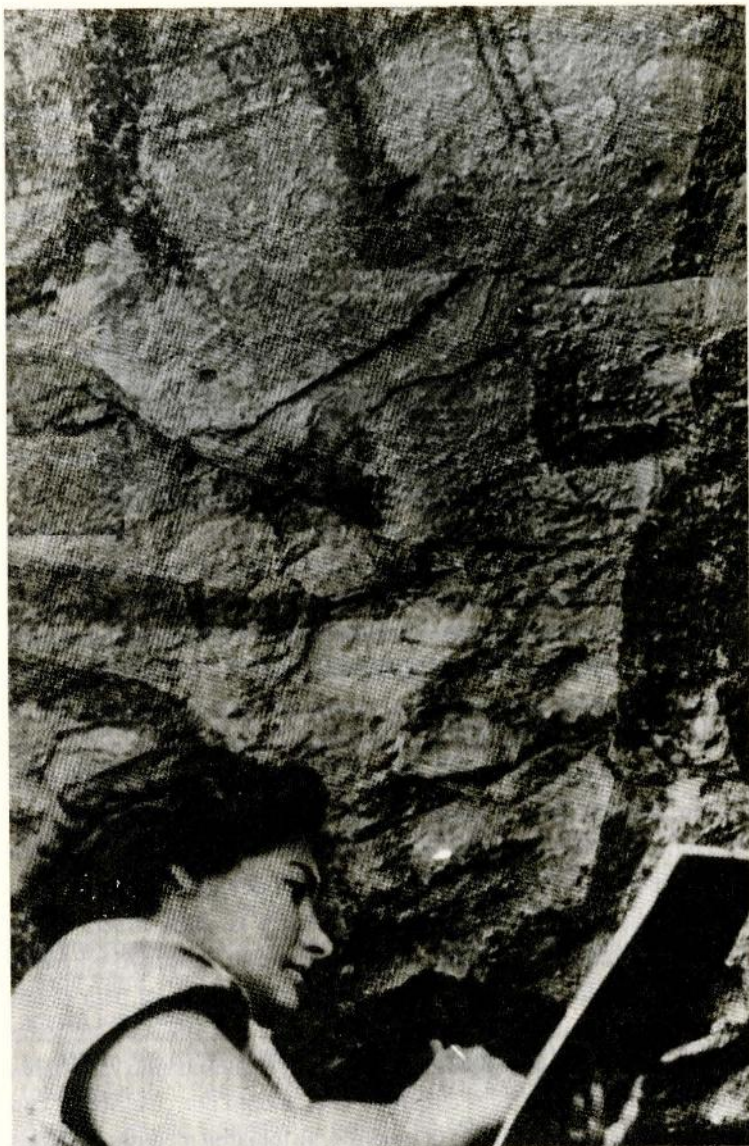
UNA PISTA

El primer lugar para excavar se escogió al centro de la cueva. Se recogió con pala todo el polvo sedimentario que cubría el sitio y se apartaron las rocas grandes; luego empezó la excavación a golpe de pico. A escasos diez centímetros de la superficie se encontró el primer objeto perteneciente a la cultura material de los hombres que habitaron la cueva: fue una pequeña punta de flecha de pedernal. El primer indicio de la excavación dio alguna animación al trabajo y los presentes pensamos que tal vez estaríamos en buen camino para localizar algún entierro. A pocos golpes de pico se descubrieron dos trozos de sendos metates; pero a 30 centímetros de la superficie apareció la roca estéril, el piso natural de la cueva bajo el cual ya era imposible el hallazgo de restos materiales de cultura alguna.

En vista de eso se escogió otro lugar un poco más lejano, pero aproximadamente a la misma profundidad, y después de encontrar otro trozo de metate, volvió a aparecer la roca.

Durante dos días se abrieron así seis pozos en diferentes lugares del suelo de la cueva, y solamente pudieron encontrarse metates, manos de piedra para moler sobre aquéllos y otras tres puntas de flecha. En la cuarta cala —como llaman los arqueólogos a ese tipo de excavaciones— fueron encontrados trozos de huesos humanos, unos aparentemente tallados; pero a pesar de que se siguió la perforación y se extendió hacia los lados, no fue posible encontrar un hueso completo que indicara que el lugar había sido ocupado por algún entierro.

Mientras tanto, las dificultades para hacer la calca directa de las pinturas se hicieron patentes. A pesar de que se construyó un fuerte andamio, resultó imposible fijar el papel cristal especial para calcas sobre la bóveda de la cueva. Ni el durex ni la tela adhesiva sirvieron para el caso, y apenas se fijaba una esquina del papel cuando ya se había desprendido otra. En tales circunstancias se optó por cuadrricular con gis la bóveda, aprovechando el andamio; se tomaron medidas de varias pinturas, y con esa ayuda se inició un dibujo a escala, primero a lápiz y en días posteriores a la acuarela.



Pinturas rupestres. La profesora Bárbara Dahlgren de Jordán, dibujando la pintura hallada en San Borjita.

Los trabajos se iniciaban al amanecer y terminaban ya bien entrada la noche. Como la cueva se abre sobre el empinado declive de una angosta cañada que corre de norte a sur, las horas de luz eran pocas. El sol iluminaba ya tarde el desfiladero y se ocultaba temprano tras la montaña. Por eso había necesidad de laborar muchas horas a la luz de lámparas de carburo distribuidas estratégicamente dentro de la cueva.

RUTINA DE CAMPAMENTO

La vida de campamento depende, en cuanto a confort, de la organización del trabajo. Como los profesores Dahlgren y Romero tenían a su cargo labores exclusivamente técnicas, tocaba al periodista, a Valentín y a Pisaquedito repartirse el resto del trabajo. Al amanecer Valentín avivaba el hogar y ponía a calentar agua. A mí me correspondía preparar el café y posteriormente servir el almuerzo. Mientras Valentín y yo nos dedicábamos a lavar trastes y traer agua, los técnicos iniciaban sus trabajos. Al filo de las once, invariablemente aparecía Pisaquedito trayendo las alforjas del caballo bien repletas de carne, huevos y tortillas de harina que en San Baltasar, a dos horas de camino, preparaba especialmente para nosotros doña Lupe Gorosave. Después, a todos y por turno, nos tocaba hacer de peones: mover el andamio, excavar, quitar piedras y ayudar en las mediciones.

Después del mediodía, se iniciaba el trabajo fotográfico, aprovechando el breve rato en que era propicia la inclinación de los rayos solares. Ya en la tarde, antes del crepúsculo, todos bajábamos al aguaje para bañarnos por riguroso turno; sacando agua de la poza mediante una cubeta, ya que era imposible sumergirse en ella, debido a que era de ahí mismo donde obteníamos el agua para beber, pese a los sapos que la utilizaban como alberca.

El despertar de los murciélagos indicaba la hora de cenar. Reunidos en torno al fuego, ya sin Pisaquedito que había vuelto al rancho, dábamos cuenta de lo mejor de la despensa. Luego encendíamos las lámparas y cada quien seguía con su trabajo, hasta que el cansancio obligaba a dormir.

Durante dos noches consecutivas un puma estuvo rugiendo cerca de la cueva. La primera vez que lo escuchamos, Valentín montó guardia con las armas listas, pero la fiera nunca se acercó lo suficiente para ameritar un disparo ni nosotros nos animamos a salir en su búsqueda. Para evitarnos desvelos, optamos finalmente por dejar encendidas durante toda la noche las lámparas de carburo. Fuera de aquello y el chillido de los murciélagos, constante durante todas las cinco noches que habitamos la cueva, nada turbó el sueño de los expedicionarios.

Abrigábamos esperanzas de aprovisionarnos de carne fresca cazando algún venado; pero Valentín, experto cazador, falló siempre que salió a buscarlo. Nuestra alimentación, por lo que a carne fresca se refiere, dependió exclusivamente del rancho de los Gorosave.

LA ANTIGÜEDAD DE LAS PINTURAS

Fue precisamente por los pocos resultados de las excavaciones dentro de la cueva de San Borjita y en otra mucho más pequeña y cercana que se hizo la observación que tal vez sirva de base para fijar la antigüedad de las pinturas.

El profesor Romero, un tanto desconcertado porque ni dentro ni fuera de la cueva se encontraban más cosas que metates, diose a observar atentamente las paredes de roca. Su estudio reveló una cosa de sumo interés. Las pinturas, sin excepción, empiezan a una altura mínima de un metro y medio del piso actual. Abajo de ese nivel no hay la menor huella de grabado, dibujo o mancha de pintura. Esa franja no trabajada presenta una textura distinta y parece menos antigua que las paredes superiores o la bóveda de la cueva. Mientras éstas están lisas y pulidas por el paso de los siglos, aquélla se presenta rugosa, con aristas en bruto. Basándose en esta observación, el profesor Romero me ha explicado con las reservas naturales de los científicos, que posiblemente el piso de la cueva, en aquella época en que fuera habitada por los antiguos indios, ha desaparecido arrastrado por agentes erosivos, como pueden ser el agua, el viento y los animales que encontraron refugio en ella. Como la cueva está ligeramente en pendiente, con el declive hacia el exterior, y en el fondo hay huellas de escurrimientos acuosos, es muy posible que éstos hayan arrastrado lenta

pero inexorablemente el piso, llevándose con tierra y piedras pequeñas los restos culturales dejados por los primitivos habitantes.

Una prueba palpable de ello es el hallazgo de 40 metates. Estas piedras fueron demasiado pesadas para ser arrastradas y permanecieron en el lugar, resistiendo todos los agentes. Con ellos, tal vez defendidos por las piedras grandes, quedaron esos pequeños huesos encontrados y las puntas de flecha que descubrieron los golpes de pico. Si hubo entierro de cadáveres en el lugar, los esqueletos desaparecieron y fueron arrojados al fondo del barranco, lo mismo que todos los otros restos dejados por los indios. Si esta teoría es válida, muchos deben haber sido los restos, ya que 40 metates hacen pensar en una gran población habitante de la cueva.

Basándose en esta interesante observación puede, quizá, calcularse la antigüedad de la cueva. Pero... ¿será fácil determinar cuántos siglos necesitaron transcurrir para que un pequeño hilo de agua arrastrase metro y medio de terreno en una superficie aproximada de quinientos metros?



*El fotorredactor
sosteniendo un
magnífico y antiguo
monolito. Foto
Zataráin.*

Felicitación del director de *Impacto* a Fernando Jordán

México D.F., enero 11, 1950,

Sr. Fernando Jordán

La Paz, Baja California.

Muy querido amigo:

Acabo de recibir el capítulo correspondiente a las pinturas primitivas de San Borjita. Francamente, desde que fue en mi poder el telegrama de usted, fechado en Mulegé en vísperas de Navidad, anunciándome que al día siguiente saldría “rumbo a las pinturas”, no creí que la suerte le acompañara tan cordialmente, que en pocos días diera usted con ellas. ¡Felicitaciones!

A pesar de su pesimismo respecto de las fotografías, yo no las veo tan malas como usted dice; hay que tomar en cuenta las dificultades que usted y Zataráin han de haber tenido para tomarlas tratándose de grandes cerros y desfiladeros donde a esos queridos ancestros se les ocurrió pintar. Y sobre todo, aunque fuesen malas son tan importantes, tan sensacionales para la arqueología mundial, que incluso estoy pensando publicarlas a varias tintas. Es necesario, pues, que con su próxima remisión me mande usted una guía de colores, a fin de respetarlos hasta donde nos sea posible, en toda su autenticidad.

No escapará a usted la trascendencia que tiene este capítulo de la Tierra Incógnita. Año tras año llegan por ahí expediciones de Estados Unidos buscando secretos primitivos, y ha sido usted, por suerte o por capacidad —yo creo lo segundo—, el afortunado. Siempre ha sido usted una estrella del periodismo de México, pero desde hoy lo declaro superestrella. ¿Qué le parece? Así es como se trabaja, y ojalá el público de *Impacto* sepa aquilatar este gran esfuerzo de usted.

Le ruego un cariñoso saludo al amigo Zataráin, y hágalo copartícipe de esta sincera felicitación, que no solamente es mía sino de todos los compañeros de la Redacción, que están entusiasmados por su éxito.

Un fuerte abrazo

REGINO HERNÁNDEZ LLERGO

XX

LA SALINA MÁS GRANDE DEL MUNDO

Frente al lugar donde los jesuitas del siglo XVII fundaron la primera misión de Baja California, hay una isla. El golfo de Cortés es pródigo en islas, y todas las que posee desde la desembocadura del Río Colorado hasta la latitud de La Paz, parecen ser iguales en características geológicas y geográficas; pedregosas, abruptas, escasas de agua y vegetación, aparentemente estériles e inútiles. Sin embargo la isla del Carmen, frente a Loreto, teniendo la misma apariencia se singulariza por guardar entre sus montañas una riqueza inmensa: la llamada salina inagotable, que es, seguramente, la más grande del mundo.

Vista desde Loreto, isla del Carmen parece una montaña que ha surgido del fondo del mar. A lo lejos nada revela en ella la existencia de un valle, por pequeño que sea. Pero si la isla se mira, no desde la costa bajacaliforniana sino desde el mar, puede apreciarse bien cómo la pequeña cordillera no es sino un obstáculo, que a manera de cortina oculta una gran llanura que se tiende al centro de la isla, dividiéndola longitudinalmente. La llanura es blanca, como si estuviese cubierta de nieve, y tiene una superficie total de 136 hectáreas sobre las cuales, en una capa de diez centímetros, no hay otra cosa que sal.

Las salinas de isla del Carmen se consideran inagotables porque no es el mar que las produce, sino el subsuelo de la isla, que parece ser toda una plataforma de sal. Cuando los trabajos hacen desaparecer la capa salina en alguna extensión, bastan ocho días para que la cubierta blanca vuelva a reponerse. La cosa es tan cierta que toda la explotación a que ha estado sujeta desde tiempos de Benito Juárez, no ha logrado disminuir ni en un solo gramo el bárbaro tonelaje de sal pura que ahí se encuentra depositado.

SAL PARA EL MUNDO

Si los monopolios y el encarecimiento artificial de los productos alimenticios no fuera una especialidad del centro del país, isla del Carmen podría suministrar a un bajo precio toda la sal que consumen los habitantes de México. Actualmente la producción alcanza a 50 mil toneladas por año, pero en la explotación no se toca ni la quinta parte de la superficie total de las salinas. Posiblemente, sin trabas y con suficientes mercados, podrían recogerse, que no producirse, no menos de quinientas mil toneladas anualmente.

De las 50 mil toneladas actuales, una gran parte va al extranjero. Su inmejorable calidad, considerada como la mejor que actualmente se produce en todo el mundo, y su bajo precio, han atraído y siguen atrayendo a compradores de otros países. Desde el año pasado Japón come sal de la isla del Carmen, y es posible que pronto empiece a comprar Estados Unidos. México consume buena parte de la producción, pero es incapaz de absorberla totalmente, aunque mucha se aproveche en las viejas y nuevas industrias de la nación.

Lo que nadie acierta a comprender es por qué produciéndose aquí sal de inmejorable calidad, sea, en las ciudades del interior del país, tan mala y tan cara. Por análisis hechos en la propia isla y en laboratorios extranjeros se sabe que por ahora no hay salina que pueda proporcionar una mejor sal. Por lo que al precio respecta, la actual compañía concesionaria la vende —puesta en el lugar, ya empacada en sacos y molida— a un precio de 80 pesos tonelada, lo cual significa que vale, por kilo, ocho centavos. Indudablemente el transporte es caro por las malas vías de comunicación, pero es incomprensible que por ese sólo hecho la sal aumente hasta un mil por ciento su valor para cuando se pone a disposición del consumidor.

La sal se produce en la isla por evaporación del agua del subsuelo. Cuando las lluvias escasean, la compañía pone a trabajar una magnífica bomba instalada en el centro de la blanca llanura. El agua que sale es salmuera pura, con 26 grados de sal —el agua de mar sólo tiene una graduación de tres. El agua inunda el campo y al evaporarse deja una capa del producto. De ahí los hombres la recogen con palas y la suben

a vagonetas que a su vez la llevan hasta la vía de un pequeño ferrocarril que la deja en el molino. Se muelen dos clases de sal: una gruesa, industrial, y otra fina para mesa. En sacos de yute o de manta la sal se almacena en las amplias bodegas de la compañía hasta que llegan a recogerla los barcos de los compradores.

La isla tiene un pequeño muelle, pero como no hay fondo suficiente, los barcos de gran tonelaje que a menudo llegan a ser de 15 mil toneladas fondean a media milla. El transporte del producto se hace sobre unos enormes lanchones que son propiedad de la salinera.

Además del muelle y puerto natural, isla del Carmen cuenta con un magnífico campo de aterrizaje. Su pista está considerada como una de las mejores de la península, indudablemente es de las más seguras porque cuando los aviones se comen la pista pueden deslizarse por sobre la llanura de sal, sin temor, de encontrar obstáculos.

INDUSTRIA MEXICANA

La industria de la sal es una de las más importantes con que cuenta en la actualidad el Territorio Sur de Baja California. Después de la industria minera, seguramente no hay nada mejor que las salinas de la isla del Carmen. Pero por el contrario de lo que sucede en Santa Rosalía, ésta no es una empresa extranjera. Salinas del Pacífico, S.A. es absolutamente nacional y una gran parte de las acciones son propiedad del señor Cayetano Blanco Vigil.

La historia de las salinas es sumamente interesante. Fueron descubiertas en la época de la conquista espiritual de Baja California y según parece fueron inicialmente explotadas por el padre Salvatierra. Aunque el periodista no ha vuelto a encontrar la cita histórica, recuerda que algún libro que habla de la península afirma que fue precisamente el padre Salvatierra quien solicitó del rey de España la primera concesión para explotar la sal en beneficio de las misiones y para ayudar económicamente a la conversión de los indios.

Desde principios del siglo XVIII las salinas permanecieron abandonadas. Estando en la presidencia el benemérito Benito Juárez, firmó la

primera concesión en beneficio de un señor Fortunato de la Vega. Naturalmente, por aquellos años la explotación era necesariamente reducida, tanto por la poca demanda como por la falta de comunicaciones marítimas. Posteriormente pasaron a poder de la Casa Viosca, de La Paz, cuyos concesionarios las vendieron poco tiempo después a la Santa Fe Rail Company.

Bajo propiedad extranjera permaneció estacionaria, sin auge visible. La compañía ferrocarrilera Pacific Limited compró la concesión y la tuvo en su poder hasta 1944, sin beneficio aparente. Tal vez por esto aceptó cederla a Salinas del Pacífico, S.A., la compañía que actualmente saca provecho de ellas, es mexicana y constituye uno de los mejores centros de trabajo industrial del Territorio Sur.

La actual compañía proporciona trabajo a un promedio de 140 hombres, que posiblemente aumenten si la demanda crece. Ha construido para ellos casas habitación y mantiene en la propia isla una escuela a la que asisten cerca de 40 niños. Los trabajadores de la sal están bien pagados, disponen de una tienda que se surte mediante los barcos que llegan a cargar el producto y cuentan con un servicio médico eficiente. Su aislamiento es relativo, porque constantemente están en comunicación radiotelegráfica con La Paz y varias veces por semana llegan aviones tanto comerciales como particulares que se encargan de transportar a la capital del Territorio a quienes lo necesitan.

LA PRIMERA MISIÓN

Isla del Carmen está separada de tierra firme por un canal angosto, que a falta de otra cosa, puede cruzarse a remo después de una hora de esfuerzos. Se llega directamente a Loreto, sobre la ruta de las misiones bajacalifornianas, otro pueblo terrisurenño de datileras, de viñedos y de apariencia de oasis; otro pueblo más de color en los crepúsculos, de mujeres bonitas y de vida lenta.

Loreto es notable principalmente por su misión, la primera que levantara la fe cristiana en tierras peninsulares, y por ser el pueblo que sirvió para tender, hablando a la moderna, la cabeza de puente entre

la civilización cristiana del siglo XVII y el primitivismo de los indios guaycuras que, como he escrito otra vez, figuraban en aquella época como uno de los pueblos más atrasados en toda la superficie de México.

Loreto y su misión son obra del tesón heroico, sobrehumano, del noble jesuita que fuera Juan María de Salvatierra, misionero de la Tarahumara antes de serlo de Baja California. De acuerdo con la historia de Clavigero, Salvatierra partió de la costa de Sinaloa, rumbo a Baja California, el 10 de octubre de 1697, “implorando la protección de la Santísima Virgen y la de San Francisco de Borja, cuya fiesta se celebra aquel día”.

Su flota para aquella gran conquista [dice el cronista] se componía de un bastimento pequeño y una galeota presentada, y sus tropas eran nueve hombres, a saber: tres indios, un cabo y cinco soldados de diferentes naciones. Apenas habrían navegado media legua, cuando sobrevino una borrasca que arrojó la galeota a la playa y la dejó encallada en la arena; más con el trabajo de aquellos pocos hombres y con el auxilio de la marea, la sacaron del peligro, y haciéndose de nuevo a la vela, vieron al tercer día la tierra de la California. Arribaron primero al puerto de la Concepción y después al de San Bruno, donde había estado el almirante Atondo; mas pareciéndoles ambos incómodos, escogieron por consejo del capitán de la galeota, hombre práctico en aquella costa, el puerto de San Dionisio, situado a 25 grados 3 minutos latitud septentrional, en un seno circundado de la tierra en forma de semicírculo, cuyos dos cabos forman una boca de cinco leguas de ancho. El terreno se manifiesta allí vestido de verdura y adornado de arbustos, con la ventaja tan buscada en aquella árida península de tener abundante agua dulce.

El 19 de octubre desembarcaron allí y fueron bien recibidos por cincuenta indios que habitaban en aquella playa y por otros, de la de San Bruno, los cuales puestos de rodillas, besaban las imágenes del crucifijo y de la virgen. El padre Salvatierra los acarició con mucha afabilidad, valiéndose de las voces y frases que de aquella lengua había aprendido en los escritos del padre Copart. Se buscó después un cómodo lugar para la habitación y se halló en la misma playa cerca de una fuente de buena agua; allí desembarcaron los animales, las provisiones y todo lo que

llevaba la galeota, dando ejemplo a todos el padre Salvatierra en la fatiga de llevar a costas los fardos. Formaron su campamento abriendo una trinchera alrededor y valiéndose para su defensa de todos los reparos que pudieron. En el centro de aquel pequeño campo pusieron un gran pabellón regalado al padre Salvatierra por un piadoso caballero mejicano, y destinado a servir interinamente de capilla, delante del cual plantaron una cruz adornada con flores; y dispuesto todo en el mejor modo posible, llevaron la imagen de la virgen de Loreto en procesión de la galeota al pabellón, donde fue colocado el 25 de octubre, y se hizo después la ceremonia, practicada otras veces inútilmente en aquella tierra, de tomar posesión de ella en nombre del rey católico. Desde entonces recibieron el nombre de Loreto tanto el puerto como aquel miserable campamento, que después llegó a ser la capital de toda la península.

LA ANTIGUA CAPITAL

Loreto, excapital de toda la Baja California, ha venido a menos desde hace bastante tiempo. Primero el auge de la parte sur de la península, donde se levantaron nuevas misiones y se encontraron mejores tierras, luego el descubrimiento de perlas en los mares de La Paz y el auge de ese producto y de la orchilla fueron causas de la decadencia de Loreto. Cuando se abrieron los caminos por tierra firme, y La Paz pudo comunicarse mejor por el interior que por el mar con Mulegé y posteriormente ya a fines del siglo pasado con la naciente Santa Rosalía, Loreto se encontró aislada, mirando al mar y olvidada de la brecha transpeninsular. Todavía actualmente el viajero que recorre de punta a punta la península, encuentra dificultad para acercarse a Loreto y tiene que dar un gran rodeo y luego recorrerlo en camino de regreso, a fin de continuar su ruta.

De gran capital de la California, Loreto ha pasado a ser un pueblo de segunda categoría en el Territorio Sur. Su principal atractivo: la misión, se encuentra semiderruida por un temblor acaecido hace pocos años. Sus muros aún se encuentran en pie, pero ya no tienen bóveda y

sus torres desaparecieron. Siempre se piensa en reconstruirla, pero como no hay registro detallado de su estilo original, si llega a hacerse resultará distinta a la que construyera el padre Salvatierra.

Por otra parte, el lugar escogido por el misionero jesuita para fundar la primera ciudad bajacaliforniana, no ha resultado conveniente. La existencia de Loreto se encuentra constantemente amenazada por el frente y por la espalda. En la época de lluvias, grandes avenidas de agua se deslizan desde la montaña al mar, y su cauce pasa precisamente por el medio de Loreto. Numerosas veces se ha visto en peligro de quedar totalmente arrasada por las crecientes de los ríos que sólo llevan agua durante los veranos, y por lo regular año por año sufre daños de consideración.

Por lo que respecta a su frente, la situación no es mejor. El mar avanza inexorablemente hacia la ciudad. Durante los últimos 25 años se ha observado cómo la línea costera cambia de lugar, cada vez más hacia la población. Donde ahora se encuentra la playa, antiguamente existieron cabañas de pescadores, y lo que fuera una línea de palmeras que sombreaban la costa, ahora sólo es playa. Si no pensara ponerse remedio a esta situación, Loreto estaría condenada a desaparecer.

EL RESURGIMIENTO

No obstante los peligros que la amenazaban, la antigua Loreto está en vías de resurgimiento. El gobierno actual (1950) se ha fijado en ella y realiza trabajos para remediar su situación. Se ha iniciado frente al mar la construcción de un malecón de concreto, su objetivo será detener el avance del mar. También para evitar las inundaciones de Loreto, han sido iniciadas algunas obras hidráulicas. Los cauces de los arroyos se han desviado mediante un canal, de tal modo que para las próximas grandes avenidas, los torrentes descenderán al mar por otro punto que no sea Loreto.

Tal vez como en ningún otro pueblo terrisureño, en Loreto se nota fiebre de evolución y progreso. Guardadas las proporciones, creo que ni siquiera La Paz sufre una transformación tan rápida como la antigua

capital, donde por el esfuerzo del gobierno territorial y el gobierno local, se llevan a cabo obras que repercuten en la fisonomía general del lugar. Por lo pronto, además del malecón y el canal en construcción, Loreto cuenta con la mejor casa municipal de todo el Territorio; sus calles se han ampliado reformando el trazo original y en los alrededores se levantan construcciones sencillas, pero de tipo moderno.

Si mucho de esto se debe a la preocupación del gobernador Agustín Olachea, no se puede excluir de ello al delegado local, Filiberto Bareño, que parece sentir placer en estar planeando un mejor pueblo para el futuro. Filiberto ha puesto en práctica ideas formidablemente originales para forzar el avance de Loreto. Si le preguntáis por qué se le ha ocurrido establecer planta de luz y bomba en las afueras de la población, responderá que en esa forma se asegura el crecimiento del poblado, ya que quienes adquieran terrenos entre las bombas y el centro, pueden contar más fácilmente con agua y luz que los propios habitantes del antiguo Loreto.

También por idea de Bareño el terreno en venta es el más barato en Baja California. Según las posibilidades económicas del comprador se vende a uno, dos o tres centavos metro cuadrado. Si el futuro terrateniente es muy pobre se le da a centavo, si tiene algún dinero, a tres centavos. La condición única al adquirirse terreno, es fincar. Si no se construye el contrato se invalida. Y eso sí, está prohibida la construcción de cabañas. Forzosamente tiene que ser casa de mampostería, que si el dueño es pobre el mismo delegado ayuda proporcionando algún material. "Mi política es ésta", me ha dicho Bareño. "En esta forma, cuanto centavo se ganen los de aquí y los de afuera, queda invertido en el lugar. Los forasteros construirán y los de aquí habrán de imitarlos, porque facilidades sobran. Unos y otros, con el dinero que se quiten los unos a los otros, construirán el Loreto del futuro".

XXI

DONDE LA TIERRA TERMINA

Hubo cierta época, prolongada, en que los pueblos del extremo sur peninsular padecían hambre. La tierra parecía tan egoísta, tan indiferente al esfuerzo de los hombres, el agua tan escasa y tan limitadas las posibilidades, que la mortandad superaba con creces a la natalidad. Quienes lograban sobrevivir a la pobreza imperante más que pobreza, miseria no llegaban a viejos y terminaban sus vidas víctimas de la peste blanca, que por entonces, reinaba aquí en compañía de la malaria. Era tal el hambre, que todavía se cuenta, con triste ironía, que por aquellos años los perros ladraban apoyados en las paredes. Si estos canes famélicos del sur no encontraban apoyo para sus flancos les era imposible levantarse sobre las patas. Cuando en rápido tránsito cruzaba algún viajero, los perros se limitaban a abrir sus hocicos para lanzar un pobre gruñido, que más que miedo, despertaba lástima al forastero amenazado.

La tierra de los perros hambrientos y de los hombres tuberculosos se extendía sobre una superficie de más de 80 mil kilómetros cuadrados limitados por los dos mares y al norte la latitud de La Paz. Esta región constituye el *finis terrae* de la península. Aunque los geógrafos antiguos se hayan complacido en denominar *finis terrae* a todas las extremidades de todas las penínsulas, en realidad es en Baja California que se encuentra el único *finis terrae* del mundo. Después de cabo San Lucas, o más propiamente, después de cabo Falso, la península no tiene continuación alguna. Kamtchaka se prolonga por las islas Kuriles; Malaca por las islas Holandesas; Alaska por las Aleutianas, y Sudamérica se va acabando poco a poco en todas las islas de Tierra del Fuego. Baja California termina de pronto, y si acaso las islas Marias fueran como aseguran los geógrafos la continuación geológica de la península, están demasiado lejos para sentir que es en ellas donde realmente termina.

Esa interrupción territorial sin puntos suspensivos ha sido el factor más importante en la escasa evolución antigua y moderna de Baja California Sur. La cultura indígena poco desarrollada que llegó del norte en los siglos del poblamiento de América se refugió aquí, en este *finis terrae* y se encontró separada de todo el mundo de entonces, sin contactos ni influencias que la hicieran evolucionar. En los últimos siglos, después de la conquista espiritual de Baja California, los hombres que la repoblaron fundaron pueblos en algo muy parecido a una isla, lejos del cerebro del centro y de las ondas culturales del norte, amortizadas y perdidas en todo ese desierto que cruza a duras penas la brecha transpeninsular. México, pobre en vías de comunicación marítimas, nunca ha podido ofrecer al extremo sur de la península un abrazo fraternal con cuyo calor comunicárale inquietud de progreso nacional. En cuanto a la comunicación aérea, es tan cara, que poco puede representar en cuanto a intercambio material del centro con esta tierra. Por eso, y por tener más cerca a Estados Unidos, el extremo sur peninsular vive un poco, en lo económico, de lo que traen los vecinos rubios; en cuanto a lo cultural lo recibe, aunque muy racionado, de la capital de la república.

LAS ÚLTIMAS MISIONES

Donde termina la tierra bajacaliforniana se levantan tres misiones jesuitas: una al este que mira al golfo de California, la de Santiago; la otra al sur, la de San José del Cabo, y la última al oeste, de cara al Pacífico, la de Todos Santos, que originalmente llamóse de Santa Rosa. La distribución de las tres misiones más meridionales de la California obligó a tender entre ellas un camino de circunvalación que se inicia en La Paz, se bifurca en San Antonio y vuelve a encontrarse en San José del Cabo. Las tres misiones son tardías, fueron fundadas al terminar casi el primer tercio del siglo XVIII entre los indios más agresivos de la península, quienes, por otra parte, eran los que en toda la tierra de Baja California poseían la cultura material más avanzada a la llegada de los españoles.

El héroe cultural y espiritual entre los pericúes fue el padre Tamaral, quien resume sus dificultades para evangelizarlos en una curiosa carta que envió al marqués de Villapiente. La nota en sí, cuya transcripción se obliga, resulta de gran interés porque, en lo que a pereza y falta de iniciativa se refiere, el carácter de los hombres que sucedieron a los pericúes no parece haber cambiado. Todo indica que no es tanto el aislamiento geográfico, si no tal vez las condiciones climáticas de esta tierra —la más exuberante de la península y la mejor irrigada—, las que forzaron hacia una suave indolencia a los hombres del sur.

Dice el padre Tamaral:

Es sumamente difícil reducirlos a que dejen el gran número de mujeres que tienen, porque entre ellos es muy numeroso el sexo femenino. Basta decir que los hombres más ordinarios tienen cuando menos dos o tres. Este es el obstáculo más invencible tanto para los hombres como para las mujeres, para éstas porque se ven repudiadas de sus maridos, no hallando quién las quiera, y para aquéllos, porque cuanto mayor es el número de sus mujeres, están tanto mejor provistos de todo lo necesario, pues yacen en un ocio perpetuo a la sombra de los árboles, y sus mujeres trabajan buscando en los bosques las raíces y frutas silvestres de que se alimentan, y cada una procura llevar al marido lo mejor que se encuentra, para ganarse el afecto con preferencia a las otras. Es pues un milagro de la divina gracia conseguir que estos hombres perezosos y acostumbrados a una vida bestial, se resuelvan a contentarse con una sola mujer, a buscar los alimentos para sí mismos y para sus hijos y a tener una vida racional.

El paisaje étnico ha cambiado, indudablemente. En lugar de aquellos feroces y polígamos pericúes habita la región gente blanca, casi limpia de mestizaje indígena. Seguramente el matrimonio es hoy una institución respetable y la concupiscencia no existe más; pero acaso, en la memoria subconsciente, los hombres los perezosos, que no todos los son, añoran aquella cómoda costumbre que les evite el trabajo. La situación es curiosa, porque el “stock” racial ha cambiado totalmente. De los indígenas no queda el menor rastro, y quienes viven hoy en los oasis del *finis terrae* peninsular, son acaso los más blancos, los más

Europeos de Baja California, si se exceptúa el grupo ya asimilado, aunque recién importado por El Boleo francés, en Santa Rosalía.

LOS HIJOS DEL PIRATA

Cerca de Miraflores, que a su vez queda cerca de Santiago, a 140 kilómetros al sur de La Paz, parece encontrarse el centro difusor de los hombres y mujeres blancos del sur y de los apellidos extranjeros. Desde aquí, hasta el cabo, abundan rubios y rubias, pelirrojas y ojos verdes o azules. Y cuando los nombres no indican una clara procedencia española, pueden ser tan ingleses como Collins, Heart, Davis y otros que por extranjeros no es fácil fijar en la memoria.

La historia de la llegada de ingleses a tierras sureñas es la más romántica y bella que pueda escucharse en Baja California, y según ella, la migración tuvo su origen en un romance que empezó en altamar, sobre el puente de un barco pirata.

Era en los años aquellos en que la piratería era una profesión casi tan honorable como, hoy en día, la de abogado. Los corsarios eran, además de valientes, honrados consigo mismos, disciplinados y generosos. Eran los gentilhombres del mar. Al menos, así eran todos los aventureros que hacían la tripulación de un barco pirata, con patente inglesa, que merodeaba en aguas de California. Tripulación misma que, un buen día y como el mejor botín de un asalto y abordaje a un galeón procedente de Filipinas, obtuvo para el capitán una bella mujer, muy rubia y muy altiva. Se dice que toda la mercadería valía bien poca cosa junto a la mujer capturada.

Pero la mujer era peligrosa. Mientras la nave costeara el sur de California la tripulación empezó a inquietarse y las riñas entre los corsarios se hicieron frecuentes, de tal modo que el capitán púsose a investigar el origen de las reyertas. Lo descubrió pronto. La rubia mujer, que durante varias horas del día paseaba por cubierta, había seducido con sonrisas a toda la tripulación, y los piratas se disputaban, cada uno para sí, el homenaje del hermoso rostro. Por eso el capitán, muy sabiamente, decidió arrojar a su cautiva por la borda y dejar para los tiburones esa presa más peligrosa que un cargamento de pólvora.

Los piratas protestaron la voluntad del jefe y estuvieron a punto de amotinarse, por lo que éste, espada en la diestra y trabuco en la siniestra, comunicó a sus hombres que quienes estuvieran enamorados de la mujer correrían su misma suerte. Hecha la advertencia retó a quienes quisieran compartir el sacrificio de la mujer a dar un paso al frente. Sólo un hombre avanzó. Era, según dicen, un mocetón de escasos 20 años, rubio también, bello y fuerte: el hijo del capitán. El pirata tal vez se arrepintió de su amenaza, pero como los piratas antiguos eran hombres de una sola palabra no podía retractarse. Vio acercarse a su hijo y calló todo comentario a su dolor. Estoico, aparentemente indiferente, guardó sus armas y se desprendió de la cintura un pequeño puñal italiano que puso silencioso en las manos de su hijo. El muchacho aceptó el regalo, dio la espalda y sin volver la vista levantó en brazos a la cautiva. Avanzó algunos pasos y luego saltó por sobre la borda.

El salto no fue a la muerte, sino a la vida y al futuro, porque como héroes de leyenda, los jóvenes amantes lograron llegar a nado hasta la playa y luego se perdieron, para fundar un pueblo, bajo las datileras que pocos años antes habían plantado los misioneros jesuitas en un oasis cercano al actual Miraflores. Al pueblo, años más tarde, llegaron también los otros piratas supervivientes a un naufragio de su nave. Y así, me contó Ozuna, fue que llegaron los Collins, los Heart y los otros ingleses a Baja California. Ozuna mismo trató de certificar el cuento afirmándome que él fue el último poseedor del puñal que el pirata regalara a su hijo.

Pese a tanta buena voluntad por hacerla verosímil, la historia adolece de varias fallas que la hacen increíble. Además, es demasiado hermosa para ser cierta, y hay que recordar, por otra parte que desde Mulegé hasta el extremo sur, los hombres acostumbran trabajar más con la imaginación que con los brazos, lo cual no significa forzosamente que quiera llamarles mentirosos.

EL FIN DEL HAMBRE

En cambio, al sur del paralelo de La Paz puede escucharse y confirmarse una historia magnífica, real desde luego, y de repercusiones nacio-

nales. Es la historia de cómo ha terminado el hambre en el extremo peninsular; historia que, tal vez dentro de algunos años, haya pasado a la categoría de leyenda.

La historia se encuentra por ahora en plena gestación aunque sus resultados sean definitivos; se desarrolla a 40 kilómetros al sur de La Paz, en la llanura del golfo llamada Los Planes, y se inició hace tres años, 1947, durante el actual gobierno de Agustín Olachea Avilés.

He escrito antes que el *finis terrae* peninsular es la región más exuberante, tropical y mejor irrigada de todo el Territorio Sur, lo cual se comprueba por los datos de las estaciones meteorológicas. La sierra de la Laguna, por ejemplo, centrada en toda esta región, cubre sus alturas con bosque de coníferas y desde su cumbre, cosa insólita, se derrama un manantial que antiguamente alimentaba la laguna que dio nombre a la sierra. Los arroyos de la región son numerosos y se convierten en ríos de crecientes durante las lluvias de cada verano; otros son de aguas continuas, y alguno de ellos derrama al mar un metro cúbico de agua por segundo, durante todo el año; lo cual, naturalmente, es un desperdicio imperdonable. Pero aunque el paisaje sea más verde y más abundante el agua, las planicies donde crece el orégano y la perfumada damiana guardan la misma apariencia casi desértica que se advierte en las llanuras más norteñas. Porque pasa una cosa, donde corre agua no hay tierra fértil, y donde las planicies son propicias a la agricultura no existen arroyos. Hasta hace tres años, los hombres meridionales no habían encontrado la forma de hacer coincidir estos dos factores vitales en la lucha contra el hambre.

Un buen día, aquí empieza la historia que no es leyenda, un gobernante se decidió a encontrarle solución al asunto. Se hizo acompañar de algunos hombres conocedores y los llevó a Los Planes. Los expertos, entre quienes se encontraba un técnico estadounidense, examinaron la tierra de esa llanura, aproximadamente de cuatro mil hectáreas, que mira el golfo por la hermosa ventana de Ensenada de Muertos. La tierra era buena, de eso no había duda alguna, porque bajo los pies de los exploradores se encontraban ocho metros de tierras de aluvión, cargadas de humus, sales, nitratos y cuantas otras cosas son necesarias para alimentar cultivos. En cuanto al agua, la cosa era fácil: bastaba

perforar un poco, en cualquier parte, para encontrar el manto freático, con agua tan buena como la misma tierra.

—¿Se podrá? preguntó el gobernante.

Los técnicos respondieron: “¡Se puede!”

El experimento dio principio a los pocos meses. Se invitó a hombres de trabajo a colonizar la llanura de apariencia árida. Vinieron del norte de la península y del centro del país. Algunos pioneros traían un poco de dinero, otros solamente su buena voluntad. El primer año la venta de terrenos se hizo a razón de diez pesos hectárea, y únicamente un colono pagó al contado su lote; todos fueron de cien hectáreas; los demás los pidieron a crédito.

En la llanura de Los Planes predomina el mezquite y desmontar no es cosa tan simple. Para dejar limpia la planicie los hombres pidieron crédito... al gobierno del Territorio. Pero he aquí que el Territorio Sur tiene apenas un presupuesto de seis millones de pesos que tiene que derramar generosamente en todos los pueblos y en la capital, y las dificultades empezaron. Los colonos querían trabajar, pero no tenían dinero. El gobierno no estaba escaso de voluntad, pero siempre está pobre. Las acrobacias económicas que tuvieron que realizarse son demasiado complicadas para contarse; pero dinero, aunque poco, no faltó. Luego vino la siembra de chicharo y tomate, si mal no recuerdo, y todos necesitaron dinero nuevamente. El gobernador conseguía por un lado y repartía por todos. Daba un poco a cada uno y los animaba: “¡Aguanten!”

Pasaron los meses y los hombres aguantaban. Pero la siembra había sido tardía y la helada terminó con ella antes de que rindiese fruto. Los colonos tuvieron un decaimiento y algunos se desanimaron. Otra vez fueron con el gobierno y: “¡No podemos aguantar más!” Como respuesta obtuvieron algunos pesos para pasarla y una frase acicate: “Los jesuitas, hace tres siglos, vencieron y colonizaron esta tierra estéril. ¡Sería una vergüenza que nosotros, en el siglo del átomo, diéramos cara a la derrota!” Y la lucha siguió... por espacio de los largos doce meses de otro año. Al terminar 1948, casi mil hectáreas estaban sembradas con tomate cuya venta estaba asegurada en el mercado de Estados Unidos... pero tampoco esta vez sonrió el éxito. La fatalidad parecía cebarse

con los pioneros de Los Planes y las lluvias llegaron con tanta fuerza como no se había visto desde hacía 50 años. Los campos se inundaron y el tomate fue arrasado hasta en sus raíces. El que logró madurar era tan defectuoso que los vecinos no quisieron comprarlo, y hubo que regalarlo en el propio territorio.

Tal vez dos fracasos continuos son buen augurio de éxito, porque esta vez los pioneros no se desanimaron... reventaban de rabia. Se enronquecieron a fuerza de maldecir, y mordiendo los labios de cólera aceptaron el reto. Para continuar vendieron hasta la camisa, y el gobernador, que seguía diciéndoles “¡aguanten!” y ayudándolos al máximo de sus posibilidades, estuvo a punto de empeñar hasta el palacio de gobierno. Dinero no faltó, tampoco esta vez, y el tomate, el chile y el chícharo se sembraron después de rellenar el terreno erosionado por los torrentes.

El epílogo es breve... Todavía hace tres semanas, aviones especiales continuaban transportando tomate desde Los Planes hasta California —y digo tomate como podría decir chícharos o ejotes o chiles o cualquier otro de los veinte productos que se cosecharon en Los Planes. Los agricultores han pagado sus deudas, y el gobernador sonríe con una satisfacción inmensa. La lucha ha sido ganada y Los Planes se proyectan como la despensa del Territorio Sur de Baja California.

LA RUTA DEL TRIGO

La experiencia del gobernador Agustín Olachea en la llanura de Los Planes y la victoria definitiva de los pioneros sirvió no solamente para asegurar la economía agrícola del Territorio Sur. Hubo otro resultado de mayores alcances: el ejemplo de laboriosidad encendió el ánimo de todos los pequeños agricultores y ejidatarios del *finis terrae*. Los hombres del extremo peninsular parecen hoy haber despertado de su ensueño secular y sacudido su pereza. Lo que en gran escala se logró en Los Planes se repite hoy desde La Paz hasta San José del Cabo; si yo, por esta vez, no me he referido en detalle a la fisonomía de los pueblos y a la arquitectura de las misiones es porque no tuve tiempo de verlas.

Los rasgos del pasado se me perdieron en los horizontes de los trigales, y desde Santiago hasta San José vime casi obligado a recorrer docenas de campos de trigo. Algunos se han levantado bien, otros muestran sus defectos agrícolas; pero el impulso está dado y todos quieren ahora exprimir la tierra. No vi, en mi camino, más perros hambrientos y los que me ladraron lo hicieron de pie, con un orgullo que parece les han contagiado los habitantes del fin de la tierra bajacaliforniana.

“Barriga llena... corazón contento”, dice el proverbio que es aplicable al nuevo sur de Baja California. La producción agrícola ha despertado el ánimo de todos los habitantes, y se trabaja para el futuro. La mortalidad por tuberculosis ha disminuido notablemente —a una quinta parte en los últimos tres años— y la malaria se combate en una lucha que ya toca a su fin. En la última ciudad del sur: San José del Cabo, se ha construido un nuevo hospital que aparece ser el símbolo del espíritu actual de esta tierra. Su línea arquitectónica moderna, que recuerda la escuela de Le Corbusier o de Frank Lloyd, hace brutal contraste con la misión antigua. Ambas, mirando al mar desde sendas colinas, parecen evocar dos épocas de lucha, el pasado y el futuro, el ayer y el mañana del sur de Baja California.

Al llegar aquí, ya con un pie fuera de esta Baja California —por la que Cortés, según el cronista antiguo, se sintió más subyugado que por la Malinche— he tenido una evocación rápida de todo lo que he visto y aprendido en esta bella tierra. He recordado nuevamente el formidable valle de Mexicali, la industriosa Tecate, Ensenada de los millonarios; he pensado en los hombres que hicieron y hacen el norte: Esteban Cantú, Abelardo L. Rodríguez, Alfonso García González; pienso en el sur y siento todavía en mi mano la diestra tosca, de hombre de trabajo, de Agustín Olachea Avilés. Recuerdo a los misioneros tres veces seculares y las industrias nuevas... los oasis de ocio y la fiebre agrícola del sur. No sé por qué, pero todo esto me trae a la mente la imagen de un mexicanito triste y abúlico, con el mentón apoyado en las rodillas, que hace tres años o cuatro tachara con una cruz el nuevo espíritu de trabajo de México. Porque aquí, aunque el tal cartel no se hubiese desplegado nunca, la consigna se ha cumplido; y aunque todavía en algunos oasis sureños el hombre duerma, los jóvenes bajacalifornianos

de hoy —los que nacieron aquí, los venidos de otras partes— han tomado en sus manos el derecho de hacer progresar esta tierra digna de mejor suerte, abandonada de México y olvidada del centro, huérfana e incógnita, como la he llamado, que ahora se liga a la patria no como un lastre, sino como una esperanza.



Las dificultades acompañaron siempre al redactor en su ruta a lo largo de la tierra incógnita. Muchas veces el jeep que le transportaba quedaba varado por una avería.

DESOLACIONES CALIFORNIANAS

DE LA HERENCIA DE UN FRAUDE: UN PUEBLO ENFERMO FUE LO QUE DEJÓ EL BOLEO¹

Después de 80 años de vida, una vida de explotación y de dominio que deja una página negra en la historia de la minería llamada mexicana, el imperio de El Boleo —las minas de cobre en Santa Rosalía, Baja California— agoniza y se encuentra en vísperas de morir según anuncio oficial. Si esto es verdad, de su paso no quedará más recuerdo que una población fantasma, algunos miles de silicosos y unas profundas galerías y túneles bajo una tierra desértica cuya única riqueza fueron las vetas de cobre.

La semana pasada el subsecretario de Economía, ingeniero Constantino Pérez Duarte, anunció la posibilidad de que la planta de refinación sea cerrada por los bajos rendimientos y que por tanto se suspendan los trabajos de la explotación de cobre. El funcionario, que por ahora se encuentra en aquella ciudad bajacaliforniana, aseguró que buscará una solución para ayudar a los ochocientos cincuenta mineros que están en vísperas de quedar sin trabajo.

La cifra humana, refiriéndose sólo a los mineros, no impresiona demasiado, y parecería fácil encontrar solución al problema. Pero la realidad es distinta, porque son en verdad más de siete mil personas las que, directa o indirectamente, viven de los trabajos de esa planta de refinación que es el corazón de El Boleo. Por otra parte, la solución es casi imposible, porque desde 1870 que se iniciaran los trabajos, la empresa extranjera que posee la concesión hizo todo lo posible para que la vida y la muerte de los siete mil habitantes de Santa Rosalía dependiera de ella. Con ella se agrupó la población y hubo auge en la empresa, con ella morirá también, a corto o largo plazo, todo lo que hay en Santa Rosalía.

¹ Artículo de Fernando Jordán publicado en revista *Siempre!*, número 25, el 12 de diciembre de 1953, pp. 32-34 y 73-74.

Cachania —nombre que los sureños bajacalifornianos dan al pueblo minero— es la mancha en la geografía peninsular. En ninguna parte de la Baja California, a lo largo de sus mil 250 kilómetros de longitud, se ha registrado caso ominoso similar a éste. Apenas para encontrarle paralelo, habría que recurrir a ejemplos de otros lugares del país, como Cananea en Sonora, Angangueo en Michoacán o, en otras materias de explotación, el Soconusco bajo el imperio cafetalero alemán o la costa del Golfo [de México] bajo el dominio petrolero norteamericano.

Los ejemplos anteriores, aquellos que puede mencionar la historia sobre la explotación de las minas de plata por los españoles de la época colonial, son poca cosa en comparación con lo que ha sucedido en El Boleo y en las otras concesiones mineras que datan del siglo pasado. Si bien en la colonia las industrias extractivas empobrecieron al pueblo, lo esclavizaron, y esterilizaron los subsuelos de México; los detentadores de esa riqueza dejaron también una cultura y ciudades tipo que fueron la base de una nueva distribución demográfica. Los colonizadores de los siglos XIX y XX no dejaron o no dejan absolutamente nada a cambio de lo mucho que se llevan.

El ejemplo perfecto de esto se encuentra en Santa Rosalía, y a poco andar, se encontrará en Cananea. Por ello, la historia de El Boleo es la historia de un gran fraude contra la patria.

LA COMPAÑÍA EXTRANJERA QUE EXPLOTABA ESA MINA, EL BOLEO, S.A.

El subsecretario de Economía, al hacer declaraciones sobre la casi inminente desaparición de Santa Rosalía, mencionó que la antigua empresa había entregado las minas a sus trabajadores en vista de su bajo rendimiento, limitándose a mantener la planta de refinación. Agregó que los mineros las habían estado trabajando en pequeña escala.

De este dato, que interpretado sin conocimiento del asunto puede ser base para concluir que la empresa ha hecho todo lo posible, inclusive sacrificarse, para alargar la vida de la ciudad minera, surge clara toda la sucia política que idearon los accionistas de El Boleo para

preparar la muerte de la ciudad y retirarse en plan de mártires de una industria que no ha dejado nada en la región central de la península, sino miseria, enfermedades y desesperanza.

El Boleo, es verdad, entregó sus minas a los trabajadores hace aproximadamente diez años. Puso en sus manos toda la maquinaria de explotación en sus principales tiros, y con ella les entregó vetas agotadas, vetas profundísimas, donde cualquier esfuerzo humano es doloroso e improductivo. Fue ésta la gran maniobra de El Boleo. Hizo de sus propios trabajadores concesionarios de minerales que no valían nada y que a la empresa le resultaban incosteables. Con mano aparentemente generosa, les dio el subsuelo, y se reservó para ella exclusivamente la tarea de refinar el metal que en bruto compraba a los mineros. Así, la compañía se aseguró algún tiempo más de producción, se aseguró, sobre todo, de que ya no tendría conflictos de trabajo, de que no tendría que pagar indemnizaciones, ni seguros, ni atención médica. Lo que sucediera a los mineros en los tiros de Santa Rosalía era problema exclusivo de ellos, puesto que les había regalado las minas. De paso, El Boleo se aseguró lo más importante: la posibilidad —ahora anunciada oficialmente— de retirarse limpia y sencillamente, sin compromiso alguno para las mil familias que dependen de la empresa. El Boleo se acaba; víctima, no de sus propios e intencionados planes, sino aparente y quizá oficialmente, de la pobreza de un subsuelo o de la escasa productividad de los mineros, propietarios actuales de las minas.

LA HISTORIA DEL FRAUDE

Ha sido con esa maniobra que se inició el epílogo de la dolorosa historia de El Boleo. El principio de ella data de 1868.

Por aquella fecha Santa Rosalía no existía. No había sobre el actual sitio de la ciudad más cosa que lomeríos desnudos, pequeños llanos desiertos y la huella polvosa del camino real que comunica Mulegé con San Ignacio. Un rancho en tránsito hacia el primer pueblo descubrió en aquel año las concreciones esféricas llamadas boleos —de donde deriva el nombre de la actual compañía—, que no eran otra cosa que

bolas de cobre de buena ley. Uno de estos boleos llegó a Francia meses después y no faltó geólogo, en aquella nación, que viera la enorme posibilidad de una explotación en gran escala.

Cumenge, experto en exploraciones mineras, llegó a Baja California en 1870. Estableció un campamento en el pueblo de Santa Águeda; el más cercano a la actual Santa Rosalía, e inició estudios sobre el terreno. Su informe interesó a la Casa Rothschild, de París, la que poco después conseguía del Banco Mirabeau el capital inicial para formar una empresa. Cumenge, desde luego, se convirtió en el primer director de esa compañía que siempre llevó el nombre de El Boleo.

La explotación del cobre se inició con mano de obra yaqui. Dada la baja densidad de población del sur bajacaliforniano hubo necesidad de importarcientos de indios de la costa sonorenses, mientras iban llegando en migración continua los técnicos franceses que desde el primer año fueron los capataces y amos de los esclavos aborígenes. Formóse así un pueblo que creció paulatinamente, robando aquí y allá todo lo que necesitaba para vivir. La mano de obra la trajo de Sonora, el agua de Santa Águeda, la carne de los pequeños ranchos del desierto y el nombre de Mulegé, que originalmente se llamara Santa Rosalía de Mulegé. Nunca devolvió nada El Boleo: ni los indios a Sonora ni la riqueza ganadera a los pueblos cercanos, mucho menos el nombre que había tomado a Mulegé, junto con toda su producción azucarera, porque en aquellos años este pueblo era un gran productor de caña de azúcar.

Contra lo que pudiera suponerse al hablar de una población actual de siete mil habitantes, Santa Rosalía no es una ciudad definitiva. Desde un principio fue un campamento provisional. Tal parece que los directores de El Boleo sabían de antemano, o calculaban, que algún día habría que matarla y que por tanto no valía la pena hacer construcciones permanentes. Es un gran campamento donde todo se puede desmontar y llevar a otra parte. Exceptuando dos o tres edificios recientes, las mil y tantas casas son de madera. La iglesia misma, cuya patrona es Santa Bárbara, es toda de metal y desmontable. Fue importada de Bélgica y transportada en uno de los barcos propios de la empresa.

EL IMPERIO DE EL BOLEO

A Cumenge siguieron como directores La Forge, Michaux, Nopper y finalmente Mahieux, a quien posiblemente tocará ser el último director.

Michaux, director a principios de siglo, fue el gran impulsor de El Boleo. Su habilidad organizativa fue verdaderamente excepcional. Valiéndose del poderío de la compañía, del hecho que de ella dependía la vida o la muerte de la mayor parte de la población del Territorio Sur que poco a poco habíase concentrado en la ciudad minera, extendió las posesiones de El Boleo hacia todos los horizontes. Al retirarse, la compañía francesa controlaba desde el paralelo 27 hasta el 28, a todo lo ancho de la península —que a esta altura tiene su mayor anchura. Suyas eran las minas de cobre que se extienden por toda la región, suyos los mejores ranchos de una u otra costa; todo el ganado era de su propiedad, todas las fincas y las casas y los hombres. Por el mar, su soberanía era absoluta, porque en el golfo de California no navegaban sino los barcos particulares de la empresa y los que ella arrendaba para transportar el metal a Estados Unidos o a Europa. Mulegé, encerrado dentro de los límites del imperio francés, entró en agonía y convirtióse en lo que es actualmente: un pequeño oasis sin economía propia ni posibilidades. San Ignacio, en el límite norte, redujo sus actividades a la explotación en pequeña escala de la vid, que fue lo único que no le pudo quitar El Boleo.

Esa época coincide con la de la más abyecta esclavitud dentro de la ciudad minera. Tuvo entonces cárceles propias, impuso delegados de gobierno, así como policías y demás empleados oficiales. El gobernador no tenía más alternativa que acceder a todo lo que ordenaba la empresa minera y la de cerrar los ojos a lo que sucedía en Santa Rosalía. Los obreros que se negaban a servir en el fondo de los profundos tiros, eran multados o encarcelados. Nadie podía rebelarse contra las órdenes de los capataces franceses. Las condiciones de trabajo eran pavorosas y la silicosis se convirtió en mal general. Víctimas de ese cáncer de los pulmones y de los accidentes en las minas murieron muchos trabajadores cuyas familias nunca recibieron indemnización alguna.

Esta situación prevaleció hasta 1936, cuando la política de Cárdenas alentó las rebeliones de los obreros. Desde ese año, El Boleo aumentó salarios y concedió prestaciones, dio mayor seguridad en el trabajo y mejor protección a los mineros. Desde entonces se suprimieron cárcel y multas para los faltistas.

Lo que ya no se pudo arreglar en Santa Rosalía fue la salud de los habitantes y especialmente de los mineros. Pocos de los mil hombres que trabajan en los tiros han logrado escapar a la silicosis. Un ingeniero mexicano que sirviera muchos años a El Boleo, me aseguró con mucho valor civil y bastante ironía “que en Santa Rosalía no había problema con los silicosos... porque todos lo estaban”.

LA MUERTE DE EL BOLEO

Desde hace algunos años, los técnicos franceses se dieron cuenta que era inminente la agonía de la empresa. Pese a que en complicidad con los agentes de economía habían despojado a muchos particulares de denuncias de nuevos yacimientos cupríferos, pese a las adaptaciones en los tiros para permitir un mayor descenso en las entrañas de la tierra, la producción disminuía palpablemente. Un buen día, no hace muchos años, decidieron retirarse en vista de la incosteabilidad. Prepararon su fuga sin avisar a nadie y empezaron a desmontar la maquinaria para irse con ella a otra tierra de conquista. De no haber sido por la viril intervención del general Agustín Olachea Avilés, a la sazón gobernador del Territorio Sur, El Boleo hubiera desaparecido de la noche a la mañana. El gobernante se enfrentó a la empresa y se negó a permitir la salida de material o maquinaria. “Si ustedes gustan, pueden irse los dijo, pero todas las instalaciones se quedan en Santa Rosalía”.

La maniobra no resultó y El Boleo, fingiéndose mártir, consintió en quedarse. Inventó entonces el truco de entregar las minas a los obreros, convirtiéndolos así de asalariados en propietarios. Los mineros cayeron en el garlito y se quedaron con un subsuelo agotado, perdiendo en cambio todas sus ventajas como obreros organizados. Desde entonces, todos los documentos de El Boleo llevan bajo el membrete la adver-

tencia de “empresa en liquidación”. Esa frase ha sido una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de siete mil habitantes. Nadie protesta, nadie pide, nadie reclama, porque inmediatamente la empresa responde que está a punto de retirarse. Se puede llamar a esto el gran chantaje de El Boleo. Sus trabajos han quedado reducidos a los de la planta de fundición y beneficio, la cual compra, a precio muy castigado, el mineral que le traen los extrabajadores. Eso no le impide, desde luego, seguir usufructuando todo lo que hay en Santa Rosalía, donde todo le pertenece: las casas que alquila a precios más o menos reducidos a los mineros; la luz que les vende según tarifas propias, el pan que se fabrica en su propia panadería, los comestibles que se expenden en la tienda particular de la empresa, el hielo de su propia hielería y los productos de mar de su empacadora que lleva el nombre de Mar de Cortés. Todo en Santa Rosalía, exceptuando las agotadas minas, es de El Boleo, y a todo le saca provecho. El mismo hotel es suyo, al igual que el ferrocarrilito que transporta el mineral y los caminos que ha abierto en los últimos años.

LUCIFER, S.A.

Santa Rosalía no morirá de un golpe. Lo hará en dos tiempos. Por ahora —a menos que el subsecretario de Economía encuentre la imposible solución—, se quedarán sin trabajo los 850 mineros que dice y sin esperanza cerca de cuatro mil habitantes. El resto, o sea una proporción casi igual, aguantará algunos años más. Después, el pueblo desaparecerá totalmente.

La esperanza que queda para la mitad de la población son las minas de manganeso propiedad de la empresa Lucifer, S.A. Pusee ésta los yacimientos más ricos de todo el país, mineral importante en la industria de guerra. La empresa es francomexicana, pero organizada conforme al mismo patrón de El Boleo. Sus accionistas son el actual director de la compañía francesa en liquidación y un mexicano formado en la misma escuela. Se ignora si El Boleo tiene también acciones en esta compañía, pero aunque quede la duda resulta sospechoso que el director

de una sea accionista de la otra, sin que haya relación estrecha entre ambas empresas. Las minas de Lucifer quedan a pocos kilómetros de distancia de las de cobre y se trabajan aprovechando las mismas instalaciones. Legalmente, Lucifer, S.A. no tiene nada que ver con El Boleo, de modo que le importa un comino que muera esta empresa y sus trabajadores queden en la calle —que aquí vale decir en el desierto.

Lucifer, S.A. sostendrá por algunos años sus explotaciones, mantendrá a sus trabajadores durante el mismo tiempo y bajo las mismas condiciones en que lo ha hecho El Boleo: con inseguridad, con su silicosis y explotándolos a través de la tienda, la panadería, la planta de luz, la hielería y la empacadora.

Esto no durará más de diez años, porque es bastante limitada la reserva de manganeso, que por ahora se extrae a la capacidad máxima.

Después, otro subsecretario de Economía avisará oficialmente que Lucifer, S.A. cerrará sus minas por estar agotadas. Entonces, morirá definitivamente Santa Rosalía, y volverá a ser lo que fue en 1870: una sucesión de lomeríos desnudos y de valles desérticos por los que cruzará entre el cementerio de silicosos el camino real. Quedarán dos cosas: los infinitos túneles abiertos bajo la superficie de la tierra y una playa negra de escorias. Se habrán ido de México en cambio, los millones de dólares que durante ochenta años beneficiaron a los accionistas franceses a costa de la salud de miles de mineros.

El caso de Santa Rosalía no es único. En Aganguero sucede lo mismo, al igual que en otras ciudades mineras de México. Éste es el sino trágico de las industrias extractivas: riquezas para algunos y miserias para el país. ¿Habrá algún día en que México y sus gobiernos aprendan y aprovechen la lección en beneficio del pueblo?

¡DRAMA EN LA ISLA!¹

LA HISTORIA

Esta es la historia de un crimen cometido bajo circunstancias especiales en la isla de Guadalupe, la isla de los elefantes marinos. Está escrito con una visible intención que no tengo inconveniente en confesar: la de presentar diversos hechos, absolutamente reales, que pueden servir de defensa al culpable del crimen, y explicar el medio ambiente en que tuvo lugar esta tragedia que costó la vida a un teniente de la marina y la libertad a otro. Me he sentido obligado a hacerlo por diversas razones, pero principalmente por conocer la isla y ser amigo de los dos principales protagonistas de la historia: el muerto y el asesino. Si de esta historia, presentada periodísticamente, se desprende que he sido parcial y que tomo descaradamente la defensa del vivo contra la reputación del muerto, no es mía la culpa. Para escribirla me he basado en relatos hechos por quienes vivieron en constante contacto con los oficiales de la base meteorológica y en documentos —como una carta cuyo autor no se menciona— que he tenido en las manos, documentos que, tal vez, sean presentados al ventilarse el juicio contra Antonio Falcón.

La tragedia de Guadalupe, casi desconocida en México, no es sino una consecuencia natural del aislamiento en que viven, sufren y cumplen con su deber oficiales de la Armada Nacional, como es también consecuencia del abandono y la falta de vigilancia en los destacamentos apartados de las ciudades, por parte de las autoridades navales. Esta historia tiene su antecedente en la oscura y dolorosa tragedia de Clipperton cuyo desarrollo fue bien conocido y que costó la vida a todo un destacamento militar.

¹ Artículo escrito por Fernando Jordán, publicado en *Impacto* el 28 de octubre de 1950, pp. 52-59 y 98.

El hecho de que por dos veces haya yo estado antes en Guadalupe y convivido con los oficiales de la base, me pareció una obligación para describir y hacer pública la situación y condiciones en que, allá, se hacen observaciones con fines científicos. Aunque pudiera pensarse que lo escrito va en detrimento de la reputación de la Armada Nacional, no coincido con esa opinión, que ya se me ha dado gratuitamente desde que pensé escribir este reportaje. Creo, por el contrario, que acaso pueda servir de saludable ejemplo para evitar casos análogos en un lejano o cercano futuro, y, por otra parte, muy conveniente para ayudar a los jueces —ayuda que ofrezco muy humildemente— en el esclarecimiento de los hechos y en el deslinde de responsabilidades.

Nunca pensé que volvería encontrarme con Falcón —Antonio Falcón, 45 años, teniente de corbeta y meteorólogo en la Armada Nacional. Desde mi segundo viaje a la isla de Guadalupe, donde viven los últimos elefantes marinos del mundo, había resuelto no navegar más por esas aguas frías, lóbregas y eternamente sacudidas por el viento del noroeste. Como Falcón vivía en la isla, era lo más natural que no volviera a verlo. Sin embargo, nos encontramos nuevamente. Esta vez fue en tierra firme, entre los cuatro muros de una pequeña y oscura celda de la cárcel de Ensenada. El marino está preso bajo una seria acusación: asesinato.

Valencia, teniente también, navegante y radiotelegrafista del buque patrulla *Halcón*, me había puesto al tanto de los hechos. Lo hizo poco después de que hubiera subido a bordo a presentar los saludos de rigor a los viejos amigos del mar. Después de los abrazos, las preguntas y los informes sobre cuestiones personales, apareció en la charla la silueta neblinosa de la isla de Guadalupe. Bebíamos café sobre la mesa del pequeño comedor de popa. En la camareta vecina, dormitorio común de la oficialidad, la radio lloraba una canción de *cowboys* sintonizada en una estación de San Diego.

—¿Te acuerdas de Falcón? —me preguntó Valencia de improviso.

—¡Y vaya!

Recordé inmediatamente al viejo teniente de cabeza entrecana, callado, un tanto taciturno. Recordé también a su esposa, una mujer joven y bonita y a sus tres pequeños hijos, el último de los cuales será con el tiempo el primer ciudadano mexicano nacido en la isla de los elefantes.

—¿Y de Buenfil?

Víctor Buenfil Blanquet era el jefe de la Estación Meteorológica de Cooperación Internacional establecida en la isla. Era teniente de fragata y aunque casado, no tenía hijos. Buenfil, por dos veces en un espacio de dos años fue mi anfitrión y con él bebí unos buenos botes de cerveza y brindé por su salud como él lo hizo por la mía.

—¡Como no había de acordarme de Buenfil! ¿Cómo está ahora?

—Muerto —dijo secamente Valencia—. Hace unos meses lo mató Falcón. Un balazo en plena cara. Un tiro de pistola calibre 45.

—¿En la isla?

—En la isla. Es su propia casa, frente a Bahía Melpómene.

Valencia me contó lo que sabía de la historia, rápidamente a ráfagas, desordenadamente. De todo ese bombardeo de hechos, antecedentes, suposiciones, situaciones dramáticas y el trágico epílogo, sólo comprendí con claridad una cosa: que en la isla de Guadalupe, la tragedia se cernía amenazadora sobre el destacamento desde largo tiempo atrás y que alguien del grupo de los cuatro oficiales estaba condenado a muerte por un inexorable destino.

DE SOLEDAD EN SOLEDAD

Cuando llegué a la celda de Falcón, el teniente salió a recibirme con amabilidad. Me alargó la mano y pronunció mi nombre como para darme a entender que no lo había olvidado. No diría que se portó efusivo, porque en verdad nunca lo ha sido. Es un hombre seco, serio, de poca sonrisa a quien da un aire más adusto al cerco blanco, de canas, que le pinta las sienes. Me invitó a sentarme en un banco y él lo hizo sobre el lecho, que ocupa todo el largo de la celda y la mitad del ancho.

Hubiera querido conocer todo el desarrollo del drama de los propios labios de Falcón, pero el teniente se negó a tocar el asunto. “Usted —me dijo— era amigo de Buenfil, como es amigo mío. Todo lo que yo le dijera tal vez le pareciera parcial. Buenfil está muerto... no tiene caso hablar. Estoy seguro que en el juicio se verán las cosas claramente”.

La justicia que espera Falcón está lejana. Además, a los jueces casi siempre les falta imaginación suficiente para reconstruir el espíritu y el

clima en que se desarrollan los hechos delictuosos. Sobre todo, si el crimen como ése tuvo lugar en la isla más lejana de México, en un pedazo de tierra que no conoce nadie y del que hay tan pocos datos que es imposible reconstruirlo en mente. En este caso, el lugar es lo más importante en el asesinato de Buenfil. En tierra firme, puede asegurarse categóricamente, no hubiera sido Falcón quien le diera muerte.

Traté de explicar esto al teniente para hacerlo hablar, pero su decisión, en cuanto a mí, estaba hecha. Cuando le mencioné algo sobre los efectos de la soledad en los nervios de los humanos y de las psicosis, pasiones y errores que pueden acarrear, sólo logré hacerlo sonreír...

—Eso no reza conmigo —me aseguró condescendiente—. Tal vez a los otros les haya afectado el aislamiento... ¡no sé! Lo mío fue defensa propia y no otra cosa.

Me contó la historia de sus últimos ocho años para convencerme de que es un hombre acostumbrado a la soledad. Su primera experiencia en destierros empezó en 1942, cuando fue a servir a la base naval de Puerto Cortés, en isla Margarita. Conozco el sitio. Es un gran pedazo de tierra montañosa, árida y calcinada por el sol. Cierra la bahía de Magdalena; donde la escuadra estadounidense obtiene permiso de cuando en cuando para hacer práctica de guerra. No tiene más riqueza que su importancia estratégica y unos abandonados yacimientos de magnetita que a principios de siglo fueron explotados por piratas norteamericanos. Puerto Cortés es base naval y base aérea militar. En la isla el aislamiento no es absoluto. El destacamento destinado a su vigilancia es numeroso. Hace casi un pueblo de ochocientos a mil personas, contando a los pescadores que viven en las cercanías, y tiene frecuente contacto con La Paz y otros puertos. Sin embargo, no puede negarse que sea un buen principio para irse acostumbrando a la soledad y la lejanía.

En 1945, y hasta días después del crimen, en marzo de este año, Falcón pasó a servir a la estación meteorológica de Guadalupe. Ya en 1949 era el decano en la isla, pues aunque la estación funciona desde 1942 todos los meteorólogos habían sido relevados paulatinamente. Posiblemente, para Falcón, la estancia anterior en Margarita había sido un buen entrenamiento. Al llegar aquí, al vivir en esta isla lejana y desolada,

empezó para él y para su familia una vida en el destierro absoluto, porque Guadalupe no es puerto ni base aérea; es un punto en el mar, muy lejos del continente, donde cuatro oficiales informan continuamente del estado del tiempo, de si hay nubes, o lluvia, o viento; condiciones que, por lo demás, a nadie interesan en México.

BAHÍA MELPÓMENE

Cuando conocí la base meteorológica eran cuatro los oficiales que la servían. Mismos oficiales que fueron testigos y actores de la tragedia que ensangrentó a la isla. Tres de ellos eran casados y sólo uno vivía solo, sin compañera. De los tres matrimonios únicamente el de Buenfil no contaba con hijos. En su orden jerárquico eran: Buenfil, jefe; Falcón, segundo jefe; Jesús Larios y Humberto Campoy. Larios, un individuo de mediana edad, carecía de personalidad, y según recuerdo nada había en él que lo hiciera notable. Campoy —el soltero— era por entonces primer maestro y por tanto el de grado más bajo. Era un muchacho de escasos 22 años, de una estupenda talla y una recia musculatura. No tenía mujer ni parecía necesitarla. Cumplidas sus tareas de la estación, se dedicaba a vagar, a la pesca en un pequeño bote con motor fuera de borda —para el cual a más detalles, obsequié un compás marino a nombre de *Impacto*. Fue buen camarada mío durante mi última estancia y quien me ayudó a tomar fotografía de los elefantes marinos.

Los cuatro oficiales y sus familias vivían en el campamento de la Punta Norte, frente a bahía Melpómene. Quien haya tenido la ocurrencia de poner tal nombre a esa supuesta bahía no fue justo para la musa. No hay nada en ella que justifique un nombre bello ni un recuerdo agradable. Es un recodo de mar, pequeño e inseguro como fondeadero, al que a inútiles penas intentan proteger dos islas acantiladas, que se levantan erectas desde el fondo del mar como torres de catedral. Bahía Melpómene es lugar de reunión de todos los vientos que merodean en la isla; no tiene playas arenosas sino declives pedregosos, sueltos y peligrosos. No hay tampoco muelle, por primitivo que pudiera imaginarse; y las aguas demasiado profundas no tienen vida, son casi estériles

y el pescador más experimentado no obtendría de ellas en seis meses de trabajo, comida para un solo día. Bahía Melpómene, por su aspecto total, hace un cuadro dramático, brutal y primitivo, como un grabado de paisaje prehistórico.

El campamento lo hacían, hacia fines del año pasado, siete casitas de madera plantadas a 30 metros de la orilla del mar, y la estación meteorológica: un gran cuarto donde estaban la radio, el taller y el almacén. Detrás de todo esto sólo se veían las casitas blancas que contenían una docena de aparatos de observación: termómetros, pluviómetros, anemómetros. Por encima de ellas se tendía la antena de la estación de radio. Más atrás todavía de ese primitivo campamento, a manera de muro, se levantaba el primer relieve de la isla, de esa isla que ya he intentado describir otra vez, pintándola como el más perfecto desolado jirón de tierra que pueda encontrarse en todo el Pacífico. Entre la montaña árida y el mar, el campamento dispone apenas de una franja de cien metros de ancho por el doble de largo, espacio ridículo para dar cabida a cuatro familias desterradas. El mar y la montaña son los muros de esta cárcel bárbara, donde la flaqueza humana, acicateada por el peso de la soledad, creó el ambiente propicio para un crimen que fue el epílogo a una serie de situaciones dramáticas y desesperadas.

EL NIDO DE LOS VIENTOS

Llevar el control de una estación meteorológica es cosa bien simple. Hay lecturas que se hacen cada veinticuatro horas y otras pocas, seis veces al día. La ciencia del tiempo cuenta ahora con muchos aparatos automáticos y sólo algunas observaciones requieren la presencia del hombre. Las temperaturas máxima y mínima se leen sólo una vez cada mañana. Las variaciones de temperatura y de humedad en el ambiente las registra automáticamente un aparato, y ya a nadie se le ocurre estar sacudiendo cada tres horas un psícrómetro de mano. El pluviómetro trabaja solo, recogiendo la lluvia cuando cae y en cuanto al viento, se mide automáticamente al hacer girar la veleta que de paso, registra su dirección. Solamente las nieblas y las nubes se registran a mano y se

observan con los ojos. Como puede pensarse, los cuatro oficiales de Guadalupe no tenían mucho trabajo, y de haber estado la estación en otra parte, digamos cerca de una ciudad, dos hombres hubieran bastado para atenderla.

¿Qué es lo que hacían los oficiales después de cumplir sus observaciones? ¿Después de radiar, cada mañana, el informe metereológico del día anterior? Difícil es imaginarlo. Esta no es una isla paradisíaca donde pueda uno dedicarse a pescar con arpón o a cortar plátanos con la mano. Repito que es el sitio más aburrido y desolado del mundo. Lo que hacían los oficiales después de sus tareas era simple: Campoy se ponía a dar vueltas en la panga o a dormir, o a limpiar un motor; los otros tres se encerraban en sus casas a charlar o a reñir con la esposa, a jugar una aburrida partida de naipes, a leer una revista vieja mil veces leída... Deben haber hecho todo eso, pero además, principalmente, pensaban... pensaban cosas que sólo los prisioneros pueden pensar. En una isla como la de Robinson Crusoe, el naufrago puede arrojar a la playa a una compañera... ¡Pero en Guadalupe! ¿Qué se puede pensar?

En las anotaciones meteorológicas de la isla hay datos como éste, repetidos innumerables veces: “Cielo.. *O* —o *I* o acaso 2—; nubes... cúmulos y cirrocúmulos”. ¿Sabéis lo que esto significa? Es muy simple imaginarlo. Quiere decir que el cielo estaba encapotado de gruesas nubes, unas más bajas que las otras y que el azul no aparecía por ninguna parte. Es todo. ¿Pero es posible imaginar lo que pesa un cielo encapotado sobre la conciencia de cuatro hombres aislados en la soledad? Hay estudios muy serios y muy científicos sobre el efecto del clima en el hombre, y de esos se saca que un cielo de tormenta puede descomponer el humor del hombre más sereno. Es una isla y en la soledad, ¿qué efectos podrán hacer cielos así? Cielos que se ven doscientos días al año en Guadalupe. ¿Qué puede pensar y tramar un hombre abrumado por un cielo amenazador?

Hay otra anotación que se repite con frecuencia “Niebla”. Éste es otro factor digno de tomarse en cuenta, porque la niebla deprime y oscurece el sentido de las cosas y llega hasta anular la honradez humana. ¿Increíble? Basta con leer la historia y conocer el carácter de los ingleses para convencerse de que este efecto no es una suposición.

Pero sobre todos los registros meteorológicos de Guadalupe hay uno característico: el de viento. Frecuentemente, bahía Melpómene se inclina azotada por el viento de 45 y 50 millas [83 y 92 kilómetros] por hora, ciclones en miniatura que corren horas y horas levantando marejada en el mar y polvo en tierra. Recuerdo una vez que quisimos zarpar de la isla para regresar a Ensenada. Estábamos fondeados frente a Isla de Adentro en bahía Melpómene, y a la hora que el comandante ordenó levantar el ancla del *Halcón*, empezó el viento. Venía de tierra y nos hacía conservar la proa apuntada al campamento. La maniobra parecía fácil y ya con el ancla fuera del agua, el comandante quiso virar para salir al mar. Ordenó a máquinas que una hélice —la de estribor— diera marcha adelante y que la otra —la de babor— diera marcha atrás. En teoría eso nos haría girar en el mismo lugar. Pero el viento arreció y empezó a arrastrarnos de popa. El tajamar de proa se negaba a cambiar de dirección porque el viento era más fuerte que él “a toda marcha” de las propelas. Si a nuestras espaldas hubiera estado el mar abierto, el mismo viento nos habría sacado de la rada, pero por la popa estaba el islote de afuera, que se nos acercaba peligrosamente. El comandante apreció el riesgo y ordenó “todo adelante”. Contra el viento caminábamos como tortugas, otra vez hacia el campamento, pero derivando por babor hacia las escolleras. Hubo que soltar el ancla otra vez y afianzarla fuerte para no derivar. Así esperamos horas, mientras unas láminas en el castillo se soltaron y empezaron a volar como hojas de papel. Estábamos a merced del viento característico de la isla de Guadalupe.

Día a día soplan vientos similares en bahía Melpómene. Amenazan la estabilidad de las casas y del campamento todo. Durante horas arrancan crujidos a los muros y techos de madera, se cuelan silbando por las rendijas y azotan las ventanas que vibran como temblorosas de miedo. Y en esa serenata eterna ¿qué puede un hombre pensar? ¿Qué nervios pueden mantenerse incólumes contra los aullidos en el espacio y los quejidos de la marejada en el mar? ¿Cuánta y qué clase de resistencia física y moral se imponen para vencer el peso abrumador de las nubes, el llanto húmedo de la neblina y los gemidos constantes de los vientos?

PRELIMINARES DE LA TRAGEDIA

A mediados de 1946, Buenfil se hizo cargo de la comandancia en la isla, sucediendo a un marino vigoroso que había mantenido el orden, la disciplina y la fortaleza de sus hombres durante cuatro años: el teniente de fragata Rubén Rivera Dowhana. Antonio Falcón, de servicio desde un año antes, quedó en calidad de segundo, en reconocimiento a su antigüedad.

Durante el primer año las cosas se mantuvieron en orden y los cuatro oficiales de la isla se trataban con toda la camaradería que puede permitir el trato militar. Por entonces no había llegado aún Humberto Campoy y el puesto de primer maestre lo desempeñaba un jovencito de carácter a pesar de sus pocos años y experiencia, Carlos García Ochoa; Víctor Buenfil fungía bien como jefe, a pesar de su carácter violento y su manifiesta y declarada irritabilidad.

Pero ese estado de calma chicha no duró más. Hacia mediados de 1948 la soledad, el aislamiento, el destierro prolongado, ya habían hecho mella en el carácter y la voluntad de los cuatro hombres. Las dificultades empezaron...

Sobre los preliminares de la tragedia no cuento con información de primera mano. Lo que sé de ellos lo debo a los marinos que frecuentaban la isla y conocían a los hombres que en ella vivían. Parte lo oí de labios de oficiales del *Halcón*, y lo más importante lo he obtenido de una carta enviada por un testigo principal de los acontecimientos, carta escrita el 10 de febrero de 1950 y dirigida al capitán de navío Eduardo González Carrillo. Esta carta que será un documento importante en el juicio que se le siga a Falcón —si es presentada por su poseedor— nunca llegó a su destino, el remitente se arrepintió de lo escrito en ella a pesar de que era verdad y rogó al intermediario que no la depositase al correo. Por compromiso adquirido me es imposible mencionar los nombres del autor de la carta y de su actual poseedor.

Hacia octubre de 1948 el buque patrulla *Halcón* se encontraba fondeado en bahía Melpómene descargando tambos con agua para el campamento. Algunos oficiales del buque estaban en tierra, de charla con los meteorólogos. La última orden que habían recibido antes de

desembarcar era que deberían estar a bordo antes de las 6 de la mañana del día siguiente, hora en que el *Halcón* iría a la Punta Norte a traer más agua. A esa maniobra que lleva doce horas de labor, debería ayudar el primer maestro García Ochoa. Pero por algo que nadie recuerda se adelantó la maniobra y a última hora Buenfil fue avisado de que el *Halcón* llevaría ancla a las tres de la mañana, media hora antes de la salida. Buenfil hizo llamar a García Ochoa.

Hay incidentes, circunstancias sin importancia que a pesar de su simpleza ocasionan toda una catástrofe. García Ochoa no escuchó el llamado, y su compañera, que si lo oyó, no le concedió importancia. Vio el reloj: las tres. Estaba segura de que el barco zarpaba a las seis, y se hizo un razonamiento muy natural: “Todavía Carlos puede dormir tres horas más”. Y no lo despertó.

Quince minutos después, Buenfil golpeó furioso a la puerta de García Ochoa. El primer maestro se levantó aturdido y semivestido se asomó a la puerta:

—Diga, mí teniente...

Buenfil estalló:

—Pedazo de... ¿qué no escuchó que lo he llamado hace media hora?

—¡No, mi teniente!

Eso exasperó a Buenfil, vio por detrás de García Ochoa a la señora, y se dirigió a ella:

—Y usted... ¿Tampoco me oyó?

—Yo sí, teniente. Pero como usted había dicho a las seis y tocó a las tres, pensé que usted era el equivocado.

Parece que Buenfil usó algunos epítetos indecorosos para García Ochoa y su compañera, que el primer maestro le reclamó y que Buenfil respondió con una bofetada. García Ochoa no se amilanaba fácilmente ante un superior, y se defendió a puñetazos. Después de la primera escaramuza, la compañera de García Ochoa quiso intervenir. Buenfil no se anduvo con miramientos y le dio a ella otra bofetada. García Ochoa volvió al ataque en defensa de su mujer, y teniente y maestro se confundieron en un encuentro a puñetazos.

Testigos del barco y testigos de tierra quisieron calmar los ánimos. El teniente Falcón llamó la atención a su jefe y sólo obtuvo un desafío:

—A ti también te voy a pegar...

—¡No! A mí no —respondió tranquilamente Falcón.

—¿Y por qué no? —preguntó receloso Buenfil.

—Porque yo ya me voy.

Y dándole la espalda, Falcón volvió a su casa a proseguir el sueño interrumpido.

La historia es cierta porque de ella se levantó un acta que firmaron testigos. Es cierto también que el acta fue destruida antes de llegar a tierra, a pedimento del propio García Ochoa; pero sucede que de ella quedó una copia que seguramente será presentada durante el próximo juicio.

Ese fue el principio del fin. En una isla lejana el primer brote de violencia cunde y se propaga como epidemia. Rota la armonía de los primeros meses nada podía hacerse ya por arreglarla. Hay asuntos, como éste, que no admiten compostura. Claro que, de haberse entregado el acta, quizás una investigación hubiera ocasionado relevos y cambios de personal. Pero el acta fue destruida y ese fue el error...

LA PELEA CON CAMPOY

Durante los dos meses siguientes, hasta principios de 1949, se mantuvo una tregua entre los oficiales de la isla, pero el germen de la violencia no había muerto. En enero de ese año, Buenfil volvió a reñir con García Ochoa. Se repitieron los puñetazos y la lucha por el suelo. Tal vez a causa de eso, días después, el primer maestro solicitaba su cambio, que le fue concedido. Humberto Campoy llegó a ocupar su lugar.

Campoy, lo he dicho antes, es un muchachote sano y notablemente fuerte. Debe medir 1.90 metros, si es que no ha crecido más desde la última vez que lo vi. Pero es bastante tímido y hacia los galones de sus superiores muestra un respeto exagerado, como si le hubieran cincelado en el cerebro los reglamentos de la disciplina y obediencia militares. Eso no está mal, por supuesto, pero en la isla no le trajo ninguna ventaja.

Por su sumisión y su escaso espíritu de rebeldía, Buenfil empezó a traerlo “entre ojos”. No recuerdo si fue por un error de lectura o por la

mala interpretación de una orden, que el 4 de enero de 1950, a las siete de la noche, el jefe sacudió a insultos la paciencia disciplinada de Campoy. El primer maestre había aprendido en los reglamentos que el respeto tiene que ser mutuo, de superiores a inferiores y viceversa, y se le hizo lo más sencillo recordárselo a Buenfil. Buenfil no andaba con humor de reglamentos ni de historias por el estilo. Sin tomar en cuenta su desventaja física ante Campoy, 20 centímetros más alto y 30 kilos más pesado, le cruzó la cara a manazos. Campoy no se defendió y cayó al suelo bajo la lluvia de golpes de su jefe...

A esa hora el campamento estaba en calma y los gritos de desafío y el ruido de la lucha invadieron las casas de la oficialidad. La esposa de Buenfil salió, vio a su esposo luchando contra Campoy, y sin tomar aliento, fue en busca de Falcón. El segundo ya había oído los gritos y sabía que reñían afuera, pero prefería no salir. Tirado de espaldas en la cama, sin apartar los ojos del lecho, respondió a la señora Buenfil:

—¡Cálmese! Ahora voy.

Pero no fue. Desde su lecho y con el oído atento seguía todo el curso de la lucha. Oyó como Campoy se escapaba del ataque de Buenfil y empezaba a correr por el escaso espacio del campamento, entre la playa pedregosa y las casas. Oyó a Buenfil correr detrás de su primer maestre. Y luego, de repente, escuchó un sospechoso paréntesis en la persecución. Tuvo un presentimiento, se puso de pie y se lanzó a toda carrera fuera de la casa.

Cuando llegó a casa de Buenfil lo hizo al justo tiempo que el teniente salía armado de un rifle en busca de Campoy.

—¿Qué va a hacer, Buenfil? —le preguntó, brusco.

Buenfil no respondió. Se coló por un corredor entre dos casas y cortó cartucho. Murmuró, como para sí, un “ahora lo mato”. Y empezó a correr rumbo a la estación, donde Campoy se había refugiado.

Falcón dio dos saltos y se puso junto a Buenfil. Lo tomó por un hombro y le apuntó al pecho con la pistola que ya había sacado del cinto.

—¡Suelta el rifle, Buenfil... o no respondo!

En toda la locura de esa neurastenia feroz, a pesar del desequilibrio y la pasión, Buenfil no estaba perdido. Soltó el rifle y escapó de Falcón.

Su furia era tanta, que no se dio cuenta de su flaqueza al obedecer a un inferior. Le pareció tal vez que por lo pronto no podía luchar contra dos enemigos y despreció a Falcón para irse a brazos desnudos, en busca de Campoy.

El teniente Falcón recogió el rifle y volvió a su casa. El resto del episodio, sin armas de por medio, le tenía sin cuidado. Se tendió nuevamente en el lecho y prestó oído atento a la segunda parte de la lucha.

Afuera, en la oscuridad, sin testigos —Larios y las demás familias permanecían encerrados, escuchando nada más, como Falcón—, la pelea había recommenzado, tenebrosa en la noche, más tenebrosa aún, trágica en la soledad de esa punta de tierra perdida en alta mar. Se escuchaba claramente cómo los dos cuerpos jadeaban, corrían, se daban alcance y caían a tierra, entre las piedras. Campoy gritaba a ratos, pero Buenfil no le daba tregua. Después de algunos minutos todo quedó en silencio y se oyeron los pasos de Buenfil, que volvía a su casa.

Más tarde apareció Campoy en casa de Falcón. Venía a que le hiciera el favor de curarlo. Traía la ceja abierta —se dice que recibió un golpe de piedra— y una herida en la parte posterior del cráneo. Buenfil, en cambio, no sacó un solo moretón, gracias a que Campoy no hizo por defenderse. De haber respondido, Campoy hubiera destrozado en diez segundos a su teniente; así era de fuerte. Pero la disciplina...

LA CARTA

El grado de disolución moral a que se había llegado en el campamento de Guadalupe lo explica claramente la carta, esa carta escrita el 10 de febrero de este año por alguien cuyo nombre me he comprometido a no mencionar y dirigida a un alto jefe de la Secretaría de Marina. En uno de sus párrafos dice textualmente:

[...]ruego a usted me perdone este párrafo tan cierto como violento, pero aquí suceden cosas que nunca imaginé, tales como pleitos de parte del teniente Buenfil con todos los demás alegando ser el superior y faltas al respeto al teniente Falcón y al teniente Larios, inclusive (pero él no se da por entendido porque así le conviene). Además todo marcha mal, los

instrumentos y demás cosas de cargo, así como papelería, que sólo se ordena cuando ya no hay o no sirve una cosa[...] las relaciones se mantienen tirantes ante el teniente Buenfil y el teniente Larios en contra del teniente Falcón y el primer maestro Campoy, y si le platico a usted esto mi capitán es porque puede llegar un día en que alguien del grupo, principalmente el teniente Falcón, que es el que ha sufrido más vejaciones por tener más tiempo con él, cometa algún disparate[...] un individuo, por consciente que sea, llega el momento en que no puede tolerar más y es cuando puede llegar a lamentarse algo, más que hay caracteres con complejos de inferioridad, ideas erróneas, violencia, incomprensión humana y del medio en que transcurre la vida, falta de firmeza en el carácter y sin dotes para mandar gente, como está sucediendo aquí donde se vive distanciado, alejado de todo, inclusive de mujeres[...]

Como se ve, el autor de la carta presentía la tragedia. Con un perfecto conocimiento de la situación, haciendo un análisis rápido de los caracteres y de las circunstancias que motivaban el relajo de la disciplina, ya profetizada, un mes antes, el epílogo a la guerra de nervios que tenía presos a los cuatro marinos de la isla. La carta continúa:

[...]y lo peor es que las tripulaciones de los barcos que hacen la comunicación no quieren bajar porque no quieren cruzarse con el teniente Buenfil, y esto es en perjuicio también, porque los de la isla no tienen con quien cambiar impresiones. No crea usted mi capitán, que yo esté agravando al grado de inventar cosas, eso nunca lo hago menos dirigiéndome a quien admiro y respeto como hombre y como jefe, pero es el caso que esto ha sucedido durante todo el tiempo que he tenido contacto con la isla y con diferentes personas, como García Ochoa, el teniente Falcón y el teniente Larios (a quien Buenfil ha golpeado cuando le ha venido en gana dándose abrazos al día siguiente y nombrándose “compadres” sin serlo), todo por el miedo del segundo, seguramente. Igual ha tenido dificultades con mi teniente García Valencia del *Halcón*, y así sucesivamente, hasta convertirse esto en una prisión. Nosotros hemos tratado de hacerle ver que son como una familia, él parece comprenderlo, pero a los pocos días la situación continúa igual y seguimos en las mismas. Nosotros pensamos que ojalá muy pronto se fuera de aquí este

individuo, pues como le digo cualquier día sucede algo peor y sólo por culpa de una o dos personas y si usted llegase a formular la pregunta de que por qué no hacemos algo oficial, le contestará que todos tratamos de guardar y allanar las dificultades amistosamente para evitar perjuicios propios y la afrenta a nuestro gremio, porque no deja de serlo siempre en desprestigio, por ello es que hago relación de estos sucesos para que si lo estima conveniente, previa comprobación de los hechos, obre como crea más conveniente para su gente, que lo tenemos como protector y amigo.

La carta no se entregó, lo he dicho antes. El denunciante pensó en la responsabilidad que esto le acarrearía, en el desprestigio del destacamento y en otras consecuencias. Todos sus prejuicios de militar le vinieron encima una vez que la carta estuvo escrita... y decidió no mandarla. La ignorancia oficial al respecto fue absoluta, y la tragedia tuvo lugar poco tiempo después, exactamente el 5 de marzo pasado...

ESTO... HAY QUE ARREGLARLO

El teniente Falcón amaneció con fiebre, y no se levantó temprano. Como a las nueve de la mañana recibió un llamado de Buenfil para que se presentara ante él. No se sintió con ánimo de atenderlo y siguió en cama, pensando en no levantarse en todo el día. A las 9:30 recibió una orden de arresto firmada por Buenfil. La causa de ello era una acusación velada de que estaba usando gasolina del campamento para la estufa de su casa.

El teniente Buenfil, dos horas antes, había hecho medir lo que quedaba de gasolina para el motor y la planta de estación. El sondeo indicó que faltaban diecisiete litros a la cantidad que se suponía debían contener los tanques. Como en casa de Falcón se utilizaba gasolina para cocinar, el presunto culpable de la sustracción debía ser, para el teniente Buenfil, su subordinado Falcón. Y así, en acusación no declarada, se lo hizo saber.

Falcón saltó de la cama de visible mal humor, por la ofensa y la injusticia del arresto. Salió al patio y se acercó a la ventana de la casa del jefe. Buenfil parecía estarlo esperando. El segundo habló:

—¿Qué es esto?, Buenfil —y le arrojó el papel de arresto por el hueco de la ventana abierta.

—¡Lo que te mereces! —le gritó Buenfil, mirándolo a la cara.

El teniente Falcón tuvo un sacudimiento. Tragó saliva y con voz ronca le gritó:

—Esto... es imposible... ¡hay que arreglarlo de cualquier modo!

De todo esto no hubo testigos, ni adentro ni fuera de la casa. La escena, rápida como latigazo de relámpago, se desarrolló entre los dos hombres solos y ésta versión, naturalmente la da el superviviente.

Buenfil no se inmutó. Respondió: “lo arreglamos”, y dio un salto al interior de la casa. Cuando Falcón lo volvió a tener ante sus ojos, el superior cortaba cartucho a un rifle que traía en las manos. Falcón venía armado —siempre estaba armado, lo cual es una pésima costumbre. Dio un paso atrás y desenfundó la pistola calibre 45, oficial del ejército. Levantó el brazo y disparó un tiro, solamente un tiro.

El proyectil hizo blanco en el labio superior de Buenfil, justamente abajo de la nariz. En su trayectoria arrancó algunos dientes, destrozó la bóveda palatina y cruzó el cráneo saliendo por la parte posterior de la cabeza, que se abrió como granada madura. Buenfil no tuvo tiempo ni de pensar que estaba herido de muerte.

Lo que sucedió después no tiene caso mencionarlo. Larios tomó el mando, arrestó a Falcón, telegrafió a Ensenada y dos días después aparecía en bahía Melpómene el pequeño *Halcón* con un médico a bordo. La autopsia se hizo en la isla y las entrañas de Buenfil fueron arrojadas al mar estéril de Guadalupe. Su cuerpo fue traído a Ensenada y sepultado en el cementerio de esta población. Falcón también fue traído a bordo, arrestado y preso, acusado de asesinato, asesinato sin testigos...

Semanas después fueron relevados todos los hombres que estaban en Guadalupe, y el número de oficiales fue aumentado, para evitar así que la soledad les hastie y les reviente los nervios.

El pozo tapado...

*Baja California,
tierra incógnita*

se terminó de imprimir el 18 de noviembre de 2014
en Formas e Imágenes, S.A. de C.V., Av. Universidad 1953
Edif. 2, Loc. E, Col. Copilco el Bajo, Coyoacán, México, D.F.
Teléfonos 5550-1784, 5616-7117 formaseimagenes@gmail.com
La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.

El 26 de noviembre de 1946 se publicó en las páginas de la revista *Impacto* el primer número de la serie periodística “Tierra incógnita”. Seis meses después, con el reportaje número 21, se pondría punto final al recorrido que Fernando Jordán, el periodista viajero de *Impacto*, había llevado a cabo a lo largo y ancho de la península californiana.

Baja California, tierra incógnita recoge en forma de libro cada uno de los escritos de Jordán durante ese memorable viaje. Reportajes que además de mantener la atención de sus lectores durante medio año fueron la materia prima a partir de la cual escribiría Fernando Jordán uno de los libros más bellos que se han escrito sobre Baja California: *El otro México. Biografía de una península*.

